

LA UNIÓN FARBOUND

DISONANCIA

Novela

Primer arco · muestra gratuita

MANUEL A. DOMINGUEZ

DISONANCIA

TAMBIÉN EN LA UNIÓN FARBOUND

El cuarto riel

LA UNIÓN FARBOUND

DISONANCIA

Novela

Primer arco · muestra gratuita

MANUEL A. DOMINGUEZ

Disonancia

Título original: *DISSONANCE*

Una novela de la Unión Farbound

Copyright © 2026 Manuel A. Dominguez. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, almacenarse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio sin el permiso por escrito del autor, salvo citas breves en reseñas.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. La ciudad de este libro parte de un lugar real; su historia futura es inventada.

Esta es una muestra gratuita del primer arco de la novela (el capítulo inicial y la primera parte, «El calor húmedo»), distribuida por el autor en mudnewspackage.com. La novela completa está disponible en inglés en Amazon, en tapa dura, tapa blanda y Kindle.

Este libro y su cubierta se desarrollaron con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano. Véase *Investigación y ficción* al final del libro.

Para mi esposa, mi demonio de Tasmania y mi ángel.

Te amo entera.

Índice

Nota sobre las lenguas	VIII
I Se registra una víctima mortal	I
PRIMERA PARTE: EL CALOR HÚMEDO	6
2 La canción del golpe	7
3 Botas de las plataformas, día nueve	16
4 Lisa frita, hervida	26
5 Solicitudes previas: catorce	34
6 Dos bidones	42
7 Una suela en corte	49
8 La fila de cuidados	56
9 Devolver al enlace del Despacho sin trámite	63
10 Un collarín gris alquilado	71
11 Veintiséis y un pelo	78
12 Una cama por la duración del acuerdo	86
13 Setenta y tres fichas	93
14 El libro verde	98
15 El gumbo del muelle	105
16 Un año y un día	114
17 La tiza no se quedaba	122
18 Almohadillas de pedal	128
19 La ropa blanca a su nombre	137
20 Cuatro bidones por semana	144
21 Un hijo puede visitar	150
22 Las calderas no suenan	156
23 Tercer Sumidero	164
24 Lo que percibió, lo que dedujo	170
25 El tazón de más	175
26 Hoy abajo, ninguno	179
27 Cuarenta sacos y una cabra	188
28 Procedencia	193
29 Propuesta	199
Fin de la muestra	204
Personajes	205

ÍNDICE

Lugares e instituciones	207
Cómo leer las lenguas	209
Glosario	210
Investigación y ficción	224
Acerca del autor	225
Otras obras de Manuel A. Domínguez	226

Nota sobre las lenguas

La gente del Lodo habla Kanal, y en este libro lo habla en la página. No hace falta aprenderlo. La narración lleva lo que importa, y la mayoría de las líneas se explican solas en el momento.

Cuando alguien cambia al inglés estándar del Dosel, ante un funcionario, un empleado del Mostrador, el personal del Tercer Sumidero o la Junta, la línea aparece en inglés en el original; en esta edición aparece en español. Ese es el cambio: la lengua a la que recurre un hablante del Lodo cuando el otro lado del mostrador está escuchando. La escritura también está en el estándar, así que los avisos, formularios, libros de cuentas y cartas aparecen igualmente en español, en cursiva cuando se citan. Las lenguas inventadas se quedan tal como están escritas.

Las lenguas más antiguas de los distritos, entre ellas el español, el vietnamita, el kreyòl haitiano, el coreano y el francés de Luisiana, se cuentan en la narración.

Muchos capítulos se abren con una línea en cursiva que nombra de qué relato procede el capítulo.

Al final del libro: *Personajes*, *Lugares e instituciones*, *Cómo leer las lenguas* y un *Glosario* de cada palabra en Kanal que se dice en la novela.



Se registra una víctima mortal

El aviso de la Junta, tal como se pegó en la caja de relés de la Hilera Sabine; el relato de Janelle Mouton; el de Ozanne Dufresne, en parte.

En la mañana del tercer día después de la tormenta, se pegó el aviso de la Junta.

Janelle lo vio primero, porque lo pegaron en la puerta de acero de la caja de relés de la Hilera Sabine, al otro lado del callejón frente a su banco de trabajo, donde el Desagüe y la Vigilancia ponían todo lo que querían que la hilera leyera. Dos Purificadores lo pegaron con brochas sacadas de un balde a la séptima campanada y siguieron hacia la caja siguiente. Estaba impreso en buen papel, el blanco grueso del Dosel, con el sello de la Junta arriba y la marca del Desagüe y la de la Vigilancia debajo. Para cuando ella cruzó el callejón había una docena de personas frente a él, y Ozanne, que subía del foso con la bitácora colgada de su cordón, se quedó detrás de todos leyendo por encima de sus cabezas.



AVISO DE LA JUNTA

Relativo a la interrupción del servicio en la estación de bombeo de la Hilera de la Cisterna, Distrito 7, durante la noche de la reciente tormenta.

La Junta lamenta la interrupción del servicio de drenaje en la estación de la Hilera de la Cisterna y la consiguiente inundación de residencias, y registra una víctima mortal.

La revisión preliminar del Desagüe y de la Vigilancia atribuye la interrupción a interferencias sin licencia en la infraestructura sincronizada por la red en el Distrito 7 durante la tormenta, entre ellas:

1. materiales amortiguadores no registrados, instalados sin permiso en maquinaria del Desagüe en la estación de la Hilera Sabine y distribuidos a cuadrillas del Desagüe en el distrito;
2. instrucciones de operación no autorizadas, circuladas entre cuadrillas del Desagüe por personas vinculadas con la organización conocida como la Espina de Rose;
3. una intervención médica no registrada, realizada en un centro asistencial del Consorcio la noche en cuestión, cuyos efectos sobre la sincronización de la red se encuentran en revisión.

La Junta restablecerá la plena operación de la red en todas las estaciones del Distrito 7. Se indica a las personas que tengan información sobre lo anterior que acudan a la oficina del distrito. Se recuerda a las cuadrillas del Desagüe que la operación manual de maquinaria sincronizada por la red está prohibida.

La hilera lo leyó en silencio. Luego Hortense Picou, que había salido del turno de noche con las manos envueltas en trapos, dijo, muy claramente: «Sabine te e la sèl ra te deme sek» y un hombre al fondo dijo: «Poutet sa le pa amu li» y alguien se rio, y no sonó bien. Sabine había sido la única hilera que se mantuvo seca. Por eso, quería decir el hombre, no le gustaba a la Junta.

Janelle leyó el punto uno tres veces. *Materiales amortiguadores no registrados*. Caucho de llanta y corcho y los retazos de su hermano, tres capas pegadas y cosidas en un banco con una muesca en el borde delantero. Distribuidos a cuadrillas del Desagüe en el distrito. No decía su nombre. No hacía falta. Todos los que lo leían sabían de quién era el banco que estaba al otro lado del callejón frente a la caja, y también lo sabían los Purificadores que lo habían pegado, y también quien lo hubiera escrito.

—Le te meta tu su miray —dijo Babette al lado de ella, en voz baja. La habían puesto en un muro.

—Le te meta la pad ye su miray. —Las almohadillas, dijo Janelle. No a ella.

—Mem miray. —El mismo muro.

Ozanne rodeó el borde de la multitud y se paró junto a ellas. Tenía una mancha de lápiz graso en la mejilla y ojeras como moretones. «Numero tres» dijo Ozanne, tan bajo que solo Janelle pudo oírlo. «La nuit so.» No miró el aviso. «Kekchoz te pasa na tiyo la nuit so. Vè onse. Mo te havi men di mo su li.» Algo había pasado por la tubería esa noche, hacia las once, y ella había tenido la mano encima. Se detuvo. No quiso decir qué, y no sabía qué. «Mo te havi men di mo su li. Sa selman.» Eso era todo.

Janelle la miró. Ozanne le sostuvo la mirada y luego la apartó, callejón abajo, hacia la Hilera de la Cisterna.

Vessa venía subiendo por el callejón desde la Hilera de la Cisterna con una carpeta bajo el brazo y barro hasta las rodillas. Atravesó la multitud, que la dejó pasar, y se paró frente al aviso y lo leyó, todo, despacio, como Janelle la había visto leer los números de los himnos en la pizarra de Santa Brígida, moviendo los labios. Cuando terminó se quedó un momento más.

Luego sacó del bolsillo un cabo de tiza, de la gruesa de piedra caliza que el papelerero del Común cortaba para el Paseo del Luto, y estiró el brazo, y en la puerta de acero de la caja, junto a *registra una víctima mortal*, con la letra redonda y cuidadosa de escuela de una mujer a la que habían obligado a copiar sus letras una y otra vez y que nunca había olvidado cómo, escribió:

Wendell Ancelet. 88. Hilera de la Cisterna. Él dijo que la bomba estaba funcionando.

Guardó de nuevo la tiza en el bolsillo.

—Le ve lava li —dijo alguien. Lo iban a borrar.

—Ko mo gon vena baka —dijo Vessa. Entonces ella volvería. Siguió hilera arriba hacia la oficina del distrito con su carpeta, a preguntarle a Asante dónde pensaba ponerlo la asociación, ya que los nichos de los Amigos de la Cisterna estaban llenos desde el año de la fiebre y el nicho común del Mostrador era el único con lugar.

* * *

Del relato de Vessa; la bitácora de mostrador de Teodor Asante; la tarjeta de inhumación del Mostrador, que escribe mal el nombre.

En la oficina del distrito de la calle Toulouse, a las nueve de la tercera mañana, Teodor Asante escuchó a Vessa con las manos planas sobre el mostrador, y luego se levantó y fue él mismo a buscar al archivero el registro de nichos de los Amigos de la Cisterna, porque quería que ella viera que había buscado.

Los Amigos tenían nueve nichos en su tumba detrás de la capilla de la Hilera de la Cisterna. Los nueve estaban llenos desde el año de la fiebre, y la lista de espera para los que fueran quedando libres ocupaba dos páginas, escrita con tres letras distintas. El nombre de Wendell Ancelet no estaba en la lista. Sus cuotas iban tres trimestres atrasadas, y así estaban desde el trimestre siguiente a que se cumpliera el plazo de un año y un día de su esposa y sus huesos pasaran al fondo. Según el reglamento de los Amigos, un miembro con tres trimestres de atraso no tenía derecho a un nicho.

—Ko sa e la vout komin —dijo Vessa. Entonces era la bóveda común.

—Sa e la vout komin. —Teodor bajó la tarjeta del Mostrador. *Inhumación digna, residente no afiliado. Tarifa pagadera al momento de la recogida: doce fichas. El Mostrador proporciona un nicho, una tarjeta y transporte. Consolidación tras un año y un día.* —Mo pu ranpli fom po un dispans —dijo. Una dispensa tardaba seis semanas—. Seis semen.

—Li e su un dora na palye di Broussard ye depi dos jou an mita —dijo Vessa—. Na chale sa. —Llevaba dos días y medio tendido sobre una puerta en el rellano de los Broussard, con este calor. La Espina había traído hielo dos veces, y los Broussard habían mandado a los niños con unos primos—. Seis semen.

Teodor escribió *dispensa solicitada* en su bitácora de mostrador de todos modos, y la hora. Luego metió la mano en su propio bolsillo y puso dos fichas sobre el mostrador, y no la miró mientras lo hacía, y ella las tomó.

La hilera juntó el resto. Clémence abrió la lata del Círculo del Umbral y contó cuatro. Los Kerrigan encontraron una. Janelle Mouton, cuyo oficio se venía secando desde lo de la muesca, mandó dos con Babette. A Vessa le quedaban tres en su propia lata después de que el instalador del Desagüe le cobrara ocho fichas por reconectar su casa, y puso las tres. Había otra lata debajo de su cama, junto a los zapatos de Néri, con nueve años de su salario adentro. No la abrió.

La carreta del Mostrador llegó a las cuatro: una carreta plana con una cubierta de lona, tirada por dos hombres con guantes y mascarillas de tela, y un empleado que caminaba detrás con una caja de tarjetas y un bolígrafo atado a una cadena. El empleado era joven y estaba cansado y era cortés. Tomó las doce fichas y las contó dos veces y escribió un recibo. Pidió la tarjeta de registro del difunto.

—Se fue al agua —dijo Vessa, en el inglés del Mostrador, la voz de la puerta—. Estaba en su chaqueta.

—Entonces tomo el nombre de la lista del Mostrador. —Pasó un dedo por una página de la caja y escribió en una tarjeta blanca con letra clara: *ANCELOT, W. Distrito 7. No afiliado*. La deslizó en el marco de latón del costado de la carreta.

—Ancelet —dijo Vessa—. E, T. Wendell Ancelet.

—La tarjeta se toma de la lista, madame.

—La lis pa korek —dijo Vessa. La lista estaba mal. Lo dijo en Kanal, y no se molestó en cambiarlo para él.

—Las correcciones se hacen por formulario —dijo el empleado—, con la tarjeta de registro del difunto adjunta. —Lo dijo con amabilidad. Ya lo había dicho antes. Vessa, que había presentado un formulario cada mes durante nueve años, lo miró y entendió que él no sabía que hubiera dicho nada en absoluto.

Para entonces Wendell Ancelet había empezado a cambiar. El hielo de la Espina se había derretido dos veces a través del edredón y de la puerta y había goteado por la escalera de los Broussard, y el rellano olía dulce y pesado, de modo que los Broussard se ataban trapos sobre la cara para pasar. Se le había hinchado el vientre bajo el edredón. La cara se le había oscurecido y se había puesto flácida e hinchada, los labios retraídos sobre los dientes, y donde el edredón se había corrido había manchas verdes en la piel de su costado. Las moscas habían encontrado las comisuras de sus ojos, aunque Auguste había estado sentado toda la mañana con un abanico de hoja de palma. Cuando cuatro de ellos levantaron la puerta, corrió líquido por debajo del edredón a lo largo de la madera y escalones abajo, y Aurélien Broussard apartó la cara y vomitó por encima de la baranda hacia el callejón, y se limpió la boca, y volvió y tomó otra vez su esquina. Lo bajaron y lo deslizaron envuelto en el edredón sobre la carreta, y los hombres corrieron la lona sobre él. Luego la hilera caminó detrás de la carreta hasta la cuesta de los Estratos Medios. Clémence iba primero en su silla, con Auguste empujando donde el callejón estaba roto, y Madame Arsenault detrás de ella en su propia silla con su rosario, y Jules con muletas, y después el resto de la Hilera de la Cisterna con su barro, los Kerrigan y los Broussard y Pip llevando de la mano a Ernestine. Nessa había bajado del Distrito 8 con Big Theo y Philomène Ardoin de la Banda de la Cordelería, y caminaban al final y tocaban despacio la canción de los árboles fantasma, al ritmo del Distrito 7, la trompeta de Philomène grave y Nessa cantando debajo y Big Theo llevando el pulso en la tuba.

Donde el callejón se convertía en cuesta y el hierro bajo sus pies daba paso al pavimento amortiguado de los Estratos Medios, el golpe se desvaneció. Vessa lo sintió salirse de las plantas de los pies como se siente que una mano te suelta. La banda perdió el compás. Durante unos cuantos compases la canción se descompuso en el silencio, demasiado rápida y luego demasiado lenta, hasta que Big Theo empezó a marcar el pulso con el pie derecho sobre el pavimento, pesado, cuarenta por minuto, y lo volvieron a encontrar en su pie.

La bóveda común era una puerta cortada en la cuesta debajo de la escalera Toulouse, revestida de piedra gris, con un estante de latón al lado que sostenía cuarenta tarjetas blancas en filas. Los hombres deslizaron a Ancelet sobre una tabla hasta un nicho del interior y salieron, y el empleado pasó su tarjeta del marco de la carreta al estante, fila de abajo, último

lugar: *ANCELOT, W.* Escribió el número del nicho en el recibo de Vessa. Todo duró once minutos. La hilera se quedó un rato allí sobre el pavimento silencioso después de que el empleado se fue, porque nadie quería ser el primero en irse.

Vessa cantó la última estrofa con la banda. La cantó un cuarto de tono bajo, como había cantado todo durante nueve años, para que una voz en un lugar oscuro, si alguna vez la oía, supiera de quién era. Néri no tenía nicho ni tarjeta ni recibo ni un nombre mal escrito en un estante de latón. Ella se quedó frente a la tarjeta mal escrita de Wendell Ancelet y entendió que le envidiaba la tarjeta, y sintió vergüenza, y cantó de todos modos.

* * *

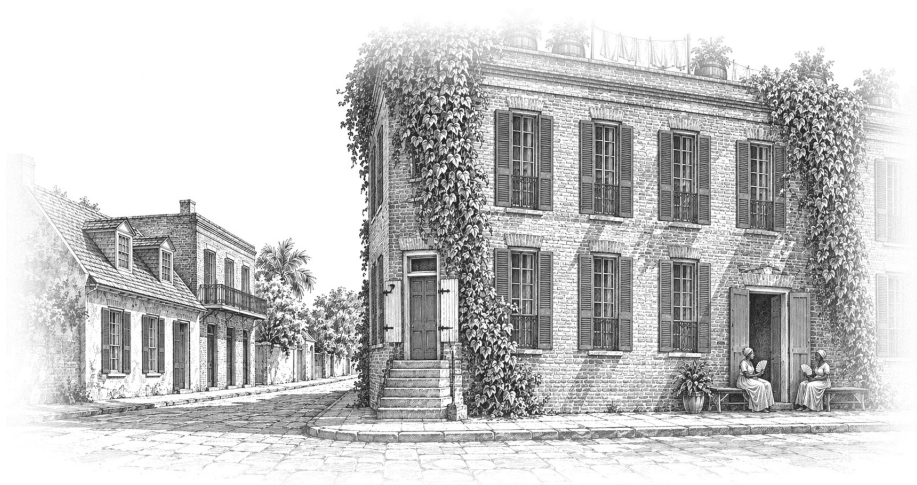
El boletín matutino de la Oficina del Alcalde del segundo día después de la tormenta, tal como se oyó en la radio de los Broussard; la nota de Clémence Fortier en el margen de su registro.

.....

La Oficina del Alcalde informa que todas las estaciones de bombeo del Distrito 7 funcionaron dentro de los parámetros de servicio durante el reciente episodio meteorológico. Una residencia de la Hilera de la Cisterna registró entrada de agua, y la Oficina expresa su solidaridad a quienes sufrieron molestias. El servicio de drenaje ha sido restablecido. La reconexión de acoplamientos de servicio desprendibles está disponible con instaladores con licencia del Desagüe a la tarifa estándar. En la plataforma Esplanade, el Baile de la Regata se realizará según lo previsto, ya que la Sociedad de Pesca Deportiva del Dosel ha confirmado que el tiempo despejó. La ampliación de la Plataforma Norte no reporta daños en su tramo terminado. El tono continúa en los emisores de los Estratos Medios. La calma es una frecuencia.

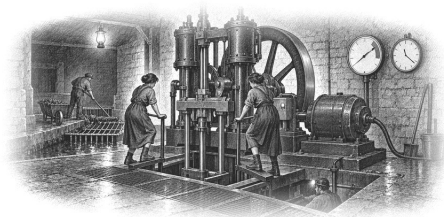
.....

Al margen del registro del Círculo del Umbral, junto a la entrada de las 00:50, Clémence Fortier escribió a lápiz: *Una residencia. Nueve casas flotaron, catorce plantas bajas bajo el agua, un hombre muerto sobre una puerta en este rellano mientras ellos lo decían. C.F.*



PRIMERA PARTE

El calor húmedo



La canción del golpe

Del relato de Delphine Aubry; el registro de golpes de la Hilera Sabine, turno de noche; el cuaderno de taller de Janelle Mouton.

A las dos de la madrugada la casa de bombas de la Hilera Sabine olía a grasa caliente, a barro de río y al aceite de clavo que Fabien Mercier se frotaba en los nudillos, y Delphine Aubry estaba de pie en el pedal izquierdo con el peso en los talones y contaba la máquina.

Cuarenta por minuto cuando iba bien. Para eso no necesitaba el reloj de la pared. El volante daba la vuelta, la manivela caía, la gran cruceta de hierro bajaba por sus guías y todo el suelo empujaba hacia arriba contra sus plantas, y luego soltaba, y luego volvía a empujar. El empuje era la parte que se podía contar. Debajo corría la parte que no, un zumbido en las muelas del fondo y en la bisagra de la mandíbula, que la clínica llamaba fatiga del golpe y la madre de Delphine había llamado martes. A cuarenta por minuto el pedal la quería en la bajada, y ella le daba su peso justo antes de que la manivela llegara abajo, para que la vieja válvula de impulsión asentara limpia en vez de golpear. Al otro lado del foso, Hortense Picou hacía lo mismo en el pedal derecho medio tiempo después. Entre las dos la máquina respiraba.

Era una bomba alternativa de dos cilindros, reconstruida tantas veces que tres colores de pintura cubrían la placa del Desagüe en el bastidor. Alguien en el viejo país la había asentado sobre una losa vaciada en arcilla, y la losa llevaba hundiéndose desde que alguien llevaba registro, así que la casa quedaba un palmo más baja del lado del muro que daba al lago. Yusuf Landry había hecho rodar una canica por el suelo en su primera semana y la había perdido por el enrejado, al sumidero. Todavía hablaba de la canica.

El motor que movía la máquina era nuevo en comparación: sesenta años, un tambor achaparrado con un cable de suministro del distrito que le llegaba desde la subestación del Desagüe detrás de la freiduría de los Hurley. Atornillado al bastidor a su lado estaba el regulador, una caja gris con una lámpara ámbar que parpadeaba al compás de la red de relés. El Desagüe había puesto reguladores en todas las bombas de distrito hacía veinte años para que los motores ajustaran su velocidad al ritmo de la ciudad. Los instaladores decían que las cajas estaban ahí para que la oficina pudiera contar golpes sin mandar a un hombre. Delphine no decía nada al respecto y llevaba su propia cuenta.

La cantaba entre dientes. Cada distrito tenía su canción de bomba y cada canción iba al ritmo de su bomba, y la del Distrito 7 era lenta y pesada, una subida larga hacia arriba y un asiento hacia abajo. La letra era casi toda nombres de calles, Sabine, Cisterna, Palmer, Toulouse, con una estrofa en el medio sobre una mujer cuyo marido se ahogó en el año del segundo muro y que recorrió el anillo cada noche desde entonces para llamarlo a cenar. La abuela de Delphine la había cantado en este mismo suelo. Cuando una cuadrilla de pedal perdía el compás, la canción se lo decía primero, porque se oía que las palabras se torcían antes que la válvula.

—Tu e fo su Toulouse —dijo Hortense desde el otro lado del foso. Desafinada, en la estrofa de Toulouse.

—Mo e fatigue su Toulouse.

—Mem bagay.

Detrás de ellas, en la rejilla de basura, Gil Arceneaux rastrillaba. La rejilla era una reja de barras de hierro atravesada en el canal de toma por donde entraba el drenaje del distrito desde debajo de las calles, y atrapaba lo que el distrito tiraba y lo que el distrito perdía: jacinto en marañas, láminas de plástico, una tabla con clavos, la forma amarilla e hinchada de un coipo que llevaba muerto desde antes del fin de semana. Gil subía el rastrillo largo por las barras y echaba el desecho en la carretilla y no hablaba. Gil nunca hablaba en la rejilla. Decía que eso dejaba entrar cosas.

Fabien Mercier estaba abajo en el foso del cojinete con una lámpara en la cabeza, palpano el alojamiento del cojinete principal con el dorso de la mano. Había perdido casi todo el oído en este suelo antes de que Delphine naciera, y cuando subía por la escalerilla no gritaba. La buscaba al otro lado del foso y hacía señas, con dos dedos atravesados sobre la palma y un giro de la muñeca: *tibio, bien, ojo*. Todas las cuadrillas del Lodo hablaban así, con las manos, porque todas las cuadrillas se quedaban sordas, y las señas se habían filtrado a los callejones hasta que media Hilera Sabine te podía decir *bien y ojo y tu madre* sin un sonido. Delphine le respondió *oído*, y Fabien sonrió por el chiste como había sonreído cada noche durante seis años.

El manómetro colgaba en la pared sobre la tubería de impulsión, una esfera blanca y redonda con una aguja negra y una franja roja pintada abajo. La aguja estaba en la franja roja. Llevaba en la franja roja desde la medianoche.

Delphine lo miraba en cada golpe hacia abajo. No podía evitarlo. El manómetro marcaba lo que la bomba empujaba hacia la tubería de descarga, que pasaba bajo el muro de anillo y salía al estanque de la desembocadura en el canal donde se posaban los pelícanos. Marcaba bajo por la razón más sencilla del mundo. No había llovido en cuatro días. El calor húmedo se asentaba sobre el distrito como una tapa, empapando el aire, haciendo florecer moho en cada pared, y aun así no había caído ni una gota desde el viernes. El sumidero tenía poca agua. Bajaba menos agua por el canal hasta la rejilla, así que la máquina movía menos. Cuando el nivel bajaba demasiado la aspiración empezaba a chupar aire, y Delphine hacía que la cuadrilla estrangulara la toma para que la bomba no se hiciera pedazos a golpes contra la nada. Cualquiera que se hubiera parado en un pedal lo sabía.

La oficina nunca se había parado en un pedal. La oficina tenía una cuota escrita en un año de tormentas, y un empleado que leía el registro del manómetro al final de cada turno,

y una línea en la hoja de pagos llamada *desidia*. Cuando el manómetro estaba en el rojo, el Desagüe le descontaba a la cuadrilla por desidia. No importaba por qué el manómetro estaba en el rojo. Delphine le había preguntado una vez a Anatole Pellerin, el empleado del Desagüe para la casa de la Hilera Sabine, si la oficina quería que su cuadrilla echara agua al sumidero con baldes. Pellerin se había reído, porque no era un mal hombre, y luego les había descontado de todos modos, porque era empleado.

También estaban cansados. El golpe se les metía en el sueño y el calor húmedo se metía peor, y ninguno dormía cuatro horas seguidas en esta temporada. La semana pasada Delphine había visto a Yusuf detenerse en la rejilla con el rastrillo en el aire y la boca abierta, como si alguien le hubiera hecho una pregunta que no podía recordar. Dos veces en una hora ella misma había entrado tarde en la bajada y había sentido el golpe de la válvula subirle desde el talón hasta la cadera. El manómetro no distinguía entre el cielo y una mujer cansada, y la hoja de pagos tampoco.

En lo alto de la subida se bajó del pedal y dejó que Yusuf ocupara su lugar. Él subió limpio, cayó en la bajada y retomó la canción en Palmer. La cantaba a la manera joven, las estrofas corridas unas con otras y los finales de las palabras sueltos, y la vieja vocal cerrada de la segunda línea abierta de par en par como se abría ahora en la boca de todos los menores de cuarenta. La abuela de Delphine había cantado esa línea en este pedal con la vocal cerrada como un puño, y había dicho que los jóvenes cantaban la canción del golpe como el tono del Dosel, todo centro y nada de bordes. Fabien, en el cojinete, no podía oír nada de eso y no le hacía falta. Miró hacia ellos e hizo saltar dos dedos desde la barbilla hacia Yusuf, la seña de la cuadrilla para *joven*, que en este suelo también quería decir *descuidado* y *suertudo*, y Delphine le respondió *oído* y no corrigió al muchacho, porque a la bomba no le importaba cómo se cantara Palmer mientras se cayera en la bajada. Fue a pararse en la puerta a respirar.

La Hilera Sabine a las dos de la madrugada tenía el color de la pizarra mojada. El callejón subía hacia la parte alta desde la casa de bombas entre edificios que habían sido elevados tantas veces que las puertas de la calle quedaban en lo alto de tramos cortos de escalones, tres escalones, cinco, un tramo de once donde la familia Batrville había elevado dos veces en una generación y lo había pagado con el fondo funerario de la abuela. Juntas de caucho de neumático enmarcaban cada puerta. Las tablas de crecida colgaban a su lado en sus soportes, pintadas con marcas de familia, un pez, una estrella, un par de remos cruzados. Al otro lado del callejón, en la pared bajo el cartel del Paseo del Luto, la caja de relés del Desagüe estaba atornillada a la vieja tubería principal donde salía del suelo: una caja de acero gris con una lámpara que parpadeaba con el mismo ámbar que el regulador. La tubería misma corría al pie de la pared veinte metros antes de volver a meterse, hierro negro más viejo que el Consorcio, más viejo que la abuela de cualquiera, sudando en el calor. Llevaba el golpe. Se podía poner la mano en ella en cualquier punto entre aquí y el mercado y sentir trabajar a la cuadrilla de Delphine.

Más arriba, la radio de alguien tocaba bajito un disco de baile del Distrito 22, todo manos y nada de pista. El callejón olía al rociado de las cuadrillas de mosquitos y a nada frito. En una noche cualquiera los Hurley habrían estado friendo lisa en la esquina hasta las tres para las cuadrillas de noche y las muchachas que volvían de los salones. La freiduría estaba a oscuras.

El cupo de aceite del Mostrador para el Distrito 7 llevaba once días de retraso, y el distrito se había comido lo último que tenía el domingo.

Bajo el cartel del Paseo del Luto, junto a la caja de relés, una mujer joven estaba sentada contra la pared con las rodillas levantadas y una pipita de vidrio enfriándose en el regazo. El olor le llegó a Delphine desde el otro lado del callejón, dulce y quemado, como azúcar olvidada en una estufa: Ashe. Era Clotilde, la muchacha de la hermana de Hortense, de veintidós años, que había trabajado en la línea de vidrio de la Dársena hasta que se le arruinaron los pulmones y la refinería la despidió con la paga de un trimestre y una tos que sacaba gris. Tenía los ojos abiertos. Miraba la lámpara ámbar de la caja como si le estuviera diciendo algo amable. Delphine la observó un rato y no llamó a Hortense. En su propio descanso Hortense lo vería por sí misma, y cruzaría el callejón y levantaría a la muchacha por las axilas y la llevaría caminando a casa de su madre en la Hilera de la Cisterna, como había hecho dos veces este mes, y volvería y se subiría al pedal y no diría nada, y la canción saldría desafinada en Toulouse durante una hora.

Lisette subió por el callejón a las dos y media con una cesta tapada, rodeando el charco de la esquina de los Batrville donde la cuneta se había atascado. Tenía dieciséis años y era alta y caminaba como su padre, cosa que Delphine había dejado de llevar mal.

—Tu sipoze ap dormi.

—Li tro cho po dormi. —Lisette le entregó la cesta—. Omma Kang te senda pat piman. Li pava ki tu ve neda li ave sa ye.

Los pastelitos eran al vapor. Pastelitos de alga verde, prensados en las balsas del canal de la calle Palmer y vendidos por pila, y en cualquier semana con aceite se freían hasta que los bordes quedaban crujientes y tostados y el centro seguía blando. Al vapor eran densos y húmedos y sabían a canal. Delphine se comió uno con los dedos, mojada en la pasta de pimienta de Omma Kang, que ayudaba. Lisette se sentó en el escalón y se abanicó con la tapa de la cesta.

—Gen un fanm di ajans na Chicory Stalls chak jedi aster —dijo Lisette. Una mujer de la agencia, todos los jueves ahora.

—Mo sava.

—Li pran nom po la dek nov. —Necesitaban niñeras para toda la manzana norte, dijo Lisette; las familias se mudaban antes de la crecida—. Tres jou di formasyon, Mama, an le dava tu la kolye. Tu pa neda achta li. —Tres días de formación, y la agencia te daba el collarín de trabajo; no tenías que comprarlo.

—Le alkila la kolye a tu.

—Le pran li de la pey. Sa e mem bagay.

—Sa pa e mem bagay. —Delphine se lamió el picante del pulgar—. Alkila sinifa ki le e met li. Alkila sinifa ki le pu pran li baka. —Alquilar significaba que era de ellos. Alquilar significaba que podían quitarlo.

Lisette la miró. También tenía los ojos de su padre, de esa clase paciente que esperaba a que terminaras de equivocarte: «Kouzen di un zanmi te monta na sezon sek.» El primo de un amigo había subido en la temporada seca. La señora del primo tenía un jardín en la plataforma con una higuera, un árbol de verdad, Mamá, en la tierra. «Li pava ki sa e tro kalm laro, tu pu audi la fey ye.»

Delphine había oído hablar del silencio. Nunca había subido por las escaleras de servicio más allá del puesto de control de los Estratos Medios. Se imaginó a su hija en un cuarto sin el golpe, un cuarto tan muerto que se podía oír una hoja, e intentó alegrarse por ella, y, en cambio, sintió el suelo empujar a través del escalón hacia sus piernas y soltar.

—Apre la sezon —dijo.

—Tu te pava sa na sezon sek.

—La sezon sek e un sezon.

Lisette se rio y le tiró la tapa de la cesta. Dentro de la casa la canción dobló la esquina hacia Cisterna y la voz de Hortense subió desde ella, áspera y un poco desafinada, y la de Yusuf por debajo, y la máquina respondió en la bajada.

* * *

Del relato de Gil Arceneaux y el de Delphine Aubry, que no coinciden en quién le puso nombre a la garza; el registro de golpes de la Hilera Sabine, anotaciones de los descansos.

A las tres y media la cuadrilla de noche de la Hilera Sabine tomó su descanso según la vieja regla, de uno en uno y nunca dos, y Delphine Aubry subió por la escalera del muro de anillo.

La escalera trepaba por el exterior de la casa de bombas en el muro del lado del lago, cuarenta escalones de hierro atornillados al ladrillo, con un pasamanos que alguien había forrado con caucho de neumático para que no quemara la mano al mediodía. Arriba, el adarve corría en ambas direcciones a lo largo del anillo, una franja de concreto viejo de dos metros de ancho con el distrito a un lado y el canal al otro, y un farol en un poste cada cien pasos que los caminantes del muro encendían en la temporada de crecidas y que nadie encendía ahora. Delphine se quedó arriba y dejó que el aire la encontrara. Aquí arriba a veces había brisa del canal. Esta noche solo estaba su olor, sal y hierbas y la podredumbre tibia de los bancos de barro con la marea baja, y el calor tendido a lo largo del muro como un perro mojado.

Abajo, del lado del canal, la tubería de descarga salía bajo el muro por una boca de hierro tan ancha como una puerta, y el agua del distrito salía por ella en cada golpe hacia abajo en un empujón lento que abombaba la superficie del estanque de la desembocadura y se alejaba en anillos. Desde aquí arriba se podía mirar el golpe en vez de sentirlo. El estanque era un semicírculo de agua rota contenido por una vieja escollera, y más allá de la escollera el canal corría negro y plano hacia el río que no estaba, con las luces de la desembocadura del Distrito 9 a lo lejos, muro abajo, y, más allá, las plataformas erguidas sobre la loma en sus largas hileras iluminadas como barcos que hubieran encallado en una colina.

Gil ya estaba en el muro. Ella no lo había visto subir. Estaba sentado en el borde con las piernas colgando del lado del canal y sus manos de rastrillo flojas en el regazo, mirando el estanque.

—Tu sipoze e na grij.

—Yusuf havi la grij. Hortense havi la pedal. Tu lib. Mo lib apre tu, me mo te monta avan.

—Yusuf tenía la rejilla y Hortense el pedal; el descanso de Gil venía después del de Delphine, pero él había subido primero. No se volvió. En la rejilla no hablaba nunca. En el muro, a

las tres y media, se convertía en otro hombre, y nadie en la cuadrilla podía explicarlo, y Gil menos que nadie—. Mira la dlo.

Ella miró. La bomba empujó. El agua se abombó y se extendió, y donde rompía sobre el borde de la escollera, el borde roto se encendió.

Se encendió azul verdoso, un fuego frío y suave a lo largo de la línea de la rotura, y se apagó, y en el siguiente golpe se encendió otra vez. Donde una lisa saltó en el estanque dejó un anillo de luz que se ensanchó y se apagó. Delphine se agarró a la baranda. Había visto el resplandor quizá cinco veces en su vida, siempre en el calor húmedo, siempre en una noche quieta después de una racha de días secos, y cada vez la hacía sentirse como una niña a la que habían dejado quedarse despierta. Su abuela lo llamaba la lámpara del distrito y decía que significaba que la lluvia se había olvidado de uno. La clínica decía que era algo pequeño que vivía en el agua y que se encendía cuando lo molestaban. Delphine le creía a la clínica y no le importaba. Podía creerle a la clínica y aun así quedarse aquí con la boca un poco abierta.

—Kuatro jou sek —dijo Gil—. Lapli vena apre kuatro oswa sinko. —La lluvia llegaba al cuarto día o al quinto.

—Granmè di mo te pava sa.

—Granmè di toti mona te pava sa. —Gil arrancó una escama de óxido del borde del muro y la dejó caer, y los dos esperaron la salpicadura de luz donde tocara el estanque. Era demasiado pequeña para hacer una—. Se di mo te konn naja ladan. —Su hermana nadaba ahí. En la desembocadura del Distrito 9, cuando eran niños, las noches en que se encendía—. Li te pava ki li te kole su bra kom sik.

—Se di tu e wena aster? —preguntó Delphine.

—Katyè Katorse —dijo Gil, y luego, porque conocía el efecto que ese número tenía en ella—: padon.

—Sa e un katye. Mona ye deme du.

—Kek mona.

Se rio, cosa que no esperaba hacer.

Thierry Vidrine se había ido al Distrito 14 hacía ocho años, cuando Lisette tenía ocho, con una mujer que llevaba un taller de redes al otro lado de las puertas del Distrito 12, y durante un año toda la Hilera Sabine había dicho que él tenía el corazón al compás del 14 y se había reído del chiste en la cara de Delphine creyendo que la consolaba. No la consolaba. Lo que la consoló, al final, fue que él había sido tan malo para irse como para todo lo que no quería hacer. Volvió por sus herramientas tres veces y lloró en el escalón la tercera, y ella le dio café y lo despidió. Ahora se hablaban en los funerales. Le mandaba a Lisette el dinero del cumpleaños por medio de Hortense porque no podía enfrentar la casa de bombas, y Hortense lo entregaba con comentarios. Él había traído a Delphine por esta escalera la primera vez, cuando ella tenía diecinueve años y era nueva en la casa de bombas y él remendaba redes para los cangrejeros del Distrito 7, y el estanque se había encendido esa noche también, y él la había besado en el muro con todo el distrito empujando debajo de ellos. Las noches en que echaba algo de menos, echaba de menos tener diecinueve años en un muro encendido, y había renunciado a explicarle a Hortense que eso era un asunto aparte de echar de menos a Thierry.

Una garza bajó por el muro hacia ellos en la oscuridad con los hombros levantados, caminando despacio, y se detuvo a diez pasos y consideró la desembocadura con un ojo. Atacó. Salió con un dedo plateado de lisa atravesado en el pico, y el agua donde había atacado conservó un anillo de luz un momento después, y el ave tragó y se sacudió y siguió mirando hacia abajo como si no hubiera pasado nada.

—Li fasa sa chak nuit —dijo Gil—. Mem sa. Mo noma li Pellerin. —El mismo pájaro todas las noches, y él le había puesto Pellerin.

—Poukisa?

—Li pran un sizim. —Se quedaba con un sexto, como el empleado del Desagüe.

Delphine se rio tanto que tuvo que sentarse en el muro a su lado, y abajo la bomba empujaba el agua del distrito hacia el canal en el golpe hacia abajo, y el borde del estanque se encendía y se apagaba, se encendía y se apagaba, cuarenta por minuto, hasta que la voz de Hortense subió por la escalera preguntando si el descanso era un descanso o unas vacaciones.

* * *

Del relato de Marcel De La Rosa; el libro de noche de la clínica del Yunque, una línea de puño y letra de Yvonne Celestin: «Niño Kerrigan, calor, agua y paño mojado, se fue a casa caminando».

A las dos de la madrugada, mientras la cuadrilla de la Hilera Sabine cantaba en su suelo a dos calles de distancia, Marcel De La Rosa estaba acostado en el último piso del Yunque sin camisa y con la ventana abierta, y contaba.

No quería contar. Era el calor lo que lo hacía. En una noche fresca dormía como cualquiera. En el calor húmedo el ladrillo guardaba la tibieza del día hasta la mañana y la devolvía a través del colchón, y él se quedaba despierto el tiempo suficiente para que la casa empezara a hablarle, y una vez que empezaba no podía dejar de escuchar. El golpe llegaba primero, siempre. Las bombas del Distrito 7 empujaban el agua del cuenco hacia arriba y afuera por encima del muro de anillo a cuarenta golpes por minuto cuando iban bien, y el hierro viejo llevaba cada uno de ellos a los cimientos de cada edificio del distrito, y por las paredes arriba, y a los armazones de las camas. Lo sentía en los omóplatos. Subida y asiento. Subida y asiento. Esta noche iba un pelo lento, y había un pequeño tropiezo en lo alto de la subida, que era la válvula de impulsión de la Hilera Sabine que no asentaba limpia. Alguien pisaba el pedal derecho más pesado que el izquierdo. No sabía quién. Conocía la válvula.

Debajo del golpe estaba su propio corazón, y ese no lo contaba, porque contarle era una costumbre que Yvonne le había quitado cuando tenía siete años. El controlador estaba en su estuche plano en el lado izquierdo del pecho bajo la piel, un palmo por debajo de la clavícula, y una pequeña luz ámbar se transparentaba cuando el cuarto estaba lo bastante oscuro. Le habían dicho que no hacía falta vigilarlo. Se lo había dicho el hospital del Dosel a los doce, cuando se lo cambiaron, y Yvonne cada año desde entonces. Igual puso la palma encima, como otra gente se toca un bolsillo para sentir las llaves.

La moneda estaba en el alféizar donde la había dejado. La buscó sin mirar y la hizo caminar por los nudillos, del índice al meñique y de vuelta por debajo, y el pequeño peso dando vueltas lo calmó como lo había calmado siempre.

Debajo de él la casa hacía sus ruidos de noche. Los corredores a los que se les había pasado el toque de queda dormían en el suelo del cuarto de la Espina, y uno de ellos roncaba con un silbido. Colette hablaba dormida, una palabra o dos, nunca nada que nadie pudiera usar. El agua de la cisterna del tejado hacía tic al enfriarse. Y desde la clínica, en lo más bajo de la casa, subiendo por el hueco de la escalera como si el hueco se hubiera construido para llevarla, llegaba la voz de Yvonne, baja y pareja y paciente.

Las voces tenían colores para él. Los tenían desde antes de que supiera nombrar los colores, y había dejado de contárselo a la gente más o menos a la edad en que dejó de contar su corazón, porque contarlos hacía que lo miraran como si hubiera dicho algo sagrado, y no era sagrado. Era solo la forma en que le llegaba lo que oía. La voz de Solène era roja en los bordes, como el lápiz. La de Nel era del pardo dorado de la madera de la kalimba. La de Yvonne siempre había sido del azul del borde del tazón blanco de Étienne, el del estante alto, que nadie tocaba. A las dos de la madrugada, subiendo cuatro tramos de escalera, era el mismo azul oscurecido, el azul de un cuarto iluminado por una lámpara.

Un niño lloraba allá abajo, demasiado cansado para llorar bien. Se levantó.

La lámpara de la clínica estaba encendida. Fue lo primero que vio desde la escalera, y no debía estarlo, porque la lámpara de la clínica quemaba aceite de quemador y el Yunque tenía aceite de quemador para dos días para el esterilizador y nada para las lámparas. Yvonne estaba sentada en la silla junto a la cama alta con un niño de unos cinco años atravesado en el regazo, un niño cabezón y de piernas largas con los rizos pegados al cráneo por el sudor, y le pasaba un paño mojado por los brazos y las piernas desde una palangana en el suelo, pasadas lentas desde el hombro hacia abajo, y le hablaba en Kanal de nada: las gallinas de su madre, los sábalos que estaban por llegar, un perro que ella había conocido una vez que comía jabón. La madre del niño estaba sentada en el banco junto a la puerta con la cabeza contra la pared, dormida sentada.

—Kerrigan —dijo Yvonne sin volverse—. De Cistern Row. Chale. Li ve bon.

—La lanp.

—Mo sava su la lanp.

Sabía que no convenía decir nada más al respecto. Tomó el abanico de su clavo, un abanico de palmito con el borde ribeteado de tela roja, y se sentó en el suelo a los pies de ella y abanicó al niño, y ella lo dejó. La respiración del niño era rápida y superficial, y su piel bajo la mano de Marcel cuando le tocó el tobillo estaba seca y demasiado caliente, y luego, después de un rato de paño mojado y abanico, húmeda. Yvonne le fue dando una taza de agua sorbo a sorbo. Él tragaba y se quejaba. Ella le dijo que podría quejarse cuando estuviera más fresco.

Tardó una hora. Marcel abanicó hasta que le dolió la muñeca y cambió de mano. El golpe de la Sabine mantenía su pequeño tropiezo. Una vez, cerca de las tres, se detuvo por completo lo que dura una respiración, como pasaba cuando las cuadrillas cambiaban de pedal según la vieja regla, y sintió que Yvonne también lo sentía, una pequeña quietud en su regazo, y luego volvió y ella siguió pasando el paño. En algún momento el niño se durmió de verdad y dejó de ser un niño enfermo y fue solo un niño, pesado y flojo, babeando un poco en el delantal de Yvonne.

—Nika dormi —le dijo a Marcel.

—Tu nika dormi.

—Mo gon skriva li na liv, an etenda lanp sa, ko mo gon nika dormi. —No se movió. Miró la lámpara. Era una lámpara de clínica de latón con tubo transparente, vieja, de las que el Desagüe había repartido hacía cuarenta años, y ardía con una llama alta y limpia porque ella le recortaba la mecha todas las mañanas, se hubiera encendido o no—. Cora gon nika a Counter demen. Oswa apre demen. Kekmoun ve dava nu luil, oswa un papye. —Aceite, o un papel.

—An si sa e un papye?

—Ko mo ve sava la bagay ra la papye pava. —Entonces sabía lo que decía el papel. Acomodó el peso del niño y se liberó una mano y escribió en el libro de noche sobre la mesa a su lado la línea que él encontraría después: *Niño Kerrigan, calor, agua y paño mojado, se fue a casa caminando*. Todavía no se había ido a casa. Lo escribió como escribía todo en ese libro, adelantándose, como si la escritura fuera a sostenerle la puerta.

Cuando la madre del niño despertó, avergonzada de haberse dormido, Yvonne los mandó a casa con un frasco de agua de las jarras de la propia casa y le dijo que mojara la sábana antes de acostar al niño encima. Luego bajó la mecha. La llama se volvió una cuenta azul y se apagó. En la oscuridad el olor a latón tibio y aceite se quedó en el cuarto, y la luz ámbar en el pecho de Marcel era la única luz, débil, una brasa a través de la tela. La vio mirarla, y apartar la vista.

—Ponyet di tu —dijo ella.

—Li bon.

—Ponyet di tu. —Ella la tomó en su mano llena de cicatrices y la giró y apretó con el pulgar en el tendón, como apretaba el de todos, y él la dejó, y no le dijo que el golpe iba lento esta noche y que la válvula de la Sabine estaba fallando, porque ella no le había preguntado por la válvula y todavía tenía en el regazo el calor del niño Kerrigan.

Al amanecer Junie bajó la escalera con la camisa de ayer, el tablero de recuento del agua bajo un brazo y la llave del carrito colgada de su cordel, y encontró a los dos en la clínica a oscuras, Yvonne dormida en la silla y Marcel dormido en el suelo con la cabeza contra la rodilla de ella, y el abanico todavía en la mano.



3

Botas de las plataformas, día nueve

Del aviso de la Junta para la temporada de calor, pegado en la casa del mástil del Distrito 7 y en el tablero de los Puestos de Achicoria en el calor húmedo del Año 19; las cifras del margen son de Teodor Asante.

JUNTA DE NEO NEW ORLEANS. ORIENTACIONES PARA LA TEMPORADA DE CALOR.

El calor húmedo es un rasgo normal del calendario de la ciudad. La Junta desea a todos los residentes una temporada agradable.

1. El calor lo sienten más quienes están activos. Se anima a los residentes a reposar en las horas de más calor. Se anima a las cuadrillas del golpe, los cargadores, los porteadores y el personal de las puertas del Diezmo a reposar en las horas de más calor que caigan fuera de sus turnos programados.
2. Beba agua. Hay agua disponible en las tomas de agua de los distritos según el horario publicado.
3. Todo residente que se sienta débil, confundido o inusualmente caliente al tacto debe trasladarse a un lugar más fresco. Hay una lista de lugares más frescos disponible en el Mostrador previa solicitud, y la elegibilidad para cada uno aparece impresa al lado.
4. Todo residente que haya dejado de sudar debe buscar asistencia. Hay asistencia disponible en las clínicas de distrito durante el horario de atención.
5. La oficina del distrito registra los eventos de reposo asociados al calor y los informa a la Junta cada semana. Un evento de reposo asociado al calor no es una causa de muerte y no debe anotarse como tal en una tarjeta de inhumación. La revisión de la Junta concluye que los residentes que mueren en el calor húmedo mueren de diversas afecciones, entre ellas la edad, el corazón, los pulmones, enfermedades previas y la falta de reposo.
6. Para favorecer la calma de los residentes, el servicio de tono de los emisores de los Estratos Medios se ha extendido dos horas cada noche. Los residentes por debajo

de los Estratos Medios que deseen beneficiarse pueden visitar los Estratos Medios durante el horario extendido, sujeto a pase.

7. Las quejas sobre el calor son quejas sobre el clima, que ninguna oficina administra.

La ciudad cumple sus promesas. El calor es temporal.

En el margen de su ejemplar Teodor Asante anotó las cifras del Distrito 7 de la primera semana, tal como la oficina del distrito las mandó arriba: *Eventos de reposo, 9. Mayores de setenta, 6. Menores de dos, 2. En un pedal, 1.* Debajo: *Tarjetas de inhumación devueltas a las familias para corrección de la causa, 9.* Y debajo, más pequeño, con una letra que había apretado tanto que se marcaba hasta el sello de la Junta del otro lado: *Escribí para preguntarle a la Junta de qué no lograron reposar los dos menores de dos. Remitido.*

* * *

Del registro de golpes de la Hilera Sabine, entradas del alba; la hoja amarilla tal como se clavó; el relato de Delphine Aubry.

A las cinco y cuarto, en la sala de bombas de la Hilera Sabine, Gil Arceneaux sacó de la rejilla una sandalia rosada de niño y la puso en el alféizar con las demás cosas que nadie echaba a la carretilla: una cuchara, una medalla de santo, un brazo de muñeca. Cada pocos meses Delphine llevaba todo al altar de los niños ahogados en el Paseo del Luto.

A las cinco y media, el cielo sobre el muro de anillo pasó de pizarra al color de la achicoria aguada, y las garzas que dormían en el muro empezaron a caminar por él con los hombros encorvados, mirando el agua. El calor no cedió. Solo se aclaró.

A las seis menos cuarto Anatole Pellerin bajó por el callejón con el paraguas cerrado y su cartera de boletas bajo el brazo.

Era un hombre delgado de camisa planchada que trabajaba para el Desagüe desde los diecinueve años. Leyó el registro del manómetro en su tambor, escribió en su tablilla, clavó una hoja amarilla en el tablero de avisos junto a la puerta y se apartó de ella como quien se aparta de una estufa. Delphine no fue a mirar. Conocía la forma de un descuento.

—Kuatro jou san lapli, Pellerin —dijo ella.

—Lo sé, Madame Aubry —respondió en el inglés del Desagüe, como siempre hacían los empleados del Desagüe en una sala de bombas, incluso con mujeres a las que conocían desde la escuela.

—Tu veli skriva sa su li?

—No hay renglón para eso. —Lo decía con amabilidad. Ella notaba que lo decía con amabilidad—. Puede presentar una nota de condiciones en la oficina del distrito. Asante las remite.

—Asante senda toti bagay. —Asante lo mandaba todo arriba, y nunca bajaba nada.

Pellerin no discutió. Miró de reojo la lámpara ámbar del regulador como si fuera a decir algo sobre ella, luego les deseó buenos días y siguió hacia la casa de la Hilera de la Cisterna con otra hoja amarilla.

Hortense se bajó del pedal cuando llegó la cuadrilla de día y fue directo al tablero. Lo leyó moviendo los labios. La hoja decía, en la letra impresa azul del Desagüe y con los espacios en blanco llenados por el bolígrafo de Pellerin:

OPERACIONES DEL DESAGÜE. AJUSTE POR RENDIMIENTO DE TURNO. Estación: Hilera Sabine (W7-S). Turno: noche. Producción por debajo del estándar: 5 h 10 min. Ajuste: un sexto (1/6) del valor del turno, a cada miembro de la cuadrilla. Código de causa: DESIDIA (atribuible a la cuadrilla). Las apelaciones no se atienden a nivel de estación. El Desagüe agradece a todas las cuadrillas por mantener seca la ciudad.

—Un sizim —dijo Hortense—. Un sizim di la tura.

—Ankora —dijo Yusuf.

—Ankora, cher, yo. Tu te pensa ki li sere pava wani, konpliman?

Fabien había subido del foso. No podía oírlos, pero podía leer el tablero y podía leer la cara de Hortense, y dijo por señas algo breve y obsceno sobre la madre del Desagüe que hizo reír a la cuadrilla de día mientras ocupaba sus puestos. Luego quien dirigía el turno de día pisó el pedal izquierdo y retomó la canción de Sabine donde Delphine la había dejado, y la máquina no perdió ni un golpe.

Delphine hizo que la cuadrilla se sentara en los escalones y se quitara los zapatos. Era la semana de Janelle.

* * *

Del cuaderno de taller de Janelle Mouton, la página de la casa Sabine; el relato de Hortense Picou.

Janelle Mouton subió por la Hilera Sabine a las seis y diez con el sol a la espalda y un saco de lona al hombro, y encontró cinco pares de zapatos de bombeo alineados en los escalones de la casa de bombas como un desfile que hubiera perdido su banda.

Lo hacía cada dos semanas desde hacía dos años. La cuadrilla de Delphine usaba zapatos de trabajo con suelas gruesas de capas de caucho de neumático, cortadas, pegadas y cosidas en el banco de Janelle, porque los pedales eran rejillas de hierro con un dibujo de diamantes en relieve y se comían las suelas como el Lago se comía los muelles. Cada turno, cada golpe hacía abajo, cuarenta por minuto, ocho horas: uno hacía la cuenta una vez y luego la dejaba, porque cansaba. El caucho se partía a lo largo de la almohadilla del pie, donde mordía el relieve, y luego la grieta se abría, y luego quien los llevaba empezaba a pisar el pedal torcido para cuidar la grieta, y quien pisa el pedal torcido se arruina una rodilla en menos de un año. Janelle había visto las rodillas. Las había visto en su cuaderno de taller antes de verlas en el callejón, una suela gastada hasta agujerarse por el borde exterior en marzo y el mismo hombre caminando con bastón para la seca.

—Bonjou, Janelle.

—Bonjou, Delphine. Tu sanble mor.

—Mo pa te dormi toti nuit.

—Sa pa e un eskiz. —Janelle se agachó en el escalón y tomó el primer par. Los de Hortense: los reconocía por el desgaste, cargado en el talón derecho, una mujer que se mantenía

de pie con el peso hacia atrás. La grieta iba desde la parte interior de la almohadilla del pie derecho casi hasta el borde—. Mizè. Hortense, tu te ap danza su sa ye?

—Chak nuit —dijo Hortense desde el escalón de arriba, donde estaba sentada con los pies en un balde de agua—. Ave mari di mo. Li danza tre bon, la pedal. Li tena mo tre pre. —Su marido, el pedal, muy buen bailarín, que la tenía muy cerca.

—Tro pre. Mira sa.

Janelle revisó los cinco pares. Los de Yusuf no estaban mal; era joven y pisaba plano. Los de Gil estaban partidos en la almohadilla y en la punta de ambos pies, y ella levantó uno y lo miró a él, y él miró el canal. Los de Fabien eran más puntada que cuero y estaban gastados parejo, las suelas de un hombre que llevaba cuarenta años de pie sobre el mismo suelo y sabía dónde poner los pies. Los de Delphine estaban partidos del lado izquierdo, el lado del pedal.

Lo anotó. El cuaderno de taller era un libro de cuentas gordo con el lomo agrietado que había sido de su tía, y ella lo abrió sobre la rodilla y escribió *casa Sabine, turno de noche, cinco pares* y una línea para cada uno: talla, grieta, desgaste del talón. Dibujó la suela izquierda de Delphine y sombreó la grieta, como le había enseñado su tía: *dibuja el pie y el suelo se dibuja solo*. Si uno pasaba rápido dos años de esas páginas podía ver al pedal comerse el mismo lugar, quincena tras quincena.

Luego miró la hoja amarilla del tablero.

—Un sizim —dijo.

—Lapli pa te tonba —dijo Delphine.

—Mo sava ki lapli pa te tonba, mo ap dormi atè ave fenet ouvè kom pouason su plati. Le te doka vu po la tan. —Le habían recortado la paga a la cuadrilla por el clima.

—Le te doka mu po la jej. —No por el clima: por el manómetro, quería decir Delphine, que solo leía el agua que la bomba sacaba y nunca preguntaba por qué.

—Mais, la jej sipoze havi wont. —Janelle cerró el cuaderno—. Mem pri?

—Ke tu pu fasa le avan jedi?

—Mo pu fasa tres avan jedi, an dos avan vandredi. —Los de Gil tenía que reconstruirlos desde la vira—. Gil, pa mira la kanal. La kanal pa ve peya mo. —Ató los pares por los cordones y los metió en el saco, que le pesó en el hombro—. Un tokèn an mita po chak par, an tu douva mo la mita di la fua pase, an Hortense douva mo un bouyi krab.

—Mo janmen promi tu un bouyi krab.

—Tu te promi mo devan temwen na parad di Sabine Friends.

—Mo te e sou na parad.

—Kan mona e sou, le promi vre —dijo Janelle, y se fue callejón abajo con cinco pares de zapatos de bombeo golpeándole la espalda, mientras detrás de ella la máquina empujaba la mañana hacia arriba a través de las piedras.

* * *

Del cuaderno de taller de Janelle Mouton; la tarjeta del mostrador con la letra de su tía; el relato de la hermana Octavia, y el de Nessa, brevemente.

El banco de Janelle Mouton estaba bajo un toldo de lona verde del lado del centro de la Hilera Sabine, frente a la caja de relés al otro lado del callejón, en la planta baja de un edificio que habían elevado dos veces y que habría que elevar otra vez. Su tía había alquilado el cuarto del frente durante treinta años, pero el banco era más viejo que el cuarto: había sido de la abuela de Janelle, y su tía había trabajado en él once años antes de tomar ese cuarto del frente. Tenía un mostrador, el banco, hormas de hierro de todas las tallas, desde la de niño hasta la de Fabien, una máquina de coser de pedal más vieja que el regulador de la casa de bombas, y un suelo de rejilla de hierro sobre un canal de drenaje, porque el dueño había elevado el suelo sobre el canal en lugar de rellenarlo. En una tarde ajetreada la rejilla le subía a uno el golpe hasta el taburete.

En el estante detrás del mostrador, bajo la estampa del santo y el horario del coro, estaban las botas.

Llevaban ahí nueve días. Janelle las miraba cada mañana al quitar la persiana. Eran botas de mensajero de las plataformas: negras, hasta la rodilla, de un cuero liso gris negruzco que ella nunca había podido comprar y con una suela tan limpia y pareja que parecía vertida. Las había traído un mensajero de las plataformas. Era joven, con el acento plano del Dosel y los modales cuidadosos de un hombre cuya madre le había dicho que el Lodo estaba lleno de ladrones, y las había puesto en el mostrador y le había señalado la vira en la punta izquierda, donde la costura se había abierto unos tres centímetros, y le había preguntado si podía cerrarla para el jueves. Ella había dicho que sí. Él había dicho que pagaría al retirarlas, como siempre decía el Dosel. Ella había escrito un boleto, *mensajero de plataforma, bota negra, cerrar vira punta izq., 9 fichas al retirar*, y había colgado la mitad en las botas y le había dado la otra mitad, y él se había ido callejón arriba hacia las escaleras de servicio.

Recordaba una cosa más de él, y le había dado vueltas más de una vez en esos nueve días. El suelo de su taller era rejilla de hierro sobre un drenaje. Cuando entraba Fabien Mercier, se le sentía en la rejilla. Cuando un niño la cruzaba corriendo se sentía al niño, un pequeño repiqueteo en las patas del taburete. Cuando el mensajero entró y volvió a salir, con esas botas, ella no había sentido nada. Estaba sentada en su taburete con la mano en el banco y lo había visto cruzar su suelo y no había sentido subir absolutamente nada a través del hierro.

Había cerrado la vira esa misma tarde con doble puntada de hilo encerado. Desde entonces las botas estaban en el estante, con el boleto colgando del tirador izquierdo.

Quitó la persiana, colgó el saco de zapatos de bombeo en su gancho y miró las botas, y ellas le devolvieron la mirada con sus suelas limpias y vertidas.

—Nueve —les dijo—. Vu ap kosta mo etajè.

Su regla estaba escrita en una tarjeta sobre el mostrador con la letra de su tía, ya parda por el tiempo: *Los artículos no retirados en diez días pasan a ser propiedad del taller*. Era la regla de su tía y de la tía de su tía, y en la Hilera Sabine todo el mundo la conocía. En las plataformas nadie sabía nada de ella.

La hermana Octavia vino desde el mostrador de la panadería, dos puertas más arriba, con dos tazas de achicoria y un cucurucho de papel. Era una hermana lega de Santa Brígida, grande y de voz suave, cuyo pan de sorgo era el mejor de tres distritos. El pan no necesitaba aceite. La repostería sí, y la bandeja de repostería llevaba una semana vacía.

—Vapè —dijo, mientras dejaba el cucurucho en el mostrador. Al vapor—. Padon. Mo ap manda padon a toti mona semen sa kom si sa e fot di mo.

—Ke sa e fot di tu?

—No, sa e fot di Counter, me tu pa pu manda padon a Counter, li pa havi figi. —Octavia se sentó en el taburete de los clientes y sorbió su achicoria—. Vye Batrville pava ki li gon skriva a mè.

—Vye Batrville skriva a mè chak ane.

Janelle desenvolvió el cucurucho. Dos pastelitos verdes al vapor, con una untada de la mermelada de higo de Octavia en cada uno, porque Octavia no soportaba darle a nadie algo sin nada. Se comió uno de pie, con bastante hambre para agradecerlo y bastante cansancio para que eso le molestara. El mes pasado los Hurley habían frito pastelitos en aceite de sorgo de las terrazas de Garden Rise con sal y hojuelas de chile, y todo el callejón se había quedado en la calle al mediodía comiéndolos sobre papel, y Janelle había besado a Nessa en el escalón de los Hurley con sal en ambas bocas. Pensó en el beso en vez de en el pastelito.

—Kor swar sa —dijo Octavia.

—Mo sava.

—Li ap fasa nu chanta Kantik Sirj ankora.

—Mo sava. Mo ap reva li.

—Li tre lèd —dijo Octavia, y luego se persignó, porque era un himno.

Cuando Octavia se fue, Janelle se sentó al banco y empezó con los zapatos de Hortense. El trabajo era el mismo de siempre y le gustaba como gusta un paseo conocido. Cortó la costura alrededor de la suela partida con la cuchilla curva y despegó la suela de la vira. Rasgó el pegamento viejo con la escofina hasta llegar al caucho limpio. Puso el zapato sobre una lámina de caucho de neumático nuevo, una de las pesadas carcasas de camión que Dru bajaba de los depósitos de salvamento al borde de las plataformas, y trazó el contorno con un cabo de tiza, y luego añadió el margen que le había enseñado su tía, el ancho de un dedo, porque el caucho mentía sobre su tamaño hasta que estaba pegado. El taller olía a cemento de caucho y a achicoria. Al otro lado del callejón, la lámpara de la caja de relés parpadeaba ámbar bajo el sol que subía. Bajo su taburete la rejilla le subía el golpe al cuerpo.

A las nueve menos cuarto el callejón se llenó. Trabajadores de día que entraban, trabajadores de noche que volvían a casa, trabajadores de las plataformas que iban hacia la parte alta, a las escaleras de servicio, con los collarines en la bolsa. Los collarines se alquilaban por mes a Laveau Tech, unas cosas grises acolchadas que se ajustaban alrededor del cuello y bajaban sobre las clavículas, y los trabajadores de las plataformas los llevaban doce horas al día allá arriba para que la gente del Dosel no se quejara de cómo se movían. Se les veía al pie de las escaleras levantando la barbilla y tirando de las correas, como quien se pone un cabestro. Laveau Tech tenía un cartel en la pared de la casa de bombas, renovado cada mes: un joven sonriente con collarín que llevaba una bandeja de copas a través de una terraza de plataforma, y debajo de él, *COLLARÍN CONFORT. Trabajo en silencio. Descanse tranquilo. Primer*

mes a mitad de precio. Los pagos atrasados suspenden el confort. Alguien había escrito con tiza *Y TU CUELLO* debajo, y alguien más había intentado borrarlo y lo había empeorado. Dos muchachas se detuvieron por unas tapas de tacón y, mientras ella trabajaba, hablaron de la nueva plataforma sobre las manzanas del norte, donde los martinetes sacudían el suelo todo el día encima del golpe.

A las diez pasó Nessa.

La banda había tocado en el Salón Largo detrás del mercado hasta las tres, una fiesta de boda del Distrito 9 que la había contratado para tocar lento y luego había pedido rápido, y Nessa todavía llevaba la camisa verde del concierto, con una taza de achicoria en una mano y cara de no haberse acostado y de no tener intención de hacerlo. Nessa se apoyó en el mostrador y sacó el segundo pastelito de su papel sin preguntar, lo partió por la mitad y le devolvió la mitad.

—Vapè —dijo Nessa, con asco.

—Toti mona pava sa kom si le e la prim mona ra remake.

—Mo e la prim mona ra remake matin sa. Bo mo.

Lo hizo. Nessa sabía a achicoria y a mermelada de higo y a trasnoche, y el beso duró un poco más de lo que el callejón aprobaba, y la hermana Octavia gritó algo desde la puerta de la panadería que les hizo reír boca contra boca.

—Monta swar sa apre kor —dijo Nessa—. La fenet ve e ouvè. Gen un ti van su tresim eta si tu kanpa egzakteman na un sèl plas.

—Mo ve e fatige.

—Tu ve e fatige laro oswa fatige anba da. Monta laro. —Nessa tocó el cordel en la garganta de Janelle. Janelle llevaba las llaves en un cordón encerado porque había perdido demasiadas del cinturón: la llave del taller, la del baúl de lata, y una llave de latón, más nueva que las otras, hecha en un puesto detrás del mercado y entregada por encima de una mesa en el Salón Largo hacía tres meses como si no fuera nada. Nessa le dio vueltas a esa entre dos dedos. Era la llave del cuarto del tercer piso encima del cordelero de la calle Palmer, donde Nessa vivía y ensayaba y dormía mal con la ventana abierta—. Tu toujou havi li.

—Mo sere meta li wena?

—Mona perdi kle.

—Mo pa perdi kle. Mo perdi souli. —Janelle señaló el estante con la cabeza—. Nueve jou. La ti nonm di dek.

Nessa miró las botas con interés profesional, como al baterista de otra banda: «Bon kuir.»

—Tro bon. Mira semel so. Mo janmen viza un semel kom sa.

—Koupa li an mira.

—Demen —dijo Janelle—. Demen le e di mo. —Mañana serían suyas.

* * *

Del relato de Junie, que es el más largo de este expediente y se ha recortado en más de la mitad; el tablero de agua del Yunque, tal como se escribió con tiza esa mañana.

El carrito de agua del Yunque era una caja plana sobre dos ruedas de bicicleta con un mango de tubo de plomería, y en él cabían cuatro bidones de veinte litros si se ponían de pie y nada más, y Junie lo había empujado hasta el distribuidor de la calle Mercy cada mañana desde que entró el calor húmedo, cuando Nox todavía era un nombre que nadie decía en la mesa y Solène había decidido que una criatura capaz de contar hasta cien en tres idiomas podía contar bidones.

El tablero decía lo que la casa necesitaba. Junie había dibujado las columnas: BEBER, COCINAR, CLÍNICA, GALLINAS. La lluvia llenaba la cisterna del techo para lavar y para el huerto, cuando llovía, y no había llovido en cuatro días. El agua para beber había que comprarla. El agua de la clínica había que comprarla y luego hervirla, lo que requería aceite, que se había acabado. Así que la columna de la clínica tenía un signo de interrogación, escrito grande con tiza, con la esperanza de que alguien lo viera e hiciera algo, y nadie lo había hecho.

El puesto del distribuidor era la planta baja de un viejo banco en la esquina de Mercy y Rampart, y Madame Lam lo llevaba con su hijo Dúng y un tanque tratado en el techo y una báscula que el Mostrador venía a sellar cada trimestre. La fila empezaba a las seis. Junie iba en el lugar once. Delante estaban las muchachas Broussard con un carrito como el del Yunque, pero peor, un hombre de las freidurías con ocho bidones en una rastra, y una anciana con un bidón en la cabeza que pasó adelante porque todos la dejaban. Le agradeció a Madame Lam el *dlo* a la manera antigua, con la nasal que los jóvenes ya no se molestaban en hacer y la consonante final pronunciada hasta el fondo, y dos de las muchachas Broussard cruzaron una mirada y no se rieron, porque era la abuela de alguien y se iba a saber. Madame Lam le hablaba en vietnamita a Dúng y en Kanal a la fila y en el inglés del Mostrador al inspector del sello, y cambiaba de uno a otro a mitad de una frase sin darse cuenta, como hacía la gente del mercado, de modo que «kuatro barik, dos tokèn kuarenta, la pri nov, pava granmè di tu» salía con vietnamita a cada lado y un gesto. Cuatro bidones, dos fichas cuarenta, el precio nuevo, díselo a tu abuela.

—La pri nov —dijo Junie.

—Pali ave Board —dijo Madame Lam—. La sel tretman te monta. Kan la sel monta, la dlo monta. —Luego, en vietnamita, algo a Dúng que lo hizo reír, y después a Junie, en Kanal—: Pava a Yvonne ki mo gon meta la diferans su kuenta tanka luil di li vena. Pava a nulan otra. —La diferencia iría a la cuenta del Yunque hasta que llegara el aceite, y nadie más debía saberlo.

Junie lo escribió en el tablero, pequeño, en la esquina: *Cuenta Lam 0.40*. Luego, porque Junie llevaba las cuentas como Margaux le había enseñado una vez a toda la mesa a llevar un libro de cuentas, como si pudiera mentir, Junie escribió *por qué* al lado y encerró la palabra en un círculo.

El carrito lleno pesaba. Había que empujarlo por las pasarelas elevadas, no por el callejón, porque el callejón se hundía en cada rejilla de drenaje y un bidón se volcaría. La calle Palmer ya estaba caliente a las siete. La freiduría de la esquina estaba a oscuras, los Hurley sentados

en su escalón con las manos entre las rodillas, y Madame Hurley le gritó a Junie que hoy la lisa iba a ser hervida, hervida, como si fuera una muerte en la familia, y Junie le contestó que en el Yunque estaban comiendo pastelitos al vapor, y Madame Hurley dijo que todos estaban comiendo pastelitos al vapor, todo el distrito estaba comiendo pastelitos al vapor, el Dosel debería avergonzarse, y volvió a mirarse las manos.

El mercado iba antes que la casa. Esa era la regla que Junie se había puesto y que nadie más conocía. Los bidones del Yunque podían quedarse diez minutos a la sombra del cobertizo de los pescaderos sin que nadie se los llevara, porque todo el mundo conocía el estarcido del martillo y la rosa en el costado del carrito, y detrás del cobertizo de los pescaderos la tubería maestra del Distrito 7 salía de la tierra durante veinte metros antes de volver a hundirse, un viejo tubo de hierro tan grueso como una persona, y Pip estaría encima, con todo el cuerpo sobre él.

Pip estaba. Con todo el cuerpo contra el hierro curvo, una oreja pegada y una mano sobre la otra oreja, como se ponía Pip siempre, ocho años y pura rodilla, de una familia de la Hilera de la Cisterna que alquitrataba canaletas, y con tanta quietud que las gaviotas pasaban caminando alrededor.

Junie se sentó en el bordillo, sacó dos pastelitos al vapor de un paño y esperó.

—Katy Onse ap rira ankora —dijo Pip, sin moverse—. Mem fanm. Tres fua. —Alguien en el Distrito Once se estaba riendo otra vez, la misma mujer, tres veces, y la tubería lo había traído hasta el mercado.

—Rira su wani?

—Mo pa pu audi su wani. Selman rira. —Pip tendió una mano, con la palma hacia arriba, todavía sin mirar, y Junie le puso un pastelito. Pip se lo comió sin levantarse—. Sabine lan.

—Marcel te pava. Li pa te dormi toti nuit, ave ti Kerrigan.

—Ti Kerrigan e kouzen di mo. —Pip lo pensó—. Kouzen dosim. Li bon. Mo pu audi li.

—Tu pa pu audi li.

—Mo pu audi ponp di Kerrigan ye. Nulan ap kouri monta desanda a li. Ko li bon. —Si el niño se ponía mal otra vez, quiso decir Pip, alguien iría corriendo de arriba abajo hasta la bomba de los Kerrigan por agua fría, y el hierro también lo traería. Nadie corría. Entonces el niño estaba bien.

Junie pensó que eso probablemente era cierto, y también que Pip se estaba luciendo, y dejó las dos cosas en pie. El segundo pastelito fue a parar a la mano de Pip. El trato venía desde la seca anterior a esta, y las condiciones nunca se habían dicho en voz alta: Junie traía pastelitos, y Pip le contaba a Junie lo que decía el hierro, y Junie lo llevaba a casa y lo guardaba en la casa como cualquier otra provisión, y a veces Solène escuchaba.

Lo que nadie en el Yunque sabía era lo de las carreras. Los corredores de la Espina llevaban las noticias del distrito y las órdenes de la Espina y los mensajes de la clínica por rutas marcadas con tiza en la sala de la Espina, en un tablero con veintidós nombres, y el nombre de Pascale estaba ahí, y Pascale tenía catorce años, y Solène había dicho, la única vez que Junie preguntó, *a los doce, y ni un día antes, y vuelve a preguntarme a los doce*. Así que Junie no preguntó. En cambio, Junie aprendió las rutas. Cada mañana después del agua, y algunas tardes después de lavar los platos, Junie corría una a solas, cronometrándola contra el golpe,

cuarenta alzadas por minuto, de modo que de la toma de agua de la calle Mercy al muro de la Hilera de la Cisterna había mil cien alzadas por el callejón y novecientas por el pasaje trasero de la lavandería y el tablón sobre la alcantarilla de la calle Palmer. Eso también estaba en un cuaderno. Un cuaderno escolar, azul, debajo del saco de alimento para gallinas en el techo, adonde nadie iba salvo Junie y las gallinas.

—Tu gon kouri li jodi —dijo Pip.

—Petet.

—Tu gon kouri la miray.

—Petet. —Junie se levantó y se sacudió las migas—. Pava mo si ponp di ti Kerrigan starta.

—Li pa ve starta.

Las gallinas eran cuatro, en el techo, en un gallinero que Marcel había construido con la madera de las viejas literas que no había ido a parar a su banco de trabajo, y tenían nombres que eran motivo de disputa. Colette les ponía nombres de santos. Yvonne las llamaba por cómo ponían: la buena, la floja, la del ojo, la otra. Junie les ponía los nombres de las cuatro campanadas de la noche, primera campanada, segunda campanada, tercera, cuarta, porque era cuando se les daba de comer si Junie se despertaba, y, mientras les daba de comer, les cantaba el Himno de la Crecida del coro en el terrible arreglo de Philemon Roux, el que todo el distrito odiaba, porque las gallinas no sabían que era terrible y ponían de todos modos.

Los bidones entraron en la cocina a las ocho menos cuarto, tres para beber, uno para la clínica, donde Yvonne estaba de pie mirando el esterilizador vacío. Junie escribió en el tablero con tiza. BEBER 60, COCINAR de BEBER, CLÍNICA 20, GALLINAS lluvia, y el signo de interrogación donde estaba. Yvonne lo leyó por encima de la cabeza de Junie.

—Wani e won sa?

—Madame Lam ap meta kuarenta su cuenta. La sel te monta.

Yvonne miró la palabra *por qué*, encerrada en un círculo, durante largo rato. Luego le puso la mano en la cabeza a Junie, brevemente, y fue al escritorio de la clínica a sacar la reclamación de aceite del cajón de Cora y leerla otra vez.



Lisa frita, hervida

De las condiciones impresas en el reverso de una tarjeta de racionamiento del Mostrador, emisión del Distrito 7, en letra tan pequeña que Janelle Mouton se las leyó en voz alta al taburete de los clientes a través de una lupa de zapatero; la tarjeta pertenecía al viejo Batraverse de la Hilera Sabine, que quería que constara en el expediente.

MOSTRADOR DE NEO NEW ORLEANS. CONDICIONES DE USO DE LAS FICHAS DE RACIÓN.

Al aceptar, poseer, gastar o recibir pago en fichas, el titular acepta estas condiciones.

1. Las fichas las emite el Mostrador y siguen siendo propiedad del Mostrador en todo momento. El titular las tiene.
2. Las fichas pueden canjearse por bienes en los puntos de distribución autorizados, a la tarifa publicada, hasta agotar existencias. Las existencias duran mientras duran.
3. Una ficha no tiene valor fuera de un punto autorizado. Una ficha no tiene valor dentro de un punto autorizado que no tenga nada que vender. En ambos casos la ficha sigue siendo una ficha, y se agradece al titular por tenerla.
4. Los salarios pagados en fichas pueden adelantarse a cuenta del próximo pago con el descuento publicado. El descuento es un servicio. El titular que acepta un adelanto acepta que el próximo pago siempre iba a ser menor.
5. Una asignación se publica como CUMPLIDA EN SU TOTALIDAD cuando se ha cumplido en su totalidad en el papel. La entrega sigue a la asignación, sujeta a revisión de abastecimiento. Un hogar al que se le ha asignado aceite ha tenido aceite.
6. Los nuevos residentes, los residentes que regresan y los traslados de distrito comienzan con un saldo inicial, que es una deuda, por asignación de vivienda y entrega de herramientas. El titular que muere con un saldo inicial lo transmite al hogar. El Mostrador no desea ser una carga en un momento difícil, y mantiene el saldo sin cargo adicional durante el primer trimestre.

7. Las fichas encontradas en la calle, ganadas al dominó, pagadas por una canción en un funeral o dadas por un desconocido son fichas válidas. El Mostrador solo pide que se gasten.
8. Las fichas no son dinero. Las quejas sobre los precios son quejas sobre el abastecimiento. Las quejas sobre el abastecimiento se remiten.
9. El Mostrador puede modificar estas condiciones en cualquier momento. Las condiciones modificadas se aplican a las fichas que ya se tienen.

El Mostrador: cada cosa en su lugar.

El viejo Batrville había subrayado dos veces el punto cinco y había escrito al lado, con la letra cortés y furiosa que el registro de correspondencia conocía por treinta años de cartas suyas: *Entonces he comido lisa frita todas las noches de este mes, y le doy las gracias al Mostrador por cada una.*

* * *

Del relato de Janelle Mouton; el de Pip, dado más tarde y por extenso.

Por la tarde, cuando el calor era peor y media Hilera Sabine dormía en el suelo de sus casas, Janelle Mouton tomó los zapatos de Gil Arceneaux y fue caminando al mercado del Distrito 7 a comprar cuero para vira.

El mercado del Distrito 7 olía a achicoria, a cangrejo y a cartón mojado. Casi todas las freidurías estaban cerradas. A un hombre que vendía cangrejo hervido en papel le iba bien, porque nadie necesitaba aceite para hervir un cangrejo, y una mujer de las terrazas tenía sobre sus sacos de sorgo un letrero que decía *ACEITE LA SEMANA QUE VIENE QUIZÁS, PREGUNTE EN EL MOSTRADOR*. Janelle discutió diez minutos con los hermanos Delacroix por el cuero para vira por puro gusto y les sacó un sexto de rebaja, que ella contó como el sexto del Desagüe que volvía por otro camino.

Detrás del mercado, donde la vieja tubería maestra volvía a salir del suelo unos metros a lo largo de la pared trasera del cobertizo de los pescaderos, había una criatura tendida cuan larga era sobre las piedras con una oreja pegada al hierro.

Era Pip. Janelle conocía a Pip como todo el mundo de este lado del Distrito 7 conocía a Pip: ocho años, puras rodillas y codos, lo más pequeño de una de las familias de la Hilera de la Cisterna, una criatura a la que había que llamar tres veces a cenar. Pip tenía una mejilla sobre la tubería y las dos manos abiertas sobre las piedras, una a cada lado, los ojos cerrados, la cara tan quieta y tan seria que Janelle dejó de caminar.

Era el mismo hierro que pasaba junto a su banco, y si uno pegaba la oreja en el lugar justo podía oír, según decían los niños, los otros distritos. Janelle lo había hecho a la edad de Pip en ese mismo tramo, y había oído lo que oían los niños: golpes sordos, crujidos, martilleo lejano, la subida y el asiento del Distrito 7 y, a veces, como alguien que tararea en el cuarto de al lado, el pulso más rápido de otro distrito que llegaba por el hierro desde más lejos.

—Tu havi wani? —dijo.

Pip abrió un ojo: «Onse.»

—Katy Onse? De da?

—Kekmoun ap rira. —Pip volvió a cerrar el ojo y se apretó más contra el hierro—. Un madanm. Li te rira tres fua. Kom sa. —Pip hizo un sonido, una risa baja y burbujeante, nada mal—. A midi mo te audi li, an mo te kouri a kay an pava Mama, an Mama te pava ki tu pa pu audi Katy Onse de deye mache, sa tro luen, an la gran tiyo pa pasa du. —Una mujer del Distrito 11, que se reía tres veces, así; Pip la había oído al mediodía y había corrido a su casa para contarle, y Mamá dijo que estaba demasiado lejos, que las tuberías no llegaban hasta ese punto.

—Mama di tu petet korek.

—Mo sava ki li korek —dijo Pip, con mucha paciencia—. Mo te audi li kanmem.

Janelle se agachó con su saco de zapatos y puso la mano abierta sobre el hierro. Estaba tibio de sol y le subía el golpe a la palma, la subida y el asiento de la Hilera Sabine, cuarenta por minuto, la cuadrilla de Delphine en los pedales con zapatos prestados. Y algo por debajo, más fino, que podían ser los martinets de las manzanas del norte, o la cuchilla del pescadero al otro lado de la pared, o un distrito lejano.

No pegó la oreja. Tenía treinta y un años y un saco de zapatos y no iba a tirarse en las piedras detrás del cobertizo de los pescaderos delante de los hermanos Delacroix.

—Si li rira ankora —dijo— pava mo li ap rira su wani. —Si la mujer soltaba otra risa, Pip debía contarle de qué se estaba riendo.

Pip lo pensó y asintió, como si Janelle hubiera hecho una pregunta razonable. Janelle se levantó. En el extremo del cobertizo que daba al mercado, un vendedor estaba descolgando un letrero que decía *LISA FRITA* y le daba la vuelta hacia el lado que decía *HERVIDA*.

* * *

Del relato de Janelle Mouton; el del viejo Batrville, que pone la nube en otra tarde.

A las seis el calor aflojó un poco, y la Hilera Sabine salió hasta sus escalones.

Pasaba todas las tardes en el calor húmedo y Janelle nunca había visto a nadie decidirlo. Se abrían los postigos, salían las sillas, los viejos se sentaban despacio en los escalones más altos de sus puertas elevadas y se quitaban las pantuflas y apoyaban los pies descalzos sobre la piedra. Decían que estaban sintiendo el distrito. La tía de Janelle lo había hecho todas las tardes de su vida en el escalón del taller, y el último año, cuando su tía ya no podía bajar las escaleras, Janelle le había subido una palangana de agua a su cuarto, y su tía había metido los pies en la palangana sobre las tablas del piso y había dicho que no era lo mismo, pero que serviría. De eso hacía cuatro años. Janelle todavía se quitaba los zapatos en el escalón algunas tardes y no se preguntaba por qué.

Esa noche se sentó en el escalón con los zapatos de Gil en la rodilla y el cuero para vira al lado y trabajó con la última luz, porque el aceite de la lámpara escaseaba como todo lo demás. Al otro lado del callejón, el viejo Batrville estaba sentado en lo alto de sus once escalones con una hoja de noticias de los Estratos Medios de hacía un mes, leyéndola en voz alta para nadie. Faustin el techador y Hurley el mayor habían sacado la mesa de dominó a la esquina, bajo el letrero apagado de la freiduría, y estampaban las piezas con tanta fuerza que la mesa caminaba. Los nietos de los Hurley jugaban al salto del umbral en los escalones

de los Batrville, porque sus once escalones eran los más del callejón: saltabas del callejón al primer escalón, luego al segundo, y en cada escalón más arriba tenías que gritar un año más de tu edad, y si fallabas te ahogabas y tenías que sentarte en la cuneta hasta que alguien te sacara. El más pequeño de los Hurley se ahogó cuatro veces en diez minutos y se lo tomó con filosofía.

Una cuadrilla antimosquitos bajó por el callejón a las seis y media con el tanque en una carretilla y la larga lanza de latón, un muchacho y una mujer con delantales de goma que fumigaban las cunetas y el agua estancada bajo los escalones de los Batrville. Los jugadores de dominó contuvieron la respiración y maldijeron. Los niños corrieron adrede hacia la niebla y salieron tosiendo y encantados. Sobre el muro de anillo, del lado del Lago, una nube de tormenta se alzaba en la tarde, blanca arriba y de un morado de moretón por debajo, con el último sol en la cima, tan alta que la gente se detenía en sus escalones para mirarla. Parpadeaba por dentro sin un sonido.

—Sa e lapli —dijo Faustin.

—Sa e lapli de Katye Kuarenta —dijo Hurley—. Li pa antra. Li mira nu an li nika a Kuarenta.

—Petet li antra.

—Li ap mira nu depi kuarto jou.

La nube se quedó donde estaba y se encendió por dentro, rosa y luego blanca, y toda la hilera la miró como se mira a un gato que puede o no acercarse a tu mano. Janelle dejó de coser. Pensó que era lo más hermoso que había visto en toda la semana y le molestó que no lloviera, y las dos cosas se sostenían a la vez, como casi todo en la Hilera Sabine.

—Janelle —le gritó el viejo Batrville desde el otro lado del callejón—. Ti nonm di dek te vena po bot di li?

Todo el callejón estaba al tanto de las botas, y ella le contestó en voz alta: «Demen e dies» El décimo día.

—Ko le e di tu. —Entonces eran de ella, quería decir él, por la regla de la tarjeta del mostrador.

—Ko le e di mo.

—Bon kuir?

—Tro bon.

—Vanda le a Delacroix ye —dijo Hurley, estampando una doble—. Le ve dava tu un sizim su kekchoz.

A las siete menos cuarto la nube se fue hacia el Distrito 40, como había dicho Hurley, y el callejón soltó el aliento y volvió a su dominó. Janelle cortó el hilo con los dientes, volvió a meter los zapatos de Gil en el saco y entró a buscar su carpeta del coro.

* * *

Del relato de la hermana Octavia sobre el ensayo; el cuaderno de taller de Janelle Mouton, la última línea del día.

El ensayo del coro en Santa Brígida se alargó esa noche. Philemon Roux, el director del ensayo, un hombre pequeño y meticuloso que guardaba su diapasón en un estuche de terciopelo, les hizo cantar el Himno de la Crecida once veces. Era su propio arreglo de un texto antiguo, y subía donde las palabras querían descansar, de modo que las sopranos llegaban una y otra vez a *libranos* en una nota como una puerta. Janelle Mouton cantó de segunda contralto sin quejarse, y en el camino a casa Octavia se quejó por todos.

Janelle no subió a casa de Nessa. Tenía intención de hacerlo. Caminó hasta la esquina de Palmer y miró hacia la ventana del tercer piso sobre el taller del cordelero, donde la lámpara estaba encendida y los postigos abiertos y alguien, Nessa, tocaba una frase de guitarra una y otra vez, los mismos cuatro compases, buscando adónde iban. La ventana era un cuadrado amarillo en lo gris. Se quedó con la mano en la llave que llevaba al cuello y escuchó.

Nessa había dejado la llave sobre la mesa en el Salón Largo entre dos platos de lisa frita la noche de la función a beneficio de la Última Fila, en la pausa entre tandas, y había vuelto a subir a cantar antes de que Janelle pudiera decir nada. La canción siguiente era la lenta de los árboles fantasma, y Nessa la había cantado entera mirando la pared del fondo del salón y en ningún momento hacia ella. Janelle había recogido la llave durante la segunda estrofa. Nessa no miró hacia allá hasta el último estribillo, y entonces se saltó una palabra, y el baterista soltó una carcajada.

Pensó en el único lugar del cuarto por donde entraba la brisa, y en su propia cama, y se fue a casa. Nessa la perdonaría antes del mediodía y volvería a sacar el tema en el próximo desfile.

En su propia puerta se detuvo y miró al otro lado del callejón. La caja de relés parpadeaba. La casa de bombas al pie de la hilera mostraba su lámpara, y la cuadrilla de Delphine pronto volvería a entrar con zapatos prestados, porque Janelle tenía los suyos en su banco. La casa de los Hurley estaba a oscuras. La cocina de alguien, tres puertas más arriba, olía a algas al vapor.

En el taller las botas estaban en su estante, a oscuras. No encendió la lámpara. Se sentó un minuto en su taburete con una mano sobre el banco, y la rejilla debajo de ella le subía el golpe por las patas del taburete hasta los huesos, cuarenta por minuto, lento y pesado, como todas las noches de su vida.

Abrió a tientas el cuaderno de taller en la página del día y, antes de subir a acostarse, escribió una línea más bajo los cinco pares, a lápiz porque la tinta estaba en el estante: *Botas de las plataformas, día 9. Sin recoger. Distrito sin aceite. A la cuadrilla nocturna de Sabine le descontaron un sexto, otra vez.*

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; el tablero de la tarde de la Espina tal como Cyprien Brevard lo copió en el libro de rutas; el de Nadège Poirier, que discute la aritmética.

La sala de la Espina era el antiguo salón delantero del Yunque, y todavía tenía en el techo las rosas de yeso del salón y una chimenea de mármol que nadie había encendido en treinta años, con el tablero de rutas apoyado dentro. A las siete de la tarde del día en que se acabó el aceite en el Distrito 7, en la sala había veintidós corredores, tres jefes de sección, un perro que no era de nadie y el calor de todos ellos, y Solène estaba de pie ante el tablero con el lápiz rojo y un paño mojado alrededor del cuello y escuchaba llegar el día.

Llegaba por rutas. Así había armado el tablero Cyprien Brevard, años antes de que ella lo tomara: cada corredor se ponía de pie cuando se llamaba su ruta y daba el día en orden, calle por calle, sin opiniones, y las opiniones venían después, de los jefes de sección, y se discutían. Cada informe terminaba diciendo de dónde lo tenía el corredor. *Viza*, visto, si el corredor lo había visto; o *yodi*, dicen, colgado al final de la frase como se hace en Kanal, el rumor puesto en último lugar para que nadie pudiera confundirlo con un hecho. Cyprien castigaba con un turno en los hornos al corredor que lo omitía. La Espina se movía a base de rumores todos los días de su vida, y tenía que saber cuál era cuál. Cyprien llamaba las rutas, la *ruta*, como la decían todos los corredores del Lodo, con su voz seca desde la silla junto a la chimenea, un hombre grande de sesenta años que de muchacho había corrido él mismo la ruta de la calle Mercy y todavía la recorría una vez por semana para mantener honestas las rodillas.

—Palmer a Sabine.

Se levantó una muchacha: «Hurley ye nuar. Ekip Sabine doka ankora, un sizim, la fey jon ye su miray. La valv, Delphine pava. Sister Octavia ap kuita san luil, pen gate, pri gate, li pava. Janelle Mouton havi un par bot kourye ra nulan te vena chercha, an li fache. *Viza*.» Los Hurley a oscuras; la cuadrilla de Sabine con otro descuento, y Delphine culpando a la válvula; el pan arruinado de Octavia a precios arruinados; las botas sin recoger de Janelle.

—Mercy an Rampart.

Un muchacho: «Tiyo Mercy toujou koule. Dlo Madame Lam monta kuarenta po barik, la sel. Un goumen na liy gato na fou Rampart, dos fanm, po tura di wini, nulan blese, un te mode. *Viza*.» La tubería de Mercy seguía goteando; el agua de Madame Lam subió hasta cuarenta el barril por la sal; dos mujeres peleándose por a quién le tocaba en la fila de los pasteles, y una de ellas había mordido.

—Toulouse.

Un niño pequeño junto a la puerta: «Avi su dora di Counter pava ki luil an reta. Li pava sa depi onse jou. Madame Asante te manda mo pava a Teodor ki li manja kekchoz.» El aviso en la puerta del Mostrador decía que el aceite venía con retraso y lo decía desde hacía once días, y Madame Asante le había mandado decir a Teodor, en la oficina del distrito, que comiera algo. Risas, que Cyprien dejó correr exactamente lo que tardó en pasar una página.

Siguió así media hora, veintidós rutas, y Solène no escribió nada hasta el final. Escuchaba como Yvonne le había enseñado a escuchar el pecho de un enfermo, buscando lo que había bajo el sonido: qué ruta traía un nombre nuevo, a cuál le faltaba un nombre viejo, qué

corredor decía *nadie herido* demasiado rápido. Cuando terminaron las rutas tenía cuatro palabras en rojo en el tablero, y los jefes de sección se inclinaron hacia adelante en sus sillas.

Aceite. Agua. Mordisco. Delphine.

—Luil avan —dijo Nadège Poirier, porque siempre hablaba primero, y porque el abastecimiento era cosa suya. Era una mujer delgada, con lentes de lectura colgados de un cordón, que peleaba con todo el mundo y llevaba seis años peleando con Solène con gran respeto mutuo—. La katye pa havi. Mu pa havi. Counter te affiche li livre. —Todos los hogares de su lista cocían pastelitos al vapor, y los viejos no podían retener los pastelitos al vapor, y en tres hogares la abuela había dejado de comer—. Mo pu mova diri di klinik a le. Mo pa pu mova luil ra mo pa havi.

—Gen luil na katye —dijo Kwame Dorsainville.

Todos sabían lo que quería decir. Kwame dirigía las cuadrillas de reparación, que eran las cuadrillas de Marcel en todo menos en la tiza del tablero, y era un hombre paciente y cuidadoso con una cicatriz de quemadura que le subía por un antebrazo, de una caja de empalmes del Desagüe, y cuando hablaba con esa voz, tranquila y razonable, era porque ya lo había decidido y esperaba que lo convencieran de lo contrario.

—La rut di Sindika —dijo Solène.

—Tres chaland te monta la kanal apremidi sa. Mo te mira le dechaja na Basin —dijo Kwame. Tres barcas canal arriba esa tarde, descargando en la Dársena. Aceite de quemador, cuarenta bidones por lo menos, para la refinería—. Li su waf di Basin anba un bach, ave un mona di Laveau ra sida su li ap manja zoranj.

—An?

—An la katye pa havi, an kuarenta kanis ap deme anba un bach, dos pon luen. —El distrito sin nada, y cuarenta bidones debajo de una lona a dos puentes de distancia.

La sala se había quedado en silencio. El perro se echó.

—Mu pa pran —dijo Solène—. Mu mova. —No tomamos. Movemos.

—Sa e un pawol. —Eso era un dicho, quería decir Kwame, y solo un dicho.

—Pikan kanpa su pawol sa. —La Espina se sostenía sobre ese dicho. Si la Espina se llevaba esa noche el aceite de Laveau del muelle, dijo ella, al día siguiente la gente de Laveau se llevaría lo que se le antojara de la calle Palmer y diría que lo había aprendido de la Espina, y el distrito pagaría los cuarenta bidones con sus propias puertas. Dejó el lápiz sobre la repisa de la chimenea, con cuidado. Y entonces, continuó, el Mostrador publicaría que la Espina había asaltado un cargamento legítimo, y la Junta mandaría Purificadores a la Hilera Sabine, y a la cuadrilla de Delphine le descontarían un tercio en lugar de un sexto por el disturbio—. Tu sava toti sa.

—Mo sava li. —Kwame se frotó la cicatriz—. Mo te veli ki kekmoun pava li devan kourè ye. Kek kourè te ap pensa li. —Había querido que se dijera delante de los corredores, porque algunos lo habían estado pensando.

Lo habían pensado. Solène vio a dos de los muchachos mayores mirarse los pies. No los miró. Miró a Kwame, y él le devolvió la mirada con la paciencia de un hombre que había construido muchas cosas y las había visto caerse, y ella pensó, no por primera vez, que él habría sido mejor jefe de la Espina que ella, y que él lo sabía, y que no lo quería.

—Dlo —dijo ella, y siguieron.

Agua eran los cuarenta del barril, que Nadège dijo que podía absorber para doce hogares y no para el distrito. Mordisco era la fila del horno de Rampart, lo que significaba malhumor, lo que significaba calor y hambre, lo que significaba que la Espina debía mandar mañana a dos corredores a sentarse junto a los hornos con una pizarra y una bolsa de sorteo para los turnos, como hacían en la seca. Delphine era un sexto descontado otra vez, tres semanas seguidas, y esa fue la que Solène escribió dos veces. Una cuadrilla a la que le descontaban por desidia porque su válvula estaba fallando pisaría más fuerte el pedal para cumplir la cuota, y se agotaría, y entonces la válvula cedería, y entonces cedería el suelo.

—La valv, Marcel pava —dijo—. Li te audi li de eta anlè aye swar.

—Marcel audi toti bagay de eta anlè —dijo Nadège.

—Li souvan korek.

—Li souvan korek su fè. Su toti bagay otra, li e diesinueve ane. —Nadège se quitó los lentes—. Mo gon meta dos kanis diri di klinik po Sabine. Le ve manja li frèt. Pava Marcel po nika mira la valv, an po pa pava okenn bagay a klèk di Drain ra fasa ki li skriva un fom. —Nada, es decir, que hiciera escribir un formulario al empleado del Desagüe.

La puerta se abrió mientras se reían de eso, y Lena entró desde el muro.

General entró como entra el tiempo, desde el lado del Lago, oliendo a barro de río y a alcanfor, con el arma al cinto y un rollo de cordel de filtraciones sobre un hombro, y todos los corredores de la sala se enderezaron, porque los caminantes del muro eran la única parte de la Espina de la que todo el distrito estaba orgulloso y con la que nadie discutía. Lena no fue al tablero. Lena fue a la chimenea y puso dos dedos en la nuca de Solène, bajo el paño mojado, donde más calor hacía, y los dejó ahí lo que dura una respiración, delante de los veintidós corredores y del perro, y luego los retiró y se volvió hacia Cyprien.

—Widow's Elbow ap swe a dosim ranje —dijo Lena—. Prosper veli kuarto mona pi su la mach depi lalin nov. Mo gon veli sak sab avan drapo sirj ye monta, pa apre. —El muro en el Codo de la Viuda sudaba en la segunda hilada de ladrillo, Prosper quería cuatro más en el adarve desde la luna nueva, y Lena querría sacos de arena puestos antes de las banderas de crecida, no después.

—Tu gon veli —dijo Nadège— an mo gon veli, an Counter gon veli.

—Ko nu toti gon veli ansam. Sa e tradisyon di Pikan. —Lena miró el tablero—. Wini te mode?

—Un fanm na liy fou —dijo Cyprien—. Nulan blese.

—Kekmoun toujou blese kan kekoun mode. —Lena se descolgó el cordel de filtraciones y se sentó en el guardafuego con él sobre las dos rodillas, y empezó a enrollarlo otra vez, como se debe, y Solène tomó el lápiz rojo y subrayó *Mordisco* por segunda vez, y la reunión siguió hasta entrada la noche, con el golpe subiendo por el piso del salón lento y un poco mal, como había venido todo el día.



Solicitudes previas: catorce

Del relato de Teodor Asante; la bitácora del mostrador de distribución del Distrito 7.

El formulario de solicitud de la toma de agua tenía en la esquina superior derecha una casilla rotulada *Solicitudes previas (número)*, y Teodor Asante escribió *13* en ella antes de darse cuenta de lo que había hecho, y tuvo que tacharlo y escribir *14* al lado y poner sus iniciales junto a la corrección.

Se recostó y miró el formulario. El Desagüe quería las correcciones con iniciales, y quería las iniciales en el margen, y mandaba el formulario de vuelta abajo si encontraba unas iniciales dentro de la casilla, cosa que había hecho en la primavera, y el formulario de la primavera no había contado ni como la undécima solicitud ni como la duodécima sino como un formulario estropeado, que iba en otro cajón. Así que esta era la catorce. La toma de agua de la esquina de la calle Mercy y el callejón Rampart perdía agua por el collarín desde antes de que Teodor naciera. Soltaba un chorrito constante, del grosor de un pulgar, de agua de la Tubería Larga a la cuneta día y noche, agua limpia, agua pagada, y la cuneta se la llevaba cuesta abajo hasta la alcantarilla de la Hilería de la Cisterna y la bomba de la Hilería de la Cisterna la empujaba por encima del anillo hasta el canal, donde volvía a ser salada. Alguien había calculado una vez, en el reverso de un aviso del distrito clavado en los Puestos de Achicoria, cuántas familias podrían beber durante un año con lo que la toma de agua de la calle Mercy le había dado al canal. Teodor había quitado el aviso. Tenía el sello de su oficina del otro lado.

Firmó el formulario, lo selló y lo puso en la bandeja para el corredor del Desagüe. La bandeja ya estaba llena.

La oficina del Distrito 7 ocupaba la planta baja y el primer piso de un edificio de ladrillo elevado en el lado del mercado de la calle Toulouse. El almacén cívico era dueño del edificio, lo que quería decir que lo era la oficina del alcalde, lo que quería decir que el apellido Abagnale estaba tallado en el dintel sobre la puerta en letras que la madre de Teodor llamaba *el sombrero*. Abajo, detrás de un largo mostrador de madera marcado por generaciones de navajas y bordes de fichas, el Mostrador tenía su ventanilla de distribución del distrito: fichas emitidas y canjeadas, cupos publicados, reclamaciones registradas. Arriba, en dos cuartos con una ventana sobre el mercado, Teodor llevaba todo lo que no era del Mostrador. Hogares contados. Cumplimiento auditado. Solicitudes de reparación remitidas. Respuestas

recibidas. Era un puesto para el que la oficina del alcalde lo había reclutado en el distrito, hacía ocho años, con el argumento de que la gente le hablaría a uno de los suyos, y sí que le hablaban. Le hablaban todo el día. No recordaba la última vez que alguien le había hablado de algo que él pudiera arreglar.

Bajó cuando dieron las nueve, porque la fila había empezado a las siete y para las nueve ya cruzaba la puerta y seguía por Toulouse hasta la esquina.

La fila era por el aceite. Todos los que estaban en ella sabían que no había aceite, y todos habían venido de todos modos, porque el aviso pegado en la puerta de la oficina decía *CUPO DE ACEITE DEL DISTRITO 7 RETRASADO, SE ESPERA EN BREVE*, y *en breve* era una expresión por la que había que venir a preguntar en persona. Roven, la agente del Mostrador en la ventanilla, había clavado un segundo aviso debajo del primero que decía *HOY NO HAY ACEITE*, en letras más grandes, y la gente también lo leía, y se quedaba en la fila. Querían oír a alguien decirlo. En el estante detrás del mostrador, la radio de la oficina, que el Mostrador exigía que toda ventanilla de distrito mantuviera encendida durante el horario de atención, transmitía temprano el boletín del mediodía: una voz de mujer, cálida y sin prisa, que recordaba a los hogares que cocer al vapor era la manera más nutritiva de preparar los pastelitos verdes, ya que freírlos destruía las vitaminas, y que los cupos se estaban cumpliendo en toda la ciudad, y que la paciencia de los residentes era lo que mantenía llena cada mesa. Alguien en la fila le dijo a la radio una palabra que hizo que una mujer cerca del frente le tapara la oreja a su bebé. Roven bajó el volumen a la marca más baja que el Mostrador permitía, que no era apagado. Teodor entendía a la fila. Fue y se paró al final del mostrador junto a Roven, donde la gente pudiera verlo, y lo dijo.

—Pa gen luil jodi. Livrezon di Counter po katye an reta na depo. Mo te manda. Mo gon manda ankora apremidi sa.

—Tu te pava sa lendi —dijo la mujer del bebé.

—Yo. Sa te vre lendi.

—Konbe tan?

—Mo pa sava. —Había aprendido que era mejor decirlo así. El primer año les había dado números a las personas, y cuando los números fallaban, la gente los recordaba junto con su cara—. Kan mo sava, li ve e su dora.

La mujer acomodó al bebé: «Mama di mo ap manja gato vapè. Li havi ochenta un ane. Li pava ki le kole na pecho di li.» Ochenta y uno, y los pastelitos al vapor se le atoraban en el pecho.

—Di mo osi —dijo Teodor, lo cual era cierto, y la mujer lo miró un momento y luego se rio, porque era una cosa pequeña y los dos lo sabían, y la gente detrás de ella también se rio, con amargura, y la fila se aflojó un punto. Nadie se fue.

El viejo Batraverse llegó a las nueve y media con una carta en un sobre, que puso en el mostrador delante de Teodor como quien entrega una citación. Iba dirigida a *El Alcalde, Abagnale, la Loma*, con una letra que alguna vez había sido hermosa. Quería que se remitiera hacia arriba con el sello del distrito para que no se perdiera. Teodor la selló. El viejo Batraverse lo miró hacerlo y luego le preguntó, como todos los años, si el alcalde leía sus cartas, y Teodor le dijo, como todos los años, que la oficina del alcalde acusaba recibo de toda la correspondencia. Batraverse asintió, satisfecho. Le escribía al alcalde desde antes de

que Georges Abagnale ocupara el cargo. Teodor se preguntaba a veces si alguien en la loma había abierto alguna vez una, y luego se preguntaba si importaba, ya que Batrville parecía salir de la transacción mejor parado que la mayoría de la gente que trataba con la oficina.

Vessa llegó a las once.

La conocía como conocía a casi toda la Hilera de la Cisterna, por su puerta y sus quejas. Era una mujer alta de unos cincuenta años, con canas en el pelo y antebrazos de lavandera, que trabajaba en los tambores grandes de la lavandería de la calle Palmer, adonde bajaba la ropa blanca del Dosel para que la lavaran. Hacía nueve años la Vigilancia se había llevado a su hermano. No lo había arrestado. No había habido ningún cargo. Había venido con un papel que decía *programa de continuidad, ingreso voluntario*, y Néri, que reparaba radios en un puesto de los Puestos de Achicoria y no conservaba un trabajo más de una temporada, se había ido con ellos con la ropa que llevaba puesta, descalzo, porque vinieron al amanecer y no esperaron a que encontrara sus zapatos, y nadie lo había visto desde entonces. Vessa todavía guardaba los zapatos debajo de su cama. Vessa venía a la oficina del distrito por eso desde antes de que Teodor tuviera el puesto. En la primavera le había pedido que remitiera una solicitud hacia arriba: *Dónde está Néri. Está vivo. Puedo verlo*. Él la había remitido a la oficina de enlace de la Vigilancia en los Estratos Medios. Seis semanas después, había bajado un sobre de vuelta.

Ella puso ahora el contenido sobre el mostrador. Era un formulario impreso, una sola hoja, encabezado *DESPACHO DE CONTINUIDAD: ACUSE DE RECIBO DE CONSULTA FAMILIAR*. Tenía casillas. Una casilla para el número de ingreso, que alguien había llenado. Una casilla para *Estado*, donde alguien había escrito a máquina *ACTIVO*. Una casilla para *Ubicación*, donde alguien había escrito a máquina *NO SE DIVULGA SEGÚN LOS TÉRMINOS DEL PROGRAMA*. Al pie, una línea decía *No se registrará más correspondencia sobre este asunto*.

—Mo te leza li —dijo Vessa—. Mo leza li chak nuit. *Activo. Activo* sinifa wani, Asante?

—Mo pa sava.

—Tu travaya po le.

—Mo travaya po biwo di mè. Le travaya po Watch. —Oyó cómo sonaba eso—. Li sinifa ki la plasman pa te ferme. Sa e toti bagay ra mo sava. Mo te manda. —El ingreso no se había cerrado. Eso era todo lo que él sabía, y eso que lo había preguntado.

Ella le dio la vuelta al formulario. En el reverso, en tinta azul, con una letra redonda y cuidadosa, había escrito sus preguntas otra vez, las mismas tres preguntas, y debajo una cuarta: *Si está activo, está vivo. Dígame adónde llevar sus camisas*.

—Senda li baka anlè —dijo ella.

—Le pava: *no se registrará más correspondencia*. —Dijo las palabras del Despacho en el inglés del Despacho, porque no había manera de decirlas en Kanal que no sonara a chiste.

—Ko senda li a kekmoun otra. Senda li a mè. Let di Vye Batrville nika a mè. —Empujó el formulario hacia él—. Mo veli li su un deska. Nenpot deska. Mo veli ki kekmoun tena li na men an leza la bagay ra mo te skriva.

Quería que estuviera sobre un escritorio, cualquier escritorio, en manos de alguien, leído. Teodor miró la cuarta pregunta un largo rato. Luego sacó un sobre de debajo del mostrador, lo dirigió al registro de correspondencia de la oficina del alcalde en los Estratos Medios, que

recibía todo lo que los distritos mandaban hacia arriba y no encajaba en ningún otro lado, y metió el formulario con una hoja de remisión en la que escribió *Remitido a petición de la familia; véase al reverso*. Lo selló y le mostró el sello. Ella lo vio entrar en la bandeja del corredor encima de la decimocuarta solicitud de la toma de agua.

—Mèsi —dijo ella, y luego, porque era una mujer de la Hilería de la Cisterna y allí no dejaban nada sin terminar—: tiyo di mama di tu toujou koule, tu sava. —Se refería a la toma de agua bajo la ventana de su madre, que seguía corriendo.

* * *

Del relato de Teodor Asante, con el consentimiento de su madre; el comentario de Madame Guichard, tal como él lo contó.

Al mediodía Teodor Asante almorzó en casa de su madre, a dos calles de la oficina del distrito, en el primer piso de una casa de la calle Mercy donde él había crecido y donde ella vivía desde hacía cincuenta y tres años. Desde la ventana de su cocina se veía la toma de agua. Tenía la mesa debajo de la ventana para poder verla.

Teodor llegó a la esquina por el lado de Rampart, como siempre, y vio la toma de agua antes de ver la ventana de ella. Madame Guichard, de la planta baja de la casa de al lado, tenía dos baldes de lavar junto a la toma y sostenía uno de ellos bajo el collarín, donde la fuga salía en su cuerda del grosor de un pulgar, como había sostenido baldes ahí todos los días de la vida de Teodor. No usaba el grifo. Nadie en la esquina usaba el grifo para el agua de lavar. El grifo tenía medidor cargado a la cuenta de fichas del distrito y la fuga no. Dos de sus nietos estaban sentados en el agua que escurría, en ropa interior, con un barquito de lata, y en el musgo verde a lo largo de la cuneta, donde había corrido agua limpia desde antes de que nadie llevara registros, las ranitas pardas que no vivían en ningún otro lugar de la calle Mercy estaban sentadas con la garganta latiendo y miraban los pies de los niños. Una libélula azul flotaba sobre las piedras mojadas. Los viejos llamaban a esa clase aguja de la Tubería Larga, porque solo venía donde el agua era dulce.

—Bonswa, Administratè —dijo Madame Guichard, que le había cambiado los pañales.

—Bonswa, Madame Guichard.

—Mama di tu pava ki tu te senda un papye otra su sa.

—Yo.

—Mais. —Sacó el balde lleno y puso el vacío debajo—. Pa senda tro anpil. Petet le vena. —Quizá vendrían.

Él se rio. Ella no, y en el resto del corto camino él entendió que lo había dicho en serio. Si el Desagüe venía algún día y ponía un collarín nuevo, Madame Guichard pagaría su agua de lavar por ficha como todo el mundo, y las ranas se irían, y sus nietos se sentarían en un escalón seco. Él había presentado catorce solicitudes por algo en lo que una mujer de la esquina de su propia madre esperaba que fracasara. No sabía qué hacer con eso, así que hizo lo que hacía con la mayoría de las cosas con las que no sabía qué hacer, que era subirlo por la escalera y almorzar.

Abena Asante tenía setenta y siete años y era pequeña y fue costurera en las plataformas durante treinta años, una trabajadora de servicio que subía las escaleras todas las mañanas

con el collarín en la bolsa, y se jubiló con la espalda mala y una pensión del Dosel pagada en fichas con una tasa que llevaba veinte años sin cambiar. Hizo sopa de quimbombó con pescado ahumado y un montón de sorgo tan firme que una cuchara se quedaba de pie en él, y le sirvió sin preguntarle si ya había comido, como había hecho siempre.

—Tu sanble fatigue —dijo ella.

—Sa e la chale.

—Sa e la trav. —Se sentó frente a él con su propio tazón—. Madame Guichard pava ki toujou pa gen luil.

—Pa gen luil, Ma.

—Mo sava ki pa gen luil. Mo havi je. Mo ap manja gato vapè kom un prizonye. —Comió. Partió el sorgo con los dedos y lo mojó y comió con la pulcritud de una mujer que había comido de prisa durante treinta años en casas ajenas y ahora comía despacio a propósito. Por la ventana detrás de ella Teodor veía la toma de agua de la esquina, y la mancha oscura y mojada en las piedras alrededor de su base, y la línea verde de musgo a lo largo de la cuneta por donde corría el agua. Estaba corriendo cuando él salió de la oficina. Estaría corriendo cuando volviera.

—Tiyo so —dijo su madre, sin volverse— ap koule depi avan tu te nasi.

—Mo sava, Ma.

—Papa di tu te skriva un let su li.

—Mo sava.

—Li te skriva li su bon papye. —Su padre también había escrito sobre la fuga, y en buen papel. Ella estiró el brazo y le acercó la sal al tazón—. Manja. Tu ve e grangou a kloch kuarto, an pa gen anyen na biwo so, selman lank.

Comió. No le contó lo de la decimocuarta solicitud. Había pensado en contárselo en el camino, y se había imaginado su cara cuando él dijera *catorce*, y había decidido que el número era peor que la fuga. La fuga era solo agua. El número era su hijo en un escritorio escribiendo la misma frase catorce veces a gente que no la leía, y ella lo había subido por la escalera de servicio a la espalda cuando era un bebé porque no había nadie con quien dejarlo, y se merecía algo mejor que ese número.

—Soup di tu bon —dijo él.

—Li neda luil —dijo su madre—. Toti bagay neda luil.

* * *

Del diario de la clínica de Yvonne Celestin, segundo día del aceite; el relato de Cora Badeaux, dado para esta entrada y guardado aparte de su propio testimonio; el de Hortense Picou, que trata de su talón.

La clínica abría a las siete, y para esa hora el banco junto a la puerta lateral, en Dauphine, contaba nueve personas y una cabra, e Yvonne ya había ido al altar y regresado, y lo que hizo ahí no está en este expediente.

La clínica eran dos cuartos. El de adelante tenía el escritorio, donde Cora Badeaux se sentaba bajo un estante de libros de cuentas y anotaba a todo el mundo con la letra de recibo que el Mostrador le había inculcado; el banco a lo largo de la pared para los que no podían sentarse afuera; una báscula; una jarra de agua potable con un vaso de lata en una cadena. El de atrás tenía la cama alta, el esterilizador, la palangana de instrumentos, el armario de medicinas con sus dos cerraduras, y una ventana al patio de atrás donde los barriles de lluvia estaban vacíos. Olía a fenol y a las hierbas que se secaban colgadas de cuerdas a lo ancho del techo: laurel, hierba limón, un arbusto amargo que Yvonne llamaba por su nombre en kreyòl y no quería traducir, porque la traducción era el nombre de un lwa y la hierba era solo una hierba.

Los atendía en el orden en que Cora los anotaba.

Un bebé con sarpullido de calor en los pliegues del cuello y los muslos, y la madre disculpándose por eso como si fuera una falta moral. Maicena del frasco, un trapo mojado, el bebé desnudo a la sombra toda la tarde, sin envolverlo. Un hombre de una cuadrilla de pilotes de la plataforma nueva con un clavo atravesado en la membrana de la mano izquierda, que se había sacado él mismo y se había vendado con la camisa. Ella lo limpió con agua hervida del hervidor que había hervido con lo último del aceite de quemador de ayer, y no lo cosió, porque una herida de clavo cosida se cerraría sobre lo que el clavo había metido, y se lo dijo, y le dijo que volviera en dos días, y sabía que no volvería, porque dos días eran el pago de un día.

Una muchacha de diecisiete años de la agencia de niñeras de las plataformas, con una banda roja y en carne viva alrededor de la garganta. Llevaba un collarín de trabajo en la plataforma, gris, alquilado, con amortiguación de vibraciones, para que los niños de las familias del Dosel no sintieran sus pasos a través de los suelos de compuesto, y bajo el collarín la piel se había rozado hasta abrirse en dos lugares y supuraba. El collarín tenía una placa de Laveau Tech en el broche. La agencia le descontaba el alquiler del sueldo cada semana. No le permitían quitárselo durante el turno. Yvonne le curó los dos lugares con miel y una tira limpia de lino y escribió en el libro, con su propia letra pequeña debajo de la de Cora: *llaga del collarín, Laveau Tech, alquilado, segunda vez*. La muchacha le pidió que no escribiera el nombre de la agencia, porque la agencia se enteraría. Yvonne le dijo que no había escrito el nombre de la agencia. Había escrito el nombre que estaba en el broche.

Madame Theriot subió a las nueve desde su casa encima de la tienda de redes, enorme, sujetándose la espalda con las dos manos, y se acostó en la cama alta mientras Yvonne palpaba al bebé a través de su vientre y le ponía la trompa de madera en el costado y escuchaba, y dijo: «Swar sa, oswa demen swar» y Madame Theriot dijo: «Swar sa, souple Bondye, mo pa pu kava li un jou pi na chale sa» e Yvonne dijo que Dios tomaría la solicitud en consideración.

Cora iría cuando vinieran los dolores. Cora iba ahora a todos los partos de la calle Palmer. Las rodillas de Yvonne ya no subían escaleras de noche como antes.

Hortense Picou llegó a las diez, directo de la planta de noche de la Hilera Sabine, con zapatos de suela partida y la talonera aplastada de tanto pisarla, y se sentó en el banco y puso el pie derecho sobre la rodilla del dueño de la cabra sin pedirle permiso, porque era su primo.

—Sa e la talon —dijo Hortense.

Era el talón. Era el talón derecho, en el que Hortense cargaba el peso, seis noches por semana, en el pedal derecho, cuarenta golpes por minuto durante todo el turno de noche, apretando una válvula de descarga gastada contra su asiento con todo el peso del cuerpo porque la válvula ya no asentaba sola. La planta del talón estaba caliente al tacto y tan sensible que ella soltó una maldición cuando Yvonne la apretó, y la cuerda larga bajo el arco estaba tensa como una sogá.

—Kanpa su goch —dijo Yvonne.

—Goch e kote di Delphine.

—Chanja.

—Delphine te chanja semen pase. Aster talon di li fini. —Hortense se rio, y no fue gran cosa como risa—. Le doka nu po *desidia*, Yvonne. Un sizim, tres semen. *Desidia*. —Dijo la palabra de la hoja de pagos en el inglés de la hoja de pagos. Un sexto descontado, tres semanas seguidas. Se paraban en ese pedal hasta que los pies no daban más, y el empleado del Desagüe pasaba con su hoja amarilla y decía que el rendimiento era bajo.

Yvonne le frotó el arco con aceite tibio de la botellita, que era lo último del aceite bueno de la casa, aceite de ricino, y lo hizo de todos modos, lento y fuerte con los dos pulgares, y Hortense dejó de hablar y cerró los ojos. Cuando terminó le envolvió el talón en una tira de manta vieja para acolcharlo y le dijo a Hortense que fuera con Janelle Mouton a que le pusiera un cojín en el zapato, y que no se parara descalza en el pedal para ahorrar las suelas, y Hortense dijo que todo el mundo se paraba descalzo para ahorrar las suelas, e Yvonne dijo que entonces todo el mundo iba a tener el talón de Hortense.

A las once fue al cuarto de atrás y miró el esterilizador.

Era una caja de acero sobre un quemador, una caja de presión, vieja dotación de hospital del Desagüe como la lámpara de la clínica, y gastaba un bidón de aceite de quemador cada cuatro días si se usaba para los partos y las heridas sucias y los instrumentos, que era para lo que servía. Quedaba un dedo de aceite en el bidón que tenía debajo. Una pasada más. Dos, si se saltaba los instrumentos y los hervía en el hervidor, y el hervidor quemaba el mismo aceite.

—Cora.

Cora entró desde el escritorio con el bolígrafo todavía en la mano. Era una mujer corpulenta y callada de unos cincuenta años que llevaba el escritorio de la clínica desde hacía diez años con una credencial de empleada del Mostrador que renovaba cada año en los Estratos Medios y de la que nunca hablaba, y que llevaba los libros de la clínica mejor de lo que el Mostrador llevaba cualquier cosa, y nunca pedía nada, y preguntaba por todo: qué cajón, qué libro, si a un paciente que no podía pagar había que anotarlo a lápiz o en tinta. Yvonne la había visto una vez pasar un cuarto de hora decidiendo si escribir el nombre de un hombre con el acento que él usaba o con el de su tarjeta.

—Pota la reklamasyon a Counter —dijo Yvonne—. Jodi. Nika kan Teodor e na deska, pa avan. —Hoy, y no antes de que Teodor estuviera en la ventanilla.

—La revu pran seis semen.

—Mo sava konbe tan la revu pran.

—Le ve pava ki li te livre. Li afiche livre. Le ve mosa mo la afich. —Quiso decir que el libro del Mostrador iba a dar el aceite por entregado, y que le iban a enseñar el asiento.

—Ko mira la afich, an vena a kay. —Yvonne apoyó la mano plana en el costado del hervidor, que todavía hacía tic mientras se enfriaba—. Vena baka ave luil, oswa vena baka ave la papye ra pava poukisa pa gen. Mo veli sava kiles. —Aceite, o el papel que dijera por qué no. Había llevado esta clínica a través de dos inundaciones y un año de la fiebre y nunca había dejado de saber cuál.

Cora miró el esterilizador. Lo miró como miraba una columna que no cuadraba, como si la falla pudiera estar en sus propios ojos, y luego dijo: «Yo» y volvió al escritorio y sacó del cajón la reclamación del Yunque, treinta y seis bidones, de comida y de quemador, la copia con la firma de Solène, y la leyó una vez más desde el principio, cada cláusula, antes de doblarla y meterla en su bolsa.

Yvonne no le preguntó qué estaba pensando. Eso lo había aprendido de Cora en diez años: lo que Cora pensaba era suyo, y la única manera de saberlo era esperar y leer lo que escribía.

Al mediodía el dueño de la cabra entró por fin, con la cabra, que se había comido una tira de la tabla de crecida de alguien y no estaba bien, e Yvonne, que no era veterinaria de cabras y lo dijo, le miró la boca de todos modos.



6

Dos bidones

De la bitácora del mostrador de distribución del Distrito 7; el relato de Teodor Asante; la renuncia, copia blanca.

A las dos y media, en la ventanilla del Mostrador de la oficina del Distrito 7 en la calle Toulouse, salió la reclamación de aceite del Yunque.

Teodor Asante la esperaba. La reclamación llevaba tres semanas en la bitácora. El Yunque, el gran hogar de la esquina de Palmer y Dauphine, a dos calles de la Hilera Sabine, retiraba un cupo trimestral de aceite para su cocina y su clínica: doce bidones de diez litros de aceite comestible para la cocina, que daba de comer a medio callejón en una mala semana, y veinticuatro bidones de aceite de quemador para el esterilizador y las lámparas de noche de la clínica. El cupo del trimestre no había llegado. El Yunque había registrado una reclamación. El Mostrador había registrado una impugnación. Roven le había mostrado a Teodor la línea de la impugnación hacía una semana, con la cara de impotencia que Roven ponía cada vez que el Mostrador hacía algo que la ventanilla tendría que defender: según el libro de distribución del Mostrador, la asignación trimestral de aceite del distrito se había *cumplido en su totalidad* en el depósito. En el papel, el Distrito 7 tenía su aceite. En el papel, los treinta y seis bidones del Yunque habían ido a alguna parte. Nadie en el depósito podía decir adónde, y hasta que alguien pudiera, la reclamación seguía impugnada y pendiente de revisión, y la revisión tardaba seis semanas, y la revisión probablemente concluiría, como solía hacerlo, que el papel tenía razón.

La mujer que se acercó al mostrador era Cora Badeaux, que llevaba la mesa de la clínica del Yunque.

Teodor la conocía un poco. Era enjuta y rápida, con los ojos planos y atentos de alguien que había pasado veinte años leyendo la letra de otros, y escribía con letra de recibo, letras pequeñas y derechas que no podían leerse mal ni a través de tres papeles carbón. La mesa de la clínica del Yunque había sido una puerta. Eso también lo sabía todo el callejón.

No discutió. Fue lo primero que notó Teodor. Puso la copia de la reclamación del Yunque sobre el mostrador, y Roven puso al lado la copia de la impugnación del Mostrador, y Cora leyó la línea de la impugnación y asintió como si la hubiera esperado.

—¿Cuánto tarda la revisión?

—Seis semanas —dijo Roven—. Podrían ser ocho, en crecida.

—Y la clínica tiene dos días de aceite de quemador.

—Lo siento, Madame Badeaux.

—Ya sé que lo siente. —Cora miró las dos hojas—. ¿Qué tiene el Mostrador en el estante para una entrega de buena voluntad? Hoy. Ahora.

Roven miró de reojo a Teodor. El Mostrador guardaba una pequeña reserva de emergencia en cada ventanilla de distrito, unos pocos bidones, para las clínicas y los moribundos. Recurrir a ella por una reclamación impugnada significaba que el reclamante firmaba una renuncia. Todos los que trabajaban en un mostrador conocían el formulario. Teodor lo había visto usarse quizá dos veces en ocho años, las dos por gente vieja que quería que la impugnación terminara más de lo que quería el aceite.

—Dos bidones —dijo Roven—. Uno comestible, uno combustible. A cambio de una renuncia a la reclamación.

—¿Toda la reclamación?

—Todo el trimestre. Cierra la impugnación. El Mostrador registra la reclamación como liquidada.

Teodor habló antes de haberlo decidido, y en Kanal, por encima de la ventanilla del Mostrador, como si Roven no estuviera allí: «Madame Badeaux. Sa e trenta seis kanis po dos. Si la revu dava tu rezon, tu ve havi toti alokasyon. Si tu laga li, tu pa ve havi li.» Treinta y seis bidones por dos, quería decir. Si la revisión le daba la razón, tendría todo el cupo; si lo dejaba ir, no tendría nada.

Cora lo miró. Era una mirada reflexiva, no hostil, y había algo al fondo de ella que él no supo leer y en lo que pensó después, cuando tuvo tiempo de pensarlo, más de lo que hubiera querido.

—La revu pa ve dava nu rezon —le dijo ella en Kanal—. Tu sava sa, Asante. Li janmen fasa li. —La revisión no les daría la razón, y él lo sabía; nunca lo hacía. En seis semanas la clínica habría pasado a oscuras casi todas esas noches. Ella se volvió hacia Roven y tendió la mano para pedir el bolígrafo, y dijo en el inglés del Mostrador: «Deme la renuncia».

Roven se la dio. Era una sola hoja por triplicado, blanca, amarilla y rosa. La letra pequeña al pie decía: *El reclamante acepta la entrega de buena voluntad arriba indicada como liquidación total y definitiva del cupo trimestral y exime al Mostrador, sus depósitos y agentes de toda reclamación derivada. El reclamante afirma que esta renuncia se otorga libremente y que no se ha ejercido presión alguna de necesidad.* Cora la leyó una vez de principio a fin, toda, la letra pequeña dos veces, y luego la firmó con su letra de recibo, *C. Badeaux por el hogar del Yunque, mesa de la clínica*, y le puso la fecha y anotó la hora. Su mano no vaciló. Arrancó la copia rosa, la dobló y se la guardó en el bolsillo. Roven fue a la trastienda y volvió con dos bidones, de acero gris con el sello del Mostrador en las tapas, y los puso sobre el mostrador, y Cora tomó uno en cada mano y le dio las gracias a Roven y se dio vuelta para irse.

La puerta de la oficina se abrió antes de que llegara a ella, y Solène Lafitte entró desde el calor de la calle.

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; el de Pascale, que dice que corrió todo el camino; la renuncia, copia amarilla, con una línea roja bajo una cláusula.

A las tres menos veinte, en el calor blanco, Solène Lafitte había corrido las dos últimas calles hasta la oficina del Distrito 7. No había sido su intención. Una corredora la había encontrado en la puerta de carga de Rampart, una chica de la Espina de catorce años llamada Pascale que había estado sentada todo el día en la escalinata de la oficina del distrito justo para esto, y Pascale le había dicho *Madame Badeaux entró con la reclamación*, y Solène había caminado, y luego caminado rápido, y luego, en la esquina de Toulouse, se había echado a correr, algo que le disgustaba de sí misma aun mientras lo hacía. La gente de la fila se volvió a mirar. Entró por la puerta con la camisa pegada a la espalda y vio a Cora con un bidón en cada mano, y vio el triplicado sobre el mostrador con las copias blanca y amarilla todavía en él, y lo supo.

—Tu te sinya wani?

—La relis —dijo Cora.

—Toti la reklamasyon?

—Toti la reklamasyon. Dos kanis. Eskize mo, Solène, mo douva pota sa ye a klinik.

Solène le tendió la mano a Roven sin levantar la vista. Roven, que la conocía desde que ambas eran niñas en la escuela de Santa Brígida, le dio la copia amarilla. Solène la leyó. La leyó como leía cualquier libro de cuentas, toda de una vez y luego línea por línea, y su mano fue al bolsillo del pecho de la camisa, por el lápiz rojo que llevaba allí, y de pie en la ventanilla del Mostrador en la oficina del distrito, delante de cuarenta personas y del administrador del distrito, subrayó en rojo la cláusula que decía *renuncia a toda reclamación sobre el cupo trimestral como liquidación total y definitiva*.

Teodor Asante dijo: «Li sinye, Madame Lafitte.»

—Mo viza ki li sinye. —Le devolvió la copia amarilla a Roven y cambió de registro como quien se cambia de mano un bidón pesado—. Registre mi objeción. No se consultó a la comandante del Yunque.

—La registraré —dijo Roven—. No va a cambiar nada.

—Lo sé. Regístrela de todos modos.

Afuera, en la calle, la luz era blanca. El calor subía de las piedras y atravesaba las suelas de las botas de Solène, y detrás de él, debajo de él, el golpe, la lenta presión y descarga del Distrito 7. Alcanzó a Cora en la esquina de Toulouse y Mercy, junto a una toma de agua que soltaba en la cuneta un hilo de agua limpia del grueso de un pulgar, y le quitó el bidón de aceite de quemador de la mano izquierda sin preguntar. Cora la dejó. Caminaron.

—Tu pa te manda mo —dijo Solène.

—Tu te e na potay.

—Mo te e dos lari luen. Pascale te e su eskalye. Tu te pu lana dies minit. —Ella había estado a dos calles, y Pascale, en la escalinata. Cora bien pudo haber esperado diez minutos.

—An apre, wani? —Cora no alzó la voz. Nunca lo hacía; era una de las cosas de ella que Solène admiraba desde hacía diez años y que, en momentos como este, le daban ganas de sacudirla—. Tu sere diskite ave Roven. Roven sere notare la diskite di tu. —La reclamación habría ido a revisión; la revisión tardaba seis semanas; el esterilizador quemaba un bidón

cada cuatro días con la lista de la mañana y los partos de noche, y les quedaban dos días—. Mo te fasa la kalkil, Solène. Mo fasa kalkil osi.

—Trenta seis kanis.

—Trenta seis kanis na seis semen, petet, si la revu dava nu rezon. Li pa ve. Tu sava li pa ve.

—Mo sava ki la papye pava ki alokasyon di katye te livre toti. —Solène dejó de caminar. Un hombre que cargaba una caja de cangrejos las rodeó—. Cora. Trenta seis kanis di luil di nu te nika kek kote. La rejis pava livre. Nu pa te risiva li. La reklamasyon te e sèl papye na toti vil sa ra te pava sa. An tu te sinya li po dos kanis. —El papel decía que el aceite del distrito se había entregado completo, y treinta y seis bidones del Yunque habían ido a alguna parte, y la reclamación del Yunque había sido el único papel en toda la ciudad que decía que nunca llegaron. Cora lo había cedido con su firma por dos bidones.

—Mo te sinya po dos kanis jodi.

—Tu te ferma la rekor.

—Rekor pa bouyi zouti. —Los registros no hervían instrumentos. La cara de Cora hizo algo, brevemente, que Solène no supo nombrar: una tensión en la boca que podía haber sido enojo o podía haber sido algo más viejo y más cansado que el enojo. Solène lo había visto antes, una o dos veces al año, cada vez que la conversación se acercaba a la gente de la propia Cora, a quienes Cora nunca nombraba y por quienes el hogar había aprendido a no preguntar. Luego desapareció—. Mira. Mo regreta ki nulan te manda tu. Mo regreta sa. Tu korek, mo te sipoze senda chercha tu. —Pero lo volvería a hacer, dijo, y no iba a quedarse parada en la calle fingiendo que no—. Paske swar sa Madame Theriot su Palmer gon havi bebe di li, an mo veli bouyi la sizo.

Tendió la mano para pedir el bidón.

Solène no se lo dio. Se quedó con él en la mano, pesado y tibio por el sol, diez litros de aceite de quemador, el sello del Mostrador en la tapa, y sintió las marcas en forma de media luna que sus uñas le habían dejado en la otra palma sin haberse dado cuenta. Quería discutir. Tenía tres argumentos listos y dos más detrás. Podía ver cómo iría cada uno. Al final de cada uno el esterilizador seguía necesitando aceite esa noche y la renuncia seguía firmada.

—Mo gon kava li —dijo. Ella lo cargaría.

Camaron el resto del trayecto hasta el Yunque sin hablar. En la puerta de la clínica Cora le tomó el bidón y entró, y Solène se quedó en el escalón y la vio ir por el pasillo hasta la sala de la clínica, hasta la mesa que había sido una puerta, y poner los dos bidones debajo uno al lado del otro como dos niños pequeños y grises, y luego sentarse y destapar su bolígrafo y ponerse a escribir la lista del día, como si nada hubiera pasado.

Solène subió al cuarto de la Espina en el segundo piso, donde el tablero del día colgaba en la pared con sus rutas y sus corredores y su tiza, y se sentó a la mesa junto a la ventana y sacó el lápiz rojo y una hoja de papel. Escribió: *Asignación de aceite del Distrito 7, T2, cumplida en su totalidad según el libro del Mostrador. Yunque 36 bidones reclamados, no recibidos. Adónde fue.* Miró la pregunta un rato. Luego dobló la hoja y llamó por el hueco de la escalera a una corredora que pudiera llevar un mensaje hasta los Estratos Medios sin leerlo, y cuando Pascale subió, sin aliento y contenta de que se lo pidieran, Solène le dio la hoja y un nombre.

—Margaux Abagnale —dijo—. Na rejistri. Meta li na men di li. —Al registro, y a la propia mano de Margaux.

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; el de Lena, que es más breve y tiene más chistes.

Lena encontró a Solène en la azotea del Yunque un poco después de las diez de esa noche.

La azotea era la única parte de la casa de la esquina de Palmer y Dauphine que nadie usaba como otra cosa. La cocina era una cocina y una sala de espera de la clínica y una sala de consejo. El cuarto de la Espina era un cuarto de la Espina y un dormitorio para los corredores que se perdían el toque de queda. El altar era de Yvonne. La azotea era chiles en maceta. Alguien, años antes de Solène, había subido cuarenta medios barriles de tierra, y ahora la azotea daba chiles pajarito y pimientos morrones y melón amargo en una espaldera de cordel, y una higuera en un barril que daba seis higos al año y por eso la veneraban, y una enredadera de batata que corría por encima del pretil y bajaba por el lado de Dauphine del edificio, de modo que desde el callejón el Yunque parecía, en el calor húmedo, una casa con pelo verde. Había un banco hecho de una puerta sobre dos cajones. Solène estaba sentada en él descalza, con los pies sobre la brea tibia de la azotea y el lápiz rojo detrás de la oreja, sin escribir nada.

Lena subió la escalera de mano por la trampilla sin lámpara y se sentó en el otro extremo del banco, y tampoco dijo nada durante un rato. General había estado en el muro de la Hilería de la Cisterna desde la tarde discutiendo con un capataz del Desagüe sobre filtraciones, y olía al muro: barro de río, sudor, la pasta de clavo y alcanfor que los caminantes del muro se untaban en el cuello contra los mosquitos. La mano del arma de Lena descansaba sobre una rodilla. Esa mano era siempre lo último de Lena en dejar el servicio. Solène lo había visto ocurrir durante años y todavía lo miraba, los dedos aflojándose uno a uno como alguien que deja una pila de platos.

—Mo te audi —dijo Lena.

—Toti mona te audi. Pascale te pava li a la mita di katye, an la mita otra te audi li na liy.

—Tu te kouri, Pascale pava.

—Mo te macha vit.

—Tu te kouri toti Toulouse, Pascale pava. —Lena siguió con la misma voz plana por el resto de la versión de Pascale: la camisa pegada a la espalda de Solène, el hombre de los cangrejos de la esquina, al que se le había caído un cangrejo cuando ella pasó, el cangrejo perdido por la alcantarilla, y el hombre de los cangrejos queriendo que la Pikan se lo pagara.

—Pascale pava bokou bagay. —Solène se sacó el lápiz de detrás de la oreja y lo hizo girar—. Li te sinya li, Lena. Trenta seis kanis. —Cora había estado de pie ante el mostrador, dijo, y había leído toda la renuncia, la letra pequeña, toda, y la había firmado con esa letra suya—. Nulan pu pava ki li pa te veli pava li. Pa mem a sien ane.

—Li te veli pava li. —Hablaba en serio, dijo Lena.

—Mo sava ki li te veli pava li.

—Ko tu e fache ave pesa wani? —¿Entonces por qué parte estaba enojada?

Solène no respondió enseguida. Abajo en el callejón la radio de alguien tocaba música del Distrito 22, de esa brillante y sin fondo que bailaban los jóvenes, y más lejos, hacia la

Hilera Sabine, oía a la cuadrilla de la noche entrar de turno en la casa de bombas, la canción empezando en Sabine como empezaba siempre, y debajo de todo el golpe subiendo por el edificio hasta las plantas de sus pies descalzos. Las hojas de los chiles no se movían. No había aire en absoluto.

—Li te e korek —dijo Solène—. Sa e la pesa. —Había hecho las cuentas en el camino a casa: el esterilizador, los partos, la revisión. Ella habría hecho lo mismo que Cora, solo que una semana después, tras perder la discusión, y la clínica habría pasado una semana sin lámpara—. Li te viza li avan mo. An li pa te lana mo. —Cora lo había visto primero, y no la había esperado.

—An li pa te manda.

—An li pa te manda. —Solène se clavó la punta del lápiz en la yema del pulgar hasta que le dolió—. Dies ane na deska so, an li toujou manda mo. —En qué cajón iba la gasa. Si esa misma tarde, en la calle, Solène la dejaría cargar su propio bidón—. Me la sèl fua ra sa e enpotan, li pasa devan Pascale an li sinya. —La única vez que importaba, Cora había pasado de largo junto a Pascale en la escalinata y había firmado.

Lena se quedó en silencio. Luego la mano del arma dejó la rodilla y le quitó el lápiz de los dedos a Solène y lo guardó en el bolsillo de la camisa de Lena, y abotonó el bolsillo.

—Mo ve randa li a tu demen matin —dijo Lena. Lo devolvería en la mañana.

—Mo neda li.

—Tu pa neda li su techo. Tu ap konta ave li. Mo pu audi ki tu ap konta. —Solène estaba contando con él, dijo Lena; el conteo se escuchaba desde el otro extremo del banco. Lena se recostó contra el pretil—. Cora te e klèk avan nu pu leza. —Quizá, dijo Lena, no preguntó porque sabía lo que Solène iba a decir, y sabía que Solène tendría razón, y sabía que lo haría de todos modos, y no quiso hacérselo en la cara—. Mona ye pa fasa sa devan la mona ra le respekta.

—Tu e jenere. —Esa era una lectura generosa, dijo Solène.

—Sa e nuit. Mo e jenere a nuit. Na jou, mo sere meta tet di li na barik dlo lapli. —De día, dijo Lena, metería la cabeza de Cora en el barril del agua de lluvia.

Solène se rio, y la risa le salió en un largo aliento que se llevó algo del día, y se inclinó de lado hasta que su hombro encontró el de Lena y se quedó ahí. Relámpagos de calor trabajaban sobre el Lago sin un sonido, iluminando por debajo nubes que no tenían lluvia. Más allá del muro de anillo, lejos hacia la ribera, una línea de lucecitas se movía despacio sobre el agua oscura, y Lena dijo que eran esquifes de la Zona Hundida, que salían a buscar sábalos, porque alguien en el Embarcadero de la Garza había metido un termómetro en el Lago la semana pasada y toda la Zona Hundida estaba pendiente de él desde entonces, como una familia está pendiente de un parto.

El llanto llegó un poco antes de la medianoche. Subió por la calle Palmer desde el segundo piso encima de la tienda de redes, fino y furioso, un sonido como el de una bisagra oxidada que no tenía intención de parar, y luego una voz de mujer debajo, cansada y riendo, y luego la voz de una segunda mujer, más baja, que Solène conocía.

—Sa e la bebe di Theriot —dijo Lena.

Solène se quedó muy quieta. En algún lugar de esa habitación encima de la tienda de redes, las tijeras habían sido hervidas. La lámpara junto a la cama estaba encendida. Cora

le decía algo a la madre con su voz plana de recibo, la que usaba para decirle a la gente que lo peor había pasado, y Solène no alcanzaba a oír las palabras, solo su forma, y al bebé que seguía y seguía por encima de todo.

—Sa e la dos kanis di Cora —dijo Lena.

—Mo sava li.

—Mo selman ap pava. —Lena solo lo decía.

—Mo sava ki tu ap pava. —Se cubrió los ojos con la mano. Al rato la retiró. El bebé se había callado. Los relámpagos seguían sobre el Lago, silenciosos, iluminando desde arriba las lamparitas de las barcas de los sábalos, de modo que por un instante cada una tuvo una sombra—. Demen matin mo gon pava a li ki mo pa te korek su la kalkil. —En la mañana le diría a Cora que se había equivocado con las cuentas.

—Pa su la rekor.

—No. Pa su la rekor.

Más tarde, en el cuarto que compartían al fondo del segundo piso, con las persianas abiertas al calor y el golpe subiendo por el armazón de la cama hasta sus dos cuerpos, Lena desabotonó el bolsillo y le devolvió el lápiz, y luego se lo quitó otra vez y lo dejó en el piso, y Solène lo dejó ir.



Una suela en corte

Del cuaderno de taller de Janelle Mouton, la página encabezada con el dibujo de una suela en corte.

La décima mañana, en su banco de trabajo de la Hilera Sabine, Janelle Mouton bajó del estante las botas del mensajero.

Lo hizo al amanecer, antes de que subiera la persiana, antes de que la hermana Octavia cruzara con la achicoria, porque no quería que nadie del callejón la viera hacerlo y después contara mal la historia. La regla de la tarjeta del mostrador decía diez días, y hacía diez días que el chico de las plataformas había cruzado el suelo de su taller sin hacer ruido. Eran suyas. Se lo dijo dos veces. Nunca en su vida había cortado la mercancía de un cliente, ni siquiera la que pasaba al banco según la regla; la vendía, o le ponía suela nueva para el cepillo de los pobres de Santa Brígida, o la guardaba para piezas. Este par lo iba a cortar. Llevaba tres días pensándolo.

Puso la bota izquierda en el banco bajo la lámpara, con la suela hacia arriba, y la miró un rato.

La suela era de una sola pieza, o lo parecía: una rodadura de color gris oscuro con un dibujo poco profundo de chevrones, apenas gastada en el talón y en la planta, pegada al empeine tan justo que no alcanzaba a ver ninguna costura. Pasó el pulgar por el borde. El chico de las plataformas había caminado con esa suela sobre las rejillas de la Hilera Sabine y los peldaños de hierro de las escaleras de servicio, y apenas se había gastado. Pensó en las suelas partidas de Hortense, en su bolsa del gancho: dos semanas de pedal y parecían masticadas.

Tomó la cuchilla delgada, la que usaba para rebajar cuero, y metió la cuchilla en el borde de la suela, en el arco, donde menos importaría, con un corte recto a lo ancho. La cuchilla atravesó la rodadura sin esfuerzo. Luego dio con algo duro y se detuvo.

Abrió el corte con una lezna y miró adentro.

Debajo de la rodadura había una capa delgada y dura, gris y lisa, apenas más gruesa que una uña. No se doblaba cuando la empujaba con la lezna. Debajo de esa había una capa de algo blando: gris pardo, gomoso, más grueso que la capa dura, quizá tres milímetros. Cuando le hundió la punta de la lezna, cedió, y cuando sacó la lezna, el agujero no se cerró enseguida. Se cerró despacio, mientras ella miraba, como la miel fría se cierra sobre una

cuchara. Debajo de la goma había otra capa dura, delgada como la primera. Debajo de esa, una espuma firme, y luego la plantilla.

Cuatro capas, pensó. Dura, blanda, dura, y la espuma. Alguien había construido la suela como un cantero construye un muro con un hueco adentro.

Hizo un segundo corte paralelo al primero, a dos dedos de distancia, sacó la tira haciendo palanca y la levantó contra la lámpara. Era un sándwich. La dobló. Las capas duras se doblaron juntas y la capa blanda entre ellas se deslizó, ella lo veía, la placa de arriba corriéndose un pelo sobre la de abajo con la goma estirándose en medio, y cuando la soltó volvió despacio a su sitio, y no hizo ningún ruido al hacerlo. Apretó la goma con la uña del pulgar y dejó una media luna. La media luna se rellenó en una cuenta lenta hasta diez.

Entonces hizo lo que tenía ganas de hacer desde que el mensajero cruzó el suelo de su taller. Apartó el resto de la bota, llenó una taza de lata con agua de la jarra, puso la taza sobre la rejilla de hierro desnuda del suelo del taller, encima del canal de desagüe, y se agachó al lado.

El agua de la taza nunca estaba quieta. Eso ya lo sabía. Todo el mundo en el Lodo lo sabía. Ponías un vaso en la mesa y la superficie se llenaba de anillos finos, una y otra vez, un temblor que dejabas de ver a los tres años. Era el golpe, o la parte del golpe demasiado rápida para contarla: la máquina, el hierro, el suelo, todo subiendo al agua. Miró los anillos temblar del centro al borde y de vuelta.

Levantó la taza y la puso sobre la tira de suela cortada, y puso la tira en la rejilla en el mismo lugar, y se agachó otra vez.

Los anillos se fueron. No enseguida, y no todos. El agua tembló un momento por su mano, y se asentó, y luego quedó casi plana, una piel opaca y clara con un leve estremecimiento, tan leve que tuvo que acercar el ojo al borde para estar segura de verlo. Puso la mano plana en la rejilla junto a la tira. El golpe le subió a la palma como siempre, la presión lenta y el aflojar, cuarenta por minuto, la cuadrilla de día en los pedales de Delphine. Levantó la mano y, en cambio, apoyó dos dedos en el borde de la taza. La presión lenta seguía ahí, débil, la taza entera subiendo un pelo y asentándose con el suelo. El zumbido había desaparecido. La parte fina y rápida, la que se te metía en los dientes de noche y en la mandíbula y en el agua, la que ella había sentido toda su vida sin tener nombre para ella, no pasaba a través de la tira.

Volvió a poner la taza sobre el hierro desnudo. Los anillos volvieron. La puso sobre la tira. Se fueron.

Lo hizo seis veces. Luego se sentó sobre los talones en la rejilla, en la luz gris, con la bota cortada en el banco encima de ella, y pensó en el chico de las plataformas cruzando su suelo sin un ruido, y en los mensajeros del Dosel bajando todos los días por las escaleras de servicio con botas como esas, caminando el hierro del Lodo toda la mañana sin sentir nada, y volviendo a subir de noche a sus plataformas de silencio muerto con los dientes sin apretar. El mensajero había caminado sobre un muro.

No paraba el golpe. Quería tenerlo claro consigo misma, porque ya notaba la idea corriendo por delante de ella, y había visto a su tía echar a perder buen cuero por entusiasmarse. La presión lenta seguía pasando. Lo que el laminado paraba era el resto, la vibración fina, la

parte que la clínica llamaba fatiga y su madre llamaba nervios. Seguirías sintiendo el distrito. Solo que no lo sentirías en los dientes.

Se levantó, fue a buscar el cuaderno de taller y un lápiz y se sentó en el banco, y en una página nueva dibujó la tira en corte, como su tía dibujaba una vira: cuatro bandas, las duras en lápiz sólido y la blanda rayada, con los grosores escritos al lado lo mejor que pudo medirlos con su regla. *Rodadura, 4 mm. Placa dura, menos de 1. Goma, unos 3, lenta para cerrar, sin ruido. Placa dura, menos de 1. Espuma, 5.* Debajo del dibujo escribió lo que había visto en la taza. Dibujó la taza sobre el hierro con anillos y la taza sobre la tira sin ellos. Luego se quedó sentada mirando la página.

Al otro lado del callejón, la lámpara de la caja de relés parpadeaba en ámbar contra la pared gris. Más arriba en la hilera, subían las primeras persianas. La puerta del horno de la hermana Octavia sonó con un golpe metálico. El olor a algas al vapor bajaba por el callejón desde la cocina de alguien, y bajo su taburete la rejilla le subía el golpe por las patas hasta el cuerpo, la parte fina y la parte lenta juntas, como siempre.

Miró la tira de suela sobre el banco, y luego la bolsa del gancho donde estaban los zapatos de bombeo de la cuadrilla de Delphine, partidos en la almohadilla del pie del lado del pedal, los cinco pares, y todavía no se permitió pensar lo siguiente. Volvió a tomar el lápiz y escribió, al pie de la página, lo único de lo que estaba segura: *Así es como caminan en silencio.*

* * *

Del relato de Janelle Mouton; el de Nessa, que dice que el olor del pegamento se le quedó en el pelo a Nessa tres días y valió la pena.

La quinta noche después de cortar la bota del mensajero, poco antes de medianoche, Janelle estaba pegando laminado bajo la lámpara en su banco de la Hilera Sabine, con las persianas a medio bajar y el pegamento de contacto haciendo que todo el toldo oliera a neumático quemado, cuando Nessa se agachó para pasar bajo la persiana con un cucurucho de papel lleno de cangrejo hervido y un estuche de violín que no era de Nessa.

—Di Rosaire —dijo Nessa, y dejó el estuche en el taburete de los clientes. El hijo de Rosaire tenía fiebre y él no quería dejarlo, así que Nessa tenía su violín y ningún violinista para mañana. —Mo gon peli li mo mem an gate repitasyon di Long Room. —Nessa miró el banco—. Wani e ode sa? Tu santi kom Basin.

—Siman.

—Tu ap envenena tu mem po pie di Delphine Aubry.

—Po pie di ekip di li. —Janelle levantó un sándwich terminado de tapajuntas y goma gris, apretado entre dos tablas con un ladrillo encima—. Pa touche sa. Li ap pran.

Nessa se sentó en el suelo del taller con la espalda contra la caja de herramientas, peló un cangrejo y la miró trabajar, cosa a la que Janelle nunca se había acostumbrado y que habría echado mucho de menos. Nessa tenía un surco en un lado del cuello, de la barbada del violín, donde normalmente no iba ningún violín, y Janelle no dejaba de mirarlo mientras untaba el pegamento.

—Vena demen —dijo Nessa.

—Mo pa pu demen. La pad ye antra demen swar. Si le fayi, mo douva e da. —No podía ir: las almohadillas iban en los zapatos de la cuadrilla mañana por la tarde, y si fallaban tenía que estar ahí.

—Si le fayi, Delphine ve frapa volet di tu. Nu ve audi li na Long Room. —Nessa se lamió un pulgar—. Sa e benefis di Last Row. Chan di arbol fantom. Tu amu chan di arbol fantom.

—Mo amu li kan tu pa rata la pawol.

—Sa te un fua.

—Sa te la nuit ra tu te dava mo la kle —dijo Janelle, y se quedaron en silencio un momento, porque la llave estaba en ese momento en el cordón que llevaba al cuello, con la llave del taller y la llave de su baúl de lata, golpeando el banco cuando se inclinaba, y no habían hablado de lo que significaba desde que Nessa la dejó entre dos platos de lisa hacía tres meses. Significaba el cuarto de Nessa en la calle Palmer, una puerta que Janelle podía abrir sin tocar. La había abierto once veces y no le había dicho a Nessa que las contaba.

—Vena apre la pad ye —dijo Nessa—. Vena tard. Vena a dos. —Nessa volvería a tocar la canción de los árboles fantasma a las dos solo para Janelle, sin fallar una sola palabra—. Ko tu pu macha ave mo a kay.

Nessa se levantó, se colocó detrás de ella y le apoyó las dos manos en los hombros, que estaban de piedra por el banco, y apretó con los pulgares, y Janelle cerró los ojos. El golpe subía por la rejilla de hierro del suelo, lento, Distrito 7, y los pulgares de Nessa lo encontraron sin querer y apretaron al compás. «Kita mo kola un» dijo Nessa contra su pelo. «Mo bon ave men di mo. Toti mona pava sa.»

Dejó que Nessa pegara una. A Nessa se le daba mal, untaba el pegamento demasiado grueso y se lo ponía en las dos muñecas, y se reía del olor, y la almohadilla quedó torcida por un pelo, y Janelle la marcó con una N de tiza por debajo para saber cuál vigilar.

Al otro lado del callejón ardía una lámpara en la ventana del almacén de los Hurley, que había estado a oscuras un año hasta hacía unas noches. La mujer que había tomado el cuarto se asomó a la ventana mientras trabajaban, una mujer joven de la Dársena con una tos que duraba más de lo que debe durar una tos, y se quedó con la mano en el marco mirando la caja de relés en su caseta de ladrillo, y luego corrió la cortina.

—Wini sa? —dijo Nessa.

—Rafineri alkila kamra deye di Hurley ye pafwa, po kekmoun sida ave la kaben. —De vez en cuando la refinería alquilaba el cuarto del fondo de los Hurley para que alguien se sentara con la caja de relés. Janelle miró la cortina—. La denye te chanta kantik toti nuit, an Vye Batrville te skriva a mè. —El último se había pasado la noche entera cantando himnos, y el viejo Batrville le había escrito al alcalde.

Nessa volvió a sentarse contra la caja de herramientas, y en algún momento después de la una, mientras Janelle cortaba corcho, se durmió ahí con una mano plana sobre la rejilla de hierro del suelo, sintiendo el distrito. Janelle trabajó hasta que la última almohadilla quedó bajo su ladrillo, y luego se sentó en el taburete y miró dormir a Nessa con el estuche del violín de almohada y el olor del pegamento en el pelo de Nessa y el golpe subiendo a la palma abierta, lo bastante lento como para dormirse entre un latido y otro.

Del relato de Nox, la parte que contó durante la helada, en la mesa de la cocina, a Junie, que se lo preguntó; la hoja de pasajeros del servicio fluvial de la Unión, que él conservó.

El barco de la Unión bajó el último tramo del río la tarde del segundo día del problema del aceite del Distrito 7, aunque nadie a bordo lo sabía, y Nox iba sentado en la baranda de popa con la espalda contra una caja de cojinetes de bomba y miraba cómo las orillas se volvían planas.

Río arriba la tierra tenía forma. Los pueblos del convoy se asentaban en las viejas orillas altas, en terreno que había sido alto antes de que llegara el agua y había seguido siéndolo, con almacenes de ladrillo y graneros y calles que no hacía falta elevar porque nunca les había entrado nada. Él había vivido once años en ese terreno. Bajando, se veía dónde terminaba. Las orillas bajaban un poco cada hora, y los sauces daban paso a la caña, y la caña a la marisma abierta con la vieja carretera cruzándola sobre un terraplén medio bajo el agua, y el olor cambiaba del polvo y el diésel a la sal y la podredumbre y al verde dulce y pesado de la marisma en el calor húmedo. El río se volvía ancho y pardo y lento. Llegaron los pelícanos.

Se había olvidado de los pelícanos. Miró una fila de ellos que pasaba baja, seis en hilera, sin aletear, y sintió que algo en el pecho le hacía una cosa para la que no tenía nombre.

Había catorce pasajeros en la hoja. Nueve eran de la Unión, volvían a casa con el servicio terminado o volvían de permiso, y se notaba cuál por cómo se sentaban. Los de permiso se sentaban juntos y jugaban a las cartas sobre un balde boca abajo y hablaban de lo que iban a comer. Los que habían terminado se sentaban aparte. Un hombre del Distrito 22 con una sola mano, la izquierda, que se había anudado la manga derecha vacía y no dejaba de tocar el nudo. Una mujer de unos cuarenta años con un galón de sargento de la Unión descosido de la manga, de modo que se veía la tela más oscura donde había estado, que iba a ver a una hermana en el Distrito 40 a quien no veía desde que la hermana era niña. Un muchacho que no podía tener veinte años, con sus papeles en una lata que llevó sobre las rodillas todo el camino, y que le preguntó a Nox, la primera mañana, si era verdad que te devolvían tus fichas, todas, desde el día en que te ibas.

—Sa vre —dijo Nox.

—Toti?

—Depi la jou ra tu vena baka. —Desde el regreso, quería decir Nox, no desde la partida. El muchacho lo pensó mucho rato y después no preguntó nada más.

La chaqueta de Nox era del mismo gris que todas las de ellos, el viejo corte de campaña, remendada. La suya era la única con los bolsillos cosidos. Lo había hecho en un cuartel del último pueblo, junto a una ventana, con hilo negro del intendente y una aguja que había tenido que pedir dos veces, ocho puntadas por bolsillo, cuatro bolsillos, y lo había hecho despacio y con cuidado y después se había quedado una hora sentado con la chaqueta sobre las rodillas. La mujer del galón descosido le había mirado los bolsillos el primer día y después lo había mirado a él, y él le había devuelto la mirada, y ella había asentido como si él le hubiera dicho algo, y ninguno de los dos había dicho una palabra al respecto desde entonces. La segunda noche ella le había ofrecido media naranja. Él la había aceptado.

Al final de la tarde la loma surgió de la llanura en la orilla derecha, el único terreno alto en veinte millas, y en ella el embarcadero: un largo muelle de madera sobre pilotes, una caseta de aduanas con la bandera de la Unión y la bandera del Consorcio colgando una al lado de la otra sin llegar a tocarse, una fila de almacenes, un albergue con un letrero pintado. Y más allá de la loma, al sur y al este, llenando todo el horizonte de un lado a otro, la ciudad.

Contaba con que estuviera ahí. No contaba con que fuera tan grande.

Primero el Dosel, porque era lo más alto: las plataformas, nivel sobre nivel, blancas y verdes, con jardines colgando de los bordes y vidrio a lo largo de sus frentes atrapando el sol bajo, y los mástiles delgados que se alzaban de ellas con sus pequeñas luces rojas. Debajo de las plataformas, los Estratos Medios, grises y en terrazas. Y debajo de eso, extendidos bajo todo hasta la orilla del Lago, planos y pardos y llenos de agua, los cuencos del Lodo, y los muros de anillo alrededor de ellos como los bordes de platos, y las casas de bombas a lo largo de los muros de anillo con sus chimeneas, y los mástiles. Trató de encontrar el Distrito 7. No pudo, desde ahí. Encontró el Lago y la larga línea recta del muro de la Hilera de la Cisterna, creyó, y contó hacia adentro desde ahí, y se dio por vencido.

Atracaron a las seis. Los pasajeros bajaron por la pasarela uno por uno pasando junto a un empleado de la Unión con un libro de registro y un empleado del Consorcio con un sello, y a cada uno lo anotaron en un libro y lo sellaron en el otro. El empleado del sello le preguntó adónde iba. Dijo que al Distrito 7. El empleado le preguntó si se había registrado. Dijo que se registraría mañana en la ventanilla de retornos de los Estratos Medios. El empleado le dijo que el albergue costaba dos fichas la noche, no se aceptaban vales de la Unión, y que la ventanilla de retornos abría a las ocho, y lo selló, y miró más allá de él al siguiente.

No tenía fichas. Sus fichas le serían restituidas cuando se registrara. Durmió en el muelle.

Muchos de ellos durmieron en el muelle. El muchacho de la lata, y el hombre de una sola mano, y tres de los jugadores de cartas, que se habían gastado los vales en el barco. No estaba mal. Los tabloneros del muelle guardaban el calor del día, y corría una brisa del río, y la loma era terreno firme, roca bajo el relleno, así que los tabloneros no se movían. Nada se movía. Se acostó boca arriba con los brazos cruzados y miró el cielo y no pudo dormir, y no sabía por qué, y le echó la culpa al calor.

Poco después de las diez el hombre de una sola mano se incorporó a su lado y dijo: «Mira sa.»

La ciudad se había encendido. El Dosel se había iluminado de punta a punta, plataforma sobre plataforma de luz blanca, filas de lámparas a lo largo de los bordes de los jardines, los largos frentes de vidrio dorados desde adentro. Los Estratos Medios tenían su alumbrado público. Y debajo de ellos, donde estaban los cuencos, había una mancha oscura. No estaba todo a oscuras. Casi todo el Lodo tenía las lámparas encendidas, débiles y amarillas, como siempre, dispersas hasta el Lago. Pero una mancha en el medio estaba apagada, de varios distritos de ancho, negra salvo por unos pocos puntos de luz, como si alguien le hubiera puesto una mano encima.

—Kouran koupe —dijo el hombre de una sola mano.

—No —dijo Nox. No sabía por qué lo dijo, salvo que una vez había tenido diecinueve años en un techo del Distrito 7 viendo pasar esto desde el otro lado. —Na chale, Biwo Chaj koupa sikui lanp di katye ye a dies, po ponp ye manja. Apre dies, Labou limena ave luil. —

Con el calor la oficina de carga eléctrica cortaba los circuitos de las lámparas a las diez para alimentar las bombas, y después de las diez el Lodo se alumbraba con aceite.

—Ko le pa havi luil. —Y si no tenían aceite.

—Petet.

Lo miraron juntos un rato, los dos, la mancha oscura en medio de la ciudad iluminada. Nox volvió a intentar contar hacia adentro desde el muro de la Hilera de la Cisterna. Le pareció que la mancha oscura estaba más o menos donde debía estar el Distrito 7. No lo sabía. Pensó en la lámpara de la clínica del Yunque, la de latón con el tubo de vidrio claro a la que Yvonne le recortaba la mecha cada mañana, se hubiera encendido o no, y en si estaría encendida esta noche, y en quién estaría sentado debajo.

—Tu havi moun anba du? —dijo el hombre de una sola mano.

Nox tardó tanto en contestar que el hombre volvió a acostarse.

—Mo te havi —dijo Nox a nadie, un rato después, y se puso la mano plana sobre la chaqueta encima del corazón, donde iría mañana la tarjeta de registro, y durmió un poco cerca del amanecer, y despertó con las gaviotas.



La fila de cuidados

De un cartel de Clairmont Arcade, tal como estaba pegado en el rellano de la escalera Toulouse en el calor húmedo del Año 19; la tiza que hay debajo no es de la galería.

LA CALMA ES UNA FRECUENCIA.

¿Está cansado? Claro que lo está. Usted vive debajo de algo.

Clairmont Arcade lo invita a descansar como descansan las plataformas. Nuestros mostradores de tonos ofrecen toda la línea Halcyon: el Himnario, en negro, crema y rojo regalo; la Almohada, para viajar; y, nueva esta temporada, la Cuna, para el bebé que no se calma y la madre que ya dejó de intentarlo.

Quinientos veintiocho. Dígalo despacio. A muchos clientes les ayuda decirlo despacio.

¿Por qué duermen las plataformas? Algunos dicen que es el compuesto. Otros dicen que es la altura, o los soportes, o la distancia del suelo. Nosotros decimos: escuche.

FACILIDADES DE PAGO PARA EL PERSONAL DE SERVICIO. Llévase hoy un Himnario a casa con cuatro fichas de entrada y una ficha por semana durante cuarenta semanas, descontadas en origen por las agencias participantes. Una caja recuperada por atrasos se recupera con cuidado, y puede ofrecerse a otro hogar a precio reducido, todavía tibia.

LO QUE DICEN NUESTROS CLIENTES.

«Antes escuchaba a mis vecinos. Ahora no oigo nada, y ya dejé de preguntarme por ellos». (Un empleado del registro, Estratos Medios).

«Mi hijo lloraba todas las noches hasta que compramos la Cuna. Ahora llora de una manera que nos resulta más llevadera». (Un hogar de las plataformas, Esplanade).

«No sé qué hace. Sé lo que pagué por ella». (Un instalador de bombas, nombre reservado a petición suya).

La calma no es una afirmación médica. La calma es un sentimiento que usted tiene derecho a comprar.

Clairmont Arcade, tercera terraza, ladera de los Estratos Medios. Abierto todos los días excepto los días de crecida, cuando la galería cierra para comodidad de su personal, que vive abajo.

Debajo del cartel, con tiza, a la altura a la que llega la mano de un niño: *TENEMOS UNA BOMBA PARA ESO*. Debajo, con letra de adulto: *Y TIENE UNA CANCIÓN*.

* * *

Del libro de trabajo de Margaux Abagnale; fila MGoor; el formulario de Vessa, tal como se recibió en el registro de correspondencia.

Pascale puso la nota en la mano de Margaux a las ocho y veinte, en la escalinata del registro, con el aire de una muchacha que entrega un corazón en una caja.

Margaux la leyó de pie. El lápiz rojo de Solène, las mayúsculas cortas y cuadradas de Solène, cuatro líneas y una pregunta sin signos de interrogación. *Adónde fue*. Le dio la vuelta a la hoja, no encontró nada en el reverso, y volvió a darle la vuelta. Pascale esperaba en el escalón de abajo con las manos a la espalda, con la camisa empapada de sudor, una chica del Distrito 7 en los Estratos Medios a la hora en que los empleados subían la ladera con su lino pálido y la esquivaban como si fuera un poste.

—Li te pava kekchoz otra? —El Kanal de Margaux era cuidadoso y un poco rígido, un Kanal de registradora, aprendido en la mesa del Yunque cuando ya era una mujer adulta.

—Li te pava: meta li na men di li. —Pascale lo pensó—. Li te fache. Pa ave tu. Ave Madame Badeaux, mo pensa. Le te diskite na lari kote tiyo Mercy. Toti mona te viza. —Solène solo había dicho que la nota tenía que ir a la mano de Margaux, y había estado enojada, aunque no con Margaux: con Madame Badeaux, pensaba Pascale. Las dos habían discutido en la calle junto a la toma de agua de la calle Mercy, y todo el mundo lo había visto.

—Su luil?

—Madame Badeaux te sinya la relis. Dos kanis po toti trimès. —Pascale lo dijo como debía de estar diciéndolo todo el callejón desde la tarde anterior, con deleite e indignación a partes iguales: Madame Badeaux había firmado la renuncia, dos bidones para todo el trimestre—. Madame Lafitte te souliye li an wouj devan administratè. —Subrayado en rojo, delante de Asante.

Margaux dobló la nota dentro de su libro. Le dio a Pascale un cuarto de ficha para una taza en el carrito de achicoria de la esquina, que Pascale aceptó con dignidad, y le dijo que volviera a bajar antes de que el puesto de control cambiara de turno, porque los Purificadores de día en la escalera Toulouse eran más lentos con los pases de los corredores que los de noche, y más malos. Luego subió la escalinata y entró por las puertas de bronce del registro de correspondencia de la oficina del alcalde, y recorrió el salón alargado hasta su mesa bajo la tercera ventana, y el silencio del edificio se cerró sobre su cabeza como el agua.

* * *

Del libro de trabajo de Margaux Abagnale, la primera página del día; la carpeta de procedimientos del registro.

A las ocho y media de la mañana ya hacía calor en los Estratos Medios. Estaban en la ladera entre la loma y los cuencos, y los habían construido para no ser ni lo uno ni lo otro. Sus calles eran escaleras y rampas y terrazas, revoque blanco que se iba volviendo gris, galerías con toldos, casas de cambio de fichas con rejas de bronce, oficinas de empleados apiladas en cuatro pisos con las ventanas vueltas hacia la parte alta, hacia las plataformas del Dosel, y la espalda al Lodo. Aquí el suelo era más viejo y más alto que el de los cuencos, pero no era la loma, y nunca lo habían amortiguado. Todavía se podía sentir el golpe en los Estratos Medios si uno se quedaba quieto en una escalera. La gente no se quedaba quieta en las escaleras. En la galería de Esplanade Terrace los vendedores del comercio de la calma tenían puestos sus carteles, *LA CALMA ES UNA FRECUENCIA*, letras blancas sobre un fondo azul suave, y bajo el lema, en letras más pequeñas: *528: el antiguo tono de la reparación. Duerma como duerme el Dosel. Cajas desde tres fichas al mes. De inspiración clínica.* Un cartel más nuevo al lado mostraba a una trabajadora del Lodo con collarín dormida en un banco con una sonrisa en la cara, y las palabras *Su empleador puede tener derecho a una tarifa de grupo.* Una mujer en un puesto bajo los arcos les hacía una demostración de una caja de tono a dos esposas de empleados, y les acercaba la cosita lacada al oído, a una y después a la otra, mientras ellas cerraban los ojos.

El registro había sido un banco alguna vez, en algún siglo en que los Estratos Medios tenían bancos. Tenía pisos de mármol colocados sobre una losa que alguien había aislado del suelo con soportes hacía dos generaciones, cuando la oficina del alcalde ocupó el edificio, y emisores en las cornisas que tocaban el tono a un nivel apenas por encima de lo audible. Margaux llevaba tres años trabajando allí. Su escritorio era una larga mesa de roble bajo una ventana alta con vista a los pórticos de la Línea del Diezmo en la ladera de abajo, donde los conductos de las cápsulas subían desde el Lodo sobre sus pilotes y entraban por la parte de abajo de las plataformas, silbando. Sobre la mesa había una bandeja de entrada, un clasificador con cuarenta casilleros, una terminal de libros conectada al relé de auditoría del almacén cívico, y su propio libro de trabajo, de tela verde, que había comprado con su propio dinero en una papelería de Bywater Stack porque los libros del registro eran grises y no los soportaba.

Su trabajo era el trabajo del registro. Todo lo que los distritos mandaban hacia arriba a la oficina del alcalde y que no tenía un lugar propio llegaba al registro, y el registro le encontraba uno. Peticiones, cartas al alcalde, quejas de vecinos, solicitudes de permisos que correspondían a otras oficinas, dibujos de monumentos propuestos, una vez un cangrejo muerto, en una caja, con una nota. El registro lo anotaba, lo leía, lo resumía y lo remitía. Casi todo seguía camino hacia ninguna parte en particular. El almacén cívico tenía un poder que el Consorcio no tenía, que era que podía auditar. No podía ordenarle al Mostrador que hiciera nada. Podía pedir ver lo que el Mostrador había hecho. Los registradores tenían una credencial de lectura sobre los libros de distribución del Mostrador para que, cuando un distrito escribía *dónde está nuestro aceite*, el registro pudiera mirar y contestar *entregado en su totalidad el día cuatro*, y cerrar el expediente.

Ella nunca en su vida había cerrado un expediente de esa manera. Era una de las razones, sospechaba, por las que su padre había hecho los arreglos para que le dieran el puesto. Se había imaginado que tres años de *entregado en su totalidad* le enseñarían algo sobre la ciudad. Le habían enseñado algo. No era lo que él pretendía.

Se sentó, despertó la terminal y abrió el libro de distribución del Mostrador para el Distrito 7, segundo trimestre, aceite.

* * *

Del libro de trabajo de Margaux Abagnale, la página titulada MG001; el libro de distribución del Mostrador, Distrito 7, segundo trimestre, tal como se leyó en la terminal del registro antes de que se retirara el acceso.

La terminal del registro en la mesa de Margaux Abagnale bajo la tercera ventana era vieja y paciente, una placa gris con una pantalla de luz verde y un teclado cuyas letras se habían borrado en el centro, y respondía a la velocidad del relé, que en una mañana calurosa era la velocidad de un hombre que lee en voz alta. A Margaux no le importaba. Había aprendido a leer libros de cuentas en papel, al lado de su madre, antes de aprender a leer libros, y la lentitud de la terminal le daba tiempo para mirar cada línea como su madre le había enseñado a mirar, como si pudiera estar mintiendo.

Primero llegó la asignación del distrito. Distrito 7, T2: *Aceite comestible, 180 bidones. Aceite de quemador, 400 bidones. Estado: CUMPLIDA EN SU TOTALIDAD.* Debajo, la distribución: cupos de los hogares, cupos de las clínicas, salones de asociaciones, la cuota con licencia de las freidurías, la reserva de la propia ventanilla del Mostrador. Encontró la línea del Yunque. *Hogar del Yunque (Palmer/Dauphine): comestible 12, combustible 24. Estado: ENTREGADO.* Una referencia de entrega, un código de depósito, una fecha de hacía diecinueve días. Según el libro del Mostrador, el Yunque había recibido su aceite. Según la cocina del Yunque, no.

Lo anotó en su propio libro a lápiz. Luego sumó el distrito.

Eso le llevó casi una hora, porque la terminal solo le mostraba doce líneas a la vez y la distribución llegaba a trescientas y tantas. Sumó cada pantalla en el margen de una hoja de borrador del registro y fue llevando los totales. El aceite comestible daba ciento ochenta bidones. El aceite de quemador daba trescientos cuarenta. Cada línea de hogar, cada clínica y salón y freiduría, llevaba la misma fecha de entrega y la misma referencia de depósito, un solo lote asentado una mañana de hacía diecinueve días, lo que significaba que el Mostrador había asentado el aceite del distrito como entregado en el momento de asignarlo, como asentaba casi todo, y que los bidones mismos estaban como decía el aviso de la puerta de la oficina del distrito: atrasados. Había visto al Mostrador hacer eso cien veces. Era descuidado y era legal. La columna del combustible seguía dando trescientos cuarenta contra una asignación de cuatrocientos.

Sesenta bidones. Se echó hacia atrás.

En la terminal había una tecla de *detalle de conciliación*, que los registradores tenían permitido pulsar y rara vez pulsaban, porque el detalle era largo y a los empleados de libros del Mostrador no les gustaba que les preguntaran por él. La pulsó. Al cabo de un minuto

la pantalla se llenó con los ajustes del trimestre: devoluciones, mermas, un bidón reventado en el depósito y dado de baja, una corrección en la cuota de una freiduría. Al final había una entrada con otro tipo de código.

Transferencia de salida. Combustible del Distrito 7, 60 bidones, a la cuenta CD/C-3. Autoridad: orden permanente. Estado: completada. Salida de depósito 0-4471, enviada.

Era la única línea del trimestre con un número de salida de depósito. El aceite del distrito se había asentado y no se había mandado. Estos sesenta bidones habían salido del depósito.

No conocía la cuenta. Las cuentas del Mostrador tenían códigos de letras que había aprendido en su primer mes, ventanillas de distrito y depósitos y salones y compradores con licencia, y CD no era ninguno de ellos. Pulsó la tecla del encabezado de la cuenta. El relé se lo pensó. Luego: *CD/C-3. Despacho de Continuidad, consumibles de cuidados. Entidad facturadora: la Vigilancia. Acceso: lectura de auditoría.*

Lectura de auditoría. Su credencial la cubría. No sabía que su credencial cubriera nada que llevara el nombre de la Vigilancia, y se quedó un momento con la mano sobre las teclas, sintiendo el tono en la sala, esa leve presión dulce en el límite superior de lo audible que uno dejaba de notar al cabo de una hora y volvía a notar cuando tenía miedo. No tenía miedo, exactamente. Era consciente de que estaba a punto de mirar algo que no estaba previsto que pudiera ver, y de que la razón por la que podía verlo era probablemente un descuido de alguien, y de que los descuidos se corregían.

La abrió.

La cuenta enumeraba filas de cuidados. Cada fila era un residente: un número de ingreso, un nombre, la fecha en que se abrió el ingreso y una lista de consumibles cargados a la fila cada semana. La pantalla mostraba doce filas. Un encabezado decía que había más. Los nombres no le decían nada. Los consumibles eran los mismos en casi todas las filas, la clase de lista que uno esperaría de un hospital que tuviera pacientes de larga estancia: ropa blanca, batas, apósitos, solución de alimentación. Algunas filas tenían aceite de calefacción. Fue pasando páginas, una pantalla de doce, luego otra, leyendo nombres, fechas de ingreso, que se remontaban años atrás, sintiendo que se le apretaba el estómago como se cierra una mano. El nombre de una mujer con fecha de ingreso en el Año 3. El de un hombre en el Año 11. Seguía y seguía. Unas pocas filas no tenían ningún consumible, solo una última línea: *Estado: CERRADO. Motivo: TRASLADO DE PROGRAMA. Destino: NO SE DIVULGA.* La más antigua de esas era del Año 5. No sabía adónde trasladaba un programa a una persona, y la cuenta no lo decía, y se dio cuenta de que la mano se le había quedado quieta sobre la tecla. La obligó a moverse.

En la cuarta pantalla, en la séptima fila, se detuvo.

DE LA ROSA, Étienne. Ingreso abierto: Año 8. Consumibles: aceite de calefacción del recinto (grado de quemador), semanal. Ropa blanca, juego completo, dos veces por semana. Tubos de circuito, externos,

juego, quincenal. Mantas térmicas, según se requiera. Entrega: código de recepción RH/F. Estado: VIGENTE.

El último cargo de la fila era de cuatro días antes.

Margaux lo leyó tres veces. Luego tomó el lápiz y lo copió en su libro verde, todo, letra por letra, el acento de la E que la terminal había conservado, el código, la fecha de hacía cuatro días, con la letra que le había enseñado su madre, pequeña y clara y derecha. Le dibujó un recuadro alrededor. En el margen escribió *MGoor*, porque era la primera fila de algo y todavía no sabía qué era ese algo, y su madre había numerado desde el uno cada expediente que abrió en su vida.

Conocía el nombre. Todos los que habían comido alguna vez en la mesa del Yunque conocían el nombre, aunque nadie lo pronunciaba en la mesa. Étienne De La Rosa había sido el compañero de Yvonne Celestin y el padre de Marcel, un ingeniero de relés que había trabajado en el hierro viejo para el Desagüe, y hacía once años se fue a trabajar una mañana y no volvió a casa. Margaux tenía catorce años. Entonces no conocía el Yunque. Había oído la historia años después, a pedazos, de Solène en una mala noche, de Marcel una vez que estaba borracho de caña en una boda, y nunca de Yvonne. La casa lo había buscado durante semanas. Después hubo algún rito, algo que Yvonne hizo en el altar, que no salió como debía, y luego Nox se fue, y después de eso la casa dejó de buscar y empezó a vivir alrededor del espacio donde él había estado.

No estaba muerto. Era una fila en una cuenta de cuidados bajo la Vigilancia, y alguien le cobraba al Mostrador su ropa blanca dos veces por semana, y el único aceite que había salido del depósito para el Distrito 7 este trimestre había ido a calentar cuartos como el suyo, mientras la clínica del Yunque se quedaba a oscuras por la noche.

Esa última parte no la sabía. En la hoja de borrador ya había dibujado una flecha de los sesenta bidones a su nombre, y se corrigió en el margen, al lado, como la habría corregido su madre. Sabía que sesenta bidones de aceite de quemador del Distrito 7 habían ido a CD/C-3 por una orden permanente. Sabía que CD/C-3 cargaba aceite de calefacción a muchas filas, y que una de ellas era la de él. No sabía qué cuarto habían calentado esos bidones, ni por qué se había impugnado justamente la reclamación del Yunque mientras otros hogares esperaban en silencio, ni si una cosa tenía algo que ver con la otra. Escribió *no establecido* junto a la flecha y sintió la vieja satisfacción de una línea que decía la verdad.

Luego pulsó la tecla para resolver el código de entrega, RH/F, porque un código de recepción era una dirección, y una dirección era una puerta.

La terminal tardó más de lo habitual. La pantalla se quedó en blanco. Luego imprimió, en las mismas mayúsculas verdes y tranquilas que todo lo demás:

RESTRINGIDO. DESPACHO DE CONTINUIDAD. CONSULTA REGISTRADA BAJO LA CREDENCIAL DE REGISTRADORA M. ABAGNALE. AUTORIDAD: AUTORIZACIÓN 7-114-ML.

Se quedó mirándolo. Luego volvió a pulsar la tecla del encabezado de la cuenta, para regresar, y la pantalla dijo *ACCESO RETIRADO*, y cuando pulsó la tecla del libro de distri-

bución del Distrito 7, que había estado leyendo libremente una hora antes, dijo lo mismo. Copió el número de autorización en su libro debajo de MGoor antes de perderlo. No lo reconocía. Se quedó un rato mirándolo con su propia letra, *7-114-ML*, y trató de decidir si las letras significaban algo, y decidió que no podía permitirse adivinar.

El tono seguía en las cornisas, dulce y plano.



Devolver al enlace del Despacho sin trámite

Del libro de entradas del registro de correspondencia, asientos del día; el formulario de Vessa, tal como se recibió, por ambas caras.

En el registro de correspondencia la bandeja de entrada de la mesa de Margaux Abagnale se fue llenando mientras ella trabajaba, como siempre, y a las once subió el corredor del Lodo con la bolsa de la mañana de las oficinas de distrito y la vació en la bandeja, y ella se obligó a hacer su trabajo porque no había otra cosa que pudiera hacer con las manos.

Registró una petición del Distrito 14 sobre el techo de una escuela. Registró una carta al alcalde de un tal Batraverse de la Hilera Sabine, Distrito 7, cuyo nombre conocía por los archivos del registro, donde tenía una carpeta propia que se remontaba treinta años atrás; la abrió, como el registro lo abría todo, y leyó una página cortés, furiosa, bellamente escrita sobre el aceite, y la resumió, y la puso en el casillero del secretario de correspondencia del alcalde, que enviaría el acuse de recibo de costumbre. Registró una queja por la cabra de un vecino.

Luego sacó un sobre delgado de la oficina del Distrito 7, franqueado y sellado por el administrador, *T. Asante*, con una hoja de remisión que decía *Remitido a petición de la familia; ver al dorso*, y deslizó el contenido sobre el roble.

Era un formulario del Despacho de Continuidad. Reconoció el encabezado por los archivos de costumbre del registro: *ACUSE DE RECIBO DE CONSULTA FAMILIAR*. El registro no solía recibirlos, porque el Despacho se los enviaba a las familias, y las familias no los devolvían. Número de ingreso, lleno. Estado, *ACTIVO*. Ubicación, *NO SE DIVULGA SEGÚN LOS TÉRMINOS DEL PROGRAMA*. La línea al pie que daba por cerrada la correspondencia. El nombre del residente era *NÉRI*, y la consultante era *VESSA, hermana, Hilera de la Cisterna, Distrito 7*.

Margaux le dio la vuelta, como pedía la hoja de remisión.

Al dorso, en tinta azul, alguien había escrito tres preguntas con una letra redonda, cuidadosa, de escuela, la letra de una mujer a la que habían hecho copiar las letras una y otra vez y que nunca había olvidado cómo. *Dónde está Néri. Está vivo. Puedo verlo*. Y debajo, apretado con más fuerza contra el papel, tanto que ella podía sentir las letras desde el otro lado con la yema del dedo: *Si está activo, está vivo. Díganme adónde le llevo las camisas*.

Se quedó con él mucho tiempo. A su alrededor el registro hacía su trabajo, plumas y papel y el suave golpe del marco de los casilleros, los empleados murmurando, el tono por encima de todo. Abajo en la ladera silbaban los pórticos de la Línea del Diezmo. Pensó en Vessa de la Hilera de la Cisterna, a quien nunca había visto, llevando las camisas de un hermano a alguna parte, dobladas, lavadas en la lavandería donde trabajaba, presumiblemente, en los mismos tambores que la ropa blanca del Dosel. Pensó en ropa blanca dos veces por semana en una fila de cuidados. No se permitió pensar lo que venía después de eso, porque no estaba establecido.

El procedimiento del registro para un formulario del Despacho de Continuidad devuelto era una sola línea en la carpeta de procedimientos: *Devolver al enlace del Despacho sin trámite*. Lo había leído el primer día y le había parecido una de las oraciones más feas del edificio.

No lo devolvió. Lo registró, como lo registraba todo, en el libro de entradas bajo la fecha del día, *Acuse de Continuidad devuelto por la familia, hermana de Néri, Distrito 7, vía oficina de distrito*, y le asignó un número de registro, lo que significaba que en algún lugar de los propios libros del edificio un empleado lo había recibido y lo había leído y se le podía preguntar al respecto. Luego copió su número de ingreso en su libro verde en la página siguiente a MGo01, y escribió al lado, *Despacho: lo mismo. Cuenta: desconocida. No establecido*. Puso el formulario en el casillero de los documentos pendientes de destino, donde se quedaría, debidamente registrado, hasta que alguien decidiera adónde iba. Ese alguien era ella. Decidiría despacio.

* * *

Del libro de trabajo de Margaux Abagnale, una nota al margen con fecha del mismo día; el relato de Bériel, dado en la escalera de atrás y en ningún otro lugar.

A la primera campanada el registro de correspondencia salió a almorzar, y Bériel, que tenía su puesto por el viejo patrocinio de la casa Abagnale y lo mencionaba como la gente menciona una deuda, vino y se paró junto a la mesa de Margaux con un paquete de papel y dijo: «Steps» con la voz que usaba para todo, y Margaux fue.

La escalera de atrás del registro bajaba desde una puerta de servicio detrás de los estantes hasta un patio amurallado sobre la ladera, donde el viejo banco había guardado alguna vez sus carretas. Nadie más la usaba. Los empleados comían en la galería o en sus mesas. Madame Bériel había comido en la escalera de atrás durante treinta y un años, en el calor húmedo y en la seca, sobre un cojín doblado que guardaba detrás de la puerta, y comía cangrejo hervido traído de casa sobre un papel en el regazo, partiendo las pinzas con la base de un pisapapeles de latón que le había tomado al secretario de correspondencia del alcalde en el Año 1 y nunca había devuelto. Era la registradora más antigua del edificio y había rechazado un ascenso cuatro veces, alegando que la alejaría de las carpetas. Todos los empleados del edificio le tenían miedo menos Margaux, que se lo había tenido hasta la tarde en que Madame Bériel le mostró la carpeta de Batrville y se rio hasta llorar con una carta del Año 6 sobre el gallo de un vecino.

Bajo el muro del patio los pórticos de la Línea del Diezmo subían por la ladera en el calor, patas de acero sobre sus pilotes y los conductos de las cápsulas corriendo hacia arriba entre ellas hasta la panza gris y acanalada de la plataforma Esplanade. Cada pocos segundos pasaba una cápsula dentro de alguno de ellos con un silbido y un golpe seco, hacia arriba o hacia abajo. A los zanates les encantaban los pórticos. Cien de ellos vivían en los travesaños, negros y con brillo de aceite, gritándose unos a otros, y cuando una cápsula pasaba golpeando se levantaban todos a la vez y volvían a posarse en los mismos sitios, como si el golpe fuera un insulto que habían acordado tomarse como algo personal cada vez. Una lagartija verde estaba sobre el muro del patio con la papada desplegada, rosada, luciéndose para nadie.

Margaux se sentó un escalón más abajo y desenvolvió el pescado con arroz que la cocina del edificio había mandado. No tenía hambre. Madame Bériel partió una pinza y la miró de reojo.

—Esta mañana pulsaste el detalle de conciliación —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—El empleado de la terminal subió a las doce menos dos minutos con la cara del color de ese muro. Alguien del Despacho había llamado para preguntar quién era la registradora. —Madame Bériel sacó carne de la pinza con un palillo para cangrejo—. Se lo dijo. Es un buen muchacho y un cobarde. Yo también se lo habría dicho. Se lo habría dicho más despacio.

—Me retiraron la credencial.

—A todos nos la van a retirar, para esta noche. Eso dice el empleado. Hace treinta y un años que no miro una cuenta de la Vigilancia y ahora me lo van a prohibir, cosa que me parece reparadora. —Un zanate se posó en el muro del patio cerca de la lagartija. La lagartija no se movió, y el zanate lo pensó mejor—. No te voy a preguntar qué viste.

—Gracias.

—Te voy a preguntar si desayunaste.

—Tomé achicoria.

—Eso es una bebida. —Madame Bériel empujó el papel del cangrejo por el escalón—. Cómete una pinza. Tienes la misma cara que tu madre la semana en que la Junta reescribió los aranceles notariales.

Margaux se detuvo con la mano a medio camino del papel.

Sabía, como se sabe el contorno de un cuarto a oscuras, que su madre había venido a este edificio. Maëline había sido notaria antes de casarse y notaria después, y una Fauchard, y los Fauchard habían dado fe de documentos de la loma durante cinco generaciones. Pero Margaux nunca se había imaginado a su madre aquí, ni una sola vez, en este patio, en estos escalones.

—Venía los jueves —dijo Madame Bériel. Se lo dijo a los pórticos—. A dar fe. En aquellos tiempos no teníamos notario propio. La oficina le pagaba a un notario de la loma para que bajara una vez por semana a dar fe de lo que se hubiera acumulado, y durante unos ocho años esa fue tu madre. Se sentaba donde estás sentada tú. Traía el almuerzo en una lata. Les daba de comer a los zanates, cosa que va contra el reglamento del edificio, y yo se lo decía todos los jueves durante ocho años, y ella les daba de comer de todos modos, arroz sobre todo, y la conocían. Bajaban de los pórticos cuando ella abría la puerta. —Madame Bériel partió otra pinza—. Eso no lo hacen por mí. Nunca le he dado de comer a uno en mi vida.

Margaux miró a los zanates. Gritaban y se levantaban y se posaban mientras la siguiente cápsula pasaba golpeando.

—¿Cómo era? Aquí, digo.

—¿Aquí? —Madame Bériel lo pensó—. Rápida. Impaciente con los formularios y paciente con la gente. Leía todo lo que firmaba como testigo, todo, hasta las transmisiones de propiedad, y si no le gustaba lo que leía daba fe de todos modos, porque ese es el trabajo, y luego se sentaba aquí afuera y me contaba lo que tenía de malo durante veinte minutos con la boca llena. —Se limpió los dedos en el papel—. Tenía tu letra. O tú tienes la suya. La reconocería en una página en cualquier parte.

No dijo nada más sobre Maëline, y Margaux no se lo pidió. Se quedaron sentadas en los escalones en el calor, y Margaux se comió una pinza y luego otra, y a las dos menos veinte Madame Bériel dobló las cáscaras en su papel y se levantó con una mano en el marco de la puerta y dijo: «Folders» y entraron.

Antes de seguirla, Margaux dejó lo último de su arroz en el escalón de arriba junto al muro, en pellizcos pequeños. Ninguno de los zanates bajó mientras ella miraba. Lo dejó allí de todos modos.

* * *

Del relato de Marcel De La Rosa; el de Nel, que corrige el suyo en el asunto del pan; la pizarra de trabajos de las cuadrillas de reparación para el tercer día.

El taller era la vieja carbonera del Yunque, medio por debajo de la calle, con una rejilla a la altura de la acera del lado de Palmer que dejaba entrar una franja de luz y los pies de todo el que pasaba, y Marcel había trabajado allí desde los catorce años, primero como la sombra de Kwame y luego como lo que las cuadrillas de reparación lo llamaban cuando él no podía oírlas, que era *el oído*.

La tercera mañana del aceite tenía un regulador del Desagüe desarmado en el banco. Venía de una pequeña bomba elevadora en un patio del callejón Rampart que abastecía a seis casas, y era la misma caja gris que la del motor de la Hilera Sabine, con la misma lámpara ámbar, y su tarea era la misma: escuchaba el pulso de sincronización de la red de relés por un cable delgado desde la caja más cercana y ajustaba la velocidad del motor para igualarla, de modo que todas las bombas de la red marcharan al mismo paso. La bomba del patio llevaba una semana fuera de paso. Daba bandazos. Acelerar, frenar, acelerar, un sonido enfermo, como un hombre que cojea de las dos piernas. Los hogares habían acarreado agua de la toma de agua en su lugar, con el calor, y uno de ellos había acabado por acudir al tablero de la Espina.

Tenía la bobina sensora fuera y la pequeña placa de relés al lado, y había encontrado la falla en los primeros diez minutos, una soldadura agrietada donde entraba el cable de la caja, y había pasado los cuarenta siguientes sin arreglarla.

En cambio, la escuchaba. Tenía la placa conectada con pinzas a una fuente de banco y el cable de entrada enganchado al generador de señales que Kwame había armado con una radio destripada, y le estaba dando un pulso limpio y escuchando el castañeteo del relé mientras lo seguía, y luego quitando el pulso y escuchando lo que hacía sin él. El plano del

Desagüe decía que cuando se perdía el pulso, el regulador mantenía el motor a la última velocidad buena, y así era. La mantenía exacta. La mantenía como si la caja todavía le estuviera hablando, con el mismo pequeño clic en cada cuenta, llevando el paso de una voz que se había callado. La bomba del patio había dado bandazos porque la soldadura agrietada dejaba que el pulso fuera y viniera, así que el regulador se había pasado una semana saltando entre seguir y mantener, seguir y mantener, y el motor había cojeado entre los dos. Esa era la falla. Lo que lo retenía en el banco era el mantener. Una máquina que seguiría obedeciendo lo último que le habrían dicho, mientras tuviera corriente, sin que nadie le dijera nada.

Escribió *mantiene al perder señal, exacto, indefinidamente* en la pizarra de trabajos, y debajo *quién revisa*, y se quedó mirando las palabras un rato.

Unos pies se detuvieron en la rejilla. Zapatos de lona gastados, el izquierdo remendado en la punta con hilo rojo. Giraron, y entraron por la puerta de la bodega, y bajaron los cuatro escalones, y Nel dijo: «Tu pa te manja.»

—Mo te manja un gato vapè.

—Tu te manja la mita di un gato vapè. Junie te pava mo. Junie tena liv su tu. —Medio pastelito al vapor, quería decir Nel, no uno entero; Junie lo había dicho, y Junie le llevaba la cuenta a él. Nel puso una bolsa de papel en el banco junto al regulador, y con ella una taza de lata con achicoria, y se sentó en el cajón volteado junto a la pared con el estuche de la kalimba atravesado sobre las dos rodillas—. Sa e pen di Sister Octavia. Li gate. Li ap vanda li a pri gate. Sa e pi bon bagay ra mo te manja depi tres jou. —El pan era de la hermana Octavia, echado a perder, vendido a precio de echado a perder, y lo mejor que Nel había comido en tres días.

Era una hogaza plana y morena, de sorgo y trigo, horneada sin aceite en un molde que no era para eso, con una corteza como suela de bota y un centro denso y húmedo, y él partió un pedazo y se lo comió y Nel tenía razón. Se lo dijo. Nel dijo que tener razón sobre el pan era uno de los pocos placeres que quedaban en el Distrito 7 que el Mostrador no había anotado como entregados.

Nel llevaba dos años viniendo a la bodega, desde la noche de la boda de los Aubertin, cuando Marcel bebió demasiado aguardiente de caña y le contó a Nel lo de los colores de las voces, que nunca le contaba a nadie, y Nel escuchó con esa quietud tan particular que tenía Nel, y luego le preguntó de qué color era la propia voz de Nel. Él había dicho castaño dorado, como la madera con aceite. Nel se había reído, y había dicho que eso era la kalimba, y él había dicho que no, que era la voz, y que la kalimba era del mismo color por casualidad, o porque Nel la había elegido para que hiciera juego, y Nel había dejado de reírse y lo había mirado largo rato. Dos años después Nel todavía lo miraba así, a veces, cuando él decía algo que le parecía corriente.

El estuche de la kalimba se abrió. Nel sacó el instrumento, una tabla de madera oscura con once lengüetas de acero sujetas por una barra, y se lo puso sobre una rodilla y tocó la cuarta lengüeta desde la izquierda, y sonó un pequeño clic sordo en vez de una nota.

—Li fann —dijo Nel—. Na la ba.

Él se limpió las manos y la tomó. La lengüeta se había agrietado donde la apretaba la barra, una fisura fina como un cabello a través del acero, y el extremo que vibraba había quedado muerto. La giró hacia la luz de la rejilla.

—Mo pu fasa un. Ave un reso di revey, si mo trova un reso ave bon laje.

—Ke tu pu fasa li mem nota?

—Mo pu fasa li mem longè. La nota e la longè an la asye. —Presionó la lengüeta de al lado con la uña del pulgar y la soltó y la escuchó sonar, y la sintió en los dedos, y en el pecho, donde estaba el controlador—. Mo gon fasa li pre. Tu ve audi la diferans. Nulan otra ve audi. —Quería decir que podía cortar una lengüeta nueva de un resorte de reloj del largo de la vieja, porque la nota era el largo y el acero, y quedaría cerca; Nel oiría la diferencia, y nadie más.

—Ko fasa sa. —Nel tomó la kalimba y la guardó en el estuche, y miró el regulador en el banco, la bobina sensora, la placa de relés conectada a la fuente con sus cables—. Li havi wani?

—Un fant na soud. Travay di un minit.

—An tu e anba da depi un lè.

—Li fasa sa ra le pava li. Kan li perdi la batman, li tena la denye. —Hacía lo que le mandaban, y cuando perdía el compás mantenía el último. Intentó encontrar las palabras: como alguien que hubiera perdido a la banda y siguiera bailando al ritmo del último compás que oyó, perfectamente, toda la noche, y nadie le dijera que la banda se había ido a casa.

Nel lo miró otra vez con esa quietud. La franja de luz de la rejilla se había movido por el piso mientras hablaban y ahora caía sobre los zapatos de Nel, el remendado en rojo y el otro, y pasaron unos pies por arriba, y una carretilla, y un perro, y el golpe subió por el piso de la bodega, lento, con su pequeño tropiezo en lo alto.

—Valv di Sabine —dijo Nel.

—Ke tu pu audi li?

—No. Tu ap touche pecho di tu chak fua li akroche. Tu te fasa li tres fua depi mo te sida. —Nel no podía oír el tropiezo, solo ver cómo la mano de él iba al pecho cada vez que el golpe tropezaba, tres veces desde que Nel se había sentado. Nel se levantó y se puso el estuche bajo un brazo—. Nadège pava po nika mira valv di Delphine, an po pa pava anyen ra fasa ki klèk di Drain skriva un fom. —Nadège quería que fuera a mirar la válvula de Delphine en la casa de bombas de la Hilera Sabine, y que no dijera nada que pusiera a un empleado del Desagüe a escribir un formulario.

—Klèk di Drain skriva fom kan un chen jape.

—Ko pa jape. —Al pie de la escalera de la bodega Nel se detuvo, y volvió, y se inclinó, y lo besó en la frente como se besa a alguien que está enfermo, y luego, porque él levantó la vista sorprendido, en la boca, de la otra manera—. Rava ponp Rampart avan. Seis kay ap kava dlo na chale sa.

Arregló primero la bomba de Rampart. La soldadura le llevó un minuto, como había dicho. Volvió a armar el regulador y lo hizo funcionar en el banco y siguió el pulso limpio de Kwame sin un tropiezo, y cuando quitó el pulso lo mantuvo, perfectamente, llevando el compás de nada, y dejó la nota en la pizarra para Kwame y no supo qué más hacer al respecto, y se llevó el pan cuando se fue.

Del relato de Mireille Darbonne.

Mireille Darbonne vendía la frecuencia de la calma en un mostrador de madera clara laqueada en Clairmont Arcade, en la ladera de los Estratos Medios, entre una mujer que vendía almohadas perfumadas y un hombre que vendía agua filtrada en botellas de vidrio a un precio que Mireille, en privado, había calculado una vez como el jornal de un día de una cuadrilla del golpe. Llevaba dieciséis años vendiendo cajas de tono. Lo hacía bien.

Las cajas subían por el ascensor de servicio dos veces por semana desde una empresa de las plataformas llamada Halcyon Instruments en cajones de doce, cada una en su propia funda de cartón gris. Eran cosas preciosas, y nunca se cansaba de abrir un cajón: pequeños estuches laqueados del tamaño de un himnario, negros o crema o de un rojo intenso para el comercio de regalo, con un dial de latón en el frente y una rejilla de fina malla de latón arriba, y adentro, detrás de un panel sellado que al cliente se le decía que no abriera, un resonador de vidrio rojo del tamaño de una falange del pulgar, puesto en una cuna de fieltro. La funda decía *LA CALMA ES UNA FRECUENCIA* y, debajo, en letra más pequeña, *528, el antiguo tono de la reparación*. El folleto de Halcyon que iba en cada caja contaba la historia del tono: cómo lo habían conocido los curanderos durante mil años, cómo los científicos de la Junta habían demostrado su efecto sobre los nervios, cómo era la razón de que las plataformas fueran apacibles y el Lodo, que no podía pagarlo, no. Mireille podía recitar el folleto. Se lo creía como uno se cree su trabajo, es decir, se lo creía en el trabajo y no lo examinaba en casa.

Los clientes llegaban cansados. Ese era su negocio: la gente cansada. Empleados del registro que no habían dormido desde su ascenso, enfermeras que salían del turno de noche en el hospital de las plataformas, madres con bebés que se despertaban con cada ruido, viejos de la loma que decían que la ciudad se había vuelto más ruidosa desde que eran niños. Ella los escuchaba. Les dejaba sostener la caja roja y la caja crema y encender cada una, y les miraba la cara cuando el zumbido dulce y agudo subía de la rejilla y llenaba el pequeño espacio alrededor del mostrador, y sabía, casi siempre, qué caja iban a comprar antes que ellos. Les hablaba en el estándar plano del Dosel que había aprendido a los catorce años de una mujer que enseñaba elocución a los criados de las plataformas, y nunca le dijo a ninguno dónde se había criado.

Se había criado en el Distrito 19, en dos cuartos encima de un remendador de redes sobre un canal cuyo nombre ya no decía, dentro de un golpe tan pesado y lento que los platos caminaban en los estantes. Había dormido dentro de él cada noche de su infancia y se había despertado cada noche de su infancia, tres veces, cuatro, a las horas en que cambiaba el esfuerzo de la bomba y todo el edificio se movía sobre sus pilotes, y su madre le había puesto una mano en la espalda en la oscuridad y le había cantado la canción del golpe del Distrito 19 hasta que volvía a hundirse en el sueño. Había subido la ladera a los catorce años y no había vuelto más que para el funeral de su madre, y había tenido una caja de tono sonando en su propio cuarto todas las noches durante dieciséis años, y en todo ese tiempo ni una sola vez había dormido de corrido hasta la mañana.

No lo veía como algo que anduviera mal con las cajas. Lo veía como algo que andaba mal con ella.

* * *

De la caja de inicio rápido de Halcyon Instruments, la pequeña que va doblada bajo el fieltro en cada caja; Mireille Darbonne guardaba una de repuesto al final de su libro de ventas.

GRACIAS POR ELEGIR HALCYON.

Su Halcyon está listo para llevar la calma a casa.

PRIMEROS PASOS.

1. Saque su Halcyon de la funda. Conserve la funda. Los propietarios que conservan la funda declaran una mayor satisfacción.
2. Coloque su Halcyon a la altura de la cabeza, a tres pasos de la cama, lejos del hierro desnudo.
3. Gire el dial de latón hasta la primera marca. Espere. Gírelo hasta la segunda. La mayoría de los propietarios queda satisfecha con la tercera. Los propietarios que descubran que necesitan la cuarta marca deberían considerar un segundo Halcyon.
4. Acuéstese.

SI ALGO PARECE ANDAR MAL.

Sigo oyendo a mis vecinos. Gire el dial hacia arriba.

Sigo oyendo la bomba. Gire el dial hacia arriba. Halcyon no se hace responsable de las bombas.

Oigo mi Halcyon. Es normal. El tono está hecho para oírse hasta que deja de notarse.

Mi Halcyon se detuvo y no puedo dormir. Puede que haya que reemplazar el resonador. Hay resonadores de repuesto disponibles en su galería.

Mi Halcyon se detuvo y puedo dormir. Por favor, devuelva su Halcyon a su galería para que lo inspeccionen.

Mi hijo le tiene miedo al Halcyon. Los niños se adaptan.

Vivo por debajo de los Estratos Medios. Halcyon está diseñado para cuartos aislados del suelo. En los cuartos que no están aislados, el suelo puede competir con su Halcyon. Halcyon no compite.

ACERCA DEL TONO. Los resonadores Halcyon se tallan según la cifra con la que se vende el tono, quinientos veintiocho. Las afirmaciones tradicionales sobre la cifra aparecen en el folleto de Halcyon a título informativo y no han sido evaluadas por Halcyon Instruments. Se invita cordialmente a los propietarios que experimenten la reparación a escribirnos.

GARANTÍA. Queda anulada si se abre el panel del resonador, si la caja se coloca sobre hierro desnudo, si la caja se usa por debajo de los Estratos Medios, durante una crecida o por más de un durmiente.

La calma es una frecuencia. Halcyon es su hogar.

En su hoja de repuesto, en la seca, Mireille subrayó una línea, la de la caja que se detiene y el propietario que duerme, y puso un puntito al lado, como los puntitos que había empezado a poner en el margen de su libro, antes de tener la menor idea de qué estaba contando.



Un collarín gris alquilado

Del reverso de una tarjeta de planes de Laveau Tech, repartida en la escalera de servicio de Esplanade en el calor húmedo; esta copia la guardó una limpiadora de plataformas que pidió que su nombre quedara fuera del expediente, y así ha quedado.

COLLARÍN CONFORT LAVEAU TECH. ELIJA LA CALMA QUE LE QUEDA.

Cada mañana, miles de residentes suben desde los distritos al servicio de las plataformas, y llegan cargando el suelo consigo: el golpe en las rodillas, el ritmo lento en la voz, la costumbre de detenerse en un rellano para sentir el piso. Los clientes lo notan. El Collarín Confort le ayuda a llegar más ligero.

ESENCIAL. 3 fichas por semana. Reduce la transmisión de la vibración ambiental del distrito a quien lo lleva durante las horas de servicio. Adecuado para puestos de cocina, lavandería y pasillo.

ATENTO. 5 fichas por semana. Todo lo del Esencial, con una segunda capa amortiguadora en la mandíbula, para puestos en los que el cliente pueda dirigirle la palabra. Recomendado para niñeras y enfermeras.

DISCRETO. 8 fichas por semana. Todo lo del Atento, en una banda más delgada de gris paloma que el cliente no verá. Para hogares que prefieren que no se les recuerde.

TODOS LOS PLANES INCLUYEN:

Un depósito de 12 fichas, descontado durante sus primeras cuatro semanas.

Renovación automática cada séptimo día.

Reposición por 84 fichas si el collarín se daña, se pierde, se modifica o se descubre que fue prestado a un familiar.

TÉRMINOS DEL CONFORT.

1. El confort comienza cuando el collarín se cierra y termina cuando termina su plan.
2. Los pagos no realizados suspenden el confort. El confort se reanuda con el pago. Los cargos acumulados mientras el confort estuvo suspendido siguen siendo exigibles, porque el collarín seguía siendo suyo.
3. Quitárselo durante el servicio constituye un incumplimiento. Quien desabroche el collarín en la escalera de servicio para sentir que el suelo vuelve incurre en incumplimiento durante el tiempo que eso le lleve.

4. Laveau Tech registra las horas de contacto por su bienestar. Las horas de contacto pueden compartirse con su agencia de colocación, con el Mostrador y con socios que comparten nuestro compromiso con su bienestar.
5. Algunos usuarios refieren dolor de cabeza, boca seca, llanto al final del turno o la sensación, al bajar, de que el suelo les ha sido quitado y devuelto mal. Los usuarios que experimenten esto deben seguir usando el collarín, puesto que lo están usando.
6. Los planes no pueden cancelarse durante una colocación. No pueden mantenerse colocaciones sin un plan.
7. Laveau Tech es socia del comercio de la calma del Mostrador. Laveau Tech no está afiliada a ninguna persona.

Llegue más ligero. Váyase a su hora.

En el reverso de esta copia la usuaria había hecho las cuentas a lápiz, y luego había seguido más allá del punto en que las cuentas sirven de algo: *11 al día. 66 a la semana. Menos 3. Menos 12 en cuatro. Menos la escalera. Menos mis rodillas. Menos el bebé dormido cuando llego.*

* * *

Del relato de Margaux Abagnale; nadie anotó el nombre de la mujer de la caseta.

Margaux Abagnale se fue a casa a las siete, por la larga escalera desde los Estratos Medios hasta la loma, a través de la puerta de los Purificadores de Esplanade, donde los hombres grises con sus botas selladas conocían su cara y no le pidieron el pase.

Se lo estaban pidiendo a otras personas. Una mujer con un collarín gris alquilado estaba de pie dentro de la caseta con las manos planas sobre el mostrador de acero mientras un Purificador leía su pase de servicio bajo la lámpara y otro le sostenía la bolsa. Margaux conocía la postura por las escaleras del Lodo: una limpiadora de plataformas que bajaba tarde, con el pase sellado para un turno que había terminado a las seis. El Purificador le explicaba con voz amable que un pase fuera de su horario era un pase sin horario, y que ella esperaría en la caseta hasta que su empleador la confirmara por relé, y que la oficina de relés cerraba a las siete. La mujer dijo que sus hijos estaban solos. El Purificador dijo que lo entendía, con la misma voz amable.

Margaux aminoró el paso. Su cara abría esa puerta, y tal vez habría abierto la caseta. Sabía también lo que el Purificador anotaría si lo intentaba, y el nombre de la hija de quién estaría en la boleta por la mañana, el mismo día en que el Despacho había registrado su consulta bajo su propia credencial. Siguió caminando. Se dijo que la oficina de relés contestaría. Tres pasos después, ya en la plataforma, dejó de oír a la mujer por completo.

La plataforma la recibió como siempre. Uno pasaba del último escalón de piedra al material compuesto y el suelo se detenía. No el suelo, se corrigió, porque estaba cansada y no se fiaba de sus frases: se detenía la sacudida. La escalera bajo sus pies había llevado el pequeño temblor de la ladera, débil aquí arriba, pero presente, el golpe de cuarenta distritos que subía por el suelo viejo como una presión en las plantas, y luego su pie bajó sobre la pasarela gris acanalada de la plataforma y no hubo nada. La plataforma estaba construida para no darle

nada. Paneles laminados, duro y blando y duro, cada junta aislada, cada pilote asentado sobre soportes: había leído las especificaciones en el registro una vez, por curiosidad, y le había sorprendido lo aburridas que eran. Ese aburrimiento había costado más de lo que todo el Distrito 7 ganaba en un año.

No fue derecho hasta sus habitaciones. Recorrió el paseo, como lo hacía casi todas las tardes cuando no deseaba llegar todavía a ningún sitio.

El paseo de Esplanade corría a lo largo del borde de la plataforma que daba al lago, detrás de una baranda de acero cepillado, un largo camino de material compuesto pálido colocado en tablones que no hacían eco, con canteros sembrados cada cincuenta pasos y bancos bajo pérgolas de jazmín. A las siete el Dosel salía a recorrerlo: parejas vestidas de lino, niñeras con niños del Dosel en la última luz, las niñeras con sus collarines grises alquilados y los niños de blanco, un anciano empujado en una silla de buenas ruedas por una enfermera que no apartaba los ojos del camino. Nadie hablaba alto. En el paseo nadie tenía que hacerlo. Los grandes emisores en sus postes a lo largo de la baranda se habían encendido al anochecer, y el tono se tendía sobre todo al nivel de una respiración contenida, y las voces de la gente salían de él pequeñas y cercanas.

Más allá de la baranda, los cuencos descendían hacia el anochecer. Desde allí se veían once distritos sin girar la cabeza: la cuadrícula de hileras y techos y canales que se volvía morada, las casas de bombas encendiendo sus lámparas una tras otra al pie de cada hilera a medida que entraban las cuadrillas de noche, los jardines de las azoteas ya negros, el humo de los fogones, que esta noche era solo vapor. Una nube de tormenta se alzaba sobre el Lago, iluminada por dentro, blanca arriba y morada abajo. Una mujer junto a Margaux en la baranda le dijo a su marido que era hermoso, como un cuadro, y su marido dijo que el boletín del Desagüe decía que iba a caer sobre los cuencos exteriores, y siguieron caminando. Margaux la miró parpadear sin un sonido. En algún lugar debajo de ella, en el Distrito 7, la gente comía pastelitos al vapor y miraba la misma nube y tenía esperanza.

A mitad de camino, en uno de los canteros, una higuera crecía de tierra profunda detrás de un bordillo bajo de piedra. Era un árbol de verdad, más viejo que la plataforma que lo rodeaba. Los constructores habían perforado el cantero hasta la tierra de la loma cuando colocaron el material compuesto, y una placa de latón en el bordillo decía qué familia había pagado por el privilegio. Sus hojas eran grandes como manos. Margaux se detuvo junto a ella, como hacía a menudo. En la quietud muerta bajo el tono, cuando el aire llegaba a moverse, se oían las hojas. Hacían un sonido seco y suave, como alguien que pasa las páginas de un libro de cuentas en el cuarto de al lado.

Su madre le había enseñado a leer libros de cuentas en la mesa de la cocina de la casa de la loma, el verano en que Margaux tenía seis años. Maëline ponía el cuenco de trabajo sobre las páginas abiertas para sujetarlas contra la corriente de la ventana, y pasaba el dedo por una columna de cifras y hacía que Margaux dijera cada una en voz alta, y luego decía: *Ahora dime cuál está mintiendo*. Margaux señalaba al azar. Su madre se reía y le decía que mirara otra vez: todas parecían honradas, ese era su oficio. A Margaux le llevó casi todo aquel verano encontrar sola la primera línea falsa en un libro de cuentas, una entrega asentada dos veces con dos fechas, y cuando la encontró su madre dejó el bolígrafo y le besó la coronilla y la dejó tocar la campana para la cena.

Se quedó un rato junto a la higuera con el libro verde en la bolsa y escuchó las hojas. Luego la nube de tormenta pasó hacia los cuencos exteriores sin dejar caer nada, y se encendieron las lámparas del paseo, y ella se fue a casa.

Sus habitaciones estaban en el cuarto nivel de un bloque residencial de la plataforma Esplanade, tres habitaciones con un balcón que miraba hacia el lago por encima de los cuencos. Había crecido a dos manzanas de allí, en la casa de su padre, y se había mudado a los veintidós años con los muebles de su madre y muchísima discusión. La puerta se cerró tras ella con un suspiro. En el silencio podía oír su propia sangre en los oídos.

No encendió la caja. Cada apartamento de la plataforma venía con una caja de tono en la pared junto a la puerta, un panel blanco lacado con un dial, y casi todos la dejaban encendida bajito toda la noche. Ella había apagado la suya la semana en que se mudó y no la había vuelto a encender nunca. El tono de los emisores del propio edificio todavía se colaba débilmente a través de las paredes, y los grandes emisores de la plataforma Esplanade lo tocaban en el paseo después del anochecer, y a veces, cuando el aire estaba quieto, lo oía desde la cama, una nota aguda, dulce y plana con un patrón dentro demasiado lento para seguirlo. Su padre dormía con la caja encendida. Decía que lo ayudaba. Sí ayudaba, suponía ella, de la manera en que estaba hecha para ayudar: le daba al oído algo parejo en que descansar para que los ruiditos no lo despertaran a uno. Eso era todo lo que hacía. Esa especificación también la había leído.

En el estante sobre la mesa estaba el cuenco de trabajo de su madre, una pieza pesada de gres gris con el borde grueso, que Maëline había tenido en su escritorio durante veinte años para guardar sus lápices y sellos y las pequeñas pesas de plomo que usaba para sujetar los papeles cuando hacía viento. Margaux guardaba en él sus propios lápices. Sacó el libro verde de la bolsa y lo puso junto al cuenco y miró los dos juntos, y luego fue a lavarse la cara.

La cena le llegó a las siete y media por el pequeño conducto del Diezmo del propio edificio, una cápsula que encajó con un chasquido en la escotilla de la cocina con un silbido de aire: arroz en un tazón tapado, pescado en salsa, un cucurucho de papel con buñuelos de sorgo. El pescado había salido del Lago esa mañana y había subido por la Línea del Diezmo desde una puerta del Lodo. El arroz venía de los arrozales de agua dulce del Desagüe. Los buñuelos estaban dorados y crujientes, fritos en buen aceite, y ella se sentó a la mesa de su madre y partió uno y miró el vapor que salía de él y pensó en Pascale diciendo *dos bidones para todo el trimestre* en la escalinata del registro, y se lo comió de todos modos, porque tenía hambre y estaba ahí y no comérselo no habría alimentado a nadie.

* * *

Del libro de trabajo de Margaux Abagnale, las líneas bajo MG001 con hora posterior a las nueve; Georges Abagnale declinó dar su versión de la conversación.

A las nueve de esa noche Georges Abagnale fue a las habitaciones de su hija en el cuarto nivel de la plataforma Esplanade. Llamó a la puerta, cosa que no siempre hacía. Margaux lo dejó entrar. Georges Abagnale tenía sesenta y un años, era alto y enjuto y muy bien cuidado, con el pelo gris muy corto y el trato de un hombre que había pasado treinta años en salas donde era la persona de mayor rango presente y había aprendido a hacer que ese hecho resultara cómodo para todos los demás. Todavía llevaba la chaqueta de la oficina. Miró la caja de tono junto a la puerta, apagada como siempre, y no dijo nada al respecto, que era una cortesía que habían acordado entre los dos a lo largo de tres años. Hablaban, como siempre habían hablado en esas habitaciones, en el estándar: el inglés de las plataformas, el idioma de su padre y el de su madre, el idioma de los formularios y de las tarjetas del Mostrador. Margaux hablaba Kanak solo por debajo de la escalera Toulouse, y su padre nunca la había oído hacerlo ni una sola vez.

—Ya comiste —dijo él.

—Ya comí. ¿Quieres té?

—No. Gracias. —No se sentó. Se quedó de pie junto a la mesa y miró el libro verde al lado del cuenco de Maëline sin tocar ninguno de los dos, y ella entendió que había venido directo de la oficina y que alguien lo había llamado antes de que saliera—. Esta mañana hiciste una consulta sobre una cuenta del Despacho de Continuidad.

—Concilié una asignación de aceite de un distrito. El detalle de la conciliación incluía una transferencia a una cuenta del Despacho. Mi credencial cubría la lectura de auditoría de la cuenta.

—La cubría. Ya no. —Lo dijo sin enojo—. El enlace del Despacho llamó a mi oficina a las dos. Tu credencial ha sido corregida. La lectura de auditoría del registro sobre las cuentas de la Vigilancia era un error en el cuadro de credenciales, y el Despacho ha pedido que se cierre para todos los registradores, no solo para ti. Accedí.

—El Despacho lo pidió.

—El Despacho lo pidió, y yo accedí. —La miró—. Margaux. El Despacho de Continuidad es un programa de la Vigilancia. La oficina del alcalde no tiene facultades de auditoría sobre él. Eso lo sabes.

—Sé que el Mostrador asentó el aceite del Distrito 7 como entregado y nunca lo mandó —dijo ella—, y que los únicos sesenta bidones que sí salieron del depósito para el Distrito 7 fueron a una cuenta de la Vigilancia por una orden permanente de la que nadie en el distrito fue informado, y que la clínica del Yunque ha estado a oscuras por las noches porque su reclamación fue impugnada contra una entrega que nunca ocurrió. Esa es una pregunta de auditoría. Es la única clase de pregunta que el registro existe para hacer.

—Y tú lo vas a poner por escrito —dijo su padre—, y yo lo voy a remitir al Mostrador, y el Mostrador va a decir que la orden permanente es una orden de la Vigilancia y que la Vigilancia tiene prioridad sobre el aceite de quemador para cuidados, cosa que es cierta, según los estatutos, y en todo caso la renuncia a la reclamación del Yunque se presentó ayer

por la tarde. Vi la renuncia. El expediente está cerrado. —Hizo una pausa—. No te limitaste a conciliar la asignación.

Ella no contestó. Él esperó, y cuando ella siguió sin contestar, él mismo dijo el nombre, con cuidado, como si fuera un vaso que le hubieran entregado lleno.

—Étienne De La Rosa.

—Está vivo.

—Es residente de un programa de cuidados de la Vigilancia. Más allá de eso no sé nada, y tú tampoco. —Por fin se movió, y se sentó en el brazo del sillón de su madre, y por un momento aparentó su edad—. No voy a fingir contigo. Sabía que el nombre estaba en esa cuenta. Lo sé desde hace algunos años. No nos corresponde saberlo, ni a mí ni a ti, y te lo digo para que entiendas por qué voy a pedirte lo que voy a pedirte.

—Que es.

—El residente de esa fila sigue figurando en el registro de un hogar del Distrito 7. El del Yunque. El Despacho lo notó esta tarde, por tu consulta, y al Despacho no le gusta que un hogar retire fichas para un miembro que está ingresado. Parece un doble retiro. El Mostrador va a querer someter al hogar a una auditoría. —Dijo *auditoría* como ella lo había dicho hacía un minuto, y ella lo oyó hacerlo—. Puedo cerrarlo como una superposición administrativa. Una corrección del registro. Sin auditoría, sin recuento, sin nadie del Mostrador en su puerta. Para hacerlo necesito la lista de recepción del hogar.

Margaux se quedó muy quieta.

—El Yunque lleva su propia lista —dijo su padre—. Todos los hogares la llevan. Quién come, quién retira, quién es residente, quién está de visita. Yvonne Celestin la lleva en un libro. Me imagino que lo has visto. Necesito una copia. La comparo con el registro, tacho su nombre como ingresado, presento la corrección, y el Despacho ya no tiene ningún interés en el Yunque. Eso es todo.

—Yooi —dijo ella.

Él la miró.

—Así lo llamé. En mis notas. La primera lista del libro de Yvonne. —No lo había llamado de ninguna manera hasta ese momento. No sabía por qué lo había dicho. Descubrió que quería que él supiera que ella tenía un nombre para eso que él no le había dado—. Quieres todos los nombres del Yunque.

—Quiero protegerlos de una auditoría.

—Quieres a cada niño que Yvonne alimenta y que no tiene ficha. Quieres a cada persona que ha dormido en esa casa en un mal mes porque no tenía otro lugar adonde ir. Quieres a los que vuelven y a los que están fuera de los libros y a los que Solène mueve de noche. —Oyó que la voz se le alzaba y la bajó—. Y quieres que yo te la suba por la escalera porque a mí me la darían.

—Quiero —dijo Georges— que mi hija deje de poner su propia credencial en cuentas de la Vigilancia que podrían acabar con su carrera en esta oficina, y quiero que a una familia con la que no tengo ningún problema no la audite un Mostrador al que no le importa quiénes son. Si crees que esas son cosas pequeñas, no has estado prestando atención a los libros que lees. —Se puso de pie—. No te estoy pidiendo que lleves nada al Yunque. Te estoy diciendo que no lo hagas. No bajes allá con esto. No les enseñes tus notas. Si se enteran de esa fila por

ti, en el estado en que estás, van a hacer algo que yo no voy a poder cerrar, y entonces no va a ser el Mostrador el que esté en su puerta, van a ser los Purificadores. Tráeme la lista, o no, y yo encontraré otra manera de conseguirla. Pero no lles esa fila escaleras abajo.

Ella lo miró. Miró el cuenco de su madre en el estante detrás de él, lleno de sus propios lápices.

—¿Mi madre está en esa cuenta? —dijo.

No era lo que había querido decir. Le salió como la pregunta del formulario de Vessa había salido de aquel bolígrafo, apretado con fuerza. Por un momento la cara de su padre no hizo absolutamente nada, y ella pensó, con una parte fría y clara de sí misma, que nunca lo había visto tan quieto.

—Tu madre —dijo Georges— no es una fila en un libro de cuentas.

Fue hacia la puerta. Se detuvo junto a la caja de tono apagada y puso dos dedos sobre el dial, y ella pensó que la iba a encender, como hacía en sus propias habitaciones, como una vez había encendido la de ella cuando era niña y no podía dormir. Retiró la mano.

—Buenas noches, Margaux.

Cuando se fue, ella se sentó a la mesa bajo la lámpara. El silencio volvió a la habitación y la llenó. A través del vidrio del balcón los cuencos se extendían debajo de ella en la oscuridad, setenta y cinco distritos, unos cuantos miles de lámparas, las casas de bombas mostrando sus luces al pie de cada hilera, y no podía sentir nada de eso. Podía oír, si contenía la respiración, el tono del paseo, dulce y plano y parejo, tendido sobre la ciudad como una sábana sobre los muebles.

Abrió el libro verde en MG001 y lo volvió a leer. *Ropa blanca, juego completo, dos veces por semana. Estado: VIGENTE.* Alguien le lavaba las sábanas. Alguien las doblaba. Alguien firmaba por ellas en una puerta con un código que a ella ya no le permitían leer.

Debajo de la entrada, a lápiz, escribió la fecha y la hora, y luego: *Acceso retirado, 11:40. Autorización 7-114-ML. G.A. solicita Y001. G.A. ordena: no llevar al Yunque.* Se quedó un rato mirando la última línea. Luego trazó una sola línea recta debajo, como su madre la había trazado debajo de cada entrada terminada, y no escribió nada más.



11

Veintiséis y un pelo

Del relato de Consuelo Mayorga; el termómetro con su cordel, que ella todavía conserva; grabado en el Embarcadero de la Garza con su permiso.

A las cinco y cuarto de la mañana, al final del muelle largo del Embarcadero de la Garza, en el Distrito 44, Consuelo Mayorga sacó su termómetro del Lago tirando del cordel y lo acercó a la lámpara y leyó veintiséis y un pelo.

Lo volvió a bajar y contó hasta cien y lo sacó otra vez, porque su padre le había enseñado que el Lago mentía en el primer tirón. Veintiséis y un pelo.

Todavía no había nadie más en la punta del muelle. Detrás de ella el embarcadero despertaba en la oscuridad: una puerta, una tos, la radio de alguien que encontraba la emisora del Distrito 22 y la perdía, el primer humo que subía de la hilera de los ahumaderos, donde Lazare Mouledoux mantenía un fuego encendido con cualquier tiempo, por orgullo. El Distrito 44 había dejado de bombear en tiempos de su bisabuela. El Desagüe había dejado caer el muro de la ribera y el Lago había entrado hasta más o menos la cintura de un hombre y se había quedado, y el distrito se había subido a pilotes y postes flotantes y había seguido adelante. Así que en el Embarcadero de la Garza no había golpe. La gente de los distritos interiores que venía a comprar pescado en el mes de los sábalos no podía dormir por el silencio y se quejaba en el desayuno, como la gente del Dosel quejándose del Lodo. Chelo, como la llamaba todo el muelle, había crecido, en cambio, con los sonidos del agua: el chapoteo bajo las tablas, los pilotes que chasqueaban al hincharse, las lisas que saltaban de noche como si alguien dejara caer cucharas. Una vez había ido al Distrito 7 para una boda y se había quedado despierta hasta las cuatro con el piso empujándole la espalda desde abajo y los dientes zumbando, y había vuelto a casa y había dormido once horas.

Frente a la punta del muelle, la hilera de robles se alzaba en el agua. Cuarenta o cincuenta robles siempreverdes ahogados, muertos por la sal antes de que naciera nadie de los que hoy viven, de pie, grises y desnudos, a lo largo de lo que alguna vez había sido un camino, con las ramas en alto y abiertas en la oscuridad como gente a la que le han dicho que se detenga. Las garzas dormían en ellos. Los sábalos subían junto a ellos cada año cálido, siguiendo a las lisas desde el Lago abierto, y cada año cálido los primeros llegaban cuando el agua en la punta del muelle alcanzaba los veintiséis.

Chelo se sentó en el borde con los pies sobre el agua y esperó la luz.

Llegó gris y luego del color del interior de una concha de ostra. El Lago estaba plano como un plato hasta el horizonte, donde una línea de nubes se iba poniendo rosada por el borde de abajo. Una garza en el roble más cercano se sacudió y estiró el cuello. Una lisa saltó y volvió a caer, y luego otra, y luego todo un trozo de agua más allá del cuarto roble se estremeció como si lloviera en ese único lugar y en ningún otro. Eso era carnada. Algo la empujaba hacia arriba desde abajo.

Entonces, entre el cuarto roble y el quinto, un lomo salió del agua.

Salió sin prisa, plateado como una cuchara nueva y largo como una puerta, y giró como una rueda que da vueltas, con la gran aleta dorsal subiendo y bajando con él, y ella lo oyó, a través de sesenta metros de agua plana: un trago suave y hondo, como un hombre que bebe de un frasco. Se hundió. Los anillos se abrieron desde donde había estado y llegaron al roble y siguieron de largo.

Ella no se movió. Su padre decía que el primer pez de la corrida no era para pescarlo, y ella nunca había sabido si eso era una regla o algo que él decía porque fue demasiado lento para salir del muelle el primer año que vio uno. Otro lomo salió rodando más lejos, pasado el octavo roble, y tragó, y se hundió. Luego dos juntos. Luego uno tan cerca bajo la punta del muelle que le vio el ojo, grande y negro y plano como una moneda, y las placas del opérculo, y las escamas a lo largo del costado, cada una tan ancha como la palma de su mano, que atrapaban la luz rosada y la devolvían.

Detrás de ella alguien había salido al muelle con un balde y se había detenido. Luego alguien más. Cuando se dio la vuelta había once personas de pie sobre las tablas en la media luz, en ropa de dormir y ropa de trabajo, mirando hacia la hilera de robles, y ninguna decía nada. El viejo Evariste Pitre, medio ciego, estaba de pie con la mano en el hombro de su nieto y la cara vuelta hacia el sonido.

Un sábalo rodó junto al primer roble y tragó, y todo el embarcadero lo oyó.

—Mira —dijo Evariste en voz baja, a nadie—. Mira, mira.

Entonces todos gritaron al mismo tiempo, y corrieron hacia las barcas.

* * *

Del relato de Consuelo Mayorga y el de Aurelio Lachance, que no coinciden en el peso del primer pez ni en quién llevaba el timón.

A las seis de la primera mañana de la corrida, en la hilera de casas flotantes detrás del Embarcadero de la Garza, Chelo Mayorga golpeó la pared de la casa de su exmarido con la palma de la mano hasta que él abrió el postigo.

Aurelio Lachance ya estaba vestido. Siempre estaba ya vestido en el mes de los sábalos, y esa era una de las cosas que se le habían hecho difíciles de soportar de él cuando estaban casados, porque en cualquier otro mes del año no encontraba los zapatos antes del mediodía.

—Mo te audi le —dijo él.

—Toti mona te audi le. Pran gaf di tu.

—Un sinkim.

—Un sizim. Sa e bato di mo. —Una quinta parte de la pesca, quería él. Una sexta, dijo ella. Su barca.

—Sa e bato di tu, an gaf di mo, an bra di mo, an tu pa pu leva un pouason di kuarenta kilo su bor tu sèl. Tu janmen te pu. Un sinkim. —Su barca, sí, dijo él, pero su bichero y su brazo, y ella no podía subir sola un pez de cuarenta kilos por la borda y nunca había podido. Él la miró a través del postigo. Tenía una cara grande y arrugada como una almohada en la que alguien ha dormido, y canas que le asomaban en la barba, y la misma mirada que tenía a los veintidós cuando le pidió matrimonio en esta misma hilera con una sarta de cangrejos en una mano—. Chelo. Sa e prim matin. Pa fasa mo kanpa da an marchanda la prim matin.

—Un sinkim —dijo ella—. An tu pa chanta.

—Mo ve chanta si mo veli.

Quedó en una quinta parte, entonces, y ella le había dicho que no cantara, y él le había respondido que, si le daba la gana, cantaba.

Habían estado casados catorce años y divorciados seis, y cada mes de los sábados desde el divorcio ella lo había contratado, porque nadie en el Embarcadero de la Garza clavaba el bichero tan limpio y nadie más podía pararse en la proa de *Little Heron* cuando un pez salía y no pestañear. El resto del año él trabajaba de tripulante en los camareros del Sindicato y ella atendía sola sus trampas de cangrejo, y se veían los domingos cuando Paloma comía en casa de él, y estaba bien. Más que bien, casi todas las semanas. Solo en la corrida volvía el matrimonio, entero, lo bueno y lo demás, durante un mes, y luego se iba otra vez cuando el agua se enfriaba.

Salieron con la pértiga hacia la hilera de robles junto con otras cincuenta barcas. Todo el Embarcadero de la Garza estaba en el agua: esquifes, balsas de casas flotantes con un hombre de pie en cada una, niños en tinas de lavar a los que les gritaban que volvieran al muelle, dos viejas de la hilera de los ahumaderos en una canoa tan remendada que era más brea que madera. Los sábados rodaban por todas partes alrededor. Cada pocos segundos otro lomo plateado salía y giraba y tragaba y se hundía, cerca y lejos, y los pelícanos habían encontrado la carnada y bajaban del cielo con las alas plegadas y golpeaban el agua como sacos lanzados, y las gaviotas chillaban, y el perro de alguien en una balsa le ladraba a todo a la vez.

Chelo encarnó una línea de mano con una lisa viva atravesada por los labios y la lanzó lejos, más allá del sexto roble, y la dejó nadar. Aurelio se paró en la proa con el bichero.

El pez picó al tercer minuto. La línea salió por su protector de cuero de la palma tan rápido que humeó, y entonces, a ochenta metros, el sábalo salió del agua, entero, más alto que Aurelio, sacudiendo la cabeza de modo que las placas de las agallas sonaban como una lata de clavos, plateado de punta a punta contra el gris de la hilera de robles, y se quedó colgado en el aire más tiempo del que algo tan pesado tenía derecho, y cayó en un estallido blanco.

—Bese —dijo Aurelio, y ella se inclinó, bajando las manos hacia el pez para darle línea mientras saltaba, como le había enseñado su padre, para que no pudiera soltar el anzuelo contra una línea tensa. Saltó otra vez. Ella se inclinó otra vez. Al tercer salto subió tan alto que un hombre en el esquife de al lado se quitó el sombrero, y ella se oyó reír en voz alta con la línea quemándole las manos y la barca girando bajo ella, y Aurelio en la proa cantaba, mal, a propósito, la canción de la mujer del pescador que se casó con el pez.

Tardó cuarenta minutos. Al final el pez quedó tendido junto a la borda abriendo y cerrando su enorme boca y con el ojo mirando al cielo, y ella sostuvo la línea mientras Aurelio

le clavaba el bichero bajo la mandíbula y lo subieron juntos por encima de la regala, y entró sobre sus rodillas y llenó todo el fondo del eskuife, y se sacudió una vez, de modo que la cola alcanzó a Aurelio en la espinilla y él maldijo en el francés de su madre. Luego ella tomó el garrote e hizo lo que había que hacer, y quedó todo en silencio, y las escamas del pez siguieron atrapando la luz mucho tiempo después.

Se echó hacia atrás en la bancada con las manos abiertas en el regazo. Los protectores de las palmas estaban rajados en dos lugares. Le temblaban las manos. Tenía cuarenta y cuatro años, y había hecho esto cada año cálido de su vida desde los nueve, y las manos todavía le temblaban, cada vez, como si la hubieran dejado entrar en un cuarto donde no debía estar.

—Sinkuenta kilo —dijo Aurelio.

—Kuarenta.

—Sinkuenta, san manti.

—Counter ve pava kuarenta.

—Counter e un mantè. —Cincuenta kilos, sin mentir, dijo él; el Mostrador diría cuarenta, dijo ella; y el Mostrador, dijo él, era un mentiroso. Se sentó en el asiento de proa y miró el pez y luego a ella, y sonreía, y la espinilla le sangraba dentro del calcetín—. Li bon, Chelo.

—Li bon —dijo ella.

* * *

Del tablero de los compradores del Embarcadero de la Garza, tal como Paloma Lachance lo copió en un cuaderno escolar; el aviso de la Junta en el poste del muelle, tal como se pegó; el relato de Emile Doucet, dado desde su cama.

Al mediodía del cuarto día de la corrida, en el muelle del Embarcadero de la Garza, los dos compradores estaban sentados a doce metros uno del otro y no se miraban, y así supo el Embarcadero de la Garza que el mes de los sábalos había empezado en serio.

Hippolyte Gravois, el comprador con licencia del Mostrador, estaba sentado bajo una sombrilla a rayas ante una mesa plegable con una balanza colgante, un sello, un talonario de boletas de peso por triplicado y un tablero pintado en un caballete que decía, en el azul del Mostrador: *COMPRADOR CON LICENCIA. PRECIO JUSTO, TODOS LOS DÍAS. Tarifa fijada por el Mostrador para su protección.* La tarifa estaba escrita con tiza debajo: un tercio de ficha el kilo, en carne, eviscerado. Era la misma tarifa que el año pasado y que el anterior. Gravois era un hombre manso y redondo que se secaba el cuello con un pañuelo y era cortés con todos, y nadie en el Embarcadero de la Garza le tenía antipatía, y nadie le vendía mientras Chantal Vo estuviera en el muelle.

Chantal Vo estaba sentada en un cajón puesto boca abajo en el extremo de los ahumaderos, sin mesa y sin tablero y con un morral de cuero cruzado sobre las rodillas. Pagaba media ficha el kilo y no pedía ver ninguna licencia. Además, llevaba este mes algo que Gravois no tenía: un talonario de vales de aceite, impresos en cartulina amarilla delgada con una marca del Sindicato en la esquina, cada uno válido por un bidón de diez litros de aceite comestible en una tienda del Sindicato en Bywater Stack. Todas las cocinas de los distritos interiores llevaban semana y media comiendo pastelitos al vapor. Nadie en el Embarcadero de la Garza

había frito nada desde que empezó la corrida. Chantal daba un vale por cada cien kilos de sábalo, en lugar de las cincuenta fichas. Para el cuarto día la gente ya había calculado que un vale se compraba y se vendía en el Distrito 7 por setenta.

Paloma Lachance, de doce años, estaba sentada en un bolardo entre los dos compradores con un cuaderno escolar y un lápiz y copiaba cada peso y cada precio de los dos, porque su madre le había dicho que valía la pena llevar un registro y nadie más lo llevaba. Lo escribía en dos columnas. La columna del Mostrador era corta.

Chelo le vendió sus tres primeros peces a Chantal: ciento treinta kilos entre los tres, un vale y quince fichas. Se quedó con las escamas. Ella y Paloma las habían raspado la noche anterior en la cubierta de la casa flotante, lavado en agua de cal y extendido en una tabla para que se secaran, cien y pico de placas plateadas tan grandes como la mano de un niño, y el hombre de las escamas de Chantal, un muchacho flaco que bajaba de Bywater Stack con una canasta, se las llevó a un cuarto de ficha por cada diez buenas. Subían por las Líneas del Diezmo a los talleres del Dosel, dijo, y volvían a las plataformas convertidas en pantallas de lámpara y abanicos de boda y biombos para los tocadores de las señoras. Él había visto uno de los biombos una vez, en una casa de las plataformas donde limpiaba su hermana. Dijo que era muy hermoso y que nadie en la casa sabía de qué estaba hecho.

Chelo pagó las últimas noventa fichas de la deuda de *Little Heron* esa tarde, en la caseta del prestamista de barcas del Sindicato detrás de los ahumaderos, y vio a la mujer de allí tachar su nombre con una línea en un libro de cuentas, y salió dueña de una barca por primera vez en su vida. Luego fue a ver a la secretaria de la Benéfica del Lago en la hilera de casas flotantes y pagó sus cuotas y las de Paloma por un año entero por adelantado.

Siempre pagaba por adelantado en la corrida. Todos en el embarcadero sabían por qué y nadie lo decía. Su padre había muerto en un mal año, un invierno flaco sin corrida antes, cuando la familia iba tres trimestres atrasada, y la Benéfica del Lago no tenía nicho para un miembro con tres trimestres de atraso. Así que él se había ido al agua, a la antigua, a la manera de la Zona Hundida, en una sábana con piedras cosidas en el dobladillo, desde el final del canal hondo más allá del último roble, con su hija al timón y el cura de la capilla flotante diciendo las palabras por la borda. El Dosel lo llamaba un problema sanitario. La Zona Hundida lo llamaba un entierro. Chelo lo llamaba la razón por la que pagaba por adelantado.

En el poste del muelle, a la entrada del embarcadero, habían pegado esa mañana un aviso encima de los más viejos, con el escudo de la Junta arriba:



REGATA DE SÁBALOS DE LA SOCIEDAD DE PESCA DEPORTIVA DEL DOSEL. La orilla del Lago desde la hilera de robles del Distrito 44 hasta la baliza del Distrito 47 queda reservada los días 12 y 13 para uso deportivo. Se ruega a los residentes que honren la ética de conservación de la Sociedad no sacando ningún pez durante la reserva. Todo pez capturado por la Sociedad se libera vivo, un regalo al Lago y a las generaciones futuras.

La gente se paraba a leerlo y le decía cosas. Alguien ya había escrito debajo con carbón: ¿Y NUESTRA GENERACIÓN? Evariste Pitre hizo que su nieto se lo leyera dos veces y luego se rio tanto que tuvieron que sentarlo en un cajón.

A la cuarta campanada un sábalo saltó dentro del esquife de Emile Doucet.

Ocurrió frente al noveno roble, y Chelo lo vio desde cuarenta metros: el pez saliendo del agua junto a la barca en un salto, retorciéndose, y cayendo no en el agua sino de través sobre la borda, sesenta kilos, y Emile yéndose de espaldas debajo de él al fondo de la barca. Su hermano sacó el pez con un remo. Trajeron a Emile tendido sobre las tablas con la cara gris y la respiración corta y húmeda, y lo acostaron en el muelle, y quien sabía de hierbas en el embarcadero se arrodilló a su lado y le apretó a lo largo del costado con dos dedos y dijo cuatro costillas, quizás cinco, y que no había que moverlo sobre el agua hasta la mañana, y que no volvería a trabajar este mes.

No volvería a trabajar este mes. Todos en el muelle lo oyeron y supieron lo que significaba. Emile Doucet tenía once días de dinero de la corrida y una esposa y tres hijos y un esquife con una deuda encima, y la corrida duraría quizás tres semanas más, y después serían cangrejos y lisas al precio del Mostrador hasta el próximo año cálido, si el próximo año era cálido.

Lo llevaron a su casa por las tablas, despacio, sobre una puerta. Chantal Vo bajó por el muelle a las seis con su morral y se sentó en un cajón junto a la cama de Emile en su cuarto del frente, y fue amable con él, y le ofreció un adelanto a cuenta de la corrida del año siguiente: doscientas fichas ahora, que se devolverían con los pesos del año siguiente, con un sexto encima. Tenía el papel preparado. La esposa de Emile se lo leyó porque a él se le cerraban los ojos. Lo firmó con la mano izquierda, acostado, y Chantal le dio las gracias y le deseó una pronta recuperación y volvió muelle arriba, y él quedó perteneciendo al Sindicato hasta que el agua del año siguiente llegara a veintiséis, y todos en el Embarcadero de la Garza pensaron que ella había sido amable, y lo había sido.

Paloma lo anotó en el cuaderno, en ninguna de las dos columnas: *Emile D., 200 de adelanto, con un sexto.*

* * *

Del relato de Junie; Yvonne Celestin le dio al expediente una frase sobre esta tarde y pidió que se pusiera al final de la escena, y así se ha hecho.

La tarde del tercer día del aceite, mientras los esquifes de la Zona Hundida esperaban todavía los sábalos en el Lago, Yvonne subió con Junie hasta la azotea para recoger la cena, porque en la cocina no quedaba nada con que cocinarla.

La azotea al anochecer era el mejor lugar de la casa. La brea ya no estaba tan caliente como para quemar y solo estaba tibia, y las macetas de chiles estaban en sus filas con la luz poniéndose dorada sobre las hojas, y la enredadera de batata sobre el parapeto de Dauphine estaba llena de pequeñas polillas blancas. Abajo en el callejón se habían encendido los circuitos de las lámparas, los primeros, una sarta amarilla a lo largo de la calle Palmer, y más allá del muro de anillo el Lago se había puesto del color del interior de una concha. Yvonne llevaba la canasta. Junie llevaba el cuchillo y el paño y la pregunta que llevaba dos días esperando un lugar donde hacerse.

Recogieron primero el quimbombó, porque el quimbombó no esperaba; un día de más y se ponía leñoso. Yvonne le volvió a enseñar a Junie cómo tomarlo con un giro y no con un tirón, para no desgarrar el tallo, y Junie lo hizo perfectamente y luego lo hizo mal a propósito para ver si Yvonne se daba cuenta, y Yvonne se dio cuenta. Chiles pajarito, un puñado, rojos y verdes, para la salsa. Melón amargo, dos, del enrejado. Los seis higos del año seguían duros y verdes, y Junie los contó para asegurarse de que nadie se había llevado uno, y nadie se lo había llevado.

—Nu gon manja li kri —dijo Yvonne—. Gonbo kri ave sel an piman. Asosi koupe fen ave sos. Poua frèt. La denyé di la mori. —Quimbombó crudo con sal y chile, melón amargo en rodajas finas con salsa, frijoles fríos, lo último del pescado salado.

—Nulan amu gonbo kri.

—Toti mona amu gonbo kri kan pa gen luil. Konsa tu trova. —El quimbombó crudo no le gustaba a nadie, dijo Junie; le gustaba a todo el mundo cuando faltaba el aceite, dijo Yvonne, y de ese modo uno se enteraba.

Las gallinas salieron del gallinero al oír la canasta y dieron vueltas alrededor de los tobillos de Junie, quejándose. Junie les dio las puntas del quimbombó y la cáscara del melón y les cantó el Himno de la Crecida en su arreglo equivocado, las cuatro estrofas, y Yvonne se sentó en el banco de la puerta y dejó pasar la canción y miró el Lago. Los esquifes estaban allá afuera, una fila de lucécitas, bajas sobre el agua, esperando que un termómetro diera la señal. Alguien le había dicho a Junie, en el distribuidor esa mañana, que cuando los sábalos subían por el Lago en una corrida se los podía ver desde la azotea, plateados, rodando, un campo entero de ellos, y Junie no se lo había creído y se había asomado al parapeto dos veces ese día para comprobarlo.

Cuando terminó el himno, Junie también se sentó en el banco, en el otro extremo, con el cuchillo atravesado sobre las dos rodillas.

—La bol blan su etajè anlè —dijo Junie.

Yvonne no volvió la cabeza: «Yo.»

—Li e di wini?

Las gallinas habían vuelto al gallinero. Abajo en el callejón alguien llamaba a un niño para que entrara, una llamada larga y descendente en español, las mismas tres sílabas una y otra vez. Junie había vivido en el Yunque desde que Junie tenía memoria, y había puesto la mesa todas las noches de ese tiempo, y nunca había puesto un lugar para el tazón blanco, porque nadie le había dicho nunca que lo hiciera, y nadie le había dicho nunca que no lo hiciera, lo cual en el Yunque era una manera de decir algo.

—Li e di Étienne —dijo Yvonne.

—Sa ra e su Taken? —El nombre en el muro de los Llevados, quería decir Junie.

—Yo.

—Ke li mor?

Yvonne se quedó callada el tiempo suficiente para que Junie empezara a arrepentirse de haber preguntado. Luego dijo: «Kan kekmoun nika an pa vena baka, an nulan pava tu wena, an pa gen korp po lava, pa gen bouat po ferma, tu pa pu pava mor. Tu pava pran.» No muerto. Llevado. El nombre se ponía en el muro del Paseo del Luto con un recuadro abierto alrededor en vez de uno cerrado, y el recuadro abierto quería decir que la puerta no estaba

cerrada. Puso la mano marcada de cicatrices plana sobre el banco, en el hueco que quedaba en medio. «Onse ane mo te chalke li ouvè. Kek ane mo te pensa ferma li. Mo janmen fasa li.» Durante once años lo había marcado abierto con tiza. Algunos años había pensado en cerrarlo. Nunca lo había hecho.

—Poukisa?

—Paske mo pa sava. —Lo dijo con sencillez, del modo en que decía la fiebre de un paciente—. Mo pa ferma un dora ra mo pa te viza. —Porque no lo sabía; y no pensaba cerrar una puerta que nunca había visto.

Junie pensó en eso. Allá en el Lago una de las luces de los esquifes se movió, y luego se detuvo. Junie quería preguntar por el rito que no había salido como debía, del que los niños del callejón hablaban en voz baja como si fuera algo que hubieran visto, y que ninguno había visto, y que nadie en el Yunque mencionaba nunca. Junie miró la cara de Yvonne en lo último de la luz y no preguntó.

—Li te konn pota pouason a kay vandredi —dijo Yvonne, en cambio, sin que nadie le preguntara. De los Puestos de Achicoria, al volver del hierro—. Nox ve pava tu ki sa te chak vandredi. Sa pa vre. Sa te pi fua. —Nox le diría a Junie que había sido todos los viernes, y no era así. Algunos viernes se le olvidaba, y llegaba sin nada y con las manos llenas de dibujos de relés, y se quedaba parado en la puerta de la cocina mirando la estufa como si la estufa fuera la que se había olvidado, y ella lo dejaba quedarse ahí. La boca se le movió, muy levemente—. Li te netoya le mal. Ekay toupatau. Su plafon un fua. Mo janmen trova kouman. —Los limpiaba mal, escamas por todas partes, una vez en el techo, y ella nunca había averiguado cómo.

—Su plafon?

—Su plafon. Dirèkteman anlè recho. Nox te havi katorse ane, an li te rira tan for ki li te tonba de ban. —Justo encima de la estufa; Nox tenía catorce años, y se rio tanto que se cayó del banco. Ella tomó la canasta y se levantó, y le crujieron las rodillas, y se quedó quieta un momento esperándolas—. Sa sufi su Étienne po un nuit. —Ya bastaba de Étienne por una noche.

Junie también se levantó. En la escotilla Yvonne se detuvo y miró hacia atrás, a través de la azotea: las macetas de chiles, el gallinero, los seis higos verdes, el Lago con su fila de luces, y Junie esperó detrás de ella con el cuchillo y el paño.

—Tu pu meta la bol —dijo Yvonne—. Si tu veli. Mo pa ve pava tu fasa li, an mo pa ve pava tu pa fasa li. —Junie podía poner el tazón, si Junie lo deseaba. Ella no le diría que lo hiciera, ni le diría que no.

Bajaron. Junie no lo puso esa noche, ni la siguiente. Eso vino después, y está en su lugar.

La frase que Yvonne le dio al expediente para esta tarde es: *La criatura preguntó, y yo respondí, y eso es cosa nuestra.*



Una cama por la duración del acuerdo

Del folleto de reclutamiento de la Unión, nueva edición, tal como se entregaba en la mesa de los Puestos de Achicoria en la primavera del Año 19; a este ejemplar le falta el talón desprendible.

UNA CAMA POR LA DURACIÓN DEL ACUERDO.

Usted ha dormido en el suelo. Ha dormido de a tres en un colchón con los pies de su hermano en la cara. Ha dormido por las tardes, porque las noches son de la bomba. La Unión le ofrece una cama.

¿QUÉ OFRECE EL ACUERDO? Una cama. Dos comidas al día. Formación en un oficio que la Unión elige para usted. Paga en vales de la Unión, canjeables en los puntos de emisión de la Unión en toda la coalición. Una chaqueta.

¿QUÉ PIDE EL ACUERDO? Servicio, por la duración del acuerdo.

¿CUÁNTO DURA EL ACUERDO? La duración del acuerdo la fija el acuerdo.

¿DÓNDE ESTÁ LA CAMA? Las camas se asignan según el destino. Los destinos se asignan según la necesidad. La necesidad la evalúa la Unión.

¿PUEDO VOLVER A CASA? Los reclutas que cumplen el acuerdo son devueltos a casa por cuenta de la Unión con una carta de servicio, honrada dondequiera que la Unión sea honrada.

¿Y SI NO CUMPLO EL ACUERDO? Todo recluta cumple el acuerdo.

PREGUNTAS QUE HACEN LAS MADRES.

¿Mi hijo tendrá comida? Dos veces diarias.

¿Estará a salvo mi hijo? Su hijo estará entre amigos con la misma chaqueta.

¿Me escribirá mi hijo? El correo se transporta según lo permitan las condiciones.

¿Volverá igual mi hijo? Nadie vuelve igual de ningún lugar. ¿No es por eso que la gente se va?

La Unión se enorgullece de estar al lado de esta ciudad, a la que nunca, ni una sola vez, ha tenido que rescatar.

CORTE AQUÍ. Su nombre. Su edad (si es menor de dieciséis, la edad que tendrá cuando salga el convoy). Su distrito. Una persona que recibirá su carta de servicio.

El talón de este ejemplar fue arrancado y entregado, y el archivo no sabe por quién. En el espacio que dejó, alguien escribió con las mayúsculas cuadradas que la Unión enseña en

su primera semana: *COSEN LOS BOLSILLOS CERRADOS PARA EL CAMINO DE VUELTA. NADIE TE DICE POR QUÉ. LO ENTIENDES EN EL CAMINO.*

* * *

Del asiento de Nox en el registro; la lista de recepción del Yunque, tal como la llevaba Yvonne Celestin; el testimonio del propio hogar.

El empleado del registro de la ventanilla de retornos de los Estratos Medios lo había escrito a máquina en una tarjeta del tamaño de un naípe y la había plastificado mientras Nox miraba, y él la llevaba ahora en el único lugar donde podía llevar algo, que era dentro de la camisa contra la piel, porque los bolsillos de su chaqueta estaban cerrados con costura.

MIEMBRO DEL HOGAR QUE REGRESA. Nombre: NOX (nombre único, según registro). Hogar: el Yunque, Palmer/Dauphine, Distrito 7. Relación con el titular registrado: hijo de DE LA ROSA, Étienne. Primer registro en el hogar: edad 14. Ausente: 11 años (servicio en la Unión, verificado). Derecho a fichas restablecido a la llegada. Deuda inicial: ninguna (retorno).

Lo leyó de pie en la ventanilla y no lo corrigió. *Hijo de*. Había llegado al Yunque a los catorce años con un labio partido y sin papeles y con un nombre que se puso él mismo en un muelle, y Étienne lo llevó a la oficina del distrito la semana siguiente y lo inscribió en el registro del hogar, y el empleado preguntó el parentesco, y Étienne dijo *hijo* sin mirar a Nox, como quien da su propia dirección. Veintiún años después el registro todavía lo decía. El registro no sabía lo que había pasado entre medio, y Nox descubrió, al leerlo, que no quería ser él quien se lo contara.

Al pie de la escalera de servicio Toulouse, donde la última terraza de los Estratos Medios se encontraba con la primera calle elevada del Lodo, había un puesto de control de los Purificadores en una caseta de concreto con un mostrador de acero y un torniquete. El tráfico de la mañana iba todo en sentido contrario: trabajadores de las plataformas que subían en una larga fila, cocineros y limpiadores y niñeras con el collarín en la bolsa, un par de lavanderas que cargaban entre las dos un bulto doblado. Nox bajó a contracorriente. El Purificador del mostrador era joven, uniforme gris, botas selladas, voz del Distrito 31. Tomó la tarjeta, la leyó, miró la cara de Nox y luego la chaqueta.

Nox sabía lo que estaba mirando el Purificador. Gris de salvamento de la Unión, el viejo corte de campaña, con remiendos en los dos codos, con las solapas de los bolsillos cosidas planas con hilo negro, ocho puntadas por bolsillo, cuatro bolsillos. Los hombres que volvían de la Unión volvían a casa con esa chaqueta, y la gente del Lodo la leía como leía el nivel de una ficha.

—Union —dijo el Purificador.

—Finished. —Lo dijo en el estándar plano del Dosel, la voz de puesto de control que toda la gente del Lodo se ponía en una puerta como quien se pone una camisa limpia para ir al Mostrador, con el golpe sacado y el Kanal limado de las terminaciones, y se oyó hacerlo después de once años y le sorprendió que la voz siguiera ahí, esperando, como un abrigo en un gancho.

—¿Dónde?

—Río arriba. Los pueblos del convoy. —Era cierto, y era la respuesta que todos daban, y el Purificador asintió como si significara algo y le devolvió la tarjeta.

—Bienvenido a casa —dijo, sin mucho interés, y giró el torniquete.

Nox pasó, y el golpe le subió a los pies.

Lo había olvidado. Eso era lo estúpido; pensó en volver a casa mil veces, en los barcos del convoy, en cuarteles, una vez en una celda durante nueve días en un pueblo cuyo nombre no quería decir, y en todo ese pensar olvidó lo único que le llegaría primero. La calle elevada bajo sus botas era piedra vieja puesta sobre relleno viejo puesto sobre el viejo hierro de las tuberías maestras, y todo aquello cargaba la bomba del Distrito 7, lenta y pesada, subida y asiento. Le subía por los talones y las rodillas hasta el pecho. Se detuvo en medio de la calle con los trabajadores de las plataformas rodeándolo, y se quedó ahí como un hombre que choca contra una pared en la oscuridad.

Once años había dormido en lugares que no se movían. Los cuarteles de la Unión eran losa vaciada sobre suelo seco. Los pueblos del convoy, río arriba, estaban construidos sobre las viejas orillas altas donde nadie necesitó nunca una bomba. Había dormido mal en todos y le había echado la culpa al trabajo. Ahora el distrito le subía por dentro a través de las botas, y algo en sus hombros que él no sabía que estaba sosteniendo se soltó.

Una mujer que llevaba una canasta de cangrejos dijo: «Tu bon, cher?»

—Yo —dijo Nox, otra vez en Kanal antes de darse cuenta—. Padon.

Siguió caminando.

* * *

Del relato de Nox, que deja fuera más de lo que incluye; el cartel de reclutamiento de la Unión, nueva edición; el aviso de la Junta en los pilotes de la Plataforma Norte.

En las calles elevadas bajo la escalera Toulouse, poco después de las nueve de esa mañana, los carteles eran nuevos. Estaban en todas las paredes desde el pie de la escalera hasta el mercado, pegados encima de carteles más viejos, frescos, en azul y blanco: una mujer joven con una chaqueta gris limpia con todos los bolsillos abiertos, sonriendo, delante de una litera pintada con una manta doblada encima. *UNA CAMA POR LA DURACIÓN DEL ACUERDO. PAGA. FORMACIÓN. UN LUGAR QUE CUMPLE SU PALABRA.* La letra pequeña del borde inferior decía *La duración del acuerdo la fija el acuerdo. Cama sujeta a destino.* Los carteles viejos, los que Nox leyó a los veinticuatro años de pie frente a la mesa de reclutamiento en los Puestos de Achicoria, decían *SERVICIO* y *FUTURO* y mostraban a un hombre con un rifle. Alguien del lado de la Unión había aprendido lo que quería el Lodo. Se detuvo frente a uno cerca del mercado y miró la litera.

Había sido una cama. Eso sí era cierto. Le dieron una cama y le dieron de comer dos veces al día y le pagaron en vales de la Unión que nadie en el Lodo aceptaba, y lo formaron, y después lo pusieron a hacer cumplir, porque era grande y callado y no discutía. Hacer cumplir quería decir los puestos de control en los caminos del río, y los cobertizos de grano cuando un pueblo andaba escaso, y puertas. Quería decir obligar a la gente a hacer lo que decía el acuerdo cuando no quería hacerlo. Se le daba bien.

Podía contarte una puerta, si se lo preguntabas, y en el Yunque nadie lo hizo nunca. Un cobertizo de grano en un pueblo del convoy en la segunda seca, el pueblo escaso, la ración de la Unión anunciada en la pared del cobertizo y una mujer sorprendida adentro con el delantal lleno de un saco roto. El acuerdo decía una tarjeta retirada por el trimestre. Nox extendió la mano para pedir la tarjeta y ella se la dio, porque él era del tamaño que era, y su hijo, de seis años más o menos, lo mordió en la muñeca tan fuerte que le dejó marcas que todavía podía encontrar con el pulgar. No le pegó al niño. Sostuvo la tarjeta hasta que la mujer la soltó. Más tarde un empleado le dijo que ella se había ido a la ladrillera de la Unión a pagar el trimestre trabajando, doce horas al día con una tarjeta que la alimentaba a ella y no al niño, y que el niño se había ido con una tía, o con nadie; el empleado no sabía cuál de las dos cosas. También hubo nueve días en una celda, en otro pueblo, por otra puerta. Un relato dice que fue una puerta que se negó a abrir. Otro dice que fue una que abrió. Nox no ha dicho cuál.

No le gustaba que se le diera bien. No le gustaba que se le diera bien, y al cabo de un tiempo dejó de separar esas dos cosas en la cabeza, porque separarlas lo mantenía despierto. Llevaba cubierta la cuarta marca en la parte alta del brazo, y la llevó cubierta cada día desde que se la pusieron.

Alguien había dibujado con tiza un signo pequeño en el poste bajo el cartel: una mano cerrada, con tres líneas debajo. Conocía el signo. Había sido la marca de Feray cuando Feray tenía veinte años y movía Ashe desde un cobertizo de botes en Bywater Stack, antes de que los Hombres del Silencio tuvieran nombre, y Nox tenía quince y cargó los paquetes durante una temporada y pensaba que Feray era la persona más temible y admirable que había conocido jamás. Miró la tiza y pensó en Feray y no quiso hacerlo, y siguió caminando con las manos a los costados, porque no podía meterlas en los bolsillos.

Compró una taza de achicoria en un carrito detrás del mercado con una moneda de vale de la Unión, y la mujer miró la moneda y luego su chaqueta y la aceptó, y le dio el cambio en fracciones de ficha del Distrito 7 y un pastelito verde al vapor sin que se lo pidiera. Era denso y húmedo y sabía a canal. Se lo comió caminando.

No fue directo a Dauphine. Subió por el callejón Rampart hacia las manzanas del norte, donde según los carteles iban a poner la plataforma nueva, y en lo alto del callejón se detuvo y miró hacia arriba.

La plataforma estaba a medio construir. Sus pilotes se alzaban en doble fila por el medio de lo que fue la cordelería del Distrito 7, columnas de acero tan gruesas como el volante de una bomba, hincadas a través de las calles viejas hasta la arcilla, y encima de ellos los primeros tramos de la estructura inferior se extendían sobre los tejados en secciones grises y acanaladas como los huesos de una mano. Bajo los tramos terminados las casas estaban a la sombra. Nox nunca había visto sombra en las manzanas del norte. La gente había sacado sillas a la sombra. Una anciana estaba sentada bajo el techo nuevo en un portal con los pies planos sobre la piedra, abanicándose y mirando hacia arriba. Tres niños habían dibujado con tiza una rayuela en el único tramo del callejón al que el sol ya no llegaba, y jugaban con la seriedad de quienes esperaban perderla.

En el extremo más lejano trabajaba un martinete. Alzaba su peso y lo dejaba caer, alzaba y dejaba caer, y cada caída le llegaba a las botas a través del suelo a destiempo del golpe, de

modo que la lenta subida y asiento del distrito y el martillazo plano del martinete peleaban entre sí en sus rodillas. Un hombre sentado en un cajón volcado bajo el tramo lo vio hacer una mueca y se rio.

—Dose semen di sa —dijo el hombre—. Madanm di mo pava ki sa kom viv andedan un diskite. —Doce semanas de eso, quería decir; su esposa decía que era como vivir dentro de una discusión.

—Konbe pilotis pi? —preguntó Nox.

—Ochenta kuarto, yodi. —El hombre señaló con la taza—. Potay T'ithe ap antra na bout otra. Travay su dek, yodi. Lonbraj, tu pu viza tu mem. Techo di mo frèt depi sezon sek. —Bebió—. Planche di mo ap fann depi sezon sek osi. Tu pran lonbraj an fant ansam, cher. Nulan vanda le separa. —Ochenta y cuatro más, según lo que decía la gente, y una puerta del Diezmo que iban a poner en el otro extremo. Su techo estaba fresco desde la temporada seca, y su suelo se venía rajando desde entonces. La sombra y la grieta juntas; nadie las vendía por separado.

En el pilote más cercano habían pegado un aviso a la altura de la cara de un hombre, con el escudo de la Junta arriba: *AMPLIACIÓN DE LA PLATAFORMA NORTE. Llevando sombra, servicios y oportunidades al Distrito 7. Se prevé un movimiento temporal del terreno, que no constituye indicio de problemas estructurales. Los residentes que observen grietas no deben presentar reclamaciones hasta la finalización de la obra, cuando se realizará una única inspección para comodidad de todos.* Alguien escribió una fecha debajo con tiza, y debajo de la fecha la palabra *CUÁNDO*.

Nox había montado guardia en pueblos del convoy mientras las cuadrillas hincaban pilotes para graneros de la Unión, y sabía lo que ochenta y cuatro pilotes en fila le hacían a un terreno húmedo. Volvió a bajar por Rampart hacia Dauphine.

* * *

Del relato de Nox; el de Junie, que es más largo y lo describe como «un dora ave un jakèt» una puerta con una chaqueta puesta.

A las diez de esa mañana el Yunque estaba donde siempre había estado, en la esquina de Palmer y Dauphine, cuatro pisos de ladrillo viejo elevados tres veces, con la puerta de la calle en lo alto de siete escalones y la junta de caucho de neumático a su alrededor negra y nueva. Alguien había pintado las tablas de crecida en sus soportes desde que él se fue: un martillo sobre fondo azul y, debajo, más pequeña, una rosa roja con su tallo. La puerta de la clínica, al costado, estaba abierta, y una fila de mujeres esperaba sentada en el banco de afuera, a la sombra, abanicándose. En el tejado alcanzaba a ver la enredadera de batata por encima del parapeto, y las puntas de las matas de chile, y una cuerda de ropa tendida.

Se quedó del otro lado de Dauphine mucho tiempo. Lo bastante para que una de las mujeres del banco de la clínica se fijara en él y le dijera algo a la mujer de al lado, y las dos miraron.

Entonces una criatura salió por la puerta de la calle y se sentó en el escalón de arriba con un tazón, desgranando guisantes en él, y él cruzó la calle.

Tenía nueve o diez años, cuerpo flaco y piel morena, dos moñitos cortos de pelo y una costra en una rodilla, y lo miró desde abajo con la mirada plana y evaluadora de una criatura a la que han dejado a cargo de una puerta.

—Klinik e na kote.

—Mo pa vena po klinik.

—Kizin ferme tanka kuarto. Nu pa havi luil.

—Mo te audi. —Se quedó al pie de los escalones—. Ke Yvonne Celestin e na kay?

—Petet —dijo la criatura—. Wini ap manda?

Podía haberle dado la tarjeta. En vez de eso la sacó de la camisa y la sostuvo, y no la entregó, y dijo: «Pava li ki sa e Nox.»

La criatura lo miró un momento más. Luego el tazón de guisantes bajó al escalón con mucho cuidado, y la criatura entró, sin correr, y él oyó pies pequeños en el piso del pasillo y luego una voz en algún lugar del fondo de la casa, aguda y clara, «Granmè, gen un nonm ave jakèt Union ra pava ki li e Nox» y luego nada.

Esperó. El golpe venía subiendo por los escalones.

Yvonne salió a la puerta secándose las manos en el delantal.

Era más pequeña de lo que él recordaba. Sabía que lo sería, porque él era más grande, pero iba más allá de eso: se había hecho más pequeña en sí misma, más delgada de muñecas y de cuello, el pelo gris más corto, los huesos de la cara más cerca de la superficie. El delantal tenía los mismos bolsillos. Su mano con cicatrices descansaba en el marco de la puerta. Lo miró desde lo alto de los escalones, y él se quedó al pie de ellos y la dejó mirar, porque no sabía qué otra cosa ofrecer.

—Tu mèg —dijo ella.

—Mo ap manja manje Union.

—Ko antra. Tu ve manja manje di mo.

Eso fue todo: estaba flaco, había estado comiendo la comida de la Unión, y ahora comería la de ella. Se volvió y regresó por el pasillo y dejó la puerta abierta. La criatura volvió a salir y recogió el tazón de guisantes y lo miraba con franca curiosidad, y él subió los siete escalones y entró en la casa, y el olor de la casa se cerró a su alrededor, el ladrillo viejo y el incienso del altar y las hierbas secándose en el pasillo y, debajo de todo, el olor limpio y penetrante del fenol de la clínica, y tuvo que detenerse en el pasillo y apoyar una mano en la pared.

La cocina era la misma. La mesa larga, los bancos, la estufa grande con la puerta del fogón fría, las ollas en sus ganchos, la ventana sobre el patio de atrás donde estaban los barriles de lluvia. La misma grieta en el yeso sobre la puerta. Yvonne le puso delante un tazón, sorgo y frijoles rojos con un pedazo de pescado salado encima, frío de la mañana, y un pastelito al vapor al lado, y sirvió agua de la jarra, y se sentó frente a él con las manos juntas sobre la mesa y lo miró comer.

Comió. No recordaba la última vez que lo miró comer alguien que quería que terminara.

—Junie —dijo Yvonne, cuando él terminó la mitad—. Nika a atelye an pava Marcel po monta. Pa pava li poukisa. —Ve al taller, dile a Marcel que suba, y no le digas por qué.

La criatura, Junie, estaba de pie en la puerta de la cocina con los guisantes, y los dejó en la mesa y se fue.

—Li e di wini? —dijo Nox.

—Li e di nu —dijo Yvonne. De nosotros. Era una respuesta, y no una a la que él pudiera dar seguimiento. Lo miró comer otro bocado—. Tu te desanda de un bato Union.

—Dos jou pase. Na waf di Ridge. Mo te enskri aye.

—Le te pava tu kouman registri noma tu.

—Yo.

—An tu te kita li konsa.

Dejó la cuchara: «Mo pa te sava ki bagay otra mo sere meta.» Leyó *hijo de* en la ventanilla y lo dejó pasar, porque no supo qué otra cosa podría haber puesto ahí.

Yvonne lo miró un largo momento. Su cara no cambió mucho; nunca cambiaba. Luego estiró la mano por encima de la mesa y le puso dos dedos en el dorso de la mano, apenas, justo debajo del puño de la chaqueta, y los retiró otra vez.

—Manja —dijo ella—. Solène ve e na kay a seis. Li ve veli rela su tu, an li ve veli ki tu manja avan, po li pa santi li mal apre. —Solène iba a querer gritarle, y querría que él comiera antes para no tener que sentirse mal por eso.

*Setenta y tres fichas*

Del estado de saldo inicial que el Mostrador emitió para Nox en la ventanilla de retornos de los Estratos Medios junto con su tarjeta de registro, y que él llevaba doblado detrás de ella, dentro de la camisa; lo entregó al expediente sin comentarios, cosa que Margaux Abagnale registró como un comentario.

MOSTRADOR DE NEO NEW ORLEANS. ESTADO DE SALDO INICIAL.

Titular: NOX (nombre único, según registro). Estado: MIEMBRO DEL HOGAR QUE REGRESA. Hogar de registro: DE LA ROSA, É. (en ingreso, continuidad), el Yunque, Palmer y Dauphine, Distrito 7. Parentesco: hijo.

Bienvenido al hogar. Todo residente comienza con un saldo. El suyo figura más abajo.

ASIGNACIÓN DE VIVIENDA. Miembro que regresa, al hogar de registro: 18 fichas. (La asignación a un hogar en el que el titular vivió anteriormente se cobra a la tarifa de regreso.)

ENTREGA DE HERRAMIENTAS. Estándar: balde, tarjeta de racionamiento, funda para la tarjeta, llave de la toma de agua (en préstamo). 11 fichas. El titular rechazó el balde. Se aplicó el cargo del balde, por haberse entregado el balde al ofrecerse.

REGISTRO. Tarjeta, plastificada: 2 fichas. Se recomienda la plastificación a los titulares sin bolsillos.

RETORNO DE LA UNIÓN. Vales de la Unión presentados: 340. Tipo de cambio: nulo. Crédito: 0.

EXAMEN DE SALUD, VISUAL. 1 ficha. Resultado: APTO. Observaciones: lesiones antiguas, varias. Marca en la parte superior del brazo, cubierta. No evaluada.

SALDO ANTERIOR. Pendiente al partir (Año 8, edad 24): 6 fichas, arrastradas once años según la tarifa estándar: 41 fichas.

SALDO INICIAL TOTAL: 73 fichas.

El reembolso se descuenta de las fichas ganadas en trabajo con licencia del Mostrador, a razón de una parte de cada cuatro. Los titulares sin trabajo con licencia pueden pagar en la oficina del distrito. Los titulares que salgan de la ciudad con saldo lo encontrarán esperándolos.

El Mostrador: cada cosa en su lugar.

El expediente guarda una segunda copia, hecha en el Yunque, con el total encerrado en un círculo con el lápiz de Yvonne Celestin y nada escrito al lado.

Del testimonio de Marcel De La Rosa.

En el Yunque, Marcel De La Rosa subió por la escalera de atrás desde el taller a las once menos cuarto de esa mañana con el humo de la soldadura todavía en el pelo y un chasis de radio en las dos manos, porque Junie le había dicho *sube y no preguntes por qué* con una voz que él había aprendido que significaba que algo había pasado, y no había querido dejar el chasis por si no era nada.

Oyó al hombre antes de verlo. Marcel oía casi todo primero. Su cuerpo se volvía hacia el sonido antes de que él decidiera volverlo, una costumbre por la que Nel le tomaba el pelo y que Yvonne hacía mucho que había dejado de notar, y en la escalera de atrás oyó en la cocina una voz que no conocía y que conocía a la vez, baja y plana y un poco áspera, que le decía algo a Yvonne sobre el embarcadero de la loma. La voz tenía un color. Marcel nunca había podido explicarle esto a nadie salvo a Nel, y ni siquiera entonces bien: algunas voces le llegaban con un color en los bordes, como le llegaba una nota, y esta era gris oscuro que tiraba a marrón, como ladrillo mojado, y la última vez que la había oído tenía ocho años.

Entró en la cocina con la radio en las manos.

Nox estaba a la mesa. Era enorme. Marcel lo recordaba grande, pero lo había recordado desde abajo, desde los ocho años, y había supuesto, como uno hace, que todos se achicaban cuando uno crecía. Nox no se había achicado. Estaba sentado en el banco con los hombros una cabeza por encima de la mesa y las manos planas a cada lado de un tazón vacío, muy quieto, con una chaqueta gris de bolsillos cosidos, y levantó la vista hacia Marcel y su cara hizo algo para lo que Marcel no tenía palabra.

—Marcel —dijo Nox.

—Tu vena baka.

—Mo vena baka.

Marcel puso el chasis de radio en la mesa, porque las manos le habían empezado a temblar y no quería que se le cayera. Bajo la camisa, en el lado izquierdo del pecho, el controlador de su corazón descansaba en su estuche plano contra la piel, y lo sintió como siempre que el pulso le daba un salto, una tibieza leve, y supo sin mirar que su luz ámbar se veía a través del algodón. Se puso la mano encima. Luego sacó la moneda del otro bolsillo, el viejo disco gastado que llevaba desde niño, la hizo rodar una vez sobre los nudillos, algo que hacía sin pensar, y la guardó.

Nox lo miró hacerlo: «Tu toujou havi sa.»

—Mo toujou havi li.

No sabía qué más decir. Había pensado, a lo largo de once años, en muchísimas cosas que le diría a Nox si Nox volvía a casa. Que se había ido. Que se había ido tres semanas después de lo del altar, cuando Yvonne todavía no hablaba y Solène tenía diecisiete años y llevaba la casa y Marcel tenía ocho y se despertaba todas las noches atento a los pasos de su padre en la escalera. Que no había escrito. Que Marcel le había mantenido la litera tendida en el cuarto de arriba de la casa durante un año, y luego dos, y luego la había desarmado para usar la madera en un banco de trabajo y había llorado al hacerlo y nunca se lo había contado a nadie. No le salió nada de eso. Se quedó en la cocina con la mano en el pecho

mirando al hombre de la mesa, y lo que le vino, en cambio, fue un recuerdo que no sabía que todavía tenía: Nox a los veinte, en el techo, sosteniendo a Marcel por las axilas para que pudiera ver los pelícanos en la desembocadura, y diciendo *mira, mira, están pescando*, y el golpe subiendo por el techo hasta los dos.

—Tu te leva mo po viza la pelikan ye —dijo.

Nox lo miró: «Tu te e lou.» Eras pesado.

—Mo te havi kuarto ane.

—Tu te e lou po kuarto ane.

Yvonne se levantó y fue a la estufa y se puso a hacer algo con una olla, de espaldas a ellos, y Marcel se sentó en el banco frente a Nox, y al cabo de un rato, porque a ninguno de los dos se le ocurría otra cosa, Nox le preguntó por la radio, y Marcel le contó.

* * *

Del relato de Nox, la parte que ofreció; Yvonne Celestin dijo solo «Jedi» Jueves, y lo dejó así.

La lluvia llegó al Distrito 7 a las tres de esa tarde, y Nox estaba dormido en el cuarto de arriba del Yunque cuando llegó.

No había querido dormirse. Yvonne lo había mandado arriba a lavarse, y él se había lavado en la palangana y se había acostado en el piso junto al segundo banco de trabajo de Marcel, sobre las tablas donde había estado su litera, para descansar la espalda un minuto, y el distrito le había subido por las tablas, lento y pesado, la subida y el asiento, y lo siguiente que supo fue el trueno.

Estaba de pie con la espalda contra la pared antes de despertarse. Luego se despertó. El cuarto se había puesto verde oscuro; la luz de la ventana tenía el color del agua de estanque. El trueno volvió, largo y cercano, y se alejó rodando sobre los techos del lado del lago, y entonces la lluvia llegó toda de golpe con un ruido como si vaciaran de un saco toda la calle Palmer.

Bajó. La casa ya estaba en movimiento. Junie pasó corriendo junto a él en la escalera con dos baldes. Abajo, en el patio de atrás, alguien había tirado las tapas de los barriles de lluvia, y los bajantes se atragantaban y rugían dentro de ellos. En el callejón se habían abierto todas las puertas de Dauphine, y la gente estaba parada en sus escalones con la cara hacia arriba y los brazos abiertos, niños en la calle en ropa interior gritando, un viejo en los escalones de enfrente, en camiseta, con los ojos cerrados y el agua chorreándole por la barbilla, riéndose. Las cunetas se llenaron. El vapor subió de las piedras calientes en una piel blanca y la lluvia lo volvió a aplastar. El olor subió con él, ladrillo caliente y polvo mojado y moho y el olor verde y maduro de los huertos de los techos bebiendo, y Nox se quedó en la puerta de la calle del Yunque y lo respiró y descubrió que sonreía como un tonto.

—Siete jou —dijo Yvonne detrás de él. Había llegado a la puerta con un trapo de cocina: «Ekip di Delphine ve havi dlo na pui swar sa.» Siete días, dijo, y esa noche la cuadrilla de Delphine tendría agua en el sumidero.

—Wini e Delphine?

—Chef di nuit na ponp Sabine. Depi apre tu. —Jefa de noche en la bomba de Sabine, desde después de que Nox se fue. Ella miraba la lluvia: «Le te doka ekip di li ankora semen

sa. Po tan sek.» Esa semana le habían vuelto a descontar la paga a su cuadrilla, por el tiempo seco.

La tormenta duró cuarenta minutos. Cuando se alejó sobre el muro de anillo hacia el canal, el callejón humeaba y goteaba y los niños siguieron bailando en las cunetas por principio. Yvonne volvió a la cocina, y al cabo de un minuto Nox la siguió, porque no sabía qué otra cosa hacer consigo mismo, y la encontró subida al banquito junto al aparador, estirándose hacia el estante alto.

—Kita mo.

Ella se bajó y lo dejó. En el estante alto, detrás de una fila de frascos de la clínica y una lata de la sal buena, había un tazón de esmalte blanco con el borde azul desportillado, envuelto en un paño rojo desteñido con una esquina zurcida.

Sus manos lo reconocieron antes que él. Lo bajó y lo sostuvo y no pudo, por un momento, dárselo.

Étienne había comido en ese tazón todos los días de los diez años que Nox había vivido en esta casa. Comía de pie, casi siempre, en la punta de la mesa junto a la ventana, porque siempre iba camino a alguna parte, y después limpiaba el tazón con el paño rojo y lo volvía a poner en el estante él mismo, y nunca dejaba que nadie más lo lavara, como una broma que había sobrevivido a la memoria de todos sobre cómo empezó. Los viernes por la noche volvía a casa subiendo por la calle Palmer con un pescado envuelto en periódico, lo que les sobrara a los cangrejeros del Distrito 7, un sargo o una sarta de lisas, y lo ponía en la mesa delante de Yvonne como si fuera una declaración. Cada viernes durante diez años. Yvonne lo limpiaba todos los viernes y lo cocinaba todos los viernes y le decía todos los viernes que había pagado demasiado.

La había cortejado en kreyòl haitiano. Nox había oído la historia de boca de los dos y las dos versiones no coincidían. Étienne creció hablando Kanal y el estándar plano de las oficinas del Desagüe y un poco del español de su abuela, y cuando decidió que quería a Yvonne Celestin fue a ver a una anciana de Tremé Pulse cuya familia había llegado de Haití en barco, y le pagó en pescado para que le enseñara el kreyòl formal que usaba un hombre para pedirle permiso a la familia de una mujer. Lo aprendió mal y lo recitó peor, en esta mesa, delante de la madre de Yvonne, y la madre de Yvonne se rio tanto que tuvo que salir. Yvonne decía que había dicho que sí para que se callara. Étienne decía que ella había dicho que sí antes de que él terminara porque no soportaba oír su idioma maltratado así ni una frase más. Mientras Nox los conoció, Étienne le hablaba en kreyòl cuando quería algo, y ella le corregía la gramática cada vez. Nox a los quince, en la otra punta de esta mesa con el labio partido sanando, lo había considerado lo más estúpido y lo más hermoso que había visto hacer jamás a dos adultos.

Yvonne le quitó el tazón de las manos. Desenvolvió el paño, miró el tazón y limpió el interior con el paño, aunque no tenía polvo. Nox entendió, mirándola, que nunca había tenido polvo. Ella lo había bajado y limpiado y vuelto a poner en su sitio cada semana durante once años, y nadie la había visto hacerlo, y ahora dejaba que él lo viera porque era la única manera en que iba a decirle algo.

—Chak vandredi —dijo él.

—Jedi —dijo Yvonne—. Li te vena a kay vandredi. Mo te para li jedi. —El viernes él volvía a casa; el jueves ella lo dejaba listo. Envolvió el tazón y se lo devolvió—. Meta li anlè. Pi anlè. Deye sel.

Él lo puso arriba detrás de la sal y se bajó, y ella ya estaba en la estufa de espaldas a él, y ninguno de los dos dijo el nombre de Étienne.

* * *

Del testimonio de Marcel De La Rosa; Solène Lafitte se negó a agregarle nada.

Solène Lafitte volvió al Yunque a las seis y gritó, como Yvonne había dicho que haría. Gritó en el pasillo y en la escalera y en la cocina, y Nox se quedó sentado a la mesa y la dejó, y cuando terminó se sentó junto a él y le apoyó la cabeza en el hombro lo que dura una respiración y luego se levantó y fue a lavarse. Marcel, que lo había visto todo desde la estufa, pensó que era lo más Solène que había visto en su vida.

A las siete llegó Nel del tablero de la tarde de la Espina con una kalimba en una mano y una bolsa de guisantes en la otra. Zelle y Odine venían detrás con sus estuches de violín, las dos personas que hacían del conjunto un cuarteto cuando Marcel cantaba. Presentaron a Nel, que le estrechó la mano a Nox con el apretón cuidadoso que Nel usaba con los desconocidos y los animales heridos, y luego fue a sentarse en el rincón junto a la ventana y empezó, sin que nadie se lo pidiera, a sacar algo lento en las lengüetas de la kalimba por debajo de la conversación. Marcel lo escuchó como escuchaba tocar a Nel cuando estaba cansado: sin intentar encontrarle nada. Era solo Nel, y una melodía, y las lengüetas zumbando apenas contra la caja de madera, y hacía que la cocina volviera a sentirse como la cocina.

Cora no subió. Estaba en un parto en Palmer, dijo Solène secamente, y no dijo nada más.

Comieron a las ocho. En la cocina no había aceite, así que los pastelitos eran al vapor, e Yvonne había hecho una olla de quimbombó y guisantes con un poco de pescado ahumado, y había sorgo, y un frasco de pasta de chile que Omma Kang había cambiado por una botella de yodo de la clínica. Junie comió en el banco junto a Nox y no le quitó la vista de encima en toda la comida. Nox comía despacio, con el brazo izquierdo pegado al costado, y contestaba las preguntas de Solène con frases cortas, y no dijo nada de la Unión que no tuviera que decir. Cuando Junie le preguntó por qué tenía los bolsillos cosidos, la mesa se quedó en silencio. Nox miró a Junie y dijo: «Po mo pa kava anyen ra mo pa te veli kava.» Para no cargar nada que no hubiera querido cargar. Junie lo pensó y asintió y volvió a los guisantes. Marcel no creyó que fuera toda la respuesta. No creía que Nox supiera toda la respuesta.

Margaux llegó a las nueve menos cuarto.

*El libro verde*

Del testimonio de Marcel De La Rosa; libro de trabajo de Margaux Abagnale, fila MGoor, tal como se mostró en la mesa del Yunque.

A las nueve menos cuarto de esa noche, Marcel oyó las botas de Margaux Abagnale en el pasillo del Yunque antes que nadie. Botas del Dosel sobre ladrillo viejo: sonaban mal, demasiado limpias, demasiado parejas, y todas las cabezas del Yunque conocían ya ese sonido, porque ella llevaba dos años bajando las escaleras hasta esta cocina para hacer para Solène un trabajo del que su padre no sabía nada o fingía no saber. Entró en la cocina todavía con la ropa del registro, lino pálido ya lacio por el calor, con un libro verde de tapas de tela apretado contra el pecho con los dos brazos, y miró la mesa y vio a Nox y se detuvo.

—Sa e Nox —dijo Solène—. Li vena a kay. Nox, Margaux Abagnale.

Nox se levantó a medias. Margaux miró la chaqueta. Marcel la vio leerla, como lo leía todo, y archivarla, y luego dejarla a un lado porque no era aquello por lo que había venido.

—Abagnale —dijo Nox.

—Fi di li —dijo Margaux—. Yo. —Se volvió hacia Solène—. Mo te trova la plas ra li te nika. Kek pesa. —Había encontrado adónde había ido él, o una parte. Necesitaba mostrárselo, y necesitaba que Yvonne lo viera, y antes tenía que decirles que su padre le había dicho anoche que no lo trajera aquí—. Ko mo ap dezobeyi li. Mo te veli ki vu sava sa avan vu leza.

Solène la miró un momento. Luego apartó los cuencos e hizo un espacio en la mesa bajo la lámpara.

Margaux abrió el libro verde y le dio la vuelta para que la página quedara frente a ellos, y puso el dedo sobre un recuadro dibujado a lápiz.

Marcel lo leyó primero al revés, porque era el que estaba más cerca, y luego Solène giró un poco el libro hacia Yvonne, y él volvió a leerlo al derecho. *DE LA ROSA, Étienne. Ingreso abierto: Año 8. Consumibles: aceite de calefacción del recinto (grado de quemador), semanal. Ropa blanca, juego completo, dos veces por semana. Tubería de circuito, externa, juego, quincenal. Mantas térmicas, según se requiera. Entrega: código de recepción RH/F. Estado: VIGENTE. Una fecha, cuatro días antes de ayer. En el margen, con la letra pequeña y recta de Margaux: MGoor.*

Nadie dijo nada.

La mano de Marcel había vuelto a irse al pecho. No la quitó. Bajo su palma el controlador estaba tibio y el corazón que hacía funcionar latía rápido y parejo, y él sentía el golpe subir por el banco hasta sus piernas, la subida y el asiento, y en algún rincón Nel había dejado de tocar. Leyó la línea de la ropa blanca. *Dos veces por semana*. Alguien le cambiaba las sábanas a su padre dos veces por semana. Leyó *tubería de circuito, externa*, y pensó en la tubería que había visto una vez en el hospital del Dosel cuando tenía doce años e Yvonne lo llevó arriba para que le reemplazaran su propio controlador, una línea transparente que iba del costado de un hombre a una máquina que respiraba por su sangre, y sintió que la cocina se inclinaba un poco, como el piso de la casa de bombas de la Hilera Sabine se inclinaba hacia el muro del lado del lago.

Yvonne no se había movido. Estaba sentada con las manos juntas sobre la mesa y miraba la página. Su cara no hacía nada en absoluto. Al cabo de mucho rato estiró la mano y tocó el acento de la E con la yema de un dedo, como uno tocaría una cicatriz en alguien a quien quiere, y retiró la mano.

—*Vigente* —dijo Solène. Tenía la voz muy serena—. *Vigente* sinifa wani?

—Li sinifa ki kekmoun te chaje la kont po li kuarto jou avan mo te leza li —dijo Margaux—. Li vivan, oswa li te vivan kuarto jou pase, an li na un program di Watch, an kekmoun ap peya po chale di li an dra di li an tiyo di li. Sa e la bagay ra la liy pava. Li pa pava anyen otra. —Pasó una página—. Sa e kouman mo te trova li. —Les contó: el aceite del distrito asentado como entregado y nunca enviado; los sesenta bidones con un número de salida de depósito que iban a la cuenta de cuidados del Despacho de Continuidad; el aceite de calefacción en decenas de filas; la séptima fila de la cuarta pantalla. Les habló del código de recepción y de la palabra *RESTRINGIDO* y de su acceso retirado en menos de un minuto. Les habló de su padre en sus habitaciones a la novena campanada, del Despacho llamando a su oficina, del doble retiro, de la auditoría—. Li veli Yoor —dijo—. La lis di kay. Liv di Yvonne. —Si lo tenía, había dicho su padre, podría borrar de su registro el nombre de Étienne como ingresado y cerrarlo como una superposición administrativa, y el Mostrador no auditaría la casa.

—An si nu pa dava li a li —dijo Solène.

—Li pava ki li ve trova un moda otra. —Entonces, había dicho su padre, él buscaría otro modo.

La mano de Solène había ido al bolsillo en busca del lápiz rojo. No lo sacó: «Li veli toti nom na kay sa.» Todos los nombres de la casa, no solo el de Étienne.

—Yo —dijo Margaux—. Mo pensa ki li osi veli stopa la odit. Le dos vre, mo pensa, an mo pa sava kiles li veli pi, an mo pa pensa ki li sava nonpli. —Creía que él también quería que se detuviera la auditoría, y no sabía qué quería más, y no creía que él lo supiera tampoco. Vaciló—. Gen kekchoz otra. Petet li pa konek ave sa. —Ayer había llegado al registro un formulario de la oficina de Teodor Asante, un acuse del Despacho de Continuidad devuelto por una familia: una mujer de la Hilera de la Cisterna, Vessa, cuyo hermano Néri se había llevado la Vigilancia nueve años atrás para la continuidad. El formulario decía *activo y ubicación no divulgada*. Al dorso ella había escrito: *si está activo, está vivo, díganme adónde le llevo sus camisas*. Se detuvo—. Mem deska. Mo pa sava si sa e mem kont. Mo pa te pu mira.

Los ojos de Yvonne se movieron, una vez, de la página a la cara de Margaux, y se quedaron allí. No dijo nada.

* * *

Del testimonio del propio hogar, compilado después, en el que tres personas recuerdan de manera distinta el orden en que se habló.

En la mesa de la cocina del Yunque, poco después de las nueve, con el libro verde abierto bajo la lámpara, Nox habló primero. No había dicho una palabra desde que Margaux abrió el libro, y cuando por fin habló su voz se había vuelto plana y baja de un modo que Marcel recordó, de golpe y por completo, de cuando tenía siete años y un hombre había llegado a la puerta del Yunque borracho y gritando y Nox había bajado los escalones para hablar con él.

—Un kod resev e un kamra —dijo Nox. Una cuenta de la Vigilancia con su propio código de recepción tenía su propia sala de recepción; los consumibles iban allí, se firmaban, y seguían hasta dondequiera que él estuviera. El código estaba en el libro, el libro estaba en las terminales del Despacho, y la oficina de enlace del Despacho estaba en Esplanade Terrace, en el segundo piso, encima de la casa de cambio de fichas—. Mo te pasa devan li aye. —Miró a Solène—. Kuatro mona an un nuit. Pikan havi kuatro mona. —Entrarían, leerían el código en la propia terminal del Despacho y saldrían antes de que cambiara el turno de los Purificadores—. Demen matin nu sava la kamra. Swar apre, nu e na dora.

Solène no contestó enseguida. Marcel la vio pensarlo, y vio que lo pensaba en serio: la Espina sí tenía cuatro personas, y más, y conocía las escaleras de los Estratos Medios, y había movido medicinas por lugares peores que una oficina de enlace encima de una casa de cambio de fichas. La vio contar a la gente en su cabeza. La vio contar lo que costaría si salía mal.

—An apre? —dijo Yvonne.

Era lo primero que decía desde que había salido la página. Todos la miraron.

—An apre nu e na dora —dijo Nox.

—An apre tu e na dora di un kamra Watch, ave kod di Watch na men di tu, vole su terminal di Watch a nuit —dijo Yvonne. Detrás de la puerta habría un hombre que llevaba once años bajo su cuidado, al que tenían que cambiarle la tubería cada quincena y la calefacción cada semana—. Wani tu fasa aster, Nox? Kava li desanda eskalye? —¿Y entonces qué haría Nox? ¿Bajarlo cargado por las escaleras?

Nox no contestó.

Marcel se dio cuenta de que estaba hablando. No lo había planeado. Las palabras le salieron como el color salía de la voz de Nox, antes de haberlas elegido.

—Toti bagay ra antra na un kamra lasa papye na dora. —Todo lo que entraba en una habitación dejaba papel en la puerta.

Lo miraron.

—Dra dos fua po semen —dijo Marcel. Puso el dedo en la línea, junto al de Margaux—. Kekmoun lava li. Un lesiv. —Alguien la llevaba de la lavandería a dondequiera que estuviera RH/F, y alguien en RH/F firmaba el recibo, y el transportista se quedaba con una copia,

porque todos los transportistas de la ciudad se quedaban con una copia, porque el Mostrador te descontaba si no podías mostrarla. Tubería cada quince días: alguien la fabricaba, alguien se la vendía al Despacho, alguien la entregaba—. Luil chak semen. Aster nu sava sous di li. —Miró a Margaux—. Nu pa neda teminal di le. Nu neda la mona ra kava bagay andedan kamra so. Le ve havi resi. Nu manda. Nu manda bien, ave nom di nu su li, an nu peya po la bagay ra le pava nu, an nu skriva li. Un ankèt su rekor. —Una consulta de registros, hecha abiertamente, con sus propios nombres, y pagada. Se oyó a sí mismo y le dio vergüenza lo mucho que se parecía a Solène, y siguió de todos modos—. Si nu antra a nuit an pran un kod, le ve mova li. —Sabrían que alguien había ido, y lo trasladarían a algún lugar con otro código, y la credencial de Margaux sería lo primero que revisarían—. Si nu manda la lesiv ye, nulan mova anyen. Lesiv pali ave toti mona.

—Sa ve pran pi tan —dijo Nox.

—Sa ve pran pi tan —convino Marcel—. Li e du depi onse ane. —Su padre llevaba once años en ese lugar.

Nox lo miró desde el otro lado de la mesa, una mirada larga, y Marcel la sostuvo, y sintió su corazón latir rápido y firme bajo la mano y el distrito subir por el banco.

—Lesiv Palmer Street lava dra di Canopy —dijo Margaux despacio—. Laplipa lopital di dek senda desanda a lesiv di Labou. Vessa travaya la tanbou na Palmer Street. Mo te leza li su fom. —La lavandería de la calle Palmer lavaba ropa blanca del Dosel; la mayoría de los hospitales de las plataformas mandaban su ropa sucia a las lavanderías del Lodo, y Vessa, la mujer del formulario, trabajaba en los tambores de la calle Palmer.

—Gen onse lesiv na Katye Siete sèl ra pran travay Canopy —dijo Solène. Al final sí había sacado el lápiz rojo, y lo giraba entre los dedos sin escribir—. Trenta na katye anlè. Pi na Bywater. Chak un tena un liv livrezon. Chak kourye ra pasa potay Tithe tena un liv. —Miró al techo, a nada, contando—. Pikan ja havi kourè na mita di le. Nu manda su livrezon anba nom di li. Nu pa pava poukisa. —La Espina ya tenía corredores en la mitad de ellas; preguntarían por entregas a su nombre y nunca dirían por qué. Miró a Nox—. Nu pa antra a nuit.

—Tu e komandan —dijo Nox.

—Mo ap manda tu.

Él se quedó callado un momento. Luego asintió, una vez.

Solène se volvió hacia Yvonne. Marcel sabía lo que le estaba preguntando. Solène mandaba en la Espina y dirigía las rutas y llevaba el tablero del día, pero esto no era un asunto de la Espina, y todos en la mesa lo sabían, y el hombre de la fila era de Yvonne antes de ser el padre de nadie.

Yvonne no había apartado los ojos de la página. Estiró la mano y cerró el libro verde, con suavidad, con el lápiz de Margaux todavía dentro para marcar la página, y lo deslizó de vuelta por la mesa hacia Margaux.

—Manda —dijo—. Manda la lesiv ye.

—An Yoor? —dijo Margaux.

Yvonne la miró. Tenía la cara cansada y serena e indescifrable, la cara que Marcel había observado desde el otro lado de esta mesa toda su vida, y no supo qué había detrás. Nunca había podido saberlo, con ella. Pensó en la noche de hacía once años en que ella había bajado

al altar con el frasco, y había vuelto a subir pasada la medianoche y se había quedado sentada en esta cocina hasta el amanecer sin hablar, y él la había observado desde la escalera.

—Liv di mo deme na kizin di mo —dijo Yvonne. Su libro se quedaba en su cocina. Se levantó y llevó la taza vacía de Margaux a la jarra y la llenó—. Tu ve dormi da swar sa. Li tro tard po eskalye, an papa di tu ve havi kekoun ap veye potay Esplanade.

Margaux abrió la boca para discutir, y la cerró.

* * *

Del testimonio de Marcel De La Rosa; Nel pidió que se omitiera una frase, y así se ha hecho.

Nel se fue del Yunque a las once de esa noche, y Marcel también bajó los siete escalones hasta el callejón, porque siempre lo hacía, y porque no habría podido quedarse en la cocina un minuto más con el libro verde cerrado sobre la mesa y todos mirándolo.

La lluvia había dejado Dauphine oliendo a nuevo. Las cunetas todavía corrían, más silenciosas ahora, y las piedras humeaban un poco bajo el único farol de la esquina de Palmer, y todas las ranas del Distrito 7 que habían sobrevivido a la semana seca gritaban desde las rejillas de las cunetas y los barriles de lluvia y los jardines de las azoteas, cientos de ellas, un sonido como el de una sala llena de gente pasando el pulgar por los dientes de un peine. En algún lugar, calle arriba por Dauphine, una mujer le cantaba a un niño con la ventana abierta.

Nel se sentó en el escalón de más abajo con la kalimba sobre una rodilla y no la tocó. Marcel se sentó al lado. El escalón estaba mojado. A ninguno de los dos le importó.

—Tu pa te pava anyen a la fin —dijo Nel.

—Mo te pava la ankèt.

—Tu te pava la ankèt, ko tu te nika kek kote. —El pulgar de Nel encontró una lengüeta y la apretó sin pulsarla—. Tu te nika wena?

Marcel pensó en mentir y no le vio sentido: «Lopital. Kan mo te havi dose ane.» El hombre de la cama de al lado tenía un circuito como el de la fila, una tubería externa que le entraba en el costado. La máquina suspiraba cada cuatro segundos, y Marcel la había contado toda la noche, porque arriba no lograba dormir, era todo tan silencioso; y por la mañana vinieron y le cambiaron la tubería al hombre y el hombre gritó. Se detuvo. «Mo pa sava si sa fasa mal. Chanja li. Mo pa te manda okenn mona. Mo te havi dose ane.» Nunca había sabido si el cambio dolía. No le había preguntado a nadie. Tenía doce años.

Nel no dijo nada para consolarlo, y esa era una de las razones por las que Marcel amaba a Nel. En cambio, Nel estiró la mano y la apoyó plana sobre el lado izquierdo del pecho de Marcel, sobre la camisa, sobre el controlador en su estuche, y la dejó allí. El ámbar se veía a través del algodón entre los dedos de Nel. Nel había hecho lo mismo la primera noche que durmieron juntos, hacía un año, en el cuarto encima del almacén de suministros de la Espina con los postigos abiertos y el golpe en el piso: había puesto allí una mano y había sentido el controlador tibio bajo la piel y el corazón que hacía funcionar latir deprisa, y había dicho, muy en serio, que era como sostener una lámpara que alguien todavía llevaba. Marcel se había reído tanto que el momento se arruinó, y luego se salvó, y él pensaba en aquella noche más que en casi cualquier otra cosa.

—Sa ap nika vit —dijo Nel.

—Sa ap nika vit depi matin sa.

—Depi Nox.

—Depi Nox. An apre depi Margaux. —Puso la mano sobre la de Nel—. Li vivan, Nel. Kekmoun chanja dra di li. Mo toujou ap pensa: wini. Un fanm na lesiv ave bra wouj, ap pliye dra di papa di mo, an li janmen te audi nom di li. Li selman un liy.

—Ko tu ve trova li an pava li nom di li —dijo Nel—. Sa e la bagay ra tu te pava na mesa. Manda bien. Nom su li.

—Mo te pava li kom Solène.

—Tu te pava li kom tu. —Nel retiró la mano, tomó la kalimba, tocó tres notas graves y se detuvo—. Ke tu veli ki mo deme?

Sí quería. Quería a Nel arriba en la cama estrecha de su cuarto con el olor de la lluvia entrando por la ventana y la rodilla de Nel contra la suya, y lo quería de una manera tan evidente que le daba vergüenza en una noche como esa, con su padre convertido en una fila de un libro y Nox en casa e Yvonne sentada en la cocina con las manos juntas. Pensó que Nel sabía todo eso. Nel casi siempre lo sabía.

—Demen —dijo—. Solène ve veli mo a seis. An Nox e na kamra kote di mo, an li pa dormi, mo ja sava. Li ve audi toti bagay.

—Toti bagay —dijo Nel, grave—. Terib. —Luego Nel lo besó en la boca y después en el costado de la mandíbula, debajo de la oreja, lo cual no era justo, y se levantó y se fue por Dauphine hacia el almacén de la Espina con la kalimba bajo un brazo, pasando por encima de las cunetas que corrían, y en la esquina se volvió y levantó la kalimba una vez, y desapareció.

Marcel se quedó sentado en el escalón mojado hasta que las ranas olvidaron que estaba allí.

* * *

Del testimonio de Marcel De La Rosa.

Más tarde esa noche, en la cocina del Yunque, cuando los demás ya habían subido y a Nox le habían dado el cuarto pequeño del último piso de la casa, donde antes había estado su litera y ahora estaba el segundo banco de trabajo de Marcel, Marcel se sentó solo a la mesa con el chasis de la radio y no trabajó en él.

La casa estaba en silencio. Por la ventana oía la Hilera Sabine, a dos calles, la casa de bombas al pie de la hilera, la cuadrilla nocturna de Delphine Aubry en los pedales cantando la canción del Distrito 7 en voz baja. Desde allí no distinguía la letra. Oía el compás, lento y pesado, la subida y el asiento, subiendo por el piso hasta el banco y hasta sus piernas, y se quedó sentado con la mano en el pecho y sintió su propio corazón latir debajo, todavía un poco rápido, y el controlador tibio, y la moneda en el bolsillo contra el muslo.

Su padre estaba vivo. Alguien le cambiaba las sábanas.

No había llorado en la mesa y no lloró ahora. Se quedó sentado escuchando el distrito. Al cabo de un rato, la melodía que Nel había estado tocando antes de que se abriera el libro

le volvió a la cabeza, y encontró el lugar donde Nel se había detenido, y tarareó el resto en voz baja, al ritmo del golpe, hasta que le salió parejo.

* * *

El Resumen Semanal de Bienestar de la Referencia del programa, correspondiente a la semana de la primera visita del hogar al Tercer Sumidero, una copia del cual llegó a este expediente más tarde por una vía que Esvane nos pidió no describir. Formulario impreso; la línea de observaciones, de puño y letra de Esvane.

RESUMEN DE BIENESTAR DE LA REFERENCIA (SEMANAL)

Residente: DE LA ROSA, É. Ingreso: Año 8, en curso. Sitio: TS-3.

Confort: MANTENIDO.

Nutrición e hidratación: ADECUADAS (asistidas por circuito).

Posicionamiento: CONFORME (solo decúbito lateral izquierdo y supino; decúbito lateral derecho CONTRAINDICADO).

Piel: ÍNTEGRA. Lesión por presión previa (Año 10, sacra) CICATRIZADA.

Flujo del circuito: aumentado a petición de la persona cuidadora, aprobado con un incremento reducido.

Interacción: NO APLICA.

Contacto familiar: VISITA, DOS PERSONAS, CON ESCOLTA. Sin incidentes.

Calidad de la referencia: DENTRO DE BANDA.

Observaciones de la persona cuidadora: *Ojos abiertos en el cambio de posición durante la visita, lo que dura la canción de E. El hijo salió de la habitación, volvió. La hija del hogar le habló. Solicito de nuevo que se ponga fin a la referencia y se continúen los cuidados (cuarta solicitud). El receptor conserva su último valor. Nada se detendría.*

Respuesta de ingeniería: ANOTADO.

Cada residente es un valioso contribuyente a la continuidad de la ciudad.



El gumbo del muelle

Del relato de Tante Bernadette Hébert; el de Lazare Mouledoux, que pidió que se pusiera primero, y que no lo está.

El primer viernes de la corrida, en la cabecera del muelle del Embarcadero de la Garza, el gumbo del muelle se empezó al mediodía, y para la primera campanada el embarcadero estaba dividido.

La olla era del embarcadero. Era un caldero de hierro del tamaño de una tina de lavar que descansaba sobre un fogón de ladrillo bajo un techo de lata en la cabecera del muelle, y había sido del embarcadero antes de ser de Tante Bernadette Hébert, que había cocinado en él cada mes de los sábados durante cuarenta y un años. Cada familia del embarcadero ponía algo. Los pescadores daban las cabezas de sábalo y la carne ahumada desprendida del hueso, los cangrejeros daban cangrejo azul, los camaroneros daban camarones, los huertos de las casas flotantes daban quimbombó y chiles y cebollas y un saco de guisantes, y siempre alguien traía un frasco de filé y siempre otro decía que era muy pronto para echarlo. Era la única comida del año que todo el Embarcadero de la Garza comía junto, y el embarcadero la trataba con la gravedad de un funeral y la disfrutaba más.

Este año no había aceite.

Tante Bernadette lo sabía desde hacía una semana. Ya lo había decidido, y no se lo había dicho a nadie, porque tenía setenta y cuatro años y no necesitaba que nadie estuviera de acuerdo. Al mediodía puso la sartén grande de hierro en el fogón sin nada dentro y echó la harina, seca, un saco entero, y empezó a removerla con la pala larga sobre el fuego. La harina pasó de blanco a crema al color de una bolsa de papel al color de la arena mojada. El olor subía de ella como de pan tostado.

Lazare Mouledoux salió de su ahumadero para ver qué era aquel olor, y se quedó de brazos cruzados mirándola hacerlo, y se puso rojo del cuello para arriba.

—Sa pa e un rou —dijo él.

—Sa e un rou sek.

—Sa pa egziste. Un rou e farin kuit na grès. Sa e farin kuit na anyen. Sa e planche di moulén. —Harina cocida en nada, el piso de un molino.

—Granmè di mo te fasa li na grangou di dosim miray. —Su abuela lo había preparado de ese modo en el hambre del segundo muro.

—Granmè di tu —dijo Lazare— te e un bon fanm ra te fasa un move gonbo na grangou di dosim miray, an toti mona te tro grangou po pava li. —Una buena mujer, concedió él, que había hecho un mal gumbo, y todos con demasiada hambre para decírselo.

Se estaba juntando gente. Al Embarcadero de la Garza le gustaba esta discusión más que casi cualquier otra cosa. Lazare volvió a entrar en el ahumadero y salió con un bidón de aceite, un bidón de verdad de diez litros con la marca del Sindicato en la tapa, y lo levantó para que todos lo vieran, y dijo que lo había pagado con todos los vales de su primera semana y que haría una segunda olla, una como se debe, en su propio fogón, y que el embarcadero podía comer de la que quisiera y saber la verdad. Hubo vítores. Hubo abucheos. Alguien empezó a recibir apuestas.

De modo que ese año hubo dos gumbos en el Embarcadero de la Garza, cosa que nunca antes había ocurrido, y la gente del embarcadero lo sigue recordando.

Para la cuarta campanada las dos ollas estaban listas, y todo el embarcadero subió por el muelle con tazones. Gente de las hileras de casas flotantes, de la hilera de los ahumaderos, de los muelles de cangrejos, las cuadrillas de camareros del Sindicato recién bajadas de sus barcos con las gorras echadas hacia atrás; niños con dos tazones cada uno, uno para cada olla, corriendo entre los fogones; el cura de la capilla flotante, que bendijo las dos ollas con gran cuidado de no favorecer a ninguna; dos corredores del Distrito 7 que habían venido a comprar sábalos ahumados para sus cocinas y no podían creer lo que veían, un muelle entero comiendo gumbo de mariscos en una semana en que su propio distrito cocía pastelitos verdes al vapor. Sévine llegó del Distrito 46 con el viento de la tarde y la vela remendada izada, y se comió dos tazones, uno de cada olla, y dejó un frasco sellado al cuidado de alguien en los ahumaderos para que fuera al Distrito 7 con el siguiente corredor, y no se quedó.

El gumbo de Tante Bernadette era marrón y ralo y sabía a pan tostado y a humo y al Lago, y el sábalos se deshacía en él suave y dulce y el cangrejo estaba tan fresco que era casi azúcar. El de Lazare era espeso y brillante y oscuro como el café, como se suponía que debía verse un gumbo, y sabía al aceite del Sindicato, que tenía un dejo de algo que no era del todo comida, y al sábalos ahumado de Lazare, que era el mejor de la Zona Hundida y todo el mundo lo sabía. La gente comió de los dos. La gente discutía con la boca llena. Dos primos dejaron de hablarse. La esposa de un camarero que se había comido tres tazones del de Lazare anunció que prefería el de Tante Bernadette por principio, y Lazare le tiró una cáscara de cangrejo, y cayó al agua, y una garza bajó de la hilera de robles y la agarró y se fue volando con ella, y el embarcadero se rio tanto que uno de los niños vomitó.

Chelo se comió un tazón de cada una sobre sorgo en el borde del muelle con los pies sobre el agua y Paloma a su lado. Aurelio vino y se sentó del otro lado con la espinilla vendada y sus propios dos tazones.

—Kiles? —dijo él.

—Di Bernadette.

—Lazare te achta tu un bouason madi.

—Mo sava. Poutet sa mo pa pava li for.

Aurelio se rio y puso el brazo a lo largo de las tablas detrás de ella, sin tocarla, y se quedaron sentados comiendo y mirando los sábalos girar a lo largo de la hilera de robles en la última luz, lomos plateados que se daban vuelta como las páginas de un libro.

Al final de la noche la olla de Tante Bernadette quedó raspada y limpia y de la de Lazare quedaba una cuarta parte. Lazare dijo que eso probaba que la gente era demasiado educada para terminarse la suya. Tante Bernadette no dijo nada en absoluto, que fue peor.

* * *

Del libro de carreras de cangrejos de Evariste Pitre, anotaciones del domingo; el relato de Paloma Lachance, que discute el libro en un punto.

El segundo domingo de la corrida, en la cubierta de una casa flotante detrás de los ahumaderos del Embarcadero de la Garza, Evariste Pitre abrió el libro de carreras de cangrejos a las tres de la tarde, y cuarenta personas se apretujaron en una cubierta hecha para doce.

El tablero era una lámina de contrachapado marino pintada de gris, con dos anillos dibujados con tiza: uno pequeño en el medio, del tamaño de un plato llano, y uno grande cerca de los bordes. Los cangrejos salían de debajo de un balde volteado en el centro. Cuando Evariste levantaba el balde, el primer cangrejo que cruzaba el anillo exterior era el ganador. En el Embarcadero de la Garza contaba un cangrejo que lo cruzara hacia atrás, cosa que no era la regla en el Distrito 51 ni en el Distrito 60, y había habido peleas por eso en la temporada del Año 11 que la gente todavía sacaba a relucir en las bodas.

El libro era un libro de cuentas gordo, hinchado y manchado de agua, y lo había llevado el tío de Evariste antes que él y la madre de su tío antes que eso. Cada carrera estaba en él: la fecha, los cangrejos, los dueños, las apuestas, el ganador y una línea de observaciones. Evariste ya no veía lo bastante bien para leerlo, así que su nieto lo leía en voz alta cuando había una disputa, y anotaba las carreras nuevas, y Evariste juzgaba las llegadas de oído, sentado en un taburete al borde del tablero con la cabeza ladeada. Decía que podía oír la pinza de un cangrejo raspar la tiza desde cualquier punto de la cubierta. Nadie lo había sorprendido nunca equivocándose, o nadie se había atrevido nunca a decirlo.

Había nueve cangrejos en la primera carrera. Tenían los caparazones pintados con pintura de casa en colores y números, y algunos tenían también nombres pintados. El cangrejo de Paloma era azul con una franja blanca y tenía la palabra ALCALDE pintada a lo largo del lomo en mayúsculas cuidadosas. Se llamaba así por el alcalde, decía Paloma, porque iba de lado hiciera uno lo que hiciera, y nunca venía cuando lo llamaban, y se comía todo. Aurelio había apostado una ficha entera por él por lealtad. Chelo había apostado un cuarto de ficha por el cangrejo de los niños Doucet, porque Emile estaba acostado en su casa con las costillas vendadas, y los niños Doucet habían pintado el suyo de rojo y lo habían llamado COSTILLAS.

Las apuestas eran en fracciones de ficha y en favores. Los favores también iban en el libro: *dos días de sacar trampas, un corte de pelo, la receta del pescado al chile de mi hermana, no la de verdad*. Un camaronero del Sindicato apostó su gorra. El nieto de Evariste lo anotaba todo con la lengua entre los dientes.

Evariste levantó el balde.

Nueve cangrejos se quedaron quietos en el medio del tablero. La multitud les gritaba. Dos se lanzaron uno contra el otro enseguida y empezaron a pelear. Uno intentó volver a meterse debajo del balde. COSTILLAS salió derecho hacia el anillo exterior a paso firme,

como un empleado que llega tarde al trabajo, y los niños Doucet chillaron. El ALCALDE se quedó donde estaba con las pinzas en alto, mirando a la multitud, y Paloma se agachó al borde del tablero y dijo, en el español de su madre, lo que le iba a hacer si no se movía, y toda la cubierta se rio.

COSTILLAS estaba a un palmo del anillo exterior cuando el ALCALDE se movió. Fue de lado, rápido, como van los cangrejos cuando se han decidido, derecho a través del tablero en diagonal, y entonces, en el último momento, con COSTILLAS a un dedo de la tiza, pareció asustarse de una sombra y retrocedió, hacia atrás, por encima de la línea.

Evariste ladeó la cabeza.

—MAYOR —dijo.

La cubierta estalló. Los niños Doucet lloraban. Aurelio tenía a Paloma abrazada y la levantaba de las tablas. El camaronero del Sindicato exigía que se leyera el libro, y el nieto de Evariste leyó en voz alta la regla con la letra del tío de Evariste, del Año 2 (*hacia atrás cuenta, y al que no le guste que corra en el Distrito 51*), y el camaronero le entregó su gorra a una mujer de la hilera de los ahumaderos, que se la puso.

El relato de Paloma difiere del libro en este punto. Ella dice que COSTILLAS cruzó primero, por una pinza, y que Evariste oyó al ALCALDE porque el ALCALDE hacía más ruido. Dice que lo supo en ese momento y que igual se quedó con el dinero, y que después les dio la mitad a los niños Doucet detrás de los ahumaderos donde su padre no podía ver, y les hizo prometer que no lo contarían. El libro dice ALCALDE. El libro nunca se ha cambiado, y Evariste dice que nunca se cambiará mientras él esté vivo para oír la tiza.

Chelo no ganó nada. No le importó. Estaba de pie al fondo de la cubierta en el calor con una taza de caña y miraba a su hija levantada en brazos por su exmarido, los dos gritando, los cangrejos recogidos otra vez en sus baldes, las garzas paradas en la hilera de robles con los hombros alzados, mirando a los humanos con desprecio. Los sábalos giraban allá afuera en la luz plana de la tarde, uno y luego otro, cerca y lejos. Pensó: este es el año bueno. Pensó que debería recordarlo, porque los peces se irían cuando el agua se enfriara, y algún invierno el Lago se congelaría en las orillas como decían los viejos que había pasado, y después de eso podría no haber corrido durante años. Se terminó la caña. Alguien ya estaba pintando un nombre nuevo en un cangrejo para la segunda carrera.

* * *

Del relato de Consuelo Mayorga; la segunda parte pidió que se pusiera por escrito tal como ella la dijo, y así se ha hecho.

El día doce, el primer día de la regata, Chelo Mayorga y medio Embarcadero de la Garza se sentaron en el muelle con las barcas amarradas y miraron pescar al Dosel.

Las lanchas de la Sociedad bajaron por el canal desde el embarcadero de la loma a las siete de la mañana, blancas, con toldos y cojines y motores pequeños y silenciosos que funcionaban con las celdas de energía del Dosel y no hacían más ruido que una tetera. Eran nueve. Cada una llevaba un guía de la Zona Hundida, contratado por los dos días por una tarifa que a Chelo le habría gustado saber, empujando con la pértiga o al timón, y dos o tres hombres y mujeres del Dosel con sombreros anchos y ropa clara, que sostenían cañas fabricadas en alguna isla de fabricación para ser ligeras como juncos y fuertes como cables. Entraron en la hilera de robles en una procesión lenta. Los sábalos giraban alrededor de ellas. La gente del Dosel señalaba los peces y se llamaba unos a otros, con voces pequeñas y claras sobre el agua, como si nunca hubieran visto nada tan maravilloso en su vida, y quizás no lo habían visto.

Pescaron. Y no lo hacían mal, algunos de ellos, y los guías eran los mejores del Embarcadero de la Garza y les pagaban para asegurarse de eso. Una mujer de sombrero amarillo enganchó un sábalo frente al sexto roble y el pez saltó cinco veces y ella hizo una reverencia en cada salto como si hubiera nacido en un esquite, y su guía era el primo de Aurelio, y todo el muelle la miró acercarlo al costado después de una hora, y vitoreó a su pesar. Luego el guía lo sostuvo por la mandíbula en el agua mientras alguien en la lancha tomaba una fotografía, y luego lo soltó, y el pez se quedó quieto un momento y luego se fue nadando despacio hacia abajo, hacia lo verde, y desapareció.

Nadie en el muelle vitoreó esa parte.

—Poukisa le laga li? —dijo Paloma.

—Conservation —dijo Aurelio, en el inglés del Dosel, porque no había palabra en Kanal para eso que no se riera. Lo dijo como uno diría el nombre de una enfermedad.

—Me le pa gon manja li.

—No.

—An nu pa pu manja li.

—Pa jodi.

Paloma lo pensó con la barbilla sobre las rodillas durante un buen rato. Luego dijo: «Ko sa selman po foto» y Aurelio dijo que sí, y Paloma dijo: «Sa e pi sot bagay ra mo janmen viza» con una convicción tan completa que la gente que estaba cerca de ellos en el muelle se rio, y una mujer le dio un higo.

Las lanchas volvieron canal arriba al atardecer con sus fotografías. Los sábalos siguieron girando a lo largo de la hilera de robles en el anochecer, y los pelícanos siguieron cayendo del cielo sobre la carnada, y nadie en el Embarcadero de la Garza sacó un pez esa noche, porque el aviso decía los días 12 y 13, y la Vigilancia tenía un bote amarrado en la baliza del Distrito 47 para asegurarse de que el aviso se respetara.

Tarde esa noche Chelo se sentó en la punta del muelle con Aurelio, donde se había sentado con el termómetro la primera mañana. Las lámparas estaban apagadas en las casas

flotantes detrás de ellos excepto la de Emile Doucet, donde su esposa lo velaba sentada porque él no podía tenderse del todo. La hilera de robles se recortaba negra contra un cielo lleno de estrellas y de relámpagos de calor, y allá afuera en la oscuridad, cerca y lejos, giraban los sábalos, y podían oírlos: ese trago suave y hondo, una y otra vez, a todo lo largo del camino ahogado, como el Lago respirando.

—Ane swivan mo veli un vela —dijo Chelo—. Po traversa. Po nika a Katye Sesenta po denye kous, kan li desanda.

—Tu ve neda ekip po sa.

—Mo ve neda un gaf.

—Un sinkim.

—Nu ve viza.

Él se rio. Se quedaron sentados. Al rato él puso la mano en las tablas junto a la de ella, sin llegar a tocarla, como había hecho en el gumbo, y al otro rato ella movió la mano el ancho de un dedo y ya la tocaba, y ninguno de los dos dijo nada al respecto, porque lo habían hecho cada mes de los sábalos durante seis años y los dos sabían lo que pasaba cuando el agua se enfriaba. Más tarde ella se iría a casa de él con él, como hacía una vez cada corrida, y en la mañana discutirían su quinta parte con el café, y estaría bien.

Pidió que se pusiera una cosa más, con sus palabras, ya que nadie lo creería el año que viene. En el mes de los sábalos del Año 19, con todo el Lodo sin aceite, un vale del Sindicato por un bidón de diez litros de aceite comestible costaba cien kilos de sábalo en el Embarcadero de la Garza, y se vendía en el Distrito 7 por setenta fichas, y la Junta le cerró el Lago durante dos días a la gente que vivía en él para que el Dosel pudiera pescar los peces y soltarlos.

* * *

Del relato de Junie; el de Nox, que discute el de Yvonne Celestin en un punto y pide que ambos se mantengan; la pizarra de precios del mercado de pescado del Distrito 7 para el primer viernes del mes de los sábalos.

El primer viernes del mes de los sábalos, con setenta y tres fichas restituidas en una tarjeta del Mostrador de la que todavía no se fiaba, Nox le pidió a Junie que lo llevara al mercado de pescado, porque ya no sabía el precio de nada y no quería que lo estafaran delante de todo el distrito en su quinto día en casa.

Junie se tomó el encargo en serio. Junie llevó el tablero de cuentas del agua, limpio, y un cabo de tiza, y caminó medio paso delante de él por la calle Palmer como los corredores de la Espina caminaban delante de Solène, y le fue contando cosas. Que los Hurley seguían a oscuras. Que el pan de la hermana Octavia estaba arruinado pero bueno. Que el hombre que vendía cangrejos en la esquina de Toulouse había perdido un cangrejo por la alcantarilla cuando Solène pasó corriendo el día del aceite y quería que la Espina se lo pagara, y que nadie se lo iba a pagar, y que igual se lo contaba a todo el mundo. Nox lo escuchó todo. Había olvidado, o nunca había sabido, cuánto cargaba una criatura del Lodo: precios, rencores, el tiempo, quién estaba enfermo y quién embarazada y quién le debía a quién, el distrito entero guardado en una cabeza y ordenado por importancia, y la importancia no era la que habría elegido un adulto.

El mercado era el viejo salón cubierto detrás de Toulouse, columnas de hierro y un techo de vidrio tapiado con tablas hacía mucho, y el primer viernes de la corrida estaba ruidoso de pescado. Las barcas del Embarcadero de la Garza habían subido por los canales antes del alba, y las mesas del lado de los pescaderos estaban repletas: lisas, plateadas y gordas, por sarta y por cajón; corvinas pequeñas; unos cuantos sargos con sus dientes humanos; y en el medio del salón, sobre una losa de tabloncillos mojados, dispuesto en gruesas rodajas pálidas como un animal descuartizado, el sábalo.

Nox se detuvo frente a él.

—Mona manja li aster —dijo Junie—. Na kous. Achte Canopy pran sa ye ra antye po regat, an Heron Landing vanda la resta da. Li for. Tu tranpe li.

—Kan mo te havi laj di tu, nulan te manja tarpon.

—Kan tu te havi laj di mo —dijo Junie, con mucha paciencia— te gen luil.

La pizarra de precios colgaba de una columna. Junie la leyó en voz alta y la tradujo: este precio era el precio real, este era el precio para los cocineros del Dosel que bajaban por la escalera con sus canastas, este era el precio si lo pedías en Kanal y no en el inglés del Mostrador, que era más bajo, y este era un precio que nadie pagaba, escrito para que los otros precios se vieran bien. Nox escuchó y no se rio. En la mesa de las lisas una mujer con antebrazos como jamones y acento del Embarcadero de la Garza lo midió con una mirada, chaqueta y bolsillos y tamaño, y le dio el precio del cocinero del Dosel, y Junie dijo en Kanal: «Li e di nu, de Anvil, an li te na Union onse ane, an li pa sava anyen», lo que quería decir que él era gente del Yunque, once años fuera en la Unión, y no sabía nada, y la mujer se rio y le dio el real. Cuando él pagó ella dijo *dale*, que quería decir anda, listo, y también, por cómo lo dijo y la mirada que le echó a la chaqueta, *bienvenido de vuelta*.

Compró dos sartas de lisas, doce pescados, con la tarjeta, y vio cómo las fichas se descontaban en el lector del empleado del mercado, y no sintió nada al respecto, lo que lo sorprendió. Junie compró, en un puesto vietnamita al final de la fila, un frasco pequeño de salsa de pescado de Bywater Stack, regateando el precio en dos idiomas con un viejo que claramente lo disfrutaba, que le hablaba en vietnamita por encima del hombro a una nieta que destripaba pescado detrás del puesto y en Kanal a Junie, y terminaba cada frase, para la nieta y para Junie, con la misma pequeña subida al final, una suavidad que el Kanal había tomado del vietnamita hacía generaciones sin tomar una sola palabra, de modo que la mitad del regateo del mercado sonaba, pensó Nox, como gente siendo amable entre sí mientras se peleaba. Junie anotó el frasco en el tablero de cuentas como gasto de la casa y miró a Nox para ver si se oponía, y él no se opuso.

—Nu pa pu fri le —dijo Junie de camino a casa—. Un kanis luil manje. Yvonne ap tena li po malad ye.

—Ko nu ve bouyi le.

—Milèt bouyi. —Junie hizo una mueca—. Hurley ye pava ki milèt bouyi e un lanmor na fami. —La lisa hervida, según los Hurley, era una muerte en la familia.

—Nu ve kuita le na sann. Na lakou deye. Vlope na fey, ave sel, an nokmam di Junie apre. Junie lo miró de reojo: «Wena tu te trova sa?»

—Un vil konvoy. Un kuizinye de Delta, su bato gren. —No dijo en qué andaba el cocinero en los barcos de grano, ni en qué andaba Nox allí, ni que el cocinero había estado en el

calabozo del pueblo y cocinaba para los guardias porque los guardias no sabían cocinar—. Li bon. Tu ve viza.

En el patio de atrás, al final de la tarde, hizo un fuego con madera de cajones rotos en el viejo medio barril de hierro junto a los barriles de lluvia, y lo dejó bajar hasta la ceniza, y limpió las lisas sobre una tabla puesta encima de dos baldes volteados.

Las limpió mal. No lo había hecho en años, y el cuchillo de la cocina no era un cuchillo de pescado, y las lisas estaban frescas y resbaladizas, y las escamas saltaban bajo la hoja en una rociada que iba a todas partes, por sus brazos, en su pelo, sobre los barriles de lluvia, sobre Junie, que había venido a mirar y ahora estaba en el escalón de atrás quitándose una escama de una ceja.

—Granmè pava ki Étienne te meta ekay su plafon —dijo Junie—. Un fua. Dirèkteman anlè recho. —En el relato de Yvonne, Étienne había puesto una vez escamas de pescado por todo el techo, justo encima de la estufa.

El cuchillo de Nox se detuvo.

—Li te pava tu sa?

—Su techo. Li te pava ki tu te havi katorse ane an tu te rira tan for ki tu te tonba de ban.

Se quedó con el cuchillo en una mano y una lisa a medio escamar en la otra y escamas en los antebrazos que atrapaban la luz como lentejuelas, y miró la pared del fondo del Yunque, la ventana de la cocina, la grieta en el yeso sobre la puerta. Entonces empezó, muy bajito, a reírse.

—Sa te mo —dijo.

—Wani?

—La plafon. Sa te mo. Prim semen di mo. —Étienne le estaba enseñando a limpiar pescado, y él no sabía, y se estaba luciendo, y lo había atacado como si peleara con él—. Ekay te monta. Toupatou su plafon. —Se limpió la frente con el dorso de la muñeca y dejó más escamas ahí—. Yvonne te antra, an li te mira anlè, an li te mira nu dos, an Étienne te pava: *mo te fasa li*. —Así, sin más, antes de que Nox pudiera decir nada. Y ella le había creído, o dijo que le creía, y le dio la escoba, y él se subió a la mesa y barrió el techo, y Nox se rio tanto que se cayó del banco—. Pesa sa vre.

Junie asimiló aquello: «Ko li pa korek.»

—Li korek. Sa e la bagay ra li te viza. Li te pava ki li te fasa li. —Nox retomó las lisas, ahora con más cuidado, y las escamas saltaban en rociadas menores—. Li pa te veli ki mo starta na kay sa kom ti nonm ra te fasa dezod. Mo te fasa dezod toupatou. Li te pran li su do di li avan li tonba su mo.

—Ke tu gon pava li?

Lo pensó. El fuego se había vuelto ceniza roja en el medio barril. En algún lugar de la casa Yvonne le hablaba a un paciente en la clínica, y él oía su voz por la ventana de atrás sin las palabras, baja y pareja.

—Meta le dos na dosye —dijo—. Di li an di mo. Kita le deme kote a kote.

Envolvieron las lisas en hojas de batata del techo, con sal y un chile pajarito partido en cada una, y las enterraron en la ceniza, y las sacaron al anochecer ennegrecidas y humeantes, y toda la casa se las comió en el escalón de atrás y en la cocina con la salsa de pescado de Junie, once personas y el perro, y nadie dijo la palabra *hervida*.

Yvonne se comió dos. Levantó la vista una vez, al techo de la cocina, y luego a Nox, y no dijo nada, y él no supo, ni entonces ni después, si Junie se lo había contado.

*Un año y un día*

Del relato de Hollis Lavergne; el registro de nichos de los Amigos de Sabine; la tiza del Paseo del Luto.

Los Aubertin querían que el nombre nuevo se tallara igual que los viejos, y los viejos eran obra de once hombres distintos durante trescientos años.

En la hilera de los Aubertin del cementerio de la loma, poco después de las siete de la mañana, Hollis Lavergne se arrodilló sobre un costal doblado al pie de la bóveda, con el mayordomo de la familia de pie en la única sombra, y estudió la columna de nombres encima del panel en blanco. El primer Aubertin lo había rotulado alguien a quien le gustaba una cola larga en la R. El cuarto, alguien que odiaba las serifas. Para la novena generación la familia había contratado a un cantero que tallaba hondo y cuadrado, y todos los canteros que vinieron después habían copiado al noveno, de modo que la mitad inferior de la columna parecía hecha en una sola tarde. La lluvia y tres siglos de aire salado lo habían suavizado todo. Un corte nuevo y nítido quedaría sobre el mármol como una etiqueta de precio.

—Ella va a querer que parezca que es de aquí —dijo el mayordomo. Era un hombre delgado del Dosel llamado Lesueur, con un saco de lino claro, y sostenía una sombrilla cerrada que no abría porque la regla de la familia era que los mayordomos no se resguardaban mientras el cantero trabajaba. Hollis respetaba esa regla más que el propio hombre.

—Será de aquí —dijo Hollis—. Dentro de unos cuarenta años.

Tomó el cincel plano y la maceta y puso el filo en la línea de tiza para el primer trazo de la M.

Mathilde-Lise Aubertin, decimocuarta generación, muerta a los ochenta y uno de algo que la familia llamaba una larga enfermedad y que el personal de cocina, todo del Lodo, llamaba una caída en la escalera de la plataforma después de una fiesta. Tenía el mármol, que era material de calidad Carrara que los tatarabuelos de la familia habían comprado en cantidad cuando todavía llegaba un barco de cantera, y que se cortaba como mantequilla fría si uno mantenía el filo vivo.

Trabajó una hora con las rodillas en el costal y el sol trepando la loma. Aquí arriba el suelo no hacía nada. En el Lodo uno trabajaba con el golpe debajo. Te decía la hora y el distrito. En la loma, el viejo dique natural sostenía sus fincas sobre cimientos aislados hacía generaciones, y los senderos de concha triturada del cementerio descansaban sobre tierra compactada que no se bombeaba desde antes de que se reiniciara el calendario. La quietud

se le metía en los dientes. Un mediodía de su primera semana había vomitado detrás de una bóveda, y su padre le había sostenido el hombro y le había dicho que se pasaba, y se había pasado, casi del todo. Después de veintidós años todavía llevaba en el bolsillo una piedra de la Hilera Sabine, una astilla del bordillo frente a la puerta de su madre, y le ponía la mano encima cuando el silencio se volvía ruidoso.

Débilmente, desde las plataformas que coronaban la loma detrás del muro del cementerio, el tono bajaba por el aire: un sonido dulce y delgado en el límite alto del oído. El mayordomo no lo notó. La gente del Dosel nunca lo notaba, como uno no nota el olor de su propia casa.

A la campana del almuerzo, Hollis se sentó a la sombra de una bóveda vecina, con la espalda contra una familia a la que le había rehecho las juntas hacía cuatro años, y abrió su lata. Dos pastelitos verdes, al vapor, vueltos gomosos por el calor. Todo el Distrito 7 llevaba ocho días comiéndolos al vapor. La asignación de aceite de cocina del Mostrador había llegado corta, luego tarde, luego nunca, y todas las cocinas de la Hilera Sabine olían ahora a las balsas de algas. Hollis se comió los suyos solos y pensó en la freidora de los Hurley, fría desde hacía una semana, y en el viejo Hurley sentado en un balde junto a ella diciéndole a quien se detuviera que un hombre en la Dársena tenía aceite a un precio que nadie debería pagar.

Un corredor subió por el sendero de servicio mientras él comía. Hollis conocía al muchacho por la gorra, uno de los corredores de los Amigos de Sabine, y supo lo que traía antes de que se lo entregara, porque la asociación no mandaba corredores a la loma con buenas noticias. La nota venía en el papel verde de la asociación, con el sello de Achille estampado en la esquina.

Decía, con la letra redonda de la secretaria, que el plazo de un año y un día de *Josette Marie Lavergne*, socia al corriente, se cumpliría el noveno día del mes próximo. El décimo, conforme a la costumbre de la asociación y en consideración de los nichos que requerían los socios fallecidos recientemente, sus restos serían trasladados a la cámara del osario. La familia podía asistir al traslado. Las cuotas del próximo trimestre se fijarían según la tarifa revisada, que venía impresa debajo, y que superaba en un tercio a la anterior.

La leyó dos veces, la dobló, se la guardó en el bolsillo de la camisa y terminó el pastelito.

Hacía tres años la fiebre había pasado por los distritos de la ribera en el calor húmedo y había seguido hasta la temporada de crecidas, y todas las sociedades de la Hilera Sabine habían llenado sus nichos en dos meses. Los nichos que se llenaban juntos se liberaban juntos: cada año desde entonces, los plazos de un año y un día habían vencido en las mismas pocas semanas, y las asociaciones se habían pasado la primavera en reuniones que duraban más allá de la medianoche sobre qué muertos se trasladaban primero. Los Amigos de Sabine tenían cuarenta y dos nichos en la tumba del terreno elevado detrás de Santa Brígida. Había habido una pelea a puñetazos en el Salón Largo entre dos viudos por un nicho que reclamaban tanto los Amigos como la Última Fila. Achille había sido reelegido con la promesa de orden. Resultó que el orden costaba un tercio más.

Su madre no había muerto de la fiebre. Había muerto el verano pasado del corazón, en su silla junto a la ventana, mientras Hollis estaba aquí arriba renovando el plomo de una canaleta del Dosel. Para entonces los nichos se habían vuelto a llenar, y ella había ido al

último libre en la tumba de los Amigos porque Hollis había pagado cuatro meses de atrasos en una sola tarde y Achille le había estrechado la mano y había dicho que era el deber de un hijo. Su nicho era el de abajo del lado derecho. La placa sobre su ladrillo de sellado decía su nombre en pintura blanca, con la letra redonda de la secretaria de la asociación, porque así lo hacía la sociedad. La pintura se podía raspar en un año y un día. El mármol era para la loma.

En el libro de cuentas de su padre, por costumbre y por terquedad, llevaba una lista de los nombres que había tallado en piedra del Dosel: cuatrocientos diecinueve, contando la Aubertin que terminaría esta tarde. El nombre de su madre estaba en pintura blanca que se quitaría cuando su nicho pasara al siguiente socio, y sus huesos irían al osario con los de todos, y el osario no llevaba ningún nombre. Esa era la costumbre y él creía en ella. Uno entraba con los demás. Nadie tenía un nicho mejor allá al fondo.

Sabía todo eso, y aun así estaba sentado contra la bóveda de un desconocido con la nota verde en el bolsillo, pensando en el cincel que tenía en la mano.

—Mason. —El mayordomo había dado la vuelta a la esquina—. La hija de Madame quisiera ver el avance.

—Puede ver la M —dijo Hollis, y se levantó del costal.

* * *

El aviso de los Amigos de Sabine sobre la revisión de cuotas y la política de nichos, en papel verde, tal como estaba clavado por dentro de la puerta del Salón Largo; Hollis Lavergne guardaba su copia doblada en cuatro dentro del libro de cuentas de su padre.

ASOCIACIÓN DE AYUDA Y RECREO AMIGOS DE SABINE

Caminamos juntos.

AVISO A LOS SOCIOS: UNA NUEVA TEMPORADA DE CUIDADO

Queridos Amigos:

Su asociación ha atravesado una temporada difícil con sus nichos llenos y su espíritu entero. Para ser fiel a cada socio, vivo o en reposo, la Junta de Mayordomos ha adoptado lo siguiente, con vigencia a partir del primer día del próximo trimestre.

1. Las cuotas trimestrales se revisan para reflejar el verdadero costo de la dignidad. Tarifa anterior: seis fichas. Tarifa revisada: ocho fichas.
2. Los socios con un trimestre de atraso siguen siendo socios valorados. Su derecho a nicho queda en PENDIENTE hasta que se salden los atrasos.
3. A los socios con tres trimestres o más de atraso se les ofrece cordialmente la OPCIÓN DEL AGUA: una mortaja lastrada de buena lona, traslado en bote hasta el canal profundo, una banda de dos integrantes y todas las oraciones de la asociación, sin cargo adicional. Muchas familias de los distritos exteriores eligen el agua. Es, en todos los sentidos, una alternativa digna y económica.
4. Los nichos liberados se asignan según el orden del registro de nichos, según la fecha en que se cumple un año y un día, y a discreción del Presidente en casos de penuria, que el Presidente determinará.
5. Las familias pueden asistir a un traslado. Se ruega a las familias no traer herramientas.

6. Las placas se pintan con la letra de la Secretaria. No se permite que ningún familiar talle, rotule o marque un ladrillo de sellado, por hábil que sea.
7. La Junta agradece a la Última Fila su paciencia en el asunto de los nichos compartidos, y recuerda a los socios que las disputas entre asociaciones se resuelven en comité y no en la barra del Salón Largo.

El orden es cuidado.

A. Achille, Presidente. O. Plauché, Secretaria.

* * *

Del relato de Hollis Lavergne; las actas de los Amigos de Sabine con la letra de Odette Plauché, que registran la reunión como «ordenada»; el de Agnès Lavergne, que no.

El Salón Largo, detrás de los puestos del mercado del Distrito 7, cabía para unas noventa personas en una reunión, porque en una reunión todo el mundo quería silla. A las ocho de esa noche todas las sillas estaban ocupadas y los Amigos de Sabine estaban de pie a lo largo de la pared del fondo, bajo el templete de la banda, abanicándose con el aviso verde.

Hollis estaba de pie con ellos. Había bajado de la loma con polvo de mármol en las cejas. El Salón Largo tenía un piso de tablones tendido sobre la vieja losa, una barra en un extremo y ventiladores de techo movidos por una sola correa que giraban lo bastante despacio para contarlos. Esta noche el golpe subía por debajo de noventa sillas y hacía temblar el agua de las jarras. Los hijos de alguien habían armado un campamento debajo de la mesa larga del frente, donde se sentaba la Junta de Mayordomos, y cada pocos minutos una manita salía de debajo del mantel y se llevaba un pastelito al vapor del plato de Achille.

Achille llevaba su banda verde. Tenía delante el registro de nichos, un libro largo encuadernado en tela verde con cuarenta y dos renglones por página, uno por cada nicho de la tumba detrás de Santa Brígida, y apoyaba la palma encima mientras Odette Plauché leía el acta de la reunión anterior a una velocidad que convertía cualquier objeción en un asunto de atletismo.

Hollis sintió que alguien se ponía a su lado junto a la pared y supo sin mirar que era su hermana, porque Agnès siempre había olido a brea de redes, incluso de niña, antes de casarse en el Distrito 14 y hacer de remendar redes su oficio. Estaba de brazos cruzados y con su cara del Distrito 14 puesta.

—Tu te peya li —dijo ella, en voz baja.

—Kekmoun te douva.

—Kuatro mes di dèt na un apremidi. Mama sere noma sa granfanfan. —Cuatro meses de atrasos en una sola tarde: su madre lo habría llamado presumir.

—Mama sere noma li madi —dijo Hollis, queriendo decir que ella lo habría llamado un martes cualquiera, y la sintió casi reírse, y la sintió decidir no hacerlo.

La votación de las cuotas se aprobó. Las manos se alzaron por la sala despacio y se quedaron alzadas, porque nadie quería que lo vieran votar contra sus propios muertos. Odette escribió *aprobado* antes de que se contara la última mano.

Entonces se abrió la puerta del lado del mercado y entraron tres mujeres de la Última Fila, con sus impermeables aunque no llovía, los abrigos largos con las capas cortadas para que

el agua no cayera sobre un tambor. La del medio era Madame Duplessis, menuda y erguida, con el pelo gris recogido y aplanado y un papel doblado en las dos manos. La sala quedó lo bastante callada para oír los ventiladores.

—Madanm —dijo Achille.

—Prezidan. —No se sentó—. Last Row te preta Friends dos etajè na ane fièv, su promes ekri ki dos prim etajè ra vid na tonm di vu ve vena baka a nu. Un te vena baka. La dosim e la etajè anba drèt. —El de abajo, del lado derecho. No recorrió la pared buscando a Hollis. Sabía dónde estaba—. Poumon di mari di mo ap fini. Klinik pava semen. Mo pa ap manda lacharite. Mo ap manda la papye.

En el año de la fiebre la Última Fila les había prestado a los Amigos dos nichos, con la promesa escrita de que los dos primeros que quedaran vacíos se devolverían. Uno se había devuelto. El otro era el de su madre. Los pulmones del marido de ella estaban fallando y la clínica le daba semanas, y ella no estaba pidiendo caridad. Estaba pidiendo lo que decía el papel.

Odette tomó la hoja, porque Achille no se movió, y la leyó, y se le puso la cara cautelosa.

—La etajè anba drèt e Josette Lavergne tanka nueve —dijo Hollis. No había decidido hablar—. Sa e la koutim. —Hasta el nueve el nicho era de su madre; esa era la costumbre.

—An a dies —dijo Madame Duplessis, y por fin lo miró, y él vio que tenía los ojos enrojecidos en los bordes y que ella tampoco había dormido— li nika deye ave toti mona, an Aurèle di mo nika su etajè di li, oswa li nika a etajè komin di Counter, ra le chaje frè anterman po noventa jou, ko le *consolidar*. —Dijo la palabra del Mostrador en el inglés del Mostrador—. Tu sava wani *consolidar* sinifa, mason. Tu te e da na ane fièv.

Él había estado allí. Todos en la sala habían estado. La fiebre llenó los nichos de las sociedades en ocho semanas, y después el Mostrador abrió sus nichos comunes en la vieja cámara frigorífica del callejón Rampart, con un empleado en una mesa plegable que cobraba en la puerta una Tarifa de Inhumación Digna, y los muertos entraron en camillas y volvieron a salir, pasados noventa días, en sacos, y nadie supo nunca adónde iban los sacos. Las familias que no podían pagar la tarifa fueron al agua de la manera antigua, de noche, desde el extremo del muro de la Hilera de la Cisterna, con el lastre que tuvieran. Hollis ayudó a llevar hasta un bote a una niña de cuatro años, envuelta en una cortina con un contrapeso de ventana de guillotina atado en los pies, porque su padre no lograba que le respondieran las manos. Recordaba el peso del contrapeso mejor que el peso de la niña.

Debajo de la mesa una manita se estiró hacia el último pastelito y se lo pensó mejor.

—La Junta tomará en consideración el reclamo de la Última Fila —dijo Achille por fin, en el inglés de la Junta, como hacían los presidentes de las asociaciones cuando querían que algo sonara terminado—. Hasta que las asociaciones se pongan de acuerdo, no habrá traslados en la tumba. Ninguno. Ni el nueve ni el diez. Orden. —Estampó su sello en la esquina del papel de ella, lo que significaba que se había recibido—. Siguiente punto.

Madame Duplessis dobló el papel, lo guardó en el abrigo y salió con las dos mujeres detrás, y alguien en la barra se rio en el momento equivocado y lo hicieron callar.

Hollis y Agnès salieron por la puerta lateral al escalón de carga, donde el aire estaba apenas un poco más fresco y los gatos nocturnos del mercado se peleaban por cabezas de pescado en la cuneta.

—Ko li deme —dijo Agnès—. Mama. Po aster.

—Po aster. Tanka le regla li na komite.

—Le ve regla li na komite kan mari di fanm so e na un sak. —Agnès descrucó los brazos y se apretó los ojos con la base de las manos—. Mo pa te peya mita di mo paske mo pa te havi li. Mo havi tres timoun, an un met kay ra ap monta alkil paske dek nov ap vena. Mo pa gon pava padon. —No había pagado su mitad porque no la tenía. Tenía tres hijos y un casero que subía el alquiler antes de que llegara la plataforma nueva, y no iba a pedir perdón.

—Mo pa te manda tu.

—Tu janmen manda. Tu selman peya, an tu kava li kom un roch na poch di tu, an mo douva mira tu fasa li. —Sacó del delantal un cucurucho de papel y se lo metió en la mano. Pralinés, de los baratos, hechos con jarabe de caña y sin mantequilla. Los que hacía su madre—. De timoun ye. Pa manja toti swar sa.

Él se comió dos en el escalón después de que ella se fue y guardó el resto en el bolsillo de la camisa con la nota verde.

* * *

Del relato de Marcel De La Rosa; el de Nox, que es más corto en unas nueve décimas partes; el comprobante de salvamento de la puerta del Diezmo por un tablón de plataforma, rajado, que Marcel pagó y conservó.

Nox había dormido cuatro noches en el piso de su antiguo cuarto en lo alto de la casa, sobre una cobija, junto al segundo banco de trabajo de Marcel, que estaba hecho con la vieja litera de Nox, y la quinta mañana Marcel lo despertó antes del amanecer y le dijo: «Leva. Nu ap nika a potay.»

La puerta del Diezmo en el frente norte de la plataforma nueva vendía lo que la plataforma desechaba. La plataforma se iba construyendo hacia fuera sobre las manzanas del norte del Distrito 7 a un metro por día, y las cuadrillas de pilotes y los instaladores gastaban madera y compuesto y cable como una cocina gasta cebollas, y cada mañana a las seis los recortes y los descartes bajaban por el tobogán al patio detrás de la puerta, y el Lodo hacía fila por ellos. Un empleado del Diezmo se sentaba en una mesa plegable con un talonario de comprobantes y un lector y cobraba por kilo. Las piezas buenas se iban en los primeros diez minutos.

Eran los cuartos en la fila. Marcel había querido que fueran los primeros. Nox había tardado mucho en la escalera, y Marcel, al verlo bajar, había entendido que iba escuchando la casa mientras bajaba, rellano por rellano, como hacía el propio Marcel en las malas noches, y no lo había apurado.

El tobogán soltó la carga a las seis con un ruido como de un montón de ladrillos. Todos se movieron. Marcel se metió en la pila como se metía en una máquina, rápido y sin decidir, volteando piezas con el pie y leyendo la veta, y en menos de un minuto tenía la mano sobre un tablón de madera amarillo pálido de cuatro metros de largo y cuatro dedos de grueso, calidad de plataforma, con una rajadura que bajaba un tercio del largo desde un extremo. Otra mano estaba también sobre él. Era de una mujer grande de los patios de Rampart, que

miró la mano de Marcel, y luego más allá, a Nox, de pie detrás de él con la chaqueta gris de bolsillos cosidos, y retiró la mano.

—Tu pa douva fasa sa —le dijo Nox, queriendo decir que no tenía por qué cederlo.

—Mo sava —dijo la mujer, y tomó una pieza más pequeña, y se fue.

Marcel no miró a Nox. Levantó su extremo del tablón.

Costó once fichas en la mesa plegable, que era mucho para un tablón rajado, y Marcel lo pagó con su propia tarjeta, del dinero de las cuadrillas de reparación, y le pidió el comprobante al empleado, y lo dobló en el bolsillo de la camisa. Llevaron el tablón a casa entre los dos por las pasarelas de la calle Palmer, Marcel adelante porque sabía dónde bajaban las pasarelas, Nox atrás, un hombre en cada extremo de cuatro metros de madera amarilla, entre el tráfico temprano del mercado y las lavanderas y una bandada de niños que iban a la escuela de Santa Brígida, que corrían por debajo y alrededor, y uno se colgó de él hasta que Nox lo levantó más alto.

—Poukisa sa? —dijo Nox—. Li fann.

—La fant e na bout. Mo gon koupá la bout. La resta e tres metro di madera dek de anlè larivyè. —En cincuenta años nadie en el Lodo tuvo madera como esa en una cama. Marcel cambió de agarre—. Le bati planche di Canopy su li, anba konpozit. Bon madera nika anba, ra nulan viza li. Tu sipoze dormi su li. —El Dosel colocaba la madera buena debajo de su compuesto, donde quedaba oculta. Esta pieza era para que Nox durmiera encima.

Nox no respondió a eso.

Hicieron la cama ese día en el último piso, con la ventana abierta, y el calor subía por la casa hasta el cuarto, y el golpe con él. Marcel cortó el extremo rajado con el serrucho de trozar y aserró el resto al hilo en largueros y tablillas sobre dos caballetes, y Nox sostuvo el extremo lejano de cada corte sin que se lo pidieran, y cuando la sierra se trababa en la veta aflojaba la presión sin que se lo dijeran, y Marcel lo notó. Notaba todo en la manera de trabajar de Nox. Cómo Nox nunca se ponía donde la sierra pudiera dar un tirón. Cómo sujetaba cada pieza quieta como si fuera a intentar escaparse. Cómo sus manos, que eran grandes y tenían cicatrices en los nudillos, trataban la madera con más delicadeza que las del propio Marcel.

A media tarde pararon y comieron frijoles fríos y un pastelito al vapor cada uno en el piso, con la espalda contra la pared, las camisas empapadas de sudor, aserrín en el pelo.

—Mo te defèt kabann di tu —dijo Marcel—. Po ban.

—Mo te viza.

—Mo te havi katorse ane. Tu te pati depi seis ane. Mo pa te pensa. —Miró el banco al otro lado del cuarto, los postes de la vieja litera convertidos en sus patas, los largueros en su armazón—. Yvonne pa te pava anyen. Li te kita mo fasa li. Mo pensa ki li te pensa ki sa te lè.

—Sa te lè. —Nox le dio vueltas al pastelito entre los dedos—. Sa e un bon ban.

—Sa e pi bon ban na katye.

—Ko sa te bon bagay po fasa ave li.

Se quedaron sentados. Abajo en el callejón alguien afilaba cuchillos en una rueda de pedal, y el sonido subía por la ventana en largos raspones dulces, y debajo de él el golpe, y debajo de eso, si Marcel se quedaba quieto, su propio corazón, que no contaba.

—Tu te leva mo po viza la pelikan ye —dijo Marcel—. Su techo. Mo te havi kuarto ane.

—Tu sonja sa?

—Sa e prim bagay ra mo sonja. Avan toti bagay. —Nunca se lo había contado a nadie. No sabía por qué lo contaba ahora, a este hombre grande y callado con aserrín en el pelo que se fue cuando Marcel tenía ocho años y no le escribió ni una vez—. Seis. Na liy. Tu te pava ki le ap nika a Golf po marya. —Seis en fila, y Nox le dijo que volaban al Golfo para casarse.

Nox se quedó callado un largo rato.

—Mo te viza le de bato —dijo por fin—. Na desant. Seis na liy. Anlè marekaj. —Los había visto desde el barco, en el viaje de bajada: seis en fila, sobre el pantano.

Marcel esperó, pero no hubo más, y al rato se levantó y volvió a los caballetes, y Nox se levantó y tomó el extremo lejano del siguiente corte.

La ensamblaron con clavijas, sin clavos, como Kwame le había enseñado a Marcel, taladrando e hincando espigas de madera dura para que el armazón se pudiera desarmar a golpes y bajar cuatro tramos de escalera si alguna vez hacía falta. Las tablillas iban de lado a lado sobre un listón. Yvonne subió al anochecer con un colchón del almacén de la clínica, relleno de musgo español y cáscaras de caña, demasiado delgado, lo mejor que tenía la casa, y se quedó en la puerta mirando la cama, tres metros de abeto pálido de río arriba en un cuarto hecho de ladrillo que se había levantado tres veces, y a los dos, mugrientos, uno a cada lado.

—Li tro lon —dijo ella, refiriéndose a la cama.

—Li tro lon —dijo Marcel, refiriéndose a Nox.

Ella puso el colchón sobre las tablillas y lo alisó, una vez, con su mano llena de cicatrices, y volvió a bajar.

Nox durmió en ella esa noche. Marcel se quedó despierto en su propio cuarto al otro lado del rellano de arriba, con las dos puertas abiertas, y lo escuchó dormir, lo cual tardó mucho en ocurrir; y cuando ocurrió, la respiración cambió y se volvió lenta y honda y pareja, la respiración de un hombre acostado sobre algo que se movía. La subida y el asiento. La subida y el asiento. El golpe subía por las patas de la cama hasta el abeto, y el abeto lo cargaba, y Nox durmió encima hasta que Junie subió a las siete con achicoria a ver por qué nadie había bajado.



La tiza no se quedaba

Del aviso de la Junta sobre superficies públicas, pegado en el extremo del Común del Paseo del Luto, en Tremé Pulse, en el calor húmedo; los guardianes del Paseo lo dejaron estar, como dejan estar la lluvia.

JUNTA DE NEO NEW ORLEANS. SUPERFICIES PÚBLICAS. AVISO A LOS USUARIOS DEL PASEO DEL LUTO.

La Junta reconoce el Paseo del Luto como una costumbre apreciada y parte del patrimonio de la ciudad. Para mantener el Paseo limpio, digno y acogedor para los visitantes de todos los niveles, rige lo siguiente.

1. Se permite la tiza en las superficies públicas como expresión de recuerdo, sujeta a mantenimiento.
2. Las cuadrillas de mantenimiento lavarán el Paseo los martes. Los nombres lavados podrán escribirse otra vez con tiza el miércoles.
3. El nombre de una persona fallecida deberá corresponder a una entrada en el Registro de Difuntos. Los nombres sin entrada podrán lavarse cualquier día.
4. El muro conocido como los Llevados es el costado de un almacén privado y la Junta no lo mantiene. Los nombres escritos en él no constituyen denuncia de persona desaparecida, queja ni reclamación. Quienes deseen denunciar una desaparición deberán acudir a la oficina del distrito, que remite.
5. Los residentes con ingreso en la Continuidad no están desaparecidos. Sus familias pueden consultar en el Despacho de Continuidad, que responde.
6. La tiza deberá ser blanca. La tiza de colores se reserva para las fiestas.
7. Se pide a los visitantes de las plataformas que no pisen los nombres. Se pide a los residentes que escriban con tiza donde los visitantes no pisan.

Una ciudad limpia recuerda mejor.

La cuadrilla del martes llega al amanecer con un barril en una carretilla y dos escobas largas, y lava las puertas de los altares y las esquinas y las fachadas de las casas, y pasa con

el barril junto a los Llevados sin detenerse, porque no es suyo. Es el único muro del Paseo donde un nombre sobrevive a un martes. La gente se ha dado cuenta. Los Llevados están más llenos cada año.

* * *

Del relato de Hollis Lavergne; el de Tobie Salvant, que es el mismo con menos palabras.

La parcela elevada detrás de Santa Brígida se alzaba a la altura de un hombre por encima del callejón, un cuadrado de concha y arcilla apisonada sostenido por viejos muros de ladrillo, con la tumba de los Amigos de Sabine en un extremo y la de la Última Fila en el otro y dos panteones familiares más antiguos entre ellas, con los nombres borrados. A las once de la noche de la reunión del Salón Largo el portón estaba cerrado con llave y Hollis lo trepó, como a los quince años, y encontró a Tobie Salvant ya sentado en el escalón de la tumba con una lámpara de llama baja y un frasco de achicoria fría.

—Mo te pensa tu ve vena —dijo Tobie, y le hizo lugar.

La tumba era de ladrillo encalado, de tres nichos de alto y catorce de largo, cuarenta y dos ladrillos de cierre en cuadrícula, cada uno con un nombre en pintura blanca o en blanco. Por los respiraderos de arriba respiraba un aire tibio, porque el sol había dado en el ladrillo todo el día y el ladrillo lo devolvía toda la noche. Para eso servía. Un año y un día de calor húmedo en un nicho cerrado de ladrillo y no quedaba nada de una persona más que los huesos y aquello con lo que la habían enterrado. Tobie se lo había explicado a Hollis cuando era niño, sin suavizarlo, y Hollis se lo había agradecido desde entonces.

Se sentó. El golpe subía por la parcela y por el ladrillo viejo de la tumba, de modo que cuando apoyó la espalda en el muro junto al nicho de su madre sintió la bomba del Distrito 7 en la columna a través del ladrillo de ella, subida y asiento, lento y pesado, el ritmo al que ella había planchado durante cuarenta años, el ritmo al que lo había mecido.

Los murciélagos salieron del campanario de Santa Brígida en una larga hebra que se iba deshaciendo y pasaron sobre la parcela hacia el canal. Luego empezaron las luciérnagas, primero una en la hierba alta junto al muro y luego unas cuantas, y luego todo el extremo oscuro de la parcela junto a la tumba de la Última Fila estaba lleno de ellas, lentas luces verdes que subían y se apagaban y subían, más de las que él había visto nunca en un mismo lugar. Venían cada calor húmedo durante una semana más o menos, dijo Tobie, subiendo de la tierra blanda al pie de las tumbas. Él creía que era por la tibieza del ladrillo.

La pintura blanca de *Josette Marie Lavergne* se veía débilmente a la luz de la lámpara, y más allá las luciérnagas subían por encima del techo de la Última Fila por centenares, en silencio.

—Achille te jele li —dijo Hollis.

—Mo te audi.

—Li ve deme apre nueve —dijo Hollis, queriendo decir que ella seguiría en su nicho pasado el nueve, pasado su plazo de un año y un día, porque ahora no se trasladaría ningún cuerpo.

—Li ve deme tanka asosyasyon ye stopa goumen. —Tobie bebió achicoria—. Petet un semen. Petet toti sezon sek. Tu veli ki li deme? Hasta que las asociaciones dejaran de pelear,

quería decir, una semana o toda la temporada seca, y le preguntó a Hollis si quería que ella se quedara.

Hollis lo pensó con honestidad y dijo: «Mo veli koupa nom di li Kek kote. Un fua. Mo te koupa kuartrosien diesinueve nom di le.» Quería grabar su nombre, en algún lugar, una vez. Había grabado cuatrocientos diecinueve nombres para el Dosel, y ni uno para ella.

Tobie no le habló del punto seis del aviso verde. Había trasladado a los muertos de los Amigos durante treinta años y sabía lo que decía el aviso y para qué servía. Solo le puso el frasco en la mano a Hollis, y se quedaron sentados en el escalón con la tumba tibia a la espalda y la bomba subiendo a través de ella, y miraron las luciérnagas hasta que la lámpara se fue apagando.

* * *

Del testimonio de Yvonne Celestin, que es breve; el de Nox, que es más breve aún; la tiza del Paseo del Luto tal como estaba esa tarde.

La tiza no se quedaba. Yvonne llevaba cuarenta años sabiéndolo y eso no la había detenido nunca, ni una sola vez.

Bajó al Paseo del Luto en Tremé Pulse ya avanzado el octavo día de la escasez de aceite, en la hora que siguió a un chubasco ralo de la tarde que había durado diez minutos y no había llenado el barril de nadie. Mirette había llegado antes que ella, como casi todas las tardes, con una lata de agua de lluvia para las plantas que cuidaba en los altares, y Odren estaba sentado en el muro del Común con una red sobre las rodillas, remendando, y los dos dijeron el nombre de ella, y ella dijo los de ellos, y esa fue toda su conversación. Las piedras seguían oscuras y humeantes y las cunetas a lo largo del recorrido corrían un poco pardas. El calor volvió a subir del pavimento en cuanto paró la lluvia. El vestido se le pegaba entre los omóplatos. Llevaba una lata de tizas en el bolsillo del delantal, las buenas barras gruesas que el papelerero del Común cortaba de piedra caliza de verdad, y un trapo, y una botellita de agua que no pensaba usar para lavar.

El Paseo iba desde el Común y bajaba por Tremé Pulse siguiendo el viejo recorrido, pasando altares empotrados en muros y portales y en las bases de los postes de luz: un nicho con un santo, una tabla pintada, un estante clavado bajo una ventana con frascos de flores de plástico y una fotografía azulada por el sol. Las familias escribían a sus muertos con tiza en las piedras junto a los altares, y la lluvia se llevaba los nombres casi todas las tardes en el calor húmedo, y las familias volvían y los escribían otra vez.

Yvonne se detuvo primero en la esquina de la sastrería, donde iba el nombre de su madre. La lluvia había dejado un fantasma del nombre, una mancha pálida de la C. Se arrodilló, cosa que sus rodillas le hicieron notar, y escribió *Aimée Celestin* con la letra erguida que había aprendido en la escuela parroquial. Una mujer pasó con una canasta de quimbombó y la saludó con la cabeza.

Nox había venido con ella. Ella no se lo había pedido y no le había dicho que no. Caminaba dos pasos detrás de ella, del lado de afuera de la acera, como camina un soldado, y cuando ella se arrodillaba él se quedaba de espaldas al muro con las manos sueltas, mirando la calle, y ella se lo agradecía y no se lo habría dicho. No se había quitado la chaqueta gris

desde que entró por la puerta de servicio cinco días atrás. Los bolsillos estaban cosidos con puntadas negras, pequeñas y apretadas, y tampoco le había preguntado por ellos.

—Tu pu kava la bouat —dijo ella, y se la tendió, y él la tomó sin una palabra y siguió caminando a su lado en vez de detrás.

Bajaron por el recorrido. Ella escribió los nombres que le tocaba escribir. Su maestra, la manbo que había cuidado el altar del Yunque antes que ella, cuyo nombre Yvonne escribió pequeño y no dijo en voz alta. La criatura de una vecina, del año de la fiebre, porque a la vecina ahora le temblaban demasiado las manos para sostener la tiza. Cada vez Nox le tendía la lata, y cada vez que ella le devolvía el cabo gastado él lo guardaba en la tapa en lugar de tirarlo. Ella lo notó.

Volvieron a subir hacia el Común, y en ese extremo el recorrido doblaba a lo largo de un muro largo y ciego que alguna vez había sido el costado de un almacén. La gente llamaba a ese tramo los Llevados, aunque ningún cartel lo dijera. Nadie ponía altares allí. Los nombres de ese muro se escribían sin fechas, porque las familias no sabían la segunda fecha, y muchos llevaban después una marca que significaba *preguntando*, un pequeño recuadro abierto. El muro era más viejo que los programas de Continuidad de la Vigilancia. Había habido otras maneras de ser llevado.

Se detuvo a mitad del muro, donde la letra escolar, redonda y cuidadosa, de una mujer había escrito *Néri* con un recuadro abierto después, fresco desde el chubasco. La tiza todavía brillaba. Quien lo hubiera escrito había salido mientras las piedras estaban mojadas.

—Néri —dijo Nox. Era lo primero que decía desde que salieron.

—Cistern Row. Se di li ap manda na kontwa di Teodor depi bokou ane. —Yvonne miró el cuadrado—. Li skriva li chak jou. Tu pu viza la vye ye anba li kan soley desanda. La mujer de la Hilera de la Cisterna llevaba años preguntando en el mostrador de Teodor en la oficina del distrito, le estaba diciendo, y escribía el nombre todos los días, y cuando bajaba el sol se podían ver los viejos debajo de los nuevos.

Él miró, y ella lo vio verlo: un espesor en la piedra donde la tiza había ido entrando en los poros jornada tras jornada y la lluvia nunca había acabado de sacarla del todo.

Sacó una barra nueva de la lata. Tenía la mano firme. Era consciente de que estaba firme y de que eso era algo que había dispuesto en sí misma durante la bajada, y de que disponerlo le había llevado casi toda la bajada.

Hacía once años, en las semanas después de que Étienne no volvió a casa, ella había escrito su nombre con tiza una vez. Lo había escrito en el lugar propio del Yunque en el recorrido, el portal del santo azul donde iban los muertos del hogar, porque el distrito decía que estaba muerto y la Vigilancia no decía nada y una familia tiene que poner un nombre en algún lugar. Marcel tenía ocho años. Se había agarrado a su falda y la había visto escribirlo. Semanas después vino la noche en el altar de la que el hogar no hablaba, y por la mañana ella había bajado aquí sola antes del alba y se había arrodillado ante el santo azul y había borrado el nombre de la piedra con su propia manga, y nunca más lo volvió a escribir. El distrito había pensado que se había vuelto loca de dolor. Ella lo había dejado pensarlo. Había sido más fácil que la otra explicación, que era suya y que no le había dado a nadie.

Ahora había una fila en un libro de cuentas del Dosel, y su nombre en ella, y aceite y lino y tubos cargados a su nombre cada semana. Margaux había puesto la página en la mesa

de la cocina del Yunque cinco noches antes e Yvonne la había leído de pie con la mano en el respaldo de la silla de Solène. Estaba vivo porque alguien pagaba sus sábanas. Era la frase más simple que había oído en once años y después no había podido comer.

Escribió *Étienne De La Rosa* en el muro de los Llevados, a un palmo de Néri. Después dibujó el recuadro abierto.

Luego se quedó. Nox estaba de pie a su lado sosteniendo la lata. Dos muchachas pasaron del brazo con buñuelos de sorgo en papel, discutiendo por un muchacho, y una de ellas vio lo que Yvonne había escrito y se quedó callada un paso. Más allá, junto al muro, un anciano estaba sentado en un banquito plegable con los pies planos sobre las piedras, a la manera de las tardes, sintiendo el distrito, con los ojos cerrados. El golpe subía por el pavimento lento y pesado, el ritmo del Distrito 7, el ritmo al que su madre la había llevado en el vientre. Ella lo sentía en las rodillas sobre la piedra mojada. No le pidió nada.

Lo que hizo allí le pertenecía. Había cuidado un altar durante treinta años y conocía la diferencia entre lo que hacía y lo que cualquier otro podía verla hacer, y lo segundo el distrito podía quedárselo. Al cabo de un rato le dolían tanto las rodillas que apoyó una mano en el muro y Nox le puso una mano bajo el codo, y entre los dos ella se levantó.

—Demen li ve fini —dijo Nox. Miraba la tiza.

—Ko mo gon vena baka.

Él lo pensó: «La otra. Se di Néri. Ke tu pensa ki li sava su la rejis? Ki le tena liy?» Hablaba de la mujer que escribió Néri, y de si ella sabía que tal vez hubiera una fila para él en un libro de cuentas como el de Margaux.

—Mo pensa ki li havi un fom —dijo Yvonne—. Teodor te pava mo. Le te senda li un fom. Teodor se lo había contado: a la mujer le habían mandado un formulario. Nadie le había enseñado un libro de cuentas.

Ella le tomó la lata y la guardó en el delantal. Los cabos sonaron en la tapa. De camino a casa él caminó a su lado y ninguno de los dos habló, y en la esquina de la Hilera Sabine él compró dos tazas de achicoria en el puesto con fichas sacadas de algún lado, ella no preguntó de dónde, y se las tomaron de pie mientras la tarde caía húmeda y anaranjada sobre los vientres grises del Dosel, y era buena achicoria, amarga y demasiado dulce, y ella se lo dijo.

* * *

Del testimonio de Yvonne Celestin, dado en la helada. Trata de una noche de unos veinte años antes, y lo dio con la condición de que nada en él se llamara por otro nombre que los que ella usó esa noche.

En la seca, unos veinte años antes, Étienne volvió a casa de una caja de relés del Distrito 9 pasada la medianoche con polvo de hierro en los puños y se sentó a la mesa de la cocina del Yunque sin quitarse el abrigo, y le pidió que mirara un vaso de agua.

Ella todavía estaba levantada. Tenía un parto por la mañana y estaba enrollando vendas. Él llenó un vaso en la jarra y lo puso sobre la madera desnuda entre los dos y le dijo que mirara la superficie. Ella miró. El golpe subía por la mesa como siempre, y el agua del vaso temblaba con él en anillos finos, el ritmo del Distrito 7, lento y pesado. Él le dijo que siguiera mirando. Dijo que si uno miraba lo suficiente, entre los anillos de la bomba había otra serie, más fina, más constante, que no venía de ninguna bomba de la ciudad. Dijo que los reparadores del hierro más viejo llevaban años registrándola. Dijo que era más constante que cualquier reloj que tuviera el Desagüe, y que nadie la había encendido, y que nadie podía apagarla, y que uno de los reparadores viejos le había dado un nombre de trabajo para poder anotarla en la bitácora.

Le dijo el nombre.

Ella dejó la venda. No era una palabra para una bitácora. Era un nombre que ella no decía a la ligera, un nombre que pertenecía al agua y a la que hace pareja con la serpiente, y un reparador de relés lo había escrito en un libro del Desagüe con un lápiz para poder encontrar su lugar en la página. Se lo dijo a Étienne en el kreyòl de las bodas y de los muertos, con mucha precisión, con cada verbo en su modo correcto.

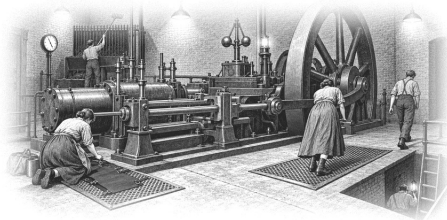
—Lo sé —dijo él, en el criollo de su madre—. Yo no le puse el nombre. Te digo cómo se llama en el libro. —Giró un poco el vaso sobre la madera—. Tú lo sabrías. Por eso vine a casa. ¿Es ella?

Recordaba que había estado muy enojada, y que el enojo la había asustado, porque venía de un lugar más viejo que sus peleas. Le dijo que ella no era un manómetro. Le dijo que él no le traía a su mesa un vaso de agua en mitad de la noche para pedirle que se lo leyera como un contador en la pared de una casa de bombas. Le dijo que lo que ella sabía en su práctica era suyo, y de los Iwa, y que no iba a una bitácora del Desagüe ni a un informe de relés ni a la cabeza de un hombre que quería una respuesta para poder dormir. Le dijo que algunas de las personas con quienes había aprendido ni siquiera discutían la pregunta, y que empezaba a entender por qué.

Él se quedó sentado mucho rato. Luego dijo que lo sentía, y que había querido que ella le dijera que no era nada, y que también había querido que le dijera que era algo, y que ahora veía que había querido las dos cosas de ella y que no tenía derecho a ninguna.

Esa noche durmió en el escalón de atrás con el abrigo encima, y por la mañana ya se había ido antes de que ella se levantara, y bajo el tazón blanco del estante alto había una nota con su letra de cartas, en un kreyòl que había mejorado y todavía no era bueno: *Tienes razón. No debí pedirte que fueras el manómetro. Iré a preguntarle al hierro. É.*

Nunca le dijo si había visto algo en el vaso. Tampoco se lo ha dicho al hogar, y el expediente no lo pregunta.



Almohadillas de pedal

Del cuaderno de taller de Janelle Mouton, la página del mensajero y la siguiente; el relato de Dru Mouton; el de Babette Mouton, que es casi todo sobre el himno.

Janelle Mouton llevaba seis días seguidos con la bota del mensajero en el banco, abierta del talón a la punta como un pescado, y todavía le encontraba cosas.

Desde su banco bajo el toldo verde veía el callejón, la olla de freír fría de los Hurley, el mostrador de la panadería donde la hermana Octavia fingía no vigilar la calle y, enfrente, la caja de relés en su caseta de ladrillo con la plantilla del Desagüe en la puerta de acero. El cuaderno de taller de su tía estaba abierto junto a su mano izquierda. La página de la bota del mensajero estaba llena y había empezado una segunda.

La bota era un trabajo hermoso y eso le daba rabia. Bajo la rodadura, donde una bota del Lodo tendría una entresuela de lo que se pudiera conseguir, esta tenía su laminado: una placa dura más fina que una uña, una capa de goma gris como miel cuajada, otra placa dura. Había dibujado la pila en corte la mañana en que la abrió, y desde entonces había rotulado cada banda según lo que hacía. *Dura. Goma que frena. Dura.* Al lado había escrito una pregunta que no sabía contestar: *¿Por qué dos duras?* Dru la contestó en su segunda visita, de pie junto al banco, comiéndose un pastelito al vapor con la cara resignada que llevaba toda la hilera esa semana.

—La mou travaya kan li prese ant dos rèd —dijo su hermano—. Moun panel noma li *capa restringida*. —Lo dijo en el inglés de la gente de los paneles. La sacudida intentaba doblar la pila, las láminas rígidas se deslizaban una sobre otra, y el centro blando frenaba y lo convertía en calor, un poquito de calor—. Sèl, la mou selman tranble. —Se lamió el pulgar—. Sa e toti la dek, Jannie. Panel konsa, luen luen.

Nadie la llamaba Jannie salvo Dru, y solo cuando se ponía en hermano mayor. Él surtía tornillería y material recortado a los talleres de montaje de las plataformas, lo que quería decir que casi todos los días subía las escaleras de servicio con una mochila y un pase colgado de un cordón. Ese día le había traído recortes en un saco de harina: tiras grises y desaparejas de la capa intermedia viscoelástica, recortadas de los bordes de los paneles en un taller de compuestos de la plataforma nueva sobre las manzanas del norte, destinadas a una cápsula de desechos hasta que él se las pidió al capataz.

—Li te veli sava po wani —dijo Dru.

—Tu te pava li wani?

—Ki se di mo fasa semel andedan po vye fanm. —Dejó el saco en el banco—. Li te pava ki mama di li neda kek. —El capataz le había preguntado para qué eran los recortes, Dru le había dicho que para unas plantillas para una anciana, y el capataz le había dicho que su propia madre necesitaba un par.

Janelle se rio y luego vio que lo decía en serio, y escribió *madre del capataz, ¿talla?* en el margen del cuaderno de taller, porque lo prometido es deuda.

Las tiras grises eran irregulares, del ancho de un dedo al de una mano, y el calor del cuarto las hacía colgar por el borde del banco como lenguas. Había probado una tira por la mañana y otra vez a la hora de más calor, y a esa hora estaba más blanda y servía menos. Lo anotó: *Lo blando se ablanda más con el calor. Funciona mejor en frío*. Metió el resto del saco en una vasija de barro y bajó la vasija con una cuerda a la cisterna de lluvia bajo el escalón de atrás, donde el agua era lo más fresco de la Hilera Sabine.

Todo lo demás lo había juntado ella misma: caucho de neumático de un depósito de chatarra de Bywater Stack, contrapiso de corcho de un piso del Dosel que había bajado por la Línea del Diezmo como desecho, y tapajuntas fino de techo del viejo Faustin, dos puertas más abajo, a una ficha el cuadrado. Las láminas rígidas de la bota del mensajero eran de material compuesto. Ella tenía tapajuntas.

Su primera almohadilla tenía la capa blanda pegada a una sola lámina, un temblequeo en un palo. La siguiente la hizo bien, dura, blanda y dura en un sándwich pegado de borde a borde con un pegamento de contacto que le hacía llorar los ojos, corcho debajo, caucho de neumático para la rodadura, y cuando el nieto de la hermana Octavia golpeó con un mazo el reposapiés de hierro del banco bajo su pie, ella sintió un empujón sordo y nada de la resonancia. Cruzó el callejón, compró una tarta de batata que no podía pagar y se comió la mitad en su escalón.

Babette la encontró en el banco el sexto día, cortando las últimas almohadillas de pedal. Babette entró sin llamar porque Babette nunca había llamado a ninguna puerta de un Mouton, y se sentó en el taburete de los clientes con un cucurucho de papel lleno de maní hervido, y la miró recortar corcho un minuto antes de empezar.

—Pava mo ki vu pa ap chanta sa dimanch.

—Nu ap chanta li dimanch.

—Li desanda an desanda an li janmen monta. Mo te sida pandan li dos fua mèkredi, an mo toujou tris.

—Sa e un kantik Karèm —dijo Janelle—. Li sipoze desanda.

—Li sipoze desanda, ko kekchoz sipoze pasa. Sa e po sa kantik egziste. —Había ido a la iglesia de Janelle más domingos que Janelle a su casa, y sabía para qué eran los himnos. Babette partió un maní—. Chef kor di tu te chouazi li paske li pa havi pesa anlè, an li pa pu audi sopran ye.

Era cierto, y toda la cuerda de contraltos lo sabía. Janelle siguió cortando corcho: «Li havi un bon liy bas.»

—Theo kava li. Theo sere pu kava un avi rasyon.

—Tu te vena a repetisyon po audi Theo.

—Mo te vena po audi tu. Tu te fo su tresim koupè.

—Tresim kouplè desanda. Li te desanda li un mach po tenor ye pu riva. —Janelle dejó el cuchillo—. Mo pa gon kanpa da an kita tu kritike kor di mo paske tu pa amu un ton.

—Tu pa amu la ton.

—Sa e kor di mo —dijo Janelle, y Babette se rio de ella, y ella se rio también, y se pasaron un cuarto de hora con el gusto del director del ensayo desde tres Navidades atrás. Ninguna de las dos mencionó lo que pasaba en casa de Babette las noches en que Babette oficiaba, ni lo que Janelle pensaba de eso, ni lo que Babette pensaba de los santos de Santa Brígida. Las dos habían decidido hacía mucho, sin hablarlo, que esas conversaciones eran para otra clase de día. Este era un día de maní.

—Sa ye e wani? —preguntó Babette por fin, señalando el banco con la cabeza. Allí había cuatro almohadillas, cortadas a la medida de las dos rejillas de pedal de la casa de bombas de la Hilera Sabine, con ranuras para correas en las esquinas. Al lado, una pila de plantillas delgadas, de dos capas, corcho y goma.

—Po ekip di Delphine.

—Delphine te manda tu?

—Le doka ekip di Delphine tres nuit su sinko —dijo Janelle—. Biwo pava *desidia*. Le pa pu dormi. —La oficina le había descontado a la cuadrilla de Delphine tres noches de cada cinco por desidia en el golpe, y ninguno podía dormir. Salían del turno y se echaban en sus esteras y sentían la bomba en los dientes hasta el turno siguiente, y ella les ponía suelas nuevas a sus zapatos de bombeo cada dos semanas porque se partían, y cada vez le tocaba oír hablar de eso una hora. Tomó una de las almohadillas—. Delphine pa te manda. Mo ap ofra.

Babette tomó la almohadilla y apretó con el pulgar el borde donde se veía el gris, y luego miró un buen rato la bota destripada junto a la lupa.

—Sa te e di un kourye Canopy.

—Dies jou san peya, la ban tena li. Li ekri su kat kontwa. Sa e loua di Sabine Row depi avan nu dos. —Lo que quedaba diez días sin pagar pasaba a ser del banco; lo decía la tarjeta del mostrador, y era la ley de la Hilera Sabine desde antes de que cualquiera de las dos naciera.

—Le pa ve viza li konsa.

—Li pu vena peya po li —dijo Janelle—. Nueve tokèn, li ekri su tikè.

Babette le devolvió la almohadilla y se levantó y se sacudió las cáscaras de maní del regazo a la palma, y de ahí a la cuneta, donde el golpe hacía temblar el agua parda en anillos pequeños.

—Pota kek po kor —dijo Babette—. Po Theo. Pie di li move.

* * *

Del cuaderno de taller de Janelle Mouton, la página de la casa de Sabine, primera noche; el relato de Delphine Aubry; el de Yusuf Landry, que añade el colchón.

La casa de bombas de la Hilera Sabine estaba en el extremo de la hilera que daba al Lago, de ladrillo, con techo de chapa ondulada y un respiradero de lamas que exhalaba calor y grasa caliente. Se sentía en el pecho antes de llegar a la puerta.

Janelle fue al cambio de turno, a las diez de la noche, con las almohadillas de pedal en una bolsa de lona al hombro, las plantillas en un saco de harina y, en la otra mano, un balde de agua de la cisterna con el par de repuesto hundido debajo de una piedra plana. Adentro, las cuadrillas se pasaban el relevo bajo el ruido de la máquina, con las manos, en el registro por señas que las salas de bombas habían inventado y pasado al Lodo. Janelle sabía lo suficiente para seguirlo. *Manómetro bajo otra vez. Rejilla limpia a las nueve. Cojinete tibio, ojo.* Quien dirigía el turno de la tarde le hizo esa última seña dos veces a Fabien Mercier, que asintió y bajó por la escalerilla al foso del cojinete con su lámpara.

La máquina ocupaba el centro del suelo: dos cilindros, la manivela, la cruceta deslizándose en sus guías, el volante pasando por arriba, más alto que un hombre. Junto al motor estaba el regulador del Desagüe con su lámpara ámbar parpadeando al compás de la red. A cada lado del mecanismo de válvulas había un pedal, una rejilla de hierro con un dibujo de rombos en relieve, gastada hasta brillar donde cuarenta pisadas por minuto la habían pulido durante doscientos años. Delphine tenía el izquierdo. Hortense Picou tenía el derecho.

Delphine la vio y le hizo la seña de *¿qué?* por encima del foso, luego se bajó y dejó que Yusuf tomara el pedal izquierdo en la bajada, limpio, y dio la vuelta secándose las manos. Llevaba bajo el brazo la canasta de Lisette de la noche anterior, vacía, para llevarla a casa al amanecer.

Janelle sacó una almohadilla y la levantó. Tres capas, tapajuntas, goma y tapajuntas, pegadas de borde a borde sobre una rodadura de neumático de carreta, cortada a la medida de la rejilla del pedal, con ranuras para correas en las esquinas. Delphine la tomó e hizo lo mismo que Babette, apretó el borde, y luego la golpeó contra el bastidor de hierro. El bastidor sonó bajo sus nudillos. La almohadilla no.

Delphine dijo algo que Janelle no entendió con el ruido de la máquina. Janelle se acercó.

—Mo te pava, sa e po wani —le dijo Delphine al oído, en Kanal, con las palabras despacio para que llegaran.

—Li pa pran la prese. Tu ve toujou konta li. Li pran la zonzon, pesa fen, pesa ra antra na dan di tu. —Janelle giró la almohadilla para que Delphine viera el borde—. Sa e bagay ra kourye dek ye porta, ap macha su grij. Konsa ti nonm so te traversa planche di mo, an mo janmen santi li.

—La zonzon pava mo kan valv gon frapa. Mo santi li ap vena un kou avan. Tu meta sa anba mo, mo perdi un kou. —Delphine conocía por el zumbido cuándo una válvula estaba por golpear; lo notaba un golpe antes, y una almohadilla debajo le quitaría ese golpe.

—Fabien leza woulman ave do men di li. Hortense audi un valv de eskalye. An tu havi la chan. —Janelle vaciló—. Mo te lasa un riban toutouni na talon. Tu pu balance deye su li kan tu veli li. Oswa no, an tu kroua la chan. —Había dejado el talón al descubierto, para

que Delphine pudiera echarse hacia atrás y sentir la máquina cuando quisiera, o quedarse adelante y confiar en la canción.

Delphine miró la almohadilla, y luego a su cuadrilla, que ahora miraba: Hortense en el pedal derecho con el peso echado sobre los talones, como sus suelas decían que se paraba, Yusuf en el izquierdo, Gil en la rejilla con el rastrillo en el aire. La lámpara de Fabien subió del foso y él miró a las dos mujeres e hizo la seña de *¿qué?* igual que Delphine, y Delphine no le contestó.

El volante dio la vuelta. El golpe subió por el concreto hasta las espinillas de Janelle, pesado y lento, y ella pensó en la noche en que Nessa había puesto una mano plana sobre el banco y había dicho *tu distrito es tan lento que podría dormirme entre un golpe y otro*, y Janelle había dicho *te duermes*, y Nessa se había reído sin mover la mano. La llave de latón de Nessa colgaba del cordón en el cuello de Janelle, junto a la suya.

—Si biwo doka nu ankora, sa e tokèn di ekip di mo —dijo Delphine—. Pa di tu. —Si la oficina les descontaba otra vez, lo pagaban las fichas de su cuadrilla, no las de Janelle.

—Mo sava.

—Si le doka nu pi mal paske nu pi lan su zoreye.

—Ko randa le, an mo gon koupale po gaskèt dora. Le e bon gaskèt. —Janelle le tendió el saco de harina—. La semel andedan e po jou. Po dormi. Dos kouch. Tu pa douva porta le da. —Levantó el balde—. An la gonm vin mou na chale. Mo pa sava konbe tan un pad dire su pedal na kay sa. Ko gen un par frèt ladan. Chanja le a mita. Meta sa ye ra cho na dlo.

Delphine miró el balde, y la miró a ella. Luego se rio, un sonido corto bajo la máquina, y puso la canasta en el estante del bastidor, y le hizo señas a la cuadrilla, grandes y lentas para que la rejilla las viera: *Prueben. Un lado a la vez. Que no pare.*

Los pedales no podían pararse los dos. Hortense cargó todo su peso en el derecho en la bajada mientras Yusuf se bajaba del izquierdo, y durante cuatro golpes ella sola movió el mecanismo, con la cara firme, y Janelle se arrodilló en la rejilla caliente con el golpe retumbándole en las rodillas y amarró la almohadilla al pedal izquierdo, las hebillas bien apretadas sobre los rombos, y se apartó a gatas. Yusuf se subió y pisó. La cara le hizo algo complicado. Volvió a pisar, e hizo una seña con una mano, *Blando. Raro*. Luego, al compás siguiente, *Como un colchón*. Se rio y perdió el compás por medio tiempo, y Delphine le hizo la seña de *ESCUCHA* con las dos manos, y él lo encontró.

Luego el derecho. Hortense estuvo sobre la almohadilla nueva más tiempo que nadie antes de hacer ninguna seña. Pisó, y se echó hacia atrás sobre la franja desnuda del talón, y hacia adelante sobre la almohadilla, y atrás, y adelante, y a la luz amarilla de trabajo su cara era la de una mujer que se mete despacio en el agua de la bañera.

A la hora en punto Delphine le tomó el izquierdo a Yusuf. Se paró en la almohadilla con los brazos cruzados y pisó tres golpes sin cantar. Al cuarto empezó, entre dientes, la canción del Distrito 7, Sabine y Cisterna y Palmer y Toulouse, la subida larga hacia arriba y el asiento hacia abajo. Janelle no podía oír la letra con el ruido de la máquina. Veía la boca de Delphine, y veía que la cuadrilla la oía, la cabeza de Hortense que se levantaba y luego la de Yusuf en la rejilla, el rastrillo de Gil que encontraba el ritmo, mientras tomaban el compás de su voz en vez de tomarlo de sus suelas, hasta que las pisadas en los dos pedales bajaron juntas y las dos mujeres se movían como gente que rema.

El manómetro de la pared marcaba lo que siempre marcaba, un pelo por debajo de la línea. La lámpara ámbar del regulador seguía parpadeando.

Janelle se quedó hasta la media. Se sentó en un cajón volcado junto al armario de herramientas con el cuaderno de taller en la rodilla y dibujó las almohadillas ya puestas, y anotó la hora, y escribió *calor* y lo subrayó, y escribió *Hortense se echa atrás sobre la franja del talón cuando quiere escuchar*. A la media se arrodilló otra vez y cambió las almohadillas tibias por las frescas del balde, y tocó la goma tibia con el pulgar, y se había puesto blanda como mantequilla que se deja afuera, y también lo anotó. Después Delphine se acercó y miró la página al revés.

—Tu skriva toti bagay —dijo Delphine.

—Grosè. Izaj. Wini te fann wani, wena. Si mo pa te skriva li, mo sere resemela vu toti su move kote. —Janelle cerró el cuaderno—. Pava mo demen matin. Pava mo si le e labouyi.

—Mo ve pava tu —dijo Delphine, y volvió al pedal izquierdo, y se paró en la almohadilla, y pisó, y cantó.

Janelle volvió a casa por la hilera oscura con el golpe en las piernas y el balde vacío golpeándole la rodilla. La olla de los Hurley seguía fría. La luz de la hermana Octavia estaba apagada. Frente a su toldo, al otro lado del callejón, la caja de relés seguía en su caseta de ladrillo con su puerta de acero y su plantilla, zumbando como siempre zumbaba. Bajó otra vez la vasija a la cisterna con su cuerda y la sintió tocar el fondo, y se fue a la cama sin comer, y durmió mal, y no le importó.

* * *

Del relato de Junie; el de Lena, que tiene dos frases; el cuaderno azul de ejercicios guardado bajo el alimento de las gallinas, con la página titulada MURO, que Junie entregó al archivo después de la belada.

La noche en que la cuadrilla de Delphine se paró por primera vez en las almohadillas de Janelle Mouton, Junie corrió el muro.

Junie llevaba once días con la intención de hacerlo, y no lo había hecho, porque el muro era la ruta más larga del tablero de la Espina y la única que terminaba en un lugar prohibido para una criatura, y porque correrla significaba estar fuera después de que se encendieran los circuitos de las lámparas, y eso significaba que notaran su ausencia. Esta noche la casa estaba ocupada. Nox había acompañado a Yvonne a un velorio en el callejón Rampart, porque a las rodillas de Yvonne no les gustaba el tablón de Rampart a oscuras; Solène estaba en la sala de la Espina con los jefes de sección y la puerta cerrada; Marcel estaba en el sótano con Nel y un resorte de reloj. Colette debía estar cuidando a Junie y estaba dormida en el banco de la cocina con un libro en la cara. Nadie contaría a Junie hasta la hora de los platos, y los platos le tocaban a Junie.

Junie salió por el patio de atrás, por encima de los barriles de lluvia y de la tapia, al patio de la tienda de redes, que era el camino que tomaban los corredores cuando no querían que los vieran desde la ventana de la sala de la Espina, y empezó a contar en la esquina de la calle Palmer.

Cuarenta alzas por minuto, si el golpe iba bien. No iba del todo bien, y Junie había aprendido a compensarlo: el Distrito 7 iba un poco lento con el calor y más lento cuando la válvula de Sabine fallaba, y por eso la cuenta en el cuaderno era en alzas y no en minutos, porque las alzas eran lo que sentían los pies y los minutos solo eran lo que decía un reloj. De Palmer a Mercy, por los pasos elevados, ciento diez. De Mercy a la lavandería, cruzando el tablón de Rampart, noventa. El pasaje trasero de la lavandería, oscuro y humeante y con olor a lejía, donde los tambores estaban cerrados por la noche y la ropa tendida colgaba en filas como fantasmas en una obra de teatro, sesenta. Junie lo corrió con una mano extendida, tocando la ropa, y salió por el otro extremo a la Hilera de la Cisterna.

La Hilera de la Cisterna era distinta. Las casas eran casas flotantes, casi todas, cajas bajas de madera sobre pontones sujetos entre postes guía, y al anochecer toda la hilera crujía y chasqueaba como un bote amarrado, y los pasos entre ellas eran tablones sobre flotadores que se hundían bajo los pies. El golpe subía distinto aquí. Subía por el agua, por los pontones, más suave y más ancho, de modo que se sentía en el estómago y no en los talones. Junie tuvo que parar y contarlo otra vez. La familia de Pip vivía en esta hilera, cerca del final, en una casa con techo alquitranado, y había una luz encendida, y alguien cantaba adentro, y Junie no se detuvo.

Al final de la Hilera de la Cisterna el muro se alzaba del agua como el costado de un barco.

Era el muro de anillo, el lado del Lago del cuenco, lo que mantenía el Lago fuera del Lodo, y en este tramo era ladrillo viejo revestido de piedra más vieja y parchado con concreto, de doce metros de alto, con un adarve a lo largo de la cima y escaleras de hierro en la cara interior cada cincuenta metros. El Codo de la Viuda era donde se doblaba. Junie lo había visto mil veces desde el techo del Yunque: el quiebre en la larga línea del muro, y las lámparas encima de noche. De cerca era enorme, y estaba mojado. La cara interior sudaba. Manchas oscuras de humedad resaltaban en el ladrillo, y en algunos sitios el agua bajaba en hilos finos, brillando a la luz de las lámparas, y al pie del muro corría una cuneta llena de ella, que se iba hacia las bombas.

Junie puso una mano plana sobre el ladrillo. Estaba frío. En el calor húmedo, con todo tibio al tacto, el muro estaba frío, porque el Lago estaba del otro lado.

—Onse sien kuarenta —dijo Junie en voz alta, y lo anotó en el cuaderno a la luz de la lámpara de la escalera. *Muro, por el callejón, 1140. Por la lavandería, 940.* Luego, porque el cuaderno era un cuaderno verdadero, *Golpe lento. Compensado.*

—Kalkile po wani? —dijo alguien desde arriba.

Lena estaba en el adarve, en lo alto de la escalera, con las piernas colgando por el borde, una lámpara al lado y el cordel de filtraciones enrollado en el regazo, mirando hacia abajo.

Junie no corrió. Junie había pensado qué hacer en caso de captura, y había decidido que salir corriendo sería lo peor, porque los corredores no salían corriendo ante su General, así que Junie se quedó al pie de la escalera con el cuaderno y el lápiz y miró hacia arriba.

—Po la kou —dijo Junie—. Li lan swar sa. Ko la kont wo. Mo skriba li an leve. —Compensado por el golpe, que iba lento, así que la cuenta salía alta; el cuaderno se llevaba en alzas.

Lena miró a Junie un largo rato. Luego Lena le hizo una seña para que subiera, y Junie trepó por la escalera, los doce metros enteros, con los peldaños de hierro resbalosos por el sudor del muro, y no miró hacia abajo, y salió al adarve, al viento.

Lo importante era el viento. Abajo en el Lodo no había aire; aquí arriba venía directo del Lago, tibio y húmedo y con olor a algas y a pescado y a agua abierta, y empujaba la camisa y el pelo de Junie, y todo el Lago se extendía del otro lado del muro, oscuro y enorme y en movimiento, hasta donde se juntaba con el cielo. Los esquifes de la Zona Hundida habían salido con sus lucecitas. A lo lejos, un sábalo se dio la vuelta, un destello plateado y un ruido como de puerta que se cierra.

Prosper Maraist estaba veinte metros más allá en el adarve con la mano plana sobre las piedras del parapeto, escuchando el muro. Los gemelos Savoie estaban más lejos. Ninguno se dio la vuelta.

—Solène sava? —dijo Lena, para preguntar si Solène lo sabía.

—No.

—Li ve sava kan mo pava li.

—Ke tu gon pava li?

Junie preguntaba si Lena se lo iba a contar. Lena lo pensó: «Dava mo la liv.»

Junie se lo entregó. Lena lo acercó a la lámpara y pasó las páginas, despacio: MURO, y antes MERCY, ACHICORIA, TOULOUSE, DÁRSENA, SABINE, las rutas con la letra de Junie, las alzas, las compensaciones, las notas. *Pasaje de la lavandería cerrado los domingos. Tablón sobre la alcantarilla de Palmer suelto por la izquierda, pisar a la derecha. El perro de los bornos de Rampart muere. Golpe lento cuando falla la válvula de Sabine (Marcel).* Lena lo leyó todo, y luego volvió a leer la página del MURO, y cerró el cuaderno.

—Konbe ane tu havi?

—Onse a la fin di sezon sek.

—Li te pava dose.

—Mo sava la bagay ra li te pava.

Lena le devolvió el cuaderno: «Ko men sa mo gon fasa. Mo pa gon pava li swar sa. Mo gon pava li la jou ra tu havi dose ane.» Esta noche no; el día en que Junie cumpliera doce, Lena le diría a Solène que entre los corredores había alguien que ya se sabía el muro y llevaba el cuaderno en alzas, y que Lena quería a esa persona en la ruta del muro. Lena recogió el cordel de filtraciones: «Tanka lè sa, tu pa monta nechèl. Tu vena a pie nechèl, tu konta, an tu nika a kay. Si miray ap swe a dosim ranje, tu mira, an tu pava Solène a dejene ki tu te audi li de Pip. Tu konpran?»

—Mo konpran.

—Pava li ankora.

—Pie nechèl. Konta. Kay. Dosim ranje, pava Solène, pava Pip. —El pie de la escalera, la cuenta, a casa, y nada de subir hasta los doce. Si el muro sudaba en la segunda hilada de ladrillo, mirar, y decírselo a Solène en el desayuno, y decir que el aviso venía de Pip.

—Bon. —Lena miró hacia el Lago—. Desanda. Nika a kay via lari, pa via lesiv. Li nuar ladan.

Junie bajó. Los peldaños eran peores de bajada. Abajo, Junie se quedó con las dos manos sobre el ladrillo frío y sintió el muro, y bajo el muro el golpe, y el corazón latiendo muy rápido.

Volver a casa por el callejón hizo pasar a Junie frente a la casa de bombas de la Hilera Sabine poco después de las diez, y el respiradero de lamas exhalaba calor y grasa, y las puertas estaban abiertas, y adentro, a la luz de las lámparas, la cuadrilla de Delphine Aubry estaba en la sala con la máquina, los pedales subiendo y bajando, y se reían. Junie se detuvo en la puerta. En los pedales, bajo sus pies, había almohadillas negras nuevas, gruesas, cortadas de algo como caucho de neumático con una capa pálida en medio, y Hortense Picou estaba parada en el pedal derecho con todo el peso sobre su talón malo, y se reía de eso.

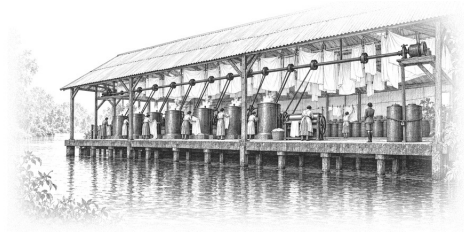
—Timoun di Anvil —dijo Delphine al ver a Junie—. Nika a kay. Li tard.

—Sa ye e wani?

—Di Janelle —dijo Hortense—. Nu ap macha su un nuaj.

Junie lo anotó en el cuaderno de camino a casa, bajo la lámpara de la esquina de Palmer: *Sabine, almohadillas nuevas, de Janelle, la cuadrilla riéndose, 22:10*. Y debajo, después de un momento, porque el cuaderno era un cuaderno verdadero: *El golpe se siente igual*.

Los platos esperaban. Colette no se había despertado. Nadie había contado.



La ropa blanca a su nombre

Del recibo de entrega de Orvelle y de su reclamación.

La tercera mañana de su búsqueda, poco antes de las diez, Margaux olió la lavandería del canal del Distrito 9 dos callejones antes de verla: lejía, algodón mojado, el olor a azúcar quemada de las planchas, y debajo de todo eso el aliento verde del canal. Sus botas no servían para los callejones. Lo sabía desde hacía años y nunca lo había remediado. Eran botas del Dosel, de becerro negro con tacón duro, y sobre las rejillas de hierro del Lodo sonaban como una cuchara contra una olla, de modo que la gente se volvía a ver quién venía antes de que ella llegara.

Había encontrado a Orvelle como lo encontraba todo, en papel. La fila de cuidados facturada a nombre de Étienne De La Rosa llevaba la ropa blanca en una línea aparte, y la línea llevaba un código de proveedor, y el registro de proveedores del Mostrador convertía el código en un contrato de lavandería en el canal del Distrito 9 a nombre de una cooperativa de once mujeres. Diez de los once nombres tenían una marca detrás por cuota de agua y tiempo de tambor. Uno tenía una segunda marca, por entrega. Al lado, con la letra apretada del empleado del registro: *O. Ferrand, acarrea*.

La lavandería estaba donde se juntaban tres cuencos. Le había costado dos días averiguar que nadie en el Distrito 9 la llamaba Ferrand, y que si uno preguntaba por Orvelle en la escalinata del canal las mujeres de los tambores le miraban a uno las botas y le decían que había ido al mercado, y que no había ido.

La lavandería era un cobertizo largo y abierto sobre pilotes encima del agua, con techo de lata y sin paredes del lado del canal. Ocho tambores se alineaban sobre una plataforma de concreto, cada uno de la altura de una mujer, movidos por una correa desde un eje que recorría el cobertizo a lo largo, desde un pequeño motor eléctrico en el extremo del fondo. Al fondo se alineaban barriles de lluvia, una docena, alimentados desde las canaletas del techo a través de una malla de colador vieja. Dos bidones azules altos de agua comprada estaban apartados de los barriles, con una cadena con candado alrededor de los dos. Las mujeres trabajaban por turnos y en manga corta, con el pelo recogido y los antebrazos rojos hasta el codo, metiendo sábanas en los tambores, sacándolas humeantes, pasándolas por un rodillo de manivela, prendiéndolas en cuerdas que subían a las vigas con poleas, de modo que todo el techo era un lento tiempo blanco de ropa del Dosel.

Margaux llegó al borde de la plataforma y esperó. Era la hora más calurosa de la mañana. El sudor le corría por la espalda bajo una chaqueta cortada por un sastre de la cuarta plataforma que no había bajado nunca en su vida de los Estratos Medios.

Una mujer que estaba en el rodillo levantó la vista. Pasaba de los cincuenta, ancha de hombros, con un diente de oro y una cicatriz que le cruzaba una ceja y un delantal de lona de hombre ceñido con dos vueltas a la cintura. Terminó de meter la sábana que estaba metiendo, giró la manivela hasta que salió plana por el otro lado y se la dio a una muchacha para que la tendiera. Luego se secó las manos en el delantal.

—Tu e la mona ra ap manda po mo —dijo.

—Mo e Margaux Abagnale.

—Mo sava wini tu e. Toti mona su kanal sava wini tu e. Tu ap macha monta desanda ave bot so depi dos jou. —Orvelle la miró de arriba abajo, sin malicia, como se mira una sábana para ver dónde está manchada—. Abagnale. Kom la biwo.

—Kom la biwo —dijo Margaux—. Li e papa di mo.

Dos de las mujeres de los tambores se detuvieron. Abagnale era el nombre que figuraba en la Oficina del Alcalde, y Margaux no había fingido otra cosa: el Alcalde era su padre. El motor siguió haciendo girar el eje. La cara de Orvelle no se movió.

—Mais —dijo—. Almeno tu pava li.

Llevó a Margaux al fondo del cobertizo, detrás de los barriles, donde había una mesa bajo una ventana que daba a la azotea con huerto de alguien: quimbombó ya en vaina, una higuera en medio barril, una hilera de plantas de pimienta en latas. Sobre la mesa había una caja de caudales de lata, un pincho con recibos, una tetera y un ventiladorcito que volvía la cara de un lado a otro de la habitación y no servía de nada. Orvelle se sentó. Margaux se sentó. Una muchacha trajo dos tazas de té sin que nadie se las pidiera, frío, endulzado, con cáscara de limón, y Margaux comprendió que la esperaban desde hacía por lo menos un día.

—Tu veli sava su dra De La Rosa ye —dijo Orvelle.

—Mo veli sava wena le nika.

—Mo sava wena le nika. Le nika a Fold House. Mo kava le mo mem, chak sizim jou, monta la pant su do di mo, paske la kooperativ pa kroua okenn mona otra ave un kontra ra peya a là. —Orvelle se bebió el té—. Peya a là. Li te konn.

—Ke tu pu mosa mo?

Orvelle metió la mano debajo de la mesa y sacó un libro con tapas de tela y el lomo agrietado. Lo abrió por una cinta. Dentro había un fajo de recibos en copia de carbón, cada uno pegado en su propia página por orden de fecha, todos en el mismo formulario impreso con el membrete de Casa Pliegue arriba: una hoja doblada dentro de un círculo. Línea de entrega, línea de cantidad, línea de recibido por, firma, fecha. Margaux pasó las páginas. Intervalos de seis días, años atrás. Siguió pasando. El libro no iba más atrás; empezaba con una página en la que Orvelle había escrito, con una letra grande y cuadrada, *Libro Cuatro*.

—La otra ye e na kay —dijo Orvelle—. Mo tena le toti.

El recibo vigente era acotado, que era la palabra que usaba el Mostrador para un recibo que especificaba sus propios límites. Nombraba un destinatario, *DE LA ROSA, É. / CONTINUIDAD*, y una cantidad: doce sábanas planas, seis sábanas traveseras, ocho fundas de almohada, seis fundas de circuito, cuatro batas, veinte toallas. Nombraba un período

de doce semanas. Nombraba un punto de entrega, *CASA PLIEGUE, RECEPCIÓN DE ROPA BLANCA*, y nombraba un precio por entrega, más alto que cualquier contrato de lavandería que Margaux hubiera visto nunca para el Lodo, y había visto cientos. Abajo, junto a la línea de recibido por, aparecían las mismas iniciales en todas las entradas de los dos últimos años: *D.*, con una rayita en gancho debajo.

—*Fundas de circuito* —dijo Margaux, leyendo en voz alta el inglés del recibo.

—Ti manch koton. Lon. Le nika su tiyo po li pa kouche su pel. —Mangas largas de algodón, que se ponían sobre los tubos para que no le tocaran la piel. Orvelle tocó la línea con un dedo grueso—. Mo pa te sava po wani le te e prim ane. Mo te manda Dorel. Dorel te pava mo.

—Wini e Dorel?

—Dorel pran la dra. Sinya po li. Triye li. Senda li kote li nika. —Orvelle cerró el libro sobre su mano para no perder la página—. Aster. Mo gon pava tu kekchoz, ko tu gon fasa kekchoz po mo, ko mo gon pava tu la resta.

Margaux esperó.

—Kuatro livrezon pase, Fold House te starta doka mo. Un sinkim su chak livrezon. —Le habían mandado con el pago una nota que decía *manchado, devuelto para relavar, deducción aplicada*—. Mo ap lava po kay Canopy depi mo te havi dose ane. Mo sava kouman dra di mo e kan le kita da. —Volvió a abrir el libro y fue hasta el final, donde había sujeto con un clip un fajo aparte de papeles: cuatro comprobantes de pago, cada uno con su deducción rodeada con un círculo de su letra cuadrada, y cuatro notas en el papel delgado de Casa Plieque—. Sa pa tach. Sa e la tep. —La cinta que usaban para sujetar los tubos dejaba en el algodón una goma gris que no salía ni con lejía ni con el jabón bueno, y ella se lo había dicho—. Le doka mo kanmem. Un sinkim. Kuatro fua.

Margaux leyó la nota de arriba. Era un formulario impreso con los espacios en blanco llenados a mano.

CASA PLIEGUE. MARCO DE ASEGURAMIENTO DE CALIDAD DE ROPA BLANCA. Proveedor: O. Ferrand (coop.). Hallazgo: MANCHADO, DEVUELTO PARA RELAVAR. Deducción aplicada: un quinto. Casa Plieque valora a sus proveedores y se compromete con el más alto nivel de cuidado para cada residente. Las disputas pueden presentarse por escrito ante la Oficina de Relaciones con Proveedores. La Oficina de Relaciones con Proveedores no recibe visitas.

—Mo te skriva —dijo Orvelle—. Kuatro let. Ti fi na lekol kanal te skriva le po mo na bon men. —En el estándar, con buena letra, la letra que leen las oficinas—. Le te vena baka ave un tanpon ra pava *recibido*.

—Tu veli ki mo fasa wani?

—Tu ap fasa un dosye. Toti kanal sava ki tu ap fasa un dosye. Anvil ap manda wena la vye nonm te nika. —Orvelle puso la palma plana sobre los cuatro comprobantes—. Tu meta reklamasyon di mo ladan. Reklamasyon di mo an peman di mo, la bagay ra le douva mo, kote nom di li. Pa na un tirak. Na dosye. Kote okenn mona ra leza su li leza su mo.

Su reclamación, quería decir, junto al nombre del viejo: lo que Casa Plieque le debía, asentado en el expediente del Yunque, no olvidado en algún cajón, para que quien leyera sobre él leyera también sobre ella.

Margaux miró los cuatro comprobantes. Los sumó sin querer; era una costumbre que nunca había podido quitarse. Las deducciones sumaban menos que el precio de su chaqueta. Lo sabía y sabía que Orvelle lo sabía, y sabía también, con la parte de ella que se había criado en la mesa de su padre, lo que estaba a punto de sentir la tentación de hacer.

—Mo pu peya sa —dijo—. Jodi. De kont di mo.

—No.

Orvelle lo dijo sin enojo.

—Mo pa veli lajan di fi Abagnale —dijo—. Mo veli lajan di Fold House, ra le douva. Mo veli ki li ekri ki le douva li. Si tu peya li, sa e un kado, an le toujou te doka mo, an nulan sava. —Se reclinó—. An un bagay pi. Si mo dava tu liv sa an le manda mo apre wini te pran resi De La Rosa ye de kanal, mo veli pu pava un nom ra pa e di mo.

Quería el dinero de Casa Plieque, no el de la muchacha Abagnale, y quería que quedara escrito que Casa Plieque se lo debía; pagado de la cuenta de la propia Margaux solo sería un regalo, y Casa Plieque le habría descontado de todos modos sin que nadie se enterara. Y si alguien venía a preguntar quién se había llevado del canal los recibos De La Rosa, ella pensaba tener un nombre que darles que no fuera el suyo.

—Di mo —dijo Margaux.

—Di tu. Na men di tu. Su souch. Ave fi ye ap mira. —Orvelle señaló con la cabeza los tambores, donde el motor giraba y todas las mujeres habían encontrado motivos para trabajar en el extremo cercano de la plataforma—. Toti nom di tu. Pa un let. Pa un mak. Mona kom tu toujou tre atansyon po siny a ve un ti mak.

Margaux había firmado con una marquita toda su vida laboral. Era lo primero que su padre le había enseñado sobre el papel, a los nueve años, en su escritorio, con la mano sobre la de ella: *una marca puede ser de cualquiera, y un nombre completo es una puerta que no puedes cerrar*. A los nueve lo había creído sabio. A los quince había entendido que él lo decía como una manera de vivir. Llevaba diez años desaprendiéndolo y nunca había terminado.

Si la Vigilancia venía al canal, y podía venir, un recibo con *Margaux Abagnale* estaría en el escritorio de su padre en menos de un día. La semana anterior él le había cerrado el acceso al libro de cuentas y le había dicho, con la voz que usaba para el personal, que no debía seguir con el asunto. Ya lo había desobedecido una vez al llevar la fila al Yunque. Aquello había sido privado. Esto no lo sería.

Orvelle empujó un lápiz por encima de la mesa.

Era un lápiz barato del Mostrador, con un lado plano para que no rodara, afilado con cuchillo. Margaux lo tomó. Orvelle arrancó un talón en blanco del final del libro y escribió en él con su letra cuadrada: *Recibido para la investigación del Yunque, con la reclamación de O. Ferrand por cuatro deducciones no pagadas, Casa Plieque, para asentarse con la fila De La Rosa, y la fecha, y le dio la vuelta.*

Margaux firmó. Escribió su nombre completo con la letra redonda del Dosel que le había dado la escuela de las plataformas, y luego, porque le pareció que hacía falta, escribió debajo *la que preguntó*. Tenía la mano más firme de lo que se sentía.

Orvelle tomó el talón, lo levantó para que las mujeres de los tambores pudieran verlo y lo guardó en su caja de caudales. Luego tomó el Libro Cuatro y los cuatro comprobantes

y las cuatro notas, y los envolvió en una funda de almohada limpia de un cesto que había junto a la mesa, y la ató con un cordel, y la puso en las manos de Margaux.

—Dorel —dijo Orvelle—. Dora deye di Fold House, la trap dra, su kote anba di pant. Dorel e du depi kloch kuarto. Pava ki mo te senda tu. Pava ki sa e su tep. —Se puso de pie—. An pava Dorel ki mo toujou ap lava. Chak sizim jou. Nenpot bagay ra vu fasa. —La trampilla de la ropa blanca en la parte de atrás de Casa Pliegue, en el lado bajo de la cuesta, donde a Dorel se le encontraba desde la cuarta campanada: Margaux tenía que decir que la mandaba Orvelle y que era por la cinta, y decirle a Dorel que Orvelle seguía lavando, cada seis días, hicieran lo que hicieran allá arriba.

Al salir, la más joven de las mujeres de los tambores, Marisela Ocampo, que llevaba un aro en la nariz, les dijo algo a las otras en Kanal que Margaux no entendió, y se rieron. Margaux solo entendió la última palabra, que era *botas*. Ella también se rio. Tuvo que recorrer la plataforma a lo largo para llegar a la escalinata, sonando a cada paso, y al final la mitad del cobertizo se reía con ella.

* * *

Del relato de Orvelle Ferrand, dado en el cobertizo de los tambores con el motor en marcha; la carta de Noémie Chauvin, que ella dejó copiar a Margaux.

Cada seis días, a la cuarta campanada, Orvelle Ferrand se cargaba a la espalda el bulto De La Rosa, y seis días antes de que la muchacha Abagnale llegara al canal lo hizo como siempre: la ropa doblada dentro de un cuadrado de lona encerada, atada con una cuerda cruzada, una correa de cuero sobre la frente y el peso en la columna, donde su madre le había enseñado a llevarlo. Diecinueve kilos, si las toallas estaban secas. Lo había pesado una vez en la balanza del comprador de pescado por curiosidad y no le había gustado saberlo.

Subió desde el canal por la escalinata del Distrito 9 a oscuras. A esa hora la escalinata era de las mujeres: lavanderas que acarreaban bultos, una enfermera que subía a una clínica de las plataformas con el collarín en una bolsa de red, dos muchachas con bandejas de pasteles de batata en la cabeza, y la vieja Madame Lirette, que había acarreado para el canal antes de que Orvelle naciera y ahora no acarreaba nada y aun así subía la escalinata todas las mañanas porque sus piernas no sabían cómo parar. Se daban los buenos días en Kanal sin mirarse. En la escalinata no se miraba a la gente. Se miraba el escalón.

En la puerta del Distrito 12 empezaba a clarear. El pozo del Diezmo respiraba sobre su cabeza, tirón largo y golpe, y una cápsula subió con un ruido como el de un corcho al salir de una botella. La cuadrilla de la puerta comía pastelitos al vapor con los dedos y se quejaba. Pasó el anillo de pavimento hundido alrededor de la puerta, con los bordillos todos inclinados hacia el pozo como gente que se acerca para oír un secreto, y subió por los callejones en zigzag de la cuesta con la correa clavándosele en la frente y el sudor empezando.

Cuando llegó arriba, la entrada de Casa Pliegue ya tenía su fila. Siempre la tenía. Familias de los Estratos Medios con su ropa buena y familias del Lodo con la mejor que tenían, de pie a lo largo de la reja de hierro en el orden en que habían llegado, unas con carpetas, otras sin nada, otras con comida que no les iban a dejar entregar. Orvelle pasaba junto a ellas cada seis días camino de la trampilla de la ropa blanca del lado que daba al centro, y con los años

había llegado a conocer a algunas como se conoce a la gente de una fila de raciones, por el abrigo y la postura y por si se habían dado por vencidas.

Noémie Chauvin no se había dado por vencida. Estaba la cuarta desde la puerta, con un vestido marrón que habían ensanchado y estrechado tantas veces que las costuras se veían como cicatrices, con una carpeta de cartón apretada contra el pecho con los dos brazos, y cuando vio a Orvelle levantó la barbilla, que era lo que hacía en lugar de saludar con la mano.

—Anyen? —dijo Noémie.

—Mo kava selman sa —dijo Orvelle, como decía siempre—. Di la vye nonm. Mo te pava tu.

—Tu pu manda kamra dra. Si gen un etikèt.

—Mo te manda. Dorel pava ki la otra ye vena ave numero. Selman di li vena ave un nom.

—Orvelle se acomodó la correa en la frente—. Mo pa sava poukisa di li.

Todos los demás bultos subían al cuarto de la ropa blanca con un número, decía Dorel; solo el del viejo llegaba con un nombre. Noémie asintió como si fuera una novedad, aunque Orvelle le decía lo mismo desde hacía tres años. Luego, porque era temprano y la fila no se había movido y a Orvelle le dolía el cuello, Orvelle se detuvo, cosa que no solía hacer, y bajó el bulto sobre el zócalo de piedra de la reja, y Noémie abrió la carpeta y le volvió a mostrar la carta.

Orvelle no sabía leerla. Sabía lo que decía porque Noémie se la había leído más de una vez, con la misma voz plana, como una mujer que recita el precio del pescado.

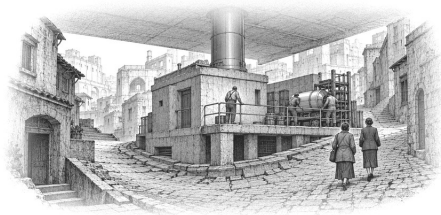
REVISIÓN DE DERECHOS DEL HOGAR. Tras el ingreso voluntario de CHAUVIN, Arsène en el programa de Continuidad (Año 12), el derecho de su hogar se ha ajustado para reflejar que su familiar está ahora plenamente atendido. Un hogar que retira por un miembro ingresado incurre en un doble retiro. Ajuste: menos una porción, con efecto inmediato. Los atrasos generados en el período anterior al ajuste se recuperarán de las entregas futuras. El Mostrador le agradece su comprensión.

—*Plenamente atendido* —dijo Noémie, en el inglés del papel—. Siete ane. Mo ap peya rasyon di li de avan le te pran li. Dos ane pi, an mo ve fini peya toti. —Cerró la carpeta—. Le te pran li de hanga rasyon ra li te chaje. Li te havi diesinueve ane. —Tenía una tos que, según le dijeron, el programa podía tratar—. Le te dava mo un papye ave *voluntario* su li an mak di li anba, an la mak pa te korek. —Él hacía la A con una raya atravesada, como su padre. La marca del papel no tenía raya.

Orvelle ya le había oído contar otras veces lo de la A. Orvelle la dejaba contarle. Le parecía que lo mínimo que podía hacer una persona, con un bulto en el suelo y la fila sin moverse, era quedarse ahí mientras alguien decía lo de la A.

—Fre di li te havi poumon kanni —dijo Noémie—. Li te mouri na ane fièv. Nu te trova li un etajè, Canal Friends, da na Katye Nueve. Sa, mo pu vizite li. —El hermano de Arsène, que tenía pulmón de moho y murió en el año de la fiebre, tenía un nicho con los Amigos del Canal en el Distrito 9, y a ese sí podía visitarlo. Volvió a apretar la carpeta contra el pecho—. Tu sere pensa ki un mona sere kontan sava wena un di le e.

La puerta se abrió. Un empleado de verde salió y leyó cuatro nombres de una lista, y ninguno era Chauvin, y la fila avanzó cuatro puestos. Noémie avanzó con ella sin mirar atrás. Orvelle volvió a ponerse la correa en la frente y dobló las rodillas y se levantó, con las sábanas del viejo a la espalda y la goma gris de la cinta en las fundas de circuito que no salía con lejía, y fue hasta la trampilla del lado que daba al centro, donde Dorel firmaría *D.* con la rayita en gancho, y desde donde, una semana después, su pago bajaría por la cuenta con un quinto de menos y una nota que decía *manchado*.



Cuatro bidones por semana

Del testimonio de Solène Lafitte; el aviso del aceite del Mostrador tal como se leyó en voz alta en los puestos del Distrito 9, a cambio de un sorbo de cada taza.

Solène no había dormido, y había dejado de contar las noches en vela cuando iban cuatro.

Se encontró con Margaux en los Puestos de Achicoria del Distrito 9 en la hora gris, antes del calor del día, la mañana siguiente a la lavandería, en el mostrador largo bajo la lona donde bebían los corredores del Distrito 9. Margaux llevaba bajo el brazo el bulto envuelto en la funda de almohada y una cara que Solène no le había visto antes, una especie de ligereza aturdida, como alguien que se ha caído de un muro y descubre que no se ha hecho daño. Solène compró dos tazas sin preguntarle a Margaux qué quería y le empujó una por el mostrador.

—Li te fasa tu sinya —dijo Solène, queriendo decir que Orvelle había hecho que Margaux firmara por el bulto.

—Kouman tu sava?

—Paske sa e Orvelle. Mita di kourè Pikan havi mama ra te lava ave li. —Solène bebió. La achicoria estaba hirviendo y buena, cortada con demasiado jarabe de caña, como la preparaban los puestos del Distrito 9—. Li te fasa mama di mo sinya po un nap maryaj un fua. Toti nom. Mama di mo te pali su sa pandan un ane.

Era la primera vez que Solène decía *mi madre* delante de Margaux, refiriéndose a Yvonne, y lo oyó caer y no lo corrigió. Margaux no hizo ningún comentario. A Solène eso le gustó de ella, un poco, esa mañana.

Leyeron el libro de pie junto al mostrador, Solène pasando las páginas con un pulgar y con el lápiz rojo detrás de la oreja. Intervalos de seis días, encuadernaciones de doce semanas, las mismas cantidades en las mismas columnas. Había pasado diez años leyendo registros de suministros y sabía cómo se veía una línea de consumibles constante cuando la usaba una sola persona, y no un distrito o una clínica. Se veía así. Se veía como una sola cama, cambiada cada día más o menos, con toallas de más. Leyó tres veces la línea de las fundas de circuito.

A su alrededor, los Puestos se iban despertando. Los muchachos del café acarreaban agua. Al fondo, un hombre leía en voz alta el aviso del aceite del Mostrador para la gente que no sabía leer, a cambio de un sorbo de cada una de sus tazas. Lo leía con la voz misma del Mostrador, que imitaba bien, agradable y lenta:

AVISO A LOS HOGARES, DISTRITOS 3 A 12. El Mostrador agradece a los residentes su paciencia durante un período de ajuste del suministro. Las asignaciones de aceite de cocina del trimestre en curso están cumplidas en su totalidad en los libros de los distritos. La entrega física queda diferida en espera de revisión del suministro. Se recuerda a los residentes que la cocción al vapor es un método tradicional y saludable que conserva las bondades de los pastelitos de algas. El acaparamiento, la reventa y el intercambio informal de aceite atentan contra la equidad para todos.

Cuando llegó a *diferida en espera de revisión del suministro*, la mujer que tenía al lado dijo algo tan obsceno que todo el mostrador la ovacionó, y cuando llegó a *saludable* un hombre del otro extremo le tiró un pastelito al vapor al tablón de avisos y el pastelito se quedó pegado. El puesto de frituras detrás de la lona estaba frío, como todos los puestos de frituras de los distritos de la ribera. Su dueño había puesto un cartel escrito a mano: *SOLO AL VAPOR HASTA QUE LLEGUE EL ACEITE. NO PREGUNTEN*. La gente preguntaba de todos modos. Era el tema principal de conversación en todos los mostradores de la Achicoria, y lo había sido durante nueve días, y lo sería hasta que llegara el aceite.

Solène tenía dos bidones de aceite en el Yunque. Dos bidones, entregados en un mostrador por una empleada que había cedido con su firma el resto del derecho del hogar para terminar una discusión, y Solène había llegado cuatro minutos tarde para impedirse, y después le había dicho a Cora en la calle cosas que no retiró y no repitió. Pensaba en los dos bidones cada vez que pasaba junto a un puesto de frituras frío. Eso era muchas veces.

—La rut —dijo ella.

Margaux extendió sobre el mostrador un mapa dibujado a mano, arrancado de su cuaderno. La lavandería en el canal del Distrito 9. La cuesta que subía a los Estratos Medios, que no era una sola cuesta, sino una escalera de calles y rampas y callejones en terrazas que trepaba desde los cuencos de la ribera hacia la loma. Casa Pliegue cerca de la cima, del lado del centro, justo debajo de donde empezaban las tiendas con licencia de los Estratos Medios. Entre ambas, la puerta del Diezmo del Distrito 12.

—Orvelle kava dra ye monta ave men —dijo Margaux—. Li pasa devan potay. Li pava ki trafik kapsil nika na direson otra.

—Monta Line a dek ye.

—Monta an desanda. Kay kura risiva provizyon di le de dek. Klinik dek senda la bagay ra Labou pa pu fasa. —Margaux se volvió hacia Solène—. Mo veli viza la bagay ra antra na Fold House. Pa selman la bagay ra soti na lesiv. —La Línea iba en ambos sentidos, y por ella bajaban suministros hacia las casas de cuidado; Margaux quería ver qué entraba en Casa Pliegue, no solo qué sacaba la lavandería.

Solène terminó su achicoria y dejó una ficha por las dos tazas y otra para la corredora del extremo del mostrador, una muchacha de unos catorce años con una cinta de la Espina en la muñeca que había estado escuchando sin aparentarlo. «Pava Anvil ki nu e su pant» le dijo Solène. «Pava Lena midi. Si nu pa vena baka, Fold House.» La muchacha asintió y se fue, rápido, callejón abajo hacia el Distrito 7, con el mensaje ya en la boca: la cuesta, Lena a mediodía, y Casa Pliegue si no volvían.

Del testimonio de Solène Lafitte; el relato de Bao-Nguyen Clement, dado en la baranda de la planta de carga.

La puerta del Diezmo del Distrito 12, cuando llegaron a ella poco después de las siete, era una casa de concreto achaparrada construida alrededor del pie de un pozo. El pozo subía desde su techo hasta el vientre de la plataforma más cercana, un tubo de acero tan ancho como una puerta, forrado de compuesto gris, y se le oía respirar: una larga aspiración, un golpe sordo, una larga aspiración, mientras las bombas movían el aire y las cápsulas subían y bajaban. El suelo alrededor de la puerta se había hundido. Se veía: los bordillos inclinados hacia el pozo, el pavimento del callejón escalonado y agrietado en un anillo, un portal al otro lado de la calle que habían elevado tres veces y seguía más bajo que el callejón.

Bao-Nguyen Clement estaba en la planta de carga con una camiseta sin mangas, un cordón del Mostrador al cuello y una faja lumbar de cargador abrochada sobre la barriga. Conocía a Solène. Todo el mundo en las puertas del Diezmo conocía a Solène, porque la Espina movía medicinas por tres de ellas y pagaba a los cargadores con favores que valían más que las fichas. Se acercó a la baranda y se apoyó en ella.

—Komandan —dijo, y era una broma, porque nadie en las puertas usaba títulos—. Tu neda wani?

—Fold House. La bagay ra desanda po le.

Miró a Margaux, sus botas, su chaqueta, y volvió a mirar a Solène, y tomó una decisión. Solène lo vio tomarla y le agradeció que la tomara como la tomó.

—Provizyon kura —dijo—. Chak jou. Gaz, gan, tiyo lon an woulo, tochon. Chofè. Ka-touch chofaj. —Hizo una pausa—. An luil. Ti kanis ble, luil chofaj. Kuarto kanis po semen, markari Continuance Desk, po Fold House chercha, ne. —Lo terminó con el suavizante del mercado, la pequeña subida que el vietnamita de su abuela había dejado en el Kanal de la familia. Cuatro bidones por semana.

Solène sintió que Margaux se quedaba inmóvil a su lado.

—Semen sa —dijo Solène.

—Semen sa. Semen pase. Chak semen ra mo te travaya potay sa. —Bao-Nguyen se encogió de hombros—. Toti katye ap manja gato vapè. Continuance Desk risiva kuarto kanis po semen via Line kom si sa e anyen. Mo te remake, ne. —Miró el pozo, el soporte de las cápsulas, donde una cuadrilla descargaba una cápsula devuelta llena de envases vacíos—. Mo remake bokou bagay. Le manja pi pouason mes sa laro. Meno sorgo. Kekmoun su dek lès te jeta kuarenta kapsil bon dra markari po jeta mes pase, blan kom dan. —Sonrió por primera vez—. Fi di mo ap marya na sezon sek. Tu sipoze viza rob di li, ne. —Su hija se casaba en la temporada seca, y Solène tenía que ver el vestido.

—Konpliman —dijo Solène, y lo decía en serio, y él oyó que lo decía en serio.

—Luil chofaj —dijo Margaux cuando ya estaban de vuelta en el callejón. Lo dijo en voz baja—. Po lanklo. Li su la liy. Mo te leza li. Mo te leza li kom un liy. —La cuenta de cuidados decía *aceite de calefacción del recinto* en la fila de Étienne, y Margaux lo había leído allí como una línea más.

—Sa e un liy —dijo Solène.

Estaba enojada, y todavía no sabía con quién. Con el Mostrador, que le había dicho al Distrito 7 que el aceite estaba diferido en espera de revisión del suministro. Con el Despacho de Continuidad, que recibía cuatro bidones por semana. Con Cora, que había firmado por dos. Consigo misma, por el hecho de que bajo el enojo había un pensamiento que no podía dejar de tener: que el aceite de los bidones azules lo mantenía caliente a él, y que se alegraba. Siguió cuesta arriba y dejó que las dos cosas se asentaran una junto a otra dentro de ella, y ninguna de las dos cedió.

* * *

Del informe de Dorel tal como se anotó dos veces, una por Solène Lafitte con lápiz rojo y otra por Margaux Abagnale, y se leyó una versión contra la otra.

Casa Pliege, cerca de la cima de la cuesta, del lado del centro, era un edificio de cuatro pisos de ladrillo pálido con postigos verdes, retirado del callejón tras una reja de hierro con un emblema de sábana doblada labrado en el portón. Desde el frente parecía una clínica. Tenía un escalón de entrada, una placa de latón, una fila de familias de los Estratos Medios con buena ropa esperando a ver a alguien por un pariente. Margaux echó a andar hacia el portón. Solène la tomó del codo y la desvió por el callejón lateral, hacia el centro, donde la reja daba paso a un muro de ladrillo y el muro tenía un muelle de carga y el muelle de carga tenía una trampilla.

La trampilla era una media puerta de madera con la mitad superior abierta. Junto a ella colgaba una campana de un soporte. Detrás había un cuarto largo y bajo forrado de estantes, y en los estantes había sábanas, dobladas y apiladas, en bultos atados con cordel, cada bulto con una etiqueta de papel. El cuarto olía a algodón limpio y a lejía y, levemente, a otra cosa que Solène conocía de la clínica del Yunque y que al principio no supo nombrar, y luego sí: el olor dulzón y gomoso de los tubos médicos.

Solène tocó la campana.

La persona que vino a la trampilla era baja y menuda, con el pelo gris muy corto y unos anteojos de alambre remendados con hilo en una bisagra, y llevaba un delantal largo de lino sobre una bata de Casa Pliege. Dorel tenía un lápiz detrás de una oreja y callos de ensartar etiquetas en ambos pulgares, y miró a Solène, y a Margaux, y al bulto en la funda de almohada que Margaux llevaba bajo el brazo, que tenía el nudo de Orvelle.

—Li te senda tu —dijo Dorel.

—Su tep —dijo Margaux.

Dorel las miró a las dos un momento más y luego abrió la mitad inferior de la trampilla y retrocedió un paso: «Andedan. Pa da.»

El cuarto de la ropa blanca ocupaba toda la profundidad del edificio. Al otro extremo había una mesa bajo un tragaluz, y sobre ella una sábana extendida, y una lámpara, y una lupa sobre un pie, y una palangana, y una bandeja de pinceles pequeños y un frasco de solvente. Dorel fue a la mesa y giró la lámpara para que iluminara la sábana.

—Mira —dijo Dorel.

Solène miró. Era una sábana plana, limpia, planchada, una de las de Orvelle. A lo largo de uno de los bordes largos, a un palmo hacia dentro, corría una línea gris tenue, una mancha,

una goma, como si alguien hubiera pegado una tira de cinta adhesiva sobre el algodón y la hubiera despegado. Al lado, más tenue, una segunda línea. Bajo la lupa, el gris se asentaba en la trama como polvo en una herida.

—Adezif —dijo Dorel—. De pansman sikui. Tiyo soti de anch drèt. Le tepe li kote li traversa korp, an tep la tonba su dra kan le vira la nonm. —El tubo salía de la cadera derecha del hombre, y los vendajes lo sujetaban con cinta donde cruzaba el cuerpo, y cuando lo giraban la cinta se quedaba en la sábana. La goma no salía nunca. Dorel lo había probado todo, y había avisado en la oficina, y la oficina escribía *manchado* y le descontaba el pago a la lavandería: «paske biwo havi un bidjè, an lesiv e sèl liy ladan ra pa pu diskite.» La oficina tenía un presupuesto, quería decir Dorel, y la lavandería era la única línea en él que no podía replicar. Dorel dejó la lupa—. Mo kontan ki li te senda tu. Mo pa kontan su okenn bagay otra.

—Tu te pava *la nonm* —dijo Solène.

—Etikèt ye pava *De La Rosa*. La rob ye koupe lon. Sak zoreye vena baka ave cheve gri su le. Kout. Kek blan. —Las etiquetas decían *De La Rosa*; las batas estaban cortadas largas; las fundas de almohada volvían con pelos grises, cortos, algunos blancos. Dorel se quitó los anteojos y se frotó el puente de la nariz—. Mo janmen viza li. Mo veli ki tu sava sa avan tu manda. Mo janmen viza li, an mo janmen desanda anba planche sa. —Dorel no lo había visto nunca, y nunca había bajado más abajo de este piso, y quería que lo supieran antes de que preguntaran.

La mano de Solène se había cerrado. La abrió. Las medialunas estaban allí en su palma donde habían estado las uñas, cuatro, rosadas, y puso la mano plana sobre el borde de la mesa.

—Pava mo la bagay ra tu sava —dijo—. Toti bagay ra tu te viza. Mo gon skriva li.

Dorel se lo contó, y ella lo escribió, con su letra de libro de cuentas pequeña y dura y el lápiz rojo, en el reverso de tres de las páginas de Orville, y Margaux lo volvió a escribir en su propio cuaderno, y después leyeron las dos versiones una contra otra, Dorel con ellas, y coincidían.

La ropa blanca bajaba cada seis días. Dorel la clasificaba, la etiquetaba y la ponía en un montaplatos al fondo del cuarto, una caja de acero colgada de un cable dentro de un pozo, y la mandaba abajo con un tirón de la cuerda de una campana. Lo que volvía a subir, uno o dos días después, era la ropa usada, embolsada, con las etiquetas todavía puestas. Dorel abría las bolsas, contaba, separaba para el lavado. La cuenta no había cambiado en los seis años que Dorel llevaba trabajando en el cuarto. Una cama, cambiada a diario, las sábanas traveseras dos veces. Toallas. Batas. Las fundas de circuito, que volvían con la goma de la cinta y a veces una pequeña mancha marrón de sangre vieja en un extremo, nunca mucha. Las sábanas volvían con olor tibio, secas, secas de estufa, como huelen las sábanas en un cuarto cerrado que se mantiene caliente para alguien que no puede mantenerse caliente solo.

—An la model —dijo Dorel—. Kouman le dormi ladan. —En eso había pensado Dorel, durante mucho tiempo, antes de saber nada más: alguien acostado en una cama cada noche gastaba la sábana de cierta manera, un hombro aquí, una cadera allá, y al cabo de un tiempo se veía en la trama, donde se adelgazaba—. Di mo, na kay, mo dormi su goch. Dra di mo

ize su goch. —Dorel extendió una mano sobre la sábana de la mesa—. Di li ize su un kote selman. Goch, an do. Janmen drèt. Seis ane. Kekmoun vira li. Le janmen vira li su drèt. —Seis años de desgaste a la izquierda y a lo largo de la espalda, y nunca a la derecha: alguien lo giraba, y nunca sobre el lado derecho.

—La anch —dijo Margaux.

—Tiyo a e na anch drèt. Tu pa pu kouche su li. —La mano de Dorel se movió sobre el algodón—. Sa e toti sa mo sava. Mo sava ki li cho. Mo sava ki li prop. Mo sava ki kekoun vira li, dos fua po jou almen. Mo sava ki li senyen un ti kras kote liy la antra. Mo pa sava si li reveye. Mo pa sava si li rekonet okenn mona. Mo pa sava si li pali. Mo pa sava wena asansè nika. Li desanda. Pui a pi vye pase batiman sa. —Caliente, limpio, girado dos veces al día por lo menos, sangrando un poco donde entraba la línea: eso sabía Dorel. Si despertaba, o reconocía a alguien, o hablaba, Dorel no lo sabía, ni adónde iba el montaplatos, salvo hacia abajo, por un pozo más viejo que el edificio. Dorel había preguntado una vez, y la oficina había dicho que era un pozo de servicio y que eso era todo lo que Dorel necesitaba—. An le te korek. Sa e toti sa mo neda. Mo e dra. —Dorel volvió a ponerse los anteojos—. Mo e dra, an mo ap pliye dra di li depi seis ane, an nulan janmen vena a trap sa an pava nom di li for, tanka tu. —Seis años doblando sus sábanas, y nadie había venido a la trampilla a decir su nombre en voz alta antes que ellas.

Nadie habló durante un rato. La lámpara zumbaba. Por el tragaluz entraba el ruido de los Estratos Medios empezando el día, un carro, la persiana de una tienda que subía, alguien practicando escalas en una trompeta, mal, las mismas cinco notas, una y otra vez.

—Mo douva manda tu —dijo Solène—. Continuance Desk. Ke li e da?

—Devan kay. Dosim eta. Le pran demann. —La boca de Dorel hizo una forma que no llegaba a ser una sonrisa—. Fami ye vena chak jou. Le manda. Le risiva fom.

—Mo te leza fom ye —dijo Solène—. Un fanm su Cistern Row havi un etajè plen. —Vessa: Solène la había visto en el mostrador de Teodor todas las semanas durante un año, en el mismo lugar de la fila, con la misma carpeta—. Un fami douva e wani po risiva kekchoz ra pa e un fom?

Dorel la miró durante un largo momento. «Enskri» dijo Dorel. «Fami pre na registri katye, na liv, ave un kay.» Inscritos, quería decir Dorel: parientes cercanos asentados en el registro del distrito, en el libro, con un hogar. Eso era lo que no tenían las familias de la entrada principal. Venían de todas partes, y a la mitad de ellos la Vigilancia los había registrado como personas solas, sin hogar, antes de llevárselos. «Espre, mo pensa.» A propósito, pensaba Dorel. Una pausa. «Ke li na un kay?»

Solène pensó en la página del registro del Yunque, que había leído tantas veces que podía verla con los ojos cerrados. *De La Rosa, Étienne: ausente, estado desconocido*. Debajo, *De La Rosa, Marcel: hijo*. Y debajo de eso, desde la semana pasada, con la cuidadosa letra de empleado de Teodor Asante: *Nox: hijo; miembro del hogar que regresa*.

—Li havi dos fis na liv —dijo.



Un hijo puede visitar

De la tarjeta de visita del Despacho de Continuidad, por duplicado; la libreta de Margaux Abagnale; el testimonio de Solène Lafitte.

El Despacho de Continuidad ocupaba una sala delantera en el segundo piso, con una ventana alta, un mostrador, un banco para las familias y un tubo neumático en el rincón que subía atravesando el techo. El empleado detrás del mostrador era un joven del Dosel de voz suave, con un alfiler en la solapa en forma de sábana doblada. Su placa decía *A. Vautrin*. Tomó la solicitud de Solène sin mirarla a la cara, en una tarjeta impresa, por duplicado, y le pidió que escribiera los nombres de los familiares más cercanos registrados, y ella los escribió, *Marcel De La Rosa* y *Nox*, y debajo, como jefa del hogar, *Yvonne Celestin*, y debajo de eso, porque la tarjeta pedía un miembro del hogar acompañante, su propio nombre.

—Un hijo puede visitar —dijo Vautrin, leyendo—. Con un miembro del hogar. El Despacho decidirá cuál. —Enrolló la tarjeta, la metió en una cápsula y metió la cápsula en el tubo. Subió con un ruido como de tos—. Si el Despacho está de acuerdo, le darán una cita. Si no, le darán un formulario. —Entrelazó las manos—. A la mayoría le dan un formulario.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende.

En la pared, sobre el banco, colgaba una tarjeta enmarcada en el verde pálido del Despacho, con una sábana doblada impresa arriba:



NUESTRO COMPROMISO CON LAS FAMILIAS. El Despacho de Continuidad se compromete con la transparencia en todo asunto no restringido. El bienestar de su familiar es nuestra preocupación compartida. Toda solicitud se lee. Toda solicitud recibe respuesta. Las ubicaciones de los ingresos no se divulgan, por la comodidad y la continuidad de los residentes.

Se sentaron en el banco, debajo de ella. Las familias del banco les hicieron sitio sin mirarlas. Una mujer con un buen vestido azul sostenía una carpeta sobre las rodillas con las dos manos. Un anciano se había dormido con la boca abierta. Margaux estaba sentada con el bulto en la funda de almohada sobre el regazo y las botas planas en el suelo, y no se movía inquieta, cosa que Solène nunca le había visto conseguir. Una vez, Margaux metió la mano

en el bolsillo y sacó un dulce envuelto en papel, y le ofreció la mitad a Solène, y Solène lo tomó. Era un dulce del Dosel, de higo y algo amargo. Se lo comió despacio.

Fue poco más de una hora. El tubo tosió. Vautrin sacó la cápsula y desenrolló la tarjeta y la leyó, dos veces, y levantó la vista hacia Solène con una expresión que a ella le pareció de sorpresa genuina.

—Booked —dijo. Había cita. Escribió en una papeleta, la selló y se la pasó por encima del mostrador.

VISITA AUTORIZADA. Dos personas: De La Rosa, Marcel (hijo); Lafitte, Solène (hogar). Con escolta. Presentarse en Casa Pliege, patio inferior, a la sexta campanada, pasado mañana. Sin instrumentos. Sin comida. Pertenencias retenidas en la ventanilla. Duración a criterio del personal de cuidados. Ubicación no divulgada.

Solène la leyó tres veces. Abajo había una marca que no reconoció, un sello con un número y tres letras, y debajo, a lápiz, las iniciales de quien la hubiera aprobado arriba.

—Ubicación no divulgada —leyó Margaux por encima de su hombro.

—Los llevarán —dijo Vautrin—. Desde el patio. Así se hace.

Solène dobló la papeleta una vez y la guardó en el bolsillo interior de la camisa, sobre el corazón, que era un lugar tonto para guardarla y exactamente donde la quería. Se puso de pie. Las piernas se le habían quedado raras por el banco.

Abajo, en la trampilla de la ropa blanca, camino de la salida, se detuvo. Dorel estaba en la mesa bajo el tragaluz con otra sábana extendida, y un cepillo, y el disolvente, trabajando una línea gris que no quería salir.

—Tenemos cita —dijo Solène por la trampilla.

Dorel dejó el cepillo, se acercó hasta la media puerta y la miró: «Ko tu ve viza li avan mo», dijo Dorel. «Pava li ki dra ye e de Orvelle. Li sere veli ki li sava.» Solène lo vería antes que Dorel, si es que Dorel llegaba a verlo alguna vez, quería decir Dorel; que le dijera que las sábanas eran de Orvelle, porque él lo querría saber.

—Mo pa sava si li ve sava anyen.

—No —dijo Dorel—. Mo nonpli. Pava li kanmem.

Cuesta abajo el calor había subido y los callejones estaban llenos. Pasaron junto a la puerta del Diezmo, que respiraba, y los Puestos, donde el hombre seguía leyéndole el aviso del aceite a cualquiera que le pagara un sorbo, y al pie de la escalinata del Distrito 9 Solène se dio cuenta de que Margaux había dejado de caminar y estaba de pie con el bulto contra el pecho y los ojos cerrados.

—Tu te sinyan nom di tu —dijo Solène.

—Yo.

—Li ve viza li. —Marcel vería a su padre.

—Mo sava. —Margaux abrió los ojos—. Mo te veli. Mo pa te sava ki mo te veli tanka mo te fasa li. —Se rio, temblorosa—. Fanm lesiv ye te rira su bot di mo.

—Toti mona rira su bot di tu.

—Mo sava sa osi —dijo Margaux, y volvieron a casa por el camino largo, junto al canal, donde el tiempo blanco de la lavandería colgaba de las vigas sobre el agua y una de las mujeres de los tambores las vio pasar y levantó un brazo rojo, y Margaux levantó el suyo.

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; el de Lena, que se dio con la condición de que la palabra quedara dentro y su significado quedara fuera.

Esa noche, en la azotea del Yunque, poco después de las once, Solène estaba sentada en el banco hecho con una puerta, con la papeleta de la cita sobre la rodilla, y no la leía, porque se la sabía de memoria, y Lena se tendía a lo largo del resto del banco con la cabeza en su regazo y un arma corta sobre las tejas al alcance de la mano, donde siempre estaba.

El jardín de la azotea respiraba a su alrededor en la oscuridad. Cuarenta medios barriles de chiles y melón amargo, la higuera con sus seis higos, que Junie contaba todas las mañanas y de los que daba parte en el desayuno como si fueran pacientes. El calor no había cedido. En el calor húmedo nunca cedía; solo se acostaba. Más allá de los vientres grises del Dosel, el Lago era una oscuridad más oscura con unas cuantas lámparas de esquife encima, y en algún lugar allá por Palmer lloraba el bebé de los Theriot, fino y furioso, el llanto de una criatura de diez días a la que todavía no le habían explicado cómo funcionaba el mundo.

—*Dos personas* —leyó Lena, en el inglés de la papeleta—. *Con escolta. Sin instrumentos. Sin comida.*

—Tu te leza li.

—Tu te lasa li su mesa ave kreyon wouj anlè. Konsa tu lasa bagay ra tu veli ki mo leza.

—Lena levantó la vista hacia ella—. Mo gon macha ave tu tanka eskalye Katye Nueve.

—La papye pa pava anyen su eskalye.

—Poutet sa mo gon macha ave tu tanka le.

Solène puso la mano en el pelo de Lena. Conocía a Lena desde hacía años y había amado a Lena durante la mayor parte de ellos, y aun así, algunas noches, le parecía extraño que se le permitiera hacer esto, poner la mano sobre la cabeza de otra persona en la oscuridad y dejarla ahí. En la Espina, Lena era quien se plantaba en los vanos de las puertas. En el tablero del día Lena discutía con ella delante de los jefes de sección, y perdía tantas veces como ganaba, y nunca, ni una sola vez, dejó que un corredor viera que se iba a casa con ella. Aquí arriba nada de eso valía. Aquí arriba Lena se tendía con la cabeza en su regazo y la dejaba ser quien vigilaba.

—Mo pa sava ki bagay mo gon pava li —dijo Solène.

—Ke li audi?

—Dorel pa sava. Nulan sava. Dra di li ize su goch. —Oyó que su propia voz se ponía rara en la palabra *izquierda*—. Le vira li chak dos lè. Kekmoun ap vira li chak dos lè depi onse ane, Lena, an mo te na tablo jou ap mova farin.

—Tu pa te sava.

—Kekmoun te sava. La nonm ra te elve mo e un liy na un rejis kura, an luil kizin di katye desanda Tithe Line po chofe kamra di li, an mo te kanpa na potay so matin sa, an mo te kontan. —Se detuvo—. Mo te kontan su luil. Kwarto kanis po semen, an toti katye ap manja vapè, an mo te kontan. —Contenta de que él no pasara frío.

Lena guardó silencio un rato. Abajo, en el callejón, alguien volvía tarde a casa, cantando al compás del golpe, mal. Pasó un chotacabras, bajo, con las franjas blancas de las alas a la vista, y luego otro, cazando los mosquitos sobre los tejados. Solène los miró alejarse.

—Cora te sinyá po dos kanis —dijo Lena por fin— po la sterilizatè brila semen sa. Deska risiva kwatro po semen po un nonm pu deme cho. Tu fache ave un po fasa li, an tu rekonesan ave la otra. —Lena levantó la mano y bajó la de Solène hasta dejarla sobre el corazón de Lena—. Tu pu e le dos. Tu pa pu tena rankin ave Cora touletan an kita Deska lib. —Cora había firmado por dos bidones para que el esterilizador de la clínica pudiera arder esa semana; el Despacho recibía cuatro por semana para mantener caliente a un solo hombre. Solène estaba enojada con uno y agradecida con el otro, quería decir Lena, y podía ser las dos cosas, pero no podía guardarle rencor a Cora para siempre y dejar libre al Despacho.

—Mo pa te kita Deska lib.

—Tu apèn pali ave Cora depi kontwa.

Solène no respondió a eso. Sentía el corazón de Lena bajo la palma, lento y regular, un corazón de durmiente, y pensó en la mano de Marcel yendo a su pecho cien veces al día, y en una máquina sobre un carrito junto a la cadera derecha de un hombre al que no veía desde que tenía diecisiete años, haciendo por él el trabajo de un corazón. Pensó en la papeleta que tenía en el regazo. *Duración a criterio del personal de cuidados.*

—Pava li kanmem —dijo Lena—. Nenpot bagay ra tu pava li. Pava li si li audi oswa no. Ko li pava. Tu pu meta li na rejis di tu: *Dicho*. —Que le dijera cualquier cosa, la oyera él o no; entonces quedaría dicho, y podría anotarlo en su registro.

—Sa e un bagay terib po meta na un rejis.

—Sa e sèl kalite bagay ra vo la papye. —Lena se incorporó, despacio, y giró sobre el banco de puerta hasta que sus hombros se tocaron, y miró las lámparas de los esquifes—. Vena dormi.

—Apre un ti tan.

—Midi —dijo Lena.

—Midi —dijo Solène, y se quedaron en la azotea hasta que el bebé de los Theriot dejó de llorar, y luego hasta que empezó otra vez, y luego bajaron.

* * *

Del testimonio de Solène; las notas de cuidado de Esvane; lo que Marcel oyó del gabinete.

Yvonne envolvió el tazón antes del amanecer la mañana de la visita. Solène bajó a la cocina del Yunque y la encontró a la mesa con él: un tazón de esmalte blanco con el borde azul desportillado, el mismo en el que Étienne había comido todas las mañanas de los años que vivió en el Yunque, que había estado en el estante alto detrás de la sal durante once años porque nadie quería usarlo y nadie quería guardarlo, y que Yvonne había limpiado todos los jueves. Lo había bajado y lavado y secado, y estaba doblando a su alrededor el paño de tazón de él, un cuadrado de algodón rojo desteñido con una esquina zurcida, metiendo las puntas por debajo con su mano llena de cicatrices.

—Le te pava pa manje —dijo Solène.

—Li vid. —Yvonne ató el paño con una tira del mismo rojo—. Dava li a Marcel. Li sipoze kava li.

—Le ve pran li na deska. *Pertenencias retenidas.*

—Ko li ve lana li anlè —dijo Yvonne— an li ve te e du. —Habría estado allí.

Solène no discutió. Puso la palma sobre el nudo un momento, cosa que no solía hacer, e Yvonne la dejó, cosa que Yvonne tampoco solía hacer. Luego bajó Marcel con una camisa limpia y el pelo mojado y la mano ya en el pecho, como se le iba cuando intentaba no moverse inquieto, e Yvonne le dio el tazón, y él lo sostuvo con las dos manos como algo que pudiera derramarse.

Subieron la cuesta a oscuras con Lena caminando detrás de ellos hasta la escalinata del Distrito 9, donde Lena se detuvo, porque la cita decía dos personas y Lena no tenía intención de darle a nadie en Casa Pliegue un motivo. Lena besó a Solène en un lado de la cabeza, rápido, y dijo «Midi» y Solène dijo «Midi» y sabían que no quería decir nada sobre la hora.

* * *

Del testimonio de Marcel De La Rosa; el de Nel, que lo corrige en cuanto a quién ató el nudo.

La noche antes de la visita, poco después de las diez, Marcel estaba sentado en el borde de la cama estrecha de su cuarto, en lo alto del Yunque, con la moneda en la palma y la papeleta de la cita sobre la almohada a su lado, y volvió a leer la papeleta a la luz de la lámpara, y Nel, con las piernas cruzadas en el suelo y el estuche de la kalimba abierto, dijo: «Si tu leza li un fua pi, li ve muta.»

—*Pertenencias retenidas en la ventanilla* —dijo Marcel.

—Tu te pava sa kuarto fua.

—Li na poch di mo. Li toujou na poch di mo. Si li na poch di mo, li e un *pertenencia*.

—Le dio la vuelta a la moneda. Color latón, gastada hasta quedar lisa por las dos caras, no más grande que la uña de su pulgar. La había llevado desde que tenía memoria, como otra gente lleva una llave: suelta, en el bolsillo que quedara a la izquierda, donde la mano iba sin preguntar. No recordaba que se la hubieran dado. Yvonne decía que siempre la había tenido. Solène decía que no lo sabía. Había dejado de preguntar hacía años, porque la conversación siempre terminaba con alguien hablándole de imanes—. Si le pran li an meta li na un plato ave kouto di Solène, mo pa sava ki bagay mo gon fasa.

—Anyen —dijo Nel—. Tu ve kanpa du, jantiy, an men di tu ve nika a pecho di tu, an pa ve gen anyen anba li. —Nel sacó del estuche un rollo de cordón encerado, el cordón de repuesto que Nel usaba para sujetar las lengüetas de la kalimba al llevarla, rojo oscuro, fuerte como alambre—. Po li pa nika na poch di tu.

Marcel miró el cordón.

—Bagay ra mona porta, Purifier ye lasa —dijo Nel. Lo que la gente llevaba puesto, los Purificadores lo dejaban—. Sen. Bag. Granmè di mo te pasa potay chak dimanch pandan beinte ane ave kle di un kay ra le te kraze po potay Tithe, su un fisèl anlè pecho di li. Nulan janmen te pran li. —Nel tendió una mano—. Dava li da.

Se la dio. Nel se acomodó en el suelo y trabajó en ella a la luz de la lámpara con la punta de la lengua asomada, cosa que Nel no sabía y que Marcel nunca le había mencionado porque no quería que dejara de pasar. La moneda no tenía agujero. Nel hizo, en cambio, una pequeña cuna con el cordón, una red de cuatro nudos que sostenía el disco plano y dejaba ver las caras, la probó con un pulgar y ató los extremos.

—Tu te mare la denye nudo —dijo Nel—. Si okenn mona manda. Tu te ensiste. —El último nudo lo había atado él, si alguien preguntaba; él había insistido.

—Mo pa te fasa li.

—Tu gon ensiste, kan tu rakonta li. Mo ap sova tu la pèn. —Nel se levantó del suelo y se puso de pie entre sus rodillas y le pasó el cordón por la cabeza, y la moneda bajó por dentro de la camisa y se asentó sobre el esternón, encima de la cicatriz, a un ancho de mano del lugar donde el calor del controlador atravesaba la piel. Allí pesaba más de lo que había pesado nunca en el bolsillo. Parecía que estaba escuchando, lo cual era una tontería de pensar, y lo pensó.

El golpe subía por el suelo del cuarto, lento y pesado. Al otro lado de la pared, el catre de Nox crujió una vez y se quedó quieto.

Nel puso una mano plana sobre la moneda, a través de la camisa, como Nel había puesto una mano sobre el controlador en los escalones algunas noches atrás. Bajo la palma de Nel el disco dio un pequeño estremecimiento, fino y rápido, como hacía cerca de las viejas tuberías maestras y de ciertas máquinas y, una vez, en la azotea del taller, en la seca, cerca de Nel.

—Li fasa sa —dijo Marcel.

—Mo sava. Mo te santi li avan. Su techo. —Nel no apartó la mano—. Ke li sinifa kek-choz?

—Mo pa sava. Mo janmen te sava. —Puso la mano sobre la de Nel—. Deme. —Quédate.

Nel miró la pared, detrás de la cual Nox no estaba durmiendo, y volvió a mirarlo a él, y apagó la lámpara de un soplo.



Las calderas no suenan

Del testimonio de Solène Lafitte; el libro de la Espina, página de suministros, una línea en rojo; el relato de Désiré Lacour, dado durante la helada en el muelle de la Dársena, de pie, lo que duró una taza de achicoria.

La sexta mañana del aceite, con un tercio del bidón de quemador de Cora gastado en el esterilizador, Yvonne tapó el resto y lo puso en el estante de la clínica para los partos y dijo que no volvería a encenderlo hasta saber de dónde iba a salir el siguiente bidón, y Solène fue a la Dársena a comprarle a Laveau.

Fue sola, lo que Cyprien dijo que era una estupidez y Nadège dijo que era vanidad y Kwame no comentó, solo la acompañó hasta el segundo puente y se quedó allí de brazos cruzados mientras ella seguía. La Dársena era el agua del Sindicato: un puerto cuadrado y ancho al final del canal de la refinería, cerrado por tres lados con almacenes y por el cuarto con el viejo muro de anillo, adonde las barcazas subían del río con aceite y azúcar y sal y volvían a bajar con lo que hiciera la refinería. Olía a alquitrán y a azúcar quemada. La gente de Laveau la trabajaba por turnos, y eran gente del Lodo, todos y cada uno, del Distrito 9 y del Distrito 12 y de Bywater Stack; habían ido a la escuela de Santa Brígida con la mitad de los corredores de la Espina, y sus madres habían lavado con Orvelle. Eso era lo del Sindicato que el Dosel nunca entendió y el Lodo nunca olvidó. No era un ejército extranjero. Era tu primo con un libro de cuentas.

La lona que había visto Kwame seguía en el muelle. Debajo, los cuarenta bidones se habían vuelto veintiséis. En un cajón al lado estaba sentado un hombre de unos treinta años con una camisa blanca limpia arremangada, comiéndose una naranja, y se levantó al verla y dejó la naranja sobre el cajón con cierta ceremonia, como si fuera un sombrero.

—Madanm Lafitte.

—Mo pa madanm okenn mona.

—Toti mona e madanm di kekmoun su Basin. —Se limpió la mano con un pañuelo y se la tendió—. Désiré Lacour. Mo vanda luil brile. Tu ve veli luil brile.

—Mo veli kuarto kanis.

—Toti mona veli kuarto kanis. —Sonrió. Tenía una buena sonrisa, de vendedor, y debajo una cara cansada, la de un hombre que llevaba en el muelle desde las cuatro—. Laveau pa vanda kanis mes sa. Laveau vanda la sezon.

Sacó una tarjeta del bolsillo de la camisa y se la dio, y ella la leyó de pie en el muelle, en el olor a alquitrán, con Kwame mirando desde el puente.

Era una buena tarjeta. Cartulina gruesa color crema, el canto dorado, sin ninguna marca salvo una pequeña *L* estampada con sello de goma en la esquina, en tinta morada, un poco torcida. La gente de los collarines, Laveau Tech, imprimía sus tarjetas con un veve que no era un veve, y Yvonne lo había llamado una vez, sin levantar la voz, un insulto con precio. Esta tarjeta no necesitaba un veve. Todo el mundo en la Dársena sabía de quién era la *L. CALOR POR TEMPORADA. El aceite de quemador de su hogar, entregado a su puerta cada semana de la seca y de la helada, a un precio fijo, pagado por adelantado. No vuelva a esperar al Mostrador. No vuelva a quedarse a oscuras. Laveau mantiene la lámpara encendida.* Debajo, más pequeño: *Condiciones de temporada: 40 fichas por bidón equivalente, pagadas trimestralmente por adelantado. La cancelación anticipada implica la pérdida del saldo. Entrega sujeta a las condiciones de los callejones.*

—Kuarenta —dijo Solène.

—Po la sezon.

—Pri di Counter e nueve. —El precio del Mostrador era nueve.

—Pri di Counter e nueve —convino Désiré— an luil di Counter e su un avi su dora di Teodor Asante. Luil di mo e anba bach sa. —No miró la lona. La miró a ella, con una especie de cordialidad, como si fueran dos personas del mismo oficio hablando de un cliente difícil—. An sesenta kanis di Counter te soti de depo Mercy Street anba un relis Watch, pa po Katye Siete. Basin audi la bagay ra depo chaje. Katye Siete ve audi li avan sezon sek. Laveau pa te pran luil di vu, Madanm Lafitte. Laveau selman te remake wena li te nika, an te pota pi. —Laveau no se había llevado su aceite; Laveau solo se había fijado adónde iba, y había traído más.

Contaba con que la Dársena se enterara de algo. No contaba con que se lo dijera así, en el muelle, un hombre con una naranja, mientras Margaux todavía estaba recorriendo la hilera. Margaux lo tenía en una página de un libro verde, con *no establecido* escrito junto a cada flecha. Désiré Lacour lo tenía como argumento de venta.

—Mo pa veli la sezon —dijo ella—. Mo veli kuarto kanis jodi, an mo gon peya po kuarto kanis.

—Ko sa e pri jou.

—Ki pri?

—Beinte dos. —Abrió las manos—. Mo pa fikse li. La rut fikse li. La rut regreta sa anpil.

Veintidós fichas el bidón. Ochenta y ocho por cuatro. El cofre de suministros de la Espina tenía ciento cuarenta fichas esa semana, y noventa eran para los sacos de arena de Lena, cuarenta sacos, encargados en el patio de Rampart para la temporada de crecidas, que llegaría llegar a no el aceite del Mostrador. Solène se quedó de pie en el muelle e hizo las cuentas. Cuatro bidones eran dieciséis días de esterilizador. Dieciséis días de partos y heridas sucias e instrumentos hervidos. El bebé de los Theriot había nacido con el bidón de Cora. Habría otro bebé la semana siguiente, y otro, y un clavo atravesando la mano de alguien, y la fiebre del niño Kerrigan, y la revisión del Mostrador tardaría seis semanas.

—Beinte dos —dijo ella— an tu ve kava le tanka dosim pon. —Veintidós, y él las llevaría hasta el segundo puente.

—Dosim pon e deyo la rut.

—Kwame e su dosim pon. Li ve kava le de du. —Kwame estaba en el segundo puente, y desde ahí las cargaría Kwame.

Désiré miró más allá de ella, al puente, a Kwame de pie en él con los brazos cruzados y la cicatriz de quemadura subiéndole por el antebrazo, y luego otra vez a ella, y ella lo vio decidir que aquello no valía una discusión en una mañana calurosa.

—Dosim pon —dijo—. Paske sa e tu.

Contó él mismo cuatro bidones de la pila y escribió un recibo en un bloc que sacó del otro bolsillo, con una letra clara y redonda, *4 de quemador, al contado, 88, pagado, Espina de Rose, S. Lafitte*, y lo arrancó y se lo dio, y ella lo leyó como lo habría leído Cora, palabra por palabra. Luego le dio otra cosa. Era una segunda tarjeta, la tarjeta de temporada, el mismo crema y el mismo dorado.

—Po sezon sek —dijo—. Kan Long Pipe vin sale, an Counter afiche dlo di vu livre osi. Laveau ve toujou e da. —Para la seca, quería decir: cuando la Tubería Larga corriera salada y el Mostrador anunciara que su agua también estaba entregada, Laveau seguiría aquí.

Se la guardó en el bolsillo. No sabía por qué. Se dijo que era para enseñársela a Margaux, y lo era, en parte.

Kwame cargó los bidones desde el puente, dos en cada mano, y no preguntó el precio hasta que dejaron atrás el mercado, y entonces lo preguntó, y ella se lo dijo, y él caminó un rato sin decir nada, y luego dijo: «Sa e sak sab ye.» Eso eran los sacos de arena.

—Sa e mita di sak sab ye.

—Lena ve veli sava kiles mita.

—Lena ve veli sava poukisa mo pa te pran le de waf a nuit —dijo Solène—. An mo ve pava poukisa, an Lena ve sava ki mo korek, an li ve fache kanmem, an li ve korek po fache. —Lena quería saber por qué no se las había llevado del muelle de noche; ella le diría por qué, y Lena sabría que tenía razón, y se enojaría de todos modos, y tendría razón en enojarse. Movié el recibo entre los dedos—. Mu mova, Kwame. Mu pa pran. Ko mu peya. Sa e la mita otra di pawol la. Nulan meta li su miray. —Movemos. No tomamos. Así que pagamos. Pagar era la otra mitad del dicho, la mitad que nadie pintaba en una pared.

En el Yunque le dio los bidones a Yvonne, que llenó el esterilizador y lo encendió sin decir palabra, y la caja de acero empezó a hacer tictac y a silbar en el cuarto de atrás, y Cora, en la mesa, miró los cuatro bidones en el suelo de la clínica y luego a Solène, y Solène tampoco le dijo el precio.

Esa noche, en el libro de la Espina, en la página de suministros, debajo de la línea de la semana, Solène escribió en rojo: *4 de quemador, Dársena, Laveau, al contado, 88. Pagado con el dinero de los sacos de arena. Se le debe al muro. S.L.* Es la única línea en rojo de esa página. Se la enseñó a Lena en la azotea antes de enseñársela a nadie más, y Lena la leyó a la luz que salía de la escotilla, y le devolvió el libro, y no dijo nada durante un largo rato, y luego dijo: «Sinkuenta dos e la resta. Mo gon achta beinte sak an ranpli la resta ave labou Lak mo mem» y bajó por la escalera. Cincuenta y dos fichas era lo que quedaba; Lena compraría veinte sacos con ellas y llenaría el resto con barro del Lago, a mano.

Del relato de Anselm Ryu, dado en El Santo durante la seca con un vaso delante que no se bebió; la bitácora de bomba de Dieudonné Pierre-Louis, a lápiz, manchada de agua.

A las diez menos veinte de la mañana, a nueve metros de profundidad en la bajada de San Nicolás, en el Distrito 58, a finales del calor húmedo del Año 19, Anselm Ryu extendió la mano derecha en la oscuridad parda y tocó algo que no era piedra.

Llevaba cuarenta minutos abajo. Lo sabía porque Dieudonné, en la balsa de arriba, daba un tirón a la cuerda cada diez minutos y él le devolvía uno, y había devuelto cuatro. Estaba de rodillas en un limo tan fino que se levantaba a su alrededor al menor movimiento como humo, con las botas de suela de plomo y el cinturón de lastre y el viejo medio casco de cobre y vidrio que le descansaba sobre los hombros y se alimentaba desde arriba por una manguera, de modo que cada respiración le llegaba tibia y con sabor a caucho y a la bomba de Dieudonné, que Dieudonné engrasaba con aceite de pescado porque era más barato. La lámpara del pecho iluminaba un palmo de agua delante del visor, un resplandor pardo lleno de motas a la deriva, y nada más allá. Por debajo de tres metros en la Zona Hundida no se veía. Se palpaba. Su padre se lo había dicho en su primera inmersión, a los trece años, con una mano en la parte de atrás del casco, y era lo único del oficio que nadie había necesitado repetirle nunca.

Había estado trabajando los escombros de la torre. La iglesia había sido grande, para el viejo Noveno, y cuando entró el Lago se mantuvo en pie mucho tiempo con el agua hasta los alféizares y luego hasta las ventanas, y en algún momento, en una tormenta que nadie vivo recordaba, la torre se había derrumbado sobre la nave y se había llevado el techo con ella. Ahora yacía de costado en la oscuridad como un árbol talado, ladrillo y piedra y los flejes de hierro que la habían sujetado, recubierta en cada superficie de ostras y de la hierba larga y blanda que crecía en las bajadas, y debajo y alrededor los hundidores de tres generaciones se habían llevado todo lo que se dejaba arrancar: el cobre de los tapajuntas del techo, el plomo de las ventanas, el hierro de los tirantes, la piedra de los escalones del altar, que había subido al Dosel para un jardín. La bajada de San Nicolás se venía rebuscando desde antes de la época de su padre. Nadie esperaba nada de ella. Él había ido porque estaba cerca y porque era segura, lo que quería decir que nadie había muerto en ella desde hacía dos veranos, desde que Ti-Paul se cortó la pierna.

Su mano descansaba sobre una curva. Era lisa bajo una costra delgada. Estaba fría, más fría que el agua, y seguía bajo su palma cuando la movía, una curva larga y lenta como el costado de un bote, y cuando la golpeó con un nudillo a través del guante sintió algo que nunca había sentido a través de un guante en dieciséis años de bajadas: el toque entraba en la cosa y no se detenía.

Retiró la mano. Se quedó de rodillas en la nube de limo con la respiración rugiéndole en el casco y esperó a que se le calmara el corazón. Luego sacó el cuchillo del cinturón, le dio la vuelta y, con el mango de madera, muy suavemente, dio un golpecito.

La nota le llegó al cuerpo a través del agua. Le entró por las rodillas en el limo y por la mano en el mango y por el cobre del casco hasta el cráneo, grave y larga, un sonido sin bordes, y siguió, y siguió, apagándose tan despacio que no supo decir cuándo se detuvo, y

durante un rato después de que tuvo que haberse detenido creyó que todavía la sentía en los dientes. Arriba, la cuerda dio dos tirones, fuertes. *¿Más cuerda? ¿Pasa algo?* Él devolvió un tirón. *Todo bien.* No estaba seguro de que fuera verdad.

La recorrió con las manos durante la media hora siguiente. Yacía de costado bajo una sección caída del campanario de la torre, con la boca hacia él y un poco hacia arriba, medio enterrada. Podía meter el brazo dentro de la boca hasta el hombro. Era más alta que su pecho, si se pusiera de pie, y más ancha de borde a borde de lo que él alcanzaba con los brazos abiertos. El badajo de hierro colgaba dentro, oxidado hasta ser un bulto del tamaño de una cabeza de hombre y soldado a su yugo. Por fuera estaba limpia. Todo lo demás en la bajada estaba recubierto de ostras y hierba, y la campana estaba limpia bajo una piel verde y delgada, porque nada de lo que crece quiere vivir sobre el cobre. Bajo el borde vivían sargos. Los sintió pasar junto a su muñeca, sus cuerpos planos, sus dientecllos como dientes de persona, y volvieron en cuanto sacó el brazo.

Alrededor del hombro de la campana, bajo la piel verde, corrían letras en relieve. Podía sentir las con las yemas de los dedos a través del guante delgado. Las leyó como se lee una lápida en la oscuridad, una letra a la vez, y perdió la línea y la volvió a encontrar. Entonces no sabía qué decía la mayoría de ellas. Ahora lo sabe. La línea alrededor del hombro nombraba la parroquia, *SAN NICOLÁS*, y debajo el viejo distrito, *NOVENO*, y un año en la cuenta antigua, cuatro cifras, que no le decían nada salvo que era viejo. Debajo había un nombre, que él supo después que era el nombre propio de la campana, porque entonces las campanas tenían nombre, dado en una especie de bautizo: *ANNE-MARIE*. Alrededor del borde corría una línea en el viejo latín de la iglesia, que el cura de San Andrés Kim le tradujo al inglés en la seca sin preguntarle dónde la había visto: *Llamo a los vivos. Lloro a los muertos. Quiebro el rayo.*

A las diez y cuarto, tanteando los escombros del campanario en busca de una manera de ver a qué profundidad estaba enterrada la campana, su mano se cerró sobre lona.

Supo lo que era enseguida. Todo hundidor lo sabía. Era lona gruesa, alquitranada, cosida, tendida entre los escombros al pie de la campana donde la corriente que atravesaba la nave la había llevado y dejado caer, y en un extremo sus dedos encontraron la cuerda y el peso, un contrapeso de ventana de guillotina, de hierro, y la forma dentro de la lona era la forma de una persona, mucho más pequeña que él. La opción del agua. La asociación de alguien, o la familia de alguien, había sacado un bote al canal profundo alguna noche de algún año y había echado por la borda una sábana con peso, y el canal la había traído aquí, a una iglesia ahogada, y la había dejado junto a la campana.

Los hundidores tenían una costumbre para esto. No se abría. No se movía. Se decía lo que uno pudiera. Anselm se quedó de rodillas en el limo con la mano sobre la lona y dijo, en coreano, dentro del casco, la oración corta por los muertos que le había enseñado su madre, la única oración coreana que sabía entera, y se sintió ridículo, y sintió que era lo único correcto que había hecho en toda la mañana. Luego retiró la mano.

La cuerda dio tres tirones. *Sube.* La bitácora de bomba de Dieudonné, que Anselm ha visto desde entonces, dice a las 10:20 *algo sonó otra vez, lo sentí en la balsa, tirón a la cuerda, contestó, 10:31 subirlo, lleva demasiado.*

Subió. En la balsa, con el casco quitado y el sol como una mano sobre la cara y los árboles fantasma alzándose grises alrededor de la bajada, Dieudonné lo miró y dijo: «Sa te wani?» Qué era.

—Un chodyè —dijo Anselm—. Vye. De presbitè. —Una caldera, una vieja, de la casa parroquial.

Dieudonné lo miró largo rato. Luego dijo: «Chodyè pa sonnen» las calderas no suenan, y volvió a enrollar la manguera, y no volvió a preguntar.

* * *

Del relato de Anselm Ryu; la tarjeta que le dio Corvin Delahaye, que él guardó, cartulina crema, canto dorado.

La tarde del día en que encontró la campana, poco después de las siete, Anselm subió.

Subió por la tarjeta. Llevaba dos años clavada detrás de la barra de El Santo entre las otras tarjetas, la de los constructores de botes y la de los remendadores de redes y la de la mujer que escribía cartas de amor para los hundidores, y él la había leído cien veces sin querer: *PROCEDENCIA DELAHAYE. Rescatando la memoria de la ciudad. Se compran piezas de rescate arquitectónico y devocional con discreción. Consultas por corredor a la Esplanade*. Nunca había mandado un corredor. Esa tarde mandó uno. A las seis un muchacho volvió a bajar a El Santo con un pase para el control de Toulouse y una nota con una letra de lazadas que decía *Esta noche, si te parece. Llevo mucho tiempo esperando una llamada como la tuya*.

El Purificador de la caseta miró el pase y las manos de Anselm, que eran manos de hundidor, con cicatrices en los nudillos y grises bajo las uñas, y sus orejas, que eran orejas de hundidor, engrosadas en los bordes, y lo dejó pasar con cara de hombre que ha olido algo. Luego Anselm subió. Subió por las terrazas de los Estratos Medios, dejó atrás las galerías con sus cajas de tono en las ventanas y sus tarjetas azul cielo, subió por la escalera de servicio de la plataforma Esplanade, y en cada rellano el golpe se alejaba más bajo sus pies hasta que, arriba, desapareció.

Había estado en una plataforma dos veces antes, por trabajo. La tercera no fue mejor. El suelo no hacía nada. El aire no hacía nada. En algún lugar muy alto, al borde de lo audible, el tono seguía, dulce y fino, y se le revolvió el estómago y se le quedó revuelto, y se quedó de pie en el pasillo frente a la puerta de Delahaye con una mano plana sobre la pared amortiguada durante un minuto antes de llamar.

Corvin Delahaye tenía unos cincuenta años y aparentaba cuarenta, con una camisa de lino suelta color leche, descalzo sobre un suelo de madera clara que no hacía ningún ruido bajo sus pies. Le estrechó la mano a Anselm con las dos suyas y dijo: «Ryu, eres muy bienvenido, pasa, pasa, no hagas caso del suelo, está muerto del todo», y se rio, como si fuera un chiste que pudieran compartir.

El apartamento estaba lleno de cosas ahogadas. Anselm había sacado algunas él mismo, o las habían sacado hombres con los que bebía. Un vitral se apoyaba en la pared del fondo en un marco de roble nuevo, iluminado desde atrás de modo que sus azules y rojos echaban color por toda la habitación: una mujer en un bote, sosteniendo en alto una lámpara, sobre un agua llena de peces. Anselm conocía ese vitral. Había salido de la capillita del Distrito 63

hacía cuatro veranos, en once pedazos sobre una balsa, y el hundidor que lo sacó se bebió el dinero en un mes. Una pila bautismal de piedra gris estaba junto a la puerta del balcón con un helecho creciendo dentro. Sobre un pedestal, bajo una cúpula de vidrio, había un regulador de bomba del Desagüe, corriente, gris, de los que había en cada bomba del Lodo, con su lámpara ámbar apagada, y una plaquita de latón en el pedestal que decía *Regulador, Distrito 22, fuera de servicio. Un artefacto de la vieja ciudad.*

—Estás mirando mi regulador —dijo Delahaye—. Todos lo hacen. La gente de la plataforma nunca ha visto uno. Es lo que más se comenta en la sala. —Sirvió dos vasos de algo pálido—. Bueno. Tu corredor dijo *bronce* y *San Nicolás* en la misma frase, y anoche no dormí. Cuéntame.

Anselm se lo contó. No todo. El tamaño, la profundidad, las letras alrededor del hombro. No le habló de la lona a su pie, ni de la nota en los dientes, ni de la cara de Dieudonné.

Delahaye escuchó con los ojos cerrados. Cuando Anselm terminó los abrió, y estaban húmedos.

—Una campana con nombre —dijo—. Del Noveno. ¿Sabes qué pocas quedan? El Dospel se llevó todas las campanas que quiso hace un siglo y nadie se molestó con las que ya estaban bajo el agua. Todo lo que he oído mencionar acabó en chatarra. —Se inclinó hacia adelante—. La sacaré a flote a mis expensas. Una barcaza de izado, bolsas, una cuadrilla de grúa. Tú bucearás para el aparejo y se te pagarán los días. Y por el hallazgo en sí, por acudir a mí y a nadie más, te pagaré dieciocho mil fichas. Convertibles en el Mostrador. Esta noche, si quieres, un tercio.

Anselm hizo las cuentas sin querer. Su padre había sido uno de los mejores hundidores de su generación y había llevado a casa, en un buen año, mil quinientas fichas. Dieciocho mil eran su padre durante doce años. Eran el techo de su madre levantado y con rampa y su alquiler pagado hasta que muriera. Eran una balsa propia, y una bomba, y un sueldo de ayudante para Dieudonné. Eran muchas otras cosas en las que no podía pensar todas a la vez.

—¿Adónde irá? —dijo.

—Aquí. —Delahaye se levantó y fue al centro de la habitación, donde el techo subía dos pisos hasta un tragaluz, y alzó los brazos hacia el espacio vacío—. El atrio. De una viga, ahí, con una cadena. Iluminada desde abajo. Será la pieza más bella de la Esplanade. —Se volvió—. Le quitaremos el badajo, claro.

—¿Por qué?

—El reglamento de la plataforma. Ruido de impacto. Hay un límite, y una campana de bronce de ese tamaño lo superaría por, ay, no tengo idea. Por mucho. La junta de residentes la haría descolgar en una semana. —Sonrió con gran dulzura—. No necesita sonar, Ryu. Ya sonó lo suyo. Ahora necesita que la vean. Que la vea gente que entienda lo que es. A salvo, y seca, y callada, por primera vez en, ¿qué?, ¿trescientos años?

Anselm miró hacia arriba, al espacio vacío bajo el tragaluz, e intentó verla allí, colgando de su cadena en el aire muerto, con la boca vacía y la luz subiendo dentro de ella, y la gente de la Esplanade de pie debajo con sus copas en la mano, sin oír nada. Podía verla perfectamente. Ese era el problema.

—Lo pensaré —dijo.

—Por supuesto. —Delahaye le volvió a poner la tarjeta en la mano, como si pudiera haber perdido la primera—. Piénsalo todo lo que quieras. Solo que no lo pienses en voz alta en El Santo. Esa gente habla. —Se rio—. Perdóname. Tú eres de esa gente. Lo dije con cariño.

Al bajar, en el primer rellano donde el golpe volvía a la escalera, Anselm se detuvo y se quedó de pie con los dos pies planos y lo dejó subirle por el cuerpo, y vomitó por la baranda en una jardinera de helechos del Dosel, y se sintió mejor.

* * *

El aviso del Registro de Salvamento Patrimonial del Mostrador, tal como Plaisance lo clava dentro de la puerta de El Santo cada trimestre y personas desconocidas lo quitan cada trimestre.

REGISTRO DE SALVAMENTO PATRIMONIAL: UN MENSAJE DEL MOSTRADOR

Los distritos ahogados son nuestra herencia común. Para proteger la memoria de la ciudad para todos los residentes, todo objeto recuperado en un sitio registrado por el Mostrador se inscribe en el Registro de Salvamento Patrimonial en el momento de la venta.

Todos los distritos del 41 al 75 son sitios registrados por el Mostrador.

Los compradores con licencia pagan la tarifa publicada por peso, menos un gravamen de recuperación de sesenta de cada cien, que financia la custodia del patrimonio de la ciudad.

Los objetos de valor patrimonial excepcional deben declararse. El Mostrador gestionará su ubicación con custodios adecuados.

La venta de material recuperado a compradores sin licencia priva de su herencia a cada residente y es objeto de decomiso.

Recuerde: lo que yace debajo nos pertenece a todos.

*Tercer Sumidero*

Del testimonio de Solène Lafitte; el registro del patio inferior de Casa Plieque, que consigna dos visitantes y una escolta.

El patio inferior de Casa Plieque era un cuadrado de concreto mojado detrás del muelle de la ropa blanca, cerrado por muros en tres lados, y en el cuarto había una puerta de acero encajada en la base de una torre de ladrillo más antigua que todo lo que la rodeaba. A la sexta campanada había dos personas esperando junto a la puerta. Una era un Purificador de gris, con botas selladas y un arma al costado y una cara como una tienda cerrada. La otra era una mujer de unos cincuenta años con una bata del programa, verde pálido, una credencial con pinza y el pelo bajo una cofia, que sostenía una pizarra.

—Lafitte. De La Rosa. —La mujer revisó la pizarra—. Soy Ivry, ingeniera de turno. Estarán conmigo durante toda la visita. Harán lo que les indique el personal de cuidados. No tocarán nada que no sea él. —Hablabla el estándar del Dosel, el registro del personal, y no parecía saber que existiera otro. Iden, que hacía turnos sin paga en el carro de la ropa blanca de Casa Plieque y esa mañana había acompañado a los del hogar escalera de servicio abajo, esperaba junto a la puerta con el carro. Rethin, que se ocupaba de los calentadores y las bombas del recinto, estaba en una escalera junto al muro del fondo y no bajó. Ivry miró el cuenco que Marcel tenía en las manos—. Eso se queda.

—Está vacío —dijo Marcel.

—Se queda. —Ivry le hizo una seña al Purificador, que le quitó el cuenco a Marcel como si fuera un paquete para el correo y lo dejó en un estante dentro de la puerta de la torre, al lado de una bandeja para sus bolsas. Solène entregó su lápiz, su libreta, su cuchillo, el papelito con la cita, que el Purificador leyó y le pasó a Ivry. El Purificador cacheó a Marcel. Su mano se detuvo en el esternón de Marcel.

—Coin —dijo Marcel. La sacó de debajo de la camisa, colgada de su cordón: un disco gastado, de color latón, liso por ambas caras, no más grande que una uña del pulgar, tibio por el contacto con la piel. La había llevado suelta en el bolsillo toda la vida, y la había pasado al cordón apenas la noche anterior, porque el papelito decía *pertenencias retenidas* y una cosa llevada al cuello era más difícil de llamar pertenencia. El Purificador le dio la vuelta con un dedo, se encogió de hombros y dejó que la volviera a guardar. Solène vio cómo la mano de Marcel se aplanaba sobre ella a través de la camisa y se quedaba allí.

La torre tenía un ascensor de jaula, viejo, de hierro, con una reja plegable que Ivry corrió con estrépito. Bajó. Bajó durante mucho tiempo, pasando ladrillo y luego concreto y luego otra vez ladrillo, un ladrillo más viejo, negro de humedad, pasando una cornisa donde una tubería tan gruesa como un cuerpo cruzaba el pozo y goteaba. El aire cambiaba a medida que se hundían. Se volvió más cálido, cosa que Solène no esperaba, y más pesado, y olía a óxido y a agua estancada y a aceite de máquina. Y el golpe subió.

Había vivido toda su vida dentro del golpe. Había llegado al Distrito 7 de bebé y había dormido en él y había estado enferma en él y había hecho el amor en él, y no lo notaba más de lo que notaba su propio pulso. Aquí abajo lo notó. Subía por el piso de la jaula hasta sus talones, hasta sus rodillas, hasta sus muelas. Era el ritmo del Distrito 7, lento y pesado, y algo más también, un segundo ritmo debajo que no habría sabido nombrar, como si dos bombas estuvieran hablando y una de ellas estuviera lejos. Marcel, a su lado, se había quedado rígido, con la cabeza ladeada, como se ponía en el Yunque cuando una máquina del taller cambiaba de nota.

—Ya se acostumbrarán —dijo Ivry—. El personal se acostumbra. Aquí estamos pegados a la vieja tubería maestra. Todo lo de esta parte de la ciudad pasa por este hierro.

El ascensor se detuvo. Ivry abrió la reja a una galería, un largo pasadizo de ladrillo con techo abovedado, iluminado a intervalos por lámparas enjauladas. A lo largo de una pared corría una tubería enorme, negra, remachada, más antigua que el calendario y más antigua que lo que fuera que el calendario había reemplazado. Sudaba. Donde la tocaba la luz de las lámparas se veían las gotas paradas sobre el hierro, temblando al compás. A lo largo de la otra pared corrían bandejas de cables y una tubería más nueva, pintada de verde, y cada veinte pasos había una puerta de acero con un número.

El Tercer Sumidero era la tercera de tres cámaras que alguien, hacía muchísimo tiempo, había excavado para contener el agua cuando las bombas no daban abasto. Ivry se lo contó mientras caminaban, con la voz de una mujer que se lo contaba a cada visitante y había dejado de oírlo. Las dos primeras se habían rellenado de escombros. La tercera se había drenado y sellado y equipado. El programa llevaba allí más tiempo del que Ivry llevaba trabajando para él.

Al final de la galería había una puerta sin número, y junto a la puerta, metido en un hueco del ladrillo, había un gabinete de acero gris tan alto como un hombre, con un estarcido del Desagüe y un sello del programa y una ventanilla de vidrio grueso en el frente, detrás de la cual se movían lucecitas. Un cable grueso y blindado salía de la pared junto a la puerta y entraba por el costado del gabinete. Otro, más grueso todavía, salía por arriba del gabinete y subía a un conducto que corría por el techo de la galería y se alejaba en la oscuridad, en la dirección por la que no habían venido.

Marcel se detuvo frente al gabinete. Ivry dijo: «Ahora no», sin darse la vuelta, y abrió la puerta.

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; las notas de cuidado de Esvane, la página de esa mañana, que se le mostró junto a la cama.

En el Tercer Sumidero, la mañana de la visita, la habitación estaba cálida como una cocina. Eso fue lo primero. Lo segundo fue la luz, suave y amarilla, que venía de lámparas en las paredes y no del techo, como se ilumina un cuarto donde alguien duerme. Lo tercero fue el olor: algodón limpio, el dulzor gomoso de los tubos, aceite de lámpara, piel y, débil, por debajo de todo, el olor de la clínica del Yunque en una noche larga, el olor de un cuerpo al que se mantiene.

Cuatro calentadores de aceite se alineaban junto a las paredes, achaparrados y negros, cada uno con un bidón azul enganchado en el costado. Solène los contó sin querer. Cuatro calentadores. Cuatro bidones. Pensó en la puerta del Distrito 12 y en Bao-Nguyen apoyado en la baranda.

En el centro de la habitación estaba el recinto. Era una cama dentro de un armazón, y el armazón sostenía paneles de compuesto transparente en tres lados y un techo del mismo material por encima, de modo que la cama quedaba en su propio cuartito de aire, más cálido que la habitación cálida que lo rodeaba. De un humidificador salían mangueras hacia una esquina. Un panel de la pared transparente del lado más cercano estaba abierto. Junto al recinto, sobre un carrito de acero, había una máquina del tamaño de un baúl con una carcasa transparente a través de la cual Solène veía girar una bomba, y serpentines, y una cámara donde se movía algo oscuro, y de ella salían dos líneas de tubo en fundas de algodón, las fundas de Orvelle, que cruzaban el carrito y pasaban por el borde de la cama y se metían bajo la sábana a la altura de la cadera derecha.

Y debajo del armazón del recinto, atornillada a la base donde descansaba el peso de la cama, había una placa gris y plana de la que salía un cable, y el cable cruzaba el piso por un canal cubierto hasta la pared, hacia el gabinete de la galería.

Junto a la cabecera de la cama había una persona cuidadora. De mediana edad, de manos anchas, con la misma bata verde pálido que Ivry, las mangas arremangadas, un reloj prendido al revés en el pecho y una libreta en el bolsillo de la bata con un lápiz metido en el espiral. Miró a Solène y a Marcel con una expresión que Solène no esperaba: bienvenida, y preocupación, y algo parecido a una disculpa.

—Soy Esvane —dijo la persona cuidadora—. Hago el turno de día. Elvaren entra a la duodécima campanada. Si se quedan mucho rato, conocerán a Elvaren. —Esvane miró a Ivry—. Quisiera que se lavaran las manos.

Se lavaron las manos en una pileta junto a la puerta, con agua que salía de una llave, caliente, un lujo que Solène notó y en el que luego se negó a pensar. Esvane les dio a cada uno una bata de algodón para ponerse sobre la ropa. Luego Esvane se apartó de la cabecera de la cama y dijo: «Acérquese».

Solène se acercó.

Estaba acostado sobre el lado izquierdo, un poco vuelto hacia la espalda, sostenido con cojines en cuña detrás y un cojín largo entre las rodillas. La sábana le llegaba al pecho. Tenía los brazos encima, uno doblado, uno estirado. Estaba delgado. Ella sabía que estaría delgado y aun así fue como pisar en falso un escalón. Tenía el pelo corto, gris, algo de blanco en las

sienes, y alguien lo había afeitado esa mañana, y tenía un cortecito en la mandíbula donde se le había enganchado la navaja. Tenía los ojos cerrados. La boca, un poco abierta. Respiraba solo, lento, hondo, con un pequeño enganche en lo alto de cada respiración.

Ella tenía diecisiete años la última vez que lo vio. Él estaba de pie en la puerta del taller del Yunque con el abrigo puesto, diciendo que volvería para la cena y si alguien quería algo de la Dársena, y Marcel había pedido un resorte para su barco de juguete y ella no había pedido nada porque a los diecisiete no quería que la vieran desear cosas. Eso fue lo último. Le había dado tantas vueltas en once años que se había gastado hasta quedar liso y ya no significaba nada.

La mano derecha descansaba sobre la sábana, con la palma hacia abajo. Ella le miró el pulgar. Ahí estaba: el remolino de una vieja cicatriz de quemadura en la yema, brillante, donde se le había resbalado un cautín a los veinte años y él se había negado a que nadie se lo viera, y se había curado en una marca como una segunda huella digital. Cuando ella era chica, él la apretaba contra la harina de la mesa de la cocina y le decía que era su firma.

—Puede tocarlo —dijo Esvane—. La mano está bien. No levante la sábana del lado derecho. No le mueva la pierna.

Puso los dedos sobre su mano. Estaba tibia. La piel estaba seca y fina y floja sobre los huesos, y ella sintió el pulso en la muñeca sin buscarlo, y era lento.

—Étienne —dijo ella, en Kanal, y oyó cómo el registro del personal se le caía de encima como un abrigo—. Sa e Solène.

Nada. La respiración siguió. Detrás de ella, Marcel no se había movido de los pies de la cama.

—A veces abre los ojos —dijo Esvane en voz baja—. A menudo, hacia el cambio de turno. Cuando le lavo la cara. Cuando anda el ascensor. Lo anoto. —Esvane sacó la libreta de la bata, la abrió y la giró hacia ella, y ella vio columnas en una letra pequeña y pulcra: horas, giros, piel, flujo del circuito, temperatura, ingesta, excreción, y una columna en el borde derecho con el encabezado *Ojos / otros*, con anotaciones breves. *Abiertos 40 seg. ¿Siguió la lámpara? Abiertos. No sigue. Mano cerrada sobre la tela. Abiertos con la voz de Elvaren, 2 min.* —No sé qué significa —dijo Esvane—. Llevo nueve años haciendo esto. No sé si nos oye. Le hablo de todos modos. Elvaren le canta.

—Nueve años —dijo Solène.

—La de antes de mí estuvo dos. Se jubiló. —Esvane cerró la libreta—. Lo siento. Seguro que quiere preguntar cosas.

Quería preguntarlo todo. Estaba de pie con los dedos sobre su mano y descubrió que las preguntas se le habían puesto en fila como se ordena la mercancía en un manifiesto, por orden de peso, y que no podía levantar la primera.

—El circuito —dijo. Le salió firme, y por eso le estuvo agradecida a su propia voz—. ¿Para qué sirve?

—Le saca la sangre y se la vuelve a meter. Le ayuda al corazón. Le calienta la sangre, le añade lo que necesita, le quita lo que no. —Esvane tocó la carcasa de la máquina con dos dedos, suavemente, como quien toca a un animal dormido—. Las líneas entran por la cadera derecha, en los vasos grandes. Por eso no puede acostarse de ese lado. Si flexiona demasiado esa cadera, o se gira sobre ella, la línea se dobla o da un tirón, y entonces pasamos una mala

hora. Así que lo giramos a la izquierda y de espaldas, a la izquierda y de espaldas, cada dos horas, de día y de noche. Doce giros al día. —Una pequeña sonrisa cansada—. Tengo un hombro malo de tanto lado izquierdo.

Solène pensó en la mano de Dorel abierta sobre la sábana extendida. *Su desgaste, de un solo lado.*

—¿Cuánto tiempo puede vivir así?

—Ha vivido así once años —dijo Esvane—. Tiene el corazón débil. Ya lo tenía débil cuando llegó, y ahora más. El circuito se encarga de parte del trabajo. Cada año tengo que pedirles un poco más de flujo. —Esvane miró a Ivry, que estaba junto a la puerta con su pizarra—. También les he pedido otras cosas.

—El cuidado no es la cuestión —dijo Ivry.

Solène se volvió. Mantuvo la mano sobre la de Étienne.

—Entonces dígame cuál es la cuestión.

Ivry la miró un largo rato y luego, para sorpresa de Solène, contestó sin rodeos: «El Despacho de Continuidad paga su cuidado. Eso es la ropa blanca, el aceite, el circuito, el personal de cuidados. El Despacho no se opone a que vuelva a casa, y le diré con franqueza que su cuidado cuesta más que tres familias cualesquiera de su distrito. Pero su salida no la decide el Despacho. La seguridad del Consorcio decide quién sale de la continuidad, y seguridad se guía por el consejo de ingeniería, e ingeniería dice que todavía lo necesitan».

—¿Para qué lo necesitan?

—Es la referencia viva de la instalación de enmascaramiento. —Ivry lo dijo como había dicho la historia de los sumideros, como algo que ya había dicho antes—. Esa placa debajo de la cama es un captador. Lo lee. La lectura va al gabinete que vieron afuera, y de ahí al receptor de referencia del Sector Cuatro, que marca el tiempo de la red. No voy a explicarle la red. No tengo permiso y no me lo agradecería. Lo que sí puedo decirle es que no se ha aceptado ninguna referencia de reemplazo, y hasta que se acepte una, ingeniería no lo va a liberar, y seguridad no va a pasar por encima de ingeniería.

—Entonces dejen de leerlo —dijo Solène—. Quiten la placa. Mantengan el cuidado. Él puede quedarse aquí, si tiene que quedarse, y ustedes pueden dejar de usarlo.

—He presentado esa solicitud —dijo Esvane, antes de que Ivry pudiera contestar—. Tres veces. La escribí como se lo dicen los ingenieros entre ellos: si la referencia cae, el receptor conserva su último ajuste. Nada se detiene. Las bombas siguen.

—Y yo la he remitido —dijo Ivry—. Volvió rechazada. Volverá rechazada si usted la remite. Él está en la referencia, Madame Lafitte. La referencia no se retira por bondad. Esa es la respuesta que tengo, y lamento que sea la única.

Solène entendió que la mujer lo decía en serio, y que eso no cambiaba nada, y que iba a tener que cargar con las dos cosas al salir de esa habitación.

—Podemos llevarlo a casa —dijo de todos modos, porque alguien necesitaba decirlo en voz alta, y eran ya once años.

—No —dijo Ivry—. Pueden visitarlo. El Despacho les dará otra cita si la piden. No pueden llevárselo.

Solène se volvió hacia la cama. Se inclinó hasta que su boca quedó cerca de la oreja de él. El pelo le olía al jabón del personal de cuidados, algo sencillo.

—Tus sábanas son de Orvelle —dijo—. Del canal del Distrito 9. Las lava cada seis días. Quería que lo supieras. —Y luego, más bajo, en Kanal, porque no había pensado decir nada más y le salió de todos modos: «Yvonne te lava bol di tu. Marcel te kava li. Li anlè.» Yvonne había lavado su cuenco; Marcel lo había traído; estaba arriba.

No pasó nada. La respiración se le enganchó arriba y se soltó. Ella no había esperado que pasara nada y descubrió que estaba llorando de todos modos, sin ruido, con las lágrimas cayéndole de la nariz a la sábana, y que Esvane le había pasado en silencio una toalla doblada, una de las de Orvelle, y que la estaba usando.



Lo que percibió, lo que dedujo

De cómo oyó Marcel De La Rosa el gabinete, tal como lo contó después en tres partes: lo que percibió, lo que dedujo, lo que leyó.

Marcel no pudo quedarse junto a la cama en el Tercer Sumidero. Lo intentó.

Se quedó de pie al pie de la cama con las manos limpias a los costados y miró los pies de su padre bajo la sábana, la forma que tenían, y el cojín largo entre las rodillas, y los tubos en sus fundas de algodón que se metían bajo la sábana a la altura de la cadera, y la habitación lo apretaba por todos lados. La bomba de la máquina de circuito giraba con un ritmo suave y húmedo que él veía, como veía algunos sonidos, como un pulso gris y lento en el borde de la vista. Los calefactores hacían tic. El humidificador siseaba, un brillo pálido. Debajo de todo eso subía el golpe por el piso, y debajo del golpe la segunda cosa, el ritmo lejano, y la placa bajo la cama lo recogía todo y lo mandaba a través de la pared.

Solène le estaba diciendo algo a Étienne. Marcel oyó su propio nombre y no pudo acercarse. Tenía la mano en el pecho. Bajo la palma, bajo la camisa, bajo la cicatriz, el corazón le seguía latiendo como siempre, y el ámbar se transparentaba débilmente a través de la bata de algodón donde se abrían sus dedos, y él apretaba más fuerte para taparlo, cosa que nunca servía.

Tenía ocho años. Recordaba un abrigo, y una puerta, y que había pedido un resorte para el barco, y recordaba el barco, azul, con una paleta movida por una goma elástica, y el resorte que nunca le dieron, y no recordaba bien la cara de su padre, y eso era lo que más miedo le había dado durante once años, y ahora ahí estaba la cara, flaca y afeitada y con un corte en la mandíbula, y no servía de nada. No coincidía. Nada coincidía.

—Mo neda un minit —dijo para nadie, y salió por la puerta hacia la galería.

El Purificador estaba de pie contra la pared de enfrente. Miró a Marcel y no se movió. Ivry llegó a la puerta detrás de él.

—Deme kote mo pu viza tu —dijo ella, queriendo decir que él debía quedarse donde ella pudiera verlo.

—Mo ve deme. —Apoyó la espalda en el ladrillo junto al gabinete y se dejó resbalar hasta quedar sentado en el piso de la galería con las rodillas levantadas. El Purificador se relajó un poco. Ivry lo observó un momento más y luego volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta abierta.

El gabinete estaba a un brazo de distancia de su hombro derecho.

No lo tocó. Se quedó sentado y dejó que le llegara, como le llegaba el sonido en el taller cuando Nel tocaba la kalimba en el cuarto de al lado y él podía oír sin intentarlo qué lengüeta se había desafinado. El gabinete zumbaba. Era el transformador de adentro, la nota común de la red, una línea amarilla y delgada. Por encima del zumbido, pequeños y rápidos, llegaban chasquidos de relé, irregulares, que él veía como motas blancas. Y debajo de ambos, entrando por la pared desde la habitación, había un pulso.

Se quedó muy quieto.

Conocía ese pulso. Llevaba veinte minutos mirándolo, sin querer, en la pequeña pantalla iluminada del lado de Esvane de la máquina de circuito: un trazo verde y lento, un pico y una caída, poco más de cincuenta por minuto. El corazón de su padre. Ahí estaba otra vez, en el gabinete, un empuje lento y suave bajo el zumbido, el mismo intervalo, el mismo leve tropiezo antes de cada latido que había visto en el trazo sin entenderlo. Puso la palma plana sobre el ladrillo junto al cable, donde salía de la pared. El cable estaba tibio. El ladrillo vibraba débilmente. Sintió el empuje en la palma, y contó, y coincidía con la cuenta que había hecho en la habitación.

Eso era sensación. Se obligó a nombrarla. Lo siguiente era deducción, y también la nombró: la placa bajo la cama leía a su padre, el latido y la respiración y los pequeños movimientos de un cuerpo en una cama, y la lectura llegaba por este cable a esta caja. Ivry ya había dicho otro tanto. Lo que él podía oír era la lectura, o su sombra mecánica, el relé que castañeteaba al compás de lo que le daban. No podía oír a su padre. Estaba oyendo a una máquina oír a su padre. Se aferró a esa diferencia.

Entonces levantó la vista. El cable más grueso salía por arriba del gabinete y entraba en el conducto del techo. En el conducto, justo donde dejaba el gabinete, alguien había estarcido hacía mucho, en amarillo del Desagüe, ahora medio descascarado: *S4 REF*. Y debajo, más pequeño, una fecha en el cómputo antiguo y unas iniciales.

Se levantó despacio para que el Purificador no se sobresaltara, y se paró frente al gabinete y leyó la placa junto a la ventanilla de vidrio, cosa que podía hacer sin tocar nada. Un número de serie del programa. Una etiqueta de mantenimiento del Desagüe con la fecha del último servicio. Una línea en letra pequeña: *SALIDA: RECEPTOR DE REFERENCIA DEL SECTOR CUATRO. ANTE PÉRDIDA DE ENTRADA EL RECEPTOR MANTIENE EL ÚLTIMO VALOR ACEPTADO*. Detrás del vidrio, una fila de luces: una verde fija, una verde que latía con el ritmo lento de cincuenta y tantos, y una tercera, ámbar, que no latía en absoluto.

Así que esa era la ruta: la placa, el cable, la caja, el conducto, galería arriba hacia la oscuridad, rumbo al Sector Cuatro, dondequiera que estuviera el Sector Cuatro, y al final un receptor que marcaba el tiempo de bombas y compuertas y Líneas del Diezmo por toda la ciudad, y al principio su padre sobre el costado izquierdo, al que cada dos horas daba vuelta una persona cuidadora con un hombro malo.

Lo había leído en el metal, como se lee la placa de una bomba, y era lo primero que entendía desde el ascensor.

La moneda se movió sobre su pecho.

La sintió contra el esternón, sobre la cicatriz: un pequeño temblor, un zumbido, como un diapasón apoyado en madera. A veces lo hacía. Lo había hecho toda su vida, cerca de ciertas máquinas, cerca de las viejas tuberías maestras, cerca de Nel una vez que estaban acostados juntos en el techo del taller durante la seca, y él nunca había sabido por qué, y hacía mucho que había dejado de preguntarle a nadie porque las respuestas siempre eran sobre imanes. Puso la mano plana encima, a través de la bata. Estaba tibia, más tibia que su piel. Bajo la palma temblaba a un ritmo que no era el golpe ni el pulso de la luz verde del gabinete, más rápido que los dos, muy fino.

Se quedó de pie frente al gabinete con la mano plana sobre el pecho, y por un momento tuvo conciencia de tres cosas en su cuerpo a la vez: el corazón bajo la cicatriz, que había venido de algún lugar que nadie en la casa le había explicado nunca y que era suyo, y la moneda encima, fina y rápida, y el empuje lento del corazón de su padre que llegaba a través del ladrillo a su espalda. Y debajo de las tres, más abajo, más estable que nada que hubiera oído jamás, la otra cosa, el ritmo lejano, el que había sentido en el ascensor. No latía. Se sostenía. El gabinete escuchaba a su padre, pero él pensó, sin poder decir por qué, que se estaba aferrando al ritmo lejano. No tenía una palabra para eso. No intentó buscarla. Solo notó que quería pegar la oreja a la vieja tubería maestra negra a lo largo de la pared de la galería, como hacía Pip detrás del mercado, y que tenía miedo de hacerlo.

—Aléjese de eso, por favor —dijo Ivry.

Estaba en la puerta. Él no sabía cuánto tiempo llevaba ahí.

—No lo toqué.

—Lo sé. Aléjese. —Esperó hasta que lo hizo—. Usted es el ingeniero de la familia. La pareja de Nel. El que lee bombas. —Cuando él la miró, ella se encogió de hombros—. El Despacho manda un expediente antes de una visita. Es delgado, no se preocupe.

—Dice *mantiene el último valor aceptado*. —Señaló la placa con la cabeza—. Si lo quitan del captador, el receptor mantiene el valor. Nada cambia más abajo. Las bombas no se detienen. Podrían desconectarlo mañana.

Ivry se quedó callada un momento. El Purificador miraba de uno a otro.

—Podrían —dijo ella—. Y el receptor lo mantendría. Mantendría el último valor mañana, y la semana que viene, y el mes que viene. Lo mantendría perfectamente. —Miró el gabinete, no a él—. Y todo lo demás en el mundo seguiría moviéndose, y en un año lo que mantiene estaría un año desactualizado, y nadie sabría por cuánto. Una referencia que no se actualiza no es una referencia. Es una fotografía. —Se volvió hacia él—. Ese es el argumento de ingeniería. Le he dado más de lo que debería. No se equivocan sobre el receptor. Si tienen razón en lo demás, eso está por encima de mí.

—Lo demás —dijo Marcel.

—Vuelva a entrar —dijo Ivry—. Elvaren entra en veinte minutos. Su hermana va a querer que usted esté ahí cuando él abra los ojos. Si es que los abre.

* * *

Del testimonio de Solène Lafitte; notas de cuidado de Esvane, entrada de la duodécima campanada: «Vuelta. Abre. La canción de Elvaren, completa».

Marcel volvió a entrar con la cara lavada de algo y se quedó junto a Solène a la cabecera de la cama. Al cabo de un rato puso la mano junto a la de ella sobre la sábana, cerca de la mano de su padre, sin tocarla. Solène corrió el meñique para que quedara contra el de él. Se quedaron así.

A la duodécima campanada el ascensor sonó con estrépito en la galería y entró otra persona cuidadora, más joven, de complexión delgada, con el pelo largo recogido en una redecilla y una bolsa de tela al hombro: Elvaren, que los saludó a ambos con la cabeza como si vinieran cada semana, y se lavó en el lavabo, y fue con Esvane, y pasaron unos minutos frente a la ficha hablando en voz baja. Luego Esvane dijo: «Ahora le damos la vuelta», y Solène y Marcel retrocedieron hasta la pared, y miraron cómo Esvane y Elvaren deslizaban las manos bajo la sábana y los cojines y lo hacían rodar, a la par, con suavidad, del costado izquierdo a la espalda, Esvane en los hombros, Elvaren en las caderas, con la mano libre de Elvaren sobre las líneas del circuito donde se metían debajo, sujetándolas, manteniéndolas rectas.

Cuando estuvo boca arriba, Étienne abrió los ojos.

Eran castaños. Estaban abiertos. Miraban el toldo del recinto, la luz amarilla sobre él, y no se movían. Elvaren se inclinó sobre él y le dijo, en voz baja, en Kanal: «Tu e da. Bonswa.» Ahí estás. Buenas tardes. Elvaren empezó, muy suavemente, a cantar algo sin palabras, y los ojos de él siguieron abiertos, en la luz, lo que duró la canción, que no fue mucho. Nadie en la habitación respiraba demasiado. Esvane escribía en el cuaderno. Luego los ojos se le cerraron.

—Es lo normal —dijo Elvaren, volviéndose—. Esta fue buena. Le gusta la vuelta. — Elvaren los miró a ambos con una franqueza en la que Solène pensaría después—. No sé si me reconoce. Llevo cuatro años cantándole. Pueden volver a cantarle, si quieren. Les enseño la melodía.

—Time —dijo Ivry desde la puerta.

Arriba, en la torre, el Purificador les devolvió sus bolsas, el cuchillo y el lápiz y el cuaderno de Solène, y bajó el cuenco del estante y se lo entregó a Marcel. Marcel lo sostuvo con las dos manos. Lo miró, la tela roja, la esquina zurcida, el nudo que había hecho Yvonne, y no lo desató.

En el patio de abajo el calor los golpeó como una pared. Era primera hora de la tarde. En algún lugar cuesta arriba alguien estaba friendo algo, con aceite, y el olor era lo más cruel que Solène había oído nunca.

—Li vivan —dijo Marcel—. Li du. Nu te trova li. —Su padre estaba vivo. Estaba ahí. Lo habían encontrado.

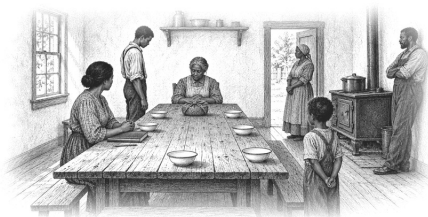
—Nu te trova li —dijo Solène.

—An le pa ve kita li vena a kay. —Y no pensaban dejarlo volver a casa.

—No.

Él siguió de pie con el cuenco. No tenía la mano en el pecho; tenía las dos manos en el cuenco. Solène lo miró y vio que su mano izquierda, bajo la tela roja, había encontrado el

borde y lo apretaba tanto que se le blanqueaban los nudillos, y no dijo nada de eso, y no lo tomó del brazo, porque pensó que él se rompería si lo hacía. Bajaron la cesta juntos, hacia el Distrito 7 y el Yunque y todos los que esperaban en la mesa de la cocina, cargando el cuenco vacío.

*El tazón de más*

Del testimonio del propio hogar; el de Junie, que es el único que menciona el quimbombó.

A media tarde del día de la visita, en la cocina del Yunque, toda la gente que vivía en la casa estaba a la mesa y nadie comía, y Junie, a quien le dijeron que pusiera los tazones, había puesto tazones para todo el mundo y uno más y luego se quedó mirando el que sobraba con las dos manos a la espalda, esperando el regaño.

Nadie regañó a Junie. Yvonne estaba en la cabecera de la mesa con las manos juntas. Nox estaba de pie junto a la estufa con la espalda contra la pared, como había estado cada noche desde que volvió a casa, como si la cocina pudiera necesitar que alguien sostuviera una puerta. Lena había entrado del patio y no se había sentado. Margaux estaba allí, porque Margaux había estado allí casi toda la semana anterior, con el libro verde cerrado delante y un lápiz atravesado encima. La olla de quimbombó y sorgo en el fogón había pasado de hervir a fuego lento a nada, y nadie se había dado cuenta.

Marcel entró primero, con el tazón. Lo puso en la mesa delante de Yvonne, todavía en su paño rojo, todavía atado con el nudo de ella, y dio un paso atrás.

Yvonne lo miró un momento. Luego desató el nudo. Lo hizo despacio, porque a su mano marcada de cicatrices no le gustaban los nudos pequeños, y nadie se ofreció a ayudarla. Dobló el paño rojo hacia atrás, esquina por esquina. El tazón estaba ahí dentro, blanco, con su borde azul desportillado, vacío, exactamente como se había ido.

—Li te deme anlè —dijo Marcel—. Su un etajè kote dora. Le pa te kita li desanda. —Se había quedado arriba, en un estante junto a la puerta. No lo habían dejado bajar.

—Mo sava —dijo Yvonne—. Mo te pava ki li ve deme. —Ella había dicho que se quedaría arriba. Puso el pulgar en la mella del borde, donde el esmalte se había saltado en una media luna negra con forma de uña el año en que Solène, a los seis, lo dejó caer, y la frotó una vez—. Ke li te cho? —¿Estaba abrigado?

—Yo —dijo Solène. Por fin se había sentado, en su lugar, con las manos planas sobre la mesa—. Cho an prop. Le raze li. Kekmoun te koupa li un ti kras su machwè matin sa. —Abrigado y limpio. Lo habían afeitado; alguien le había hecho un corte en la mandíbula esa mañana. Se detuvo—. Dra di li e de Orvelle. Mo te pava li. —Sus sábanas eran de Orvelle, y ella se lo había dicho.

—Ke li te audi tu? —¿La había oído?

—Mo pa sava.

Yvonne asintió como si esa fuera una respuesta que esperaba y que le servía. «An la mona kura otra. La mona ra chanta.» Se refería a la otra persona cuidadora. La que cantaba.

—Elvaren. —Solène miró el tazón, no a Yvonne—. Li te ouvra je di li kan le te vira li. Pandan toti di la chan. —Durante toda la canción—. Elvaren pava ki sa nomal. Elvaren pava ki nu pu vena baka an apren la melodi. —Elvaren había dicho que eso era normal, y que podían volver y aprender la melodía.

Nox hizo junto a la estufa un sonido que no era una palabra. Cuando lo miraron, había vuelto la cara hacia la ventana.

—Le pa ve kita li vena a kay —dijo Marcel. Lo dijo hacia la mesa, para todo el mundo, con la voz plana que usaba para leer una placa, porque era la única voz que tenía capaz de sostenerlo—. Li e la referans. Gen un plat anba liti di li, an un kab, an un bouat na miray ave un plat ra pava sa ra pasa si le retire li, an sa ra pasa e anyen. La resev tena. Enjenyè a te pava sa. An le toujou pa ve. —No lo dejarían volver a casa. Él era la referencia. Había una placa debajo de su cama, y un cable, y una caja en la pared con una placa que decía lo que pasaría si lo desconectaban, y lo que pasaría era nada. El receptor aguantaría. Lo había dicho la ingeniera. Y aun así se negaban.

Nadie dijo nada. A través del suelo, el golpe seguía. Afuera, en Dauphine, pasó una carreta con una rueda floja que hacía tictac.

Yvonne sacó el tazón del paño rojo. No se levantó a ponerlo otra vez en el estante alto detrás de la sal. Lo dejó en la mesa, en el lugar vacío que Junie había puesto, el lugar del extremo más cercano a la puerta del altar donde nadie se había sentado en once años, y dobló el paño rojo en un cuadrado y lo dejó junto al tazón, y luego se levantó y fue al fogón y removió el quimbombó, que se había pegado en el fondo, y encendió el quemador con una astilla prendida en la lámpara, y le dijo a la olla: «Sida, vu toti. Junie te meta la mesa.» Que se sentara todo el mundo. Junie había puesto la mesa.

Se sentaron. Junie, con mucho cuidado, llenó los tazones de todo el mundo menos el blanco.

* * *

Del relato de Elvaren, dado en la seca en un puesto de té del Distrito 5, a condición de que no se nombrara la calle de Elvaren.

A las once de esa noche en el Tercer Sumidero, una hora antes del fin del turno, Elvaren lo giró sobre el costado izquierdo sin ayuda, cosa que no se debía hacer y que toda persona cuidadora hacía cuando la noche estaba tranquila, con una mano sobre las vías a la altura de la cadera y la otra bajo su hombro y una rodilla apoyada contra el armazón de la cama, y le acomodó la cuña detrás y el cojín largo entre las rodillas y se apartó.

No abrió los ojos. Los había abierto una vez ese día, en el giro con las visitas en la habitación, durante toda la canción. Elvaren lo había anotado, y luego Esvane se había quedado después del final del turno de día para escribir la cuarta solicitud en el formulario semanal, con la letra cuidadosa que Esvane usaba para el programa, y se la había leído en voz alta a Elvaren antes de mandarla arriba por el tubo, y tanto Esvane como Elvaren sabían que volvería *anotada*.

—Solène te vena —le dijo Elvaren, en Kanal, que Elvaren nunca hablaba arriba, mientras se sentaba en el taburete junto a la cama—. Marcel te vena. Le te pota bol di tu. Li anlè kote dora. —Habían traído su tazón; estaba arriba, junto a la puerta. Elvaren lo pensó—. Li te desanda la pant ave le. Ko li te anlè, an aster li na kay. —No: había bajado la cuesta con ellos. Había estado arriba, y ahora estaba en casa.

El aliento entró y se trabó arriba y se soltó. La bomba del carrito giraba con su sonido suave y húmedo. Los calefactores hacían tic. Elvaren le miró la cara un rato a la luz amarilla de la lámpara y no vio cambiar nada que Elvaren hubiera podido jurar, y escribió en el cuaderno, en la columna *Ojos / otro, Se dijeron los nombres. Cerrados. Ningún cambio que yo pudiera jurar*.

Entonces, porque era tarde y no había nadie que oyera, Elvaren le volvió a cantar la melodía. No tenía letra. La abuela de Elvaren la cantaba sobre la masa del pan en una cocina del Distrito 5 con la ventana abierta al callejón, y nunca había dicho de dónde venía, y Elvaren se la había encontrado en la propia boca hacía cuatro años, la primera noche en esta habitación, sin decidirlo, porque la habitación era tan silenciosa bajo el golpe y el hombre de la cama estaba tan solo en ella. Subía en tres pasos y bajaba en uno. No era una melodía triste. Eso era lo que la gente entendía mal cuando la oía. Era una melodía para cantar en medio del trabajo.

A las doce menos cuarto la persona cuidadora del turno de noche bajó en la jaula e hicieron el relevo junto al historial, en voz baja, y Elvaren se quitó la bata verde y la colgó en su gancho y salió a la galería.

La vieja tubería maestra que corría junto a la pared sudaba, como siempre. Elvaren se detuvo bajo la tercera lámpara, donde Elvaren siempre se detenía, y la miró. Las gotas se posaban sobre el hierro negro por miles, cada una atrapando la lámpara, y cada una temblaba, muy levemente, al compás del golpe, de modo que todo el largo flanco de la tubería se estremecía con lucecitas como un campo bajo el viento. En las noches tranquilas se podía estar ahí mucho rato. Al pie de la pared, en la boca del drenaje de la galería, el sapo estaba sentado donde siempre se sentaba, color ladrillo, del tamaño del puño de un niño, con

la garganta latiéndole. Nadie sabía cómo había llegado hasta aquí abajo. Elvaren le había puesto el nombre de un obispo y nunca le dijo a Esvane cuál.

Pasada la lámpara, el gabinete estaba en su hueco con sus tres luces, verde fija y verde pulsante y el ámbra que no pulsaba. Elvaren no lo miró mucho rato. Nadie del personal de cuidados lo hacía. Era cosa de ingeniería.

El ascensor subió durante mucho tiempo. Arriba, la puerta de la torre se abrió al patio inferior, y el aire de la noche entró caliente y húmedo y lleno del olor de los puestos de masa frita de los Estratos Medios, que ya cerraban, y el estante junto a la puerta, del lado de dentro, donde había esperado el tazón, estaba vacío. Elvaren mostró un pase en la reja del patio a un Purificador que se dormía de pie, y bajó por los Estratos Medios pasando la galería del comercio de la calma con las persianas bajadas y su escaparate de cajas de tono que brillaban débilmente en la oscuridad, *LA CALMA ES UNA FRECUENCIA* en letras blancas sobre una tarjeta celeste, y bajó por la escalera cívica con el pase del programa que la abría después de medianoche, hasta el Distrito 5, hasta el golpe.

Le subió a los pies en el último escalón, lento y pesado, la subida y el asiento, y Elvaren se quedó ahí un momento, como siempre, y lo dejó subir. Luego Elvaren se fue a casa, a una habitación con una ventana al callejón y una hermana dormida en la otra cama y una olla de sorgo frío en el alféizar, y se lo comió de pie, y se acostó, y durmió, mientras a dos kilómetros cuesta arriba y cuarenta metros más abajo un hombre yacía sobre el costado izquierdo en la tibieza, y alguien más lo giraba a las dos, y a las cuatro, y a las seis.

* * *

Una línea del libro de pérdidas del taller de fabricación de la loma correspondiente al Año 0, tal como se copió después en este expediente. Margaux Abagnale la obtuvo después de los hechos de este relato y no ha dicho cómo.

LIBRO DE PÉRDIDAS DEL AÑO 0. LÍNEA 214.

Artículo: unidad cardíaca neonatal, contrato del Dosel (cuenta del cliente reservada). Fabricación de catorce meses.

Estado: FABRICACIÓN FALLIDA EN LA PRUEBA DE MEMBRANA.

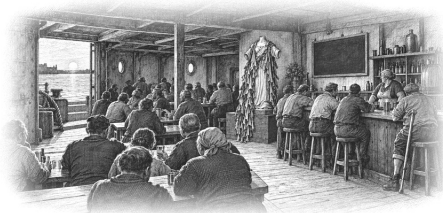
Disposición: CHATARRA. METALES RECUPERADOS.

Costo: transferido en su totalidad de la cuenta del cliente a pérdidas del taller.

Cliente notificado: unidad de reemplazo a cargo del taller, plazo estimado de ocho meses. Respuesta del cliente: ACEPTADA.

Registrado: A.

Verificado: (en blanco)



Hoy abajo, ninguno

Del relato de Yesenia Quintero; el de Ti-Paul Bergeron, que es más ruidoso; la pizarra de detrás de la barra, que esa noche decía: HOY ABAJO, NINGUNO. HOY ARRIBA, TODOS.

El Santo estaba sobre una barcaza de acero encallada contra el viejo muro de anillo del Distrito 49, y cada año quedaba un poco más bajo, de modo que ahora se bajaban dos escalones desde el adarve hasta la puerta, donde el padre de Yesenia Quintero había bajado uno. Al anochecer del día después de que Anselm encontrara la campana, el bar estaba lleno.

Siempre estaba lleno al anochecer. Los hundidores subían a mediodía, porque las tormentas de la tarde ponían el agua negra, y dormían dos horas en el calor, y venían a El Santo cuando el sol se retiraba del techo de hierro de la barcaza y el interior se enfriaba lo bastante para respirar. A las siete había treinta en los bancos y en la barra de tablones, hombres y mujeres de orejas gruesas y nudillos marcados y esa quietud particular de los hombros que venía de años de moverse despacio en el agua, bebiendo aguardiente de caña y achicoria con aguardiente de caña y discutiendo sobre bajadas.

Detrás de la barra estaba el santo.

Era una estatua de yeso un poco menor que el tamaño natural, sobre una caja de madera pintada de azul, y no tenía cabeza ni manos. Alguien la había sacado de una iglesia ahogada hacía tanto tiempo que nadie en El Santo podía decir de qué iglesia, ni qué hundidor, ni en qué siglo. Llevaba un manto largo cuyos pliegues se habían ablandado como pan bajo años de agua y más años de manos. Del cuello y los hombros y por todo el frente le colgaban trapos: tiras de tela, cientos, rojas y azules y desteñidas hasta no tener color, atadas y atadas hasta que el santo parecía un árbol al viento. Cada hundidor de El Santo ataba una tira antes de una bajada y entraba después a desatarla. Los trapos que se quedaban eran los que nadie volvía a desatar. Yesenia nunca los quitaba. Había muchísimos cerca de la base.

Nadie sabía qué santo era, y en El Santo eso era motivo de una guerra permanente y alegre. Ti-Paul Bergeron, al final de la barra con la muleta apoyada en el taburete y la pernera derecha del pantalón prendida con alfileres por debajo de la rodilla, sostenía que era una mujer, por cómo caía el manto sobre el pecho. El viejo Numa Guillory, que no se sumergía desde hacía veinte años y aun así venía todas las noches, sostenía que era un obispo, por un muñón de algo en el lado izquierdo que alguna vez pudo ser un báculo. Una hundidora joven del Distrito 52 sostenía que era un pescador, por lo que ella decía que era un dibujo

de red en el ruedo, y todos le decían que era daño del agua, y ella decía que el santo había estado bajo el agua, así que claro que lo sería.

—Sa e patron di mona neye ye —dijo Yesenia, que era su frase de siempre para zanzarlo. Contaba setenta años, ancha y baja, sorda del oído izquierdo por un tímpano que se le reventó a catorce metros en el año del segundo muro, y llevaba El Santo como había llevado una inmersión, es decir, vigilando a todos al mismo tiempo—. Nenpot sa li te e avan. Li e di nu aster.

Anselm estaba sentado en el medio de la barra con un vaso que no bebía y no decía nada, y escuchaba al salón enterarse.

Se enteró como El Santo se enteraba siempre de las cosas, de lado, en desorden, mal. El ayudante de alguien había oído del ayudante de alguien que Dieudonné Pierre-Louis había sentido algo resonar a través de su balsa en la bajada de San Nicolás. A las seis era una caldera. A las seis y media era una caja fuerte, la caja fuerte del viejo cura, llena de plata. A las siete Ti-Paul dijo, en voz alta, que era el cura en persona, con sus vestiduras, sentado entre los escombros donde la torre le cayó encima, y que el sonido era su cráneo contra la roca, y tres personas le dijeron que se callara, y una de ellas se rio tanto que tuvo que dejar el vaso.

—Sa e un kloch —dijo la muchacha del Distrito 52—. St. Nicholas te havi un tou kloch. Toti mona sava sa. Sa e un kloch.

—Chak kloch na Nueve te nika po feray sien ane pase —dijo Numa Guillory. Todas las campanas de Nueve se habían ido como chatarra cien años atrás, quería decir.

—Pa sa ye ra anba dlo.

—Ko kekmoun sere te trova li.

—Kekmoun te trova li —dijo la muchacha, queriendo decir que alguien sí, y miró derecho a lo largo de la barra hacia Anselm, y todo El Santo miró con ella.

Anselm hizo girar su vaso sobre el tablón.

—Chodyè —dijo. Una caldera.

El salón consideró esto, y lo consideró a él. Entonces Ti-Paul se rio, una risa grande y húmeda, y golpeó la barra con la palma de modo que los vasos saltaron.

—Un chodyè —dijo Ti-Paul—. Kouta li. Li havi figi papa di li te havi la ane ra la vye nonm te trova kuiv Katye 61 an te pava toti mona ki sa te tiyo. —Tenía la cara de su padre, dijo Ti-Paul, la cara que el viejo puso el año en que encontró cobre en el Distrito 61 y les dijo a todos que era tubería, y luego ni una palabra durante un mes—. Ko li te achta madanm di li un bag. —Le sonrió a Anselm, pero sus ojos hicieron otra cosa—. An mes apre, li te desanda ankora po pran la resta. —El mes siguiente, el padre de Anselm había vuelto a bajar por el resto.

Nadie dijo nada por un momento. En la mesa de la esquina, donde la compradora del Sindicato se sentaba cada tarde con un vaso de aguardiente de caña que no bebía, Madame Aucoin giró la cabeza y miró a Anselm con un interés cortés y total. Junto a la puerta, bajo el clavo vacío donde el aviso del Mostrador había estado clavado esa mañana y ya no lo estaba, la tarde entraba anaranjada desde el agua.

—Kita li —dijo Yesenia.

Bajó por la barra con la botella y rellenó el vaso que él no había tocado, que era algo que hacía por los hijos y las hijas de los muertos, y él lo sabía, y ella sabía que él lo sabía. Detrás de

ella, abajo en el manto del santo cerca de la caja azul, entre los trapos desteñidos que nadie había vuelto a desatar, había una tira de franela roja de una camisa de trabajo, ya parda en los bordes. La de su padre. Anselm la había atado allí él mismo, a los catorce, la mañana siguiente, porque nadie más lo haría, y porque su madre le había dicho que si alguna vez entraba en El Santo no volvería a hablarle, y él había entrado de todos modos para atarla, y ella le había hablado de todos modos, con el tiempo.

La primera noche de la seca, cada año, Yesenia se subía a la barra y leía los nombres de los hundidores que no habían subido, todos, desde el más antiguo que le habían dado hasta el más reciente, y El Santo se ponía de pie y escuchaba con los vasos en la mano. Tardaba casi una hora. Ryu Byung-hoon venía más o menos a dos tercios de la lista. Anselm lo había escuchado de pie diecisiete veces.

—Mama di tu te na dora matin sa —dijo Yesenia, bajo, por su lado bueno, donde el salón no podía oír.

—Mo sava. Mo te manja soup di li.

—Li pa te veli desanda eskalye. Li te manda si tu ap plonje demen. —Marthe no había bajado los escalones, solo había preguntado si él se sumergía mañana. Yesenia puso la botella en el estante debajo del santo—. Mo te pava ki mo pa dava la tablo a mama ye. Li te pava ki li sava sa. —Ella no les contaba a las madres lo escrito en la pizarra, y Marthe había dicho que eso ya lo sabía. Yesenia lo miró—. Li sava kekchoz, Anselm. Mama di plonjè toujou sava kekchoz. Le pa sava wani.

* * *

Del relato de Anselm Ryu; el de Marthe Ryu, que ella dio en el entendido de que se escribiría como es debido y no como cuenta las cosas El Santo.

El día después de encontrar la campana, en la hora más calurosa de la tarde, cuando ella ya estaría en casa de vuelta de las balsas, fue a casa de su madre.

Vivía donde siempre había vivido, en el segundo piso de un edificio de la calle de detrás de San Andrés Kim, en el Distrito 12, dos cuartos y una azotea con cuatro vasijas, y cuando él subió la escalera ella estaba en la mesa junto a la ventana prensando pastelitos de algas con la prensa de mano que traía de la cooperativa por las tardes para el trabajo a destajo. La prensa era un bloque de madera y una palanca y un molde de acero. Se llenaba con la estera verde y mojada de las balsas, se tiraba de la palanca y salía un pastelito, plano y redondo y del color del agua de estanque, que iba a una bandeja. Ella hacía quinientos en una buena tarde. Tenía las manos agrietadas hasta la muñeca por la lejía con que lavaban las esteras, y se las frotaba con manteca de cerdo por la noche, y no servía de nada.

—Sida —dijo ella—. Manja.

Había sopa. Siempre había sopa: espinas de pescado y rábano y ajo y una cucharada de su pasta de chile, sobre sorgo, con los pastelitos al vapor al lado porque el aceite tampoco había llegado al Distrito 12 y todos en las balsas se quejaban de que prensaban pastelitos para una ciudad que solo podía cocerlos al vapor. Él comió. Ella prensó. El golpe subía por el suelo, al ritmo del Distrito 12, más rápido y más ligero que la nada de la Zona Hundida, y después de

dieciséis años de trabajar en el silencio de los distritos ahogados todavía dormía mejor aquí, en el suelo de su cuarto delantero, que en ninguna otra parte.

Por la ventana veía el patio de San Andrés Kim. En el medio, entre la puerta de la iglesia y la casa del cura, había un armazón de dos postes y un travesaño, y colgado del travesaño con una cadena estaba el tambor de freno de un camión, rojo de óxido, con un martillo atado a un cordón al lado. Cada domingo a las nueve el monaguillo lo golpeaba once veces. Hacía un ruido como de una olla que cae por una escalera, y toda la calle sabía lo que significaba.

La parroquia había tenido una campana. Él se acordaba, apenas: una pequeña campana de bronce en la torre baja sobre la puerta, que sonaba para la misa y para los muertos, y que se fue en un cajón en un barco cuando él tenía nueve años porque el Desagüe había vuelto a elevar las calles del distrito y el umbral de la iglesia quedaba por debajo del callejón y cada crecida metía agua en la nave. La elevación había costado más de lo que la parroquia tenía. Un comprador del Dosel había pagado por la campana exactamente lo que costaba la elevación. Su madre se había quedado en el patio viendo irse el cajón y había llorado, y el cura había dicho que Dios lo entendería, y ella había dicho que Dios quizá sí pero ella no.

—Tu pa ap manja —dijo ella.

—Mo ap manja.

—Tu ap mira la tanbou. —Tiró de la palanca. Salió un pastelito—. Tu toujou mira la tanbou kan tu veli pava mo kekchoz. Depi tu te ti nonm. —Él siempre miraba el tambor cuando quería decirle algo. Lo hacía desde pequeño. El segundo bebé de Hyacinthe Lemaire había sido bautizado el domingo—. Le te sonnen la tanbou onse fua, an la bebe te rela toti tan.

—Bon po la bebe.

—Li te marya un gadyen potay —dijo su madre, y no por primera vez—. Li vena a kay chak nuit.

—Mo vena a kay chak nuit.

—Tu vena a kay de anba, an tu monta. —Ella prensó—. Sa pa mem bagay. —Él llegaba a casa subiendo, desde debajo del agua. No era lo mismo.

Lo dejó pasar. Era lo más antiguo entre ellos, más antiguo que la muerte de su padre, más antiguo que el oficio: que ella se había casado con un hundidor sabiendo lo que todos sabían de los hundidores, y había sido feliz, y había tenido razón en tener miedo. Que había estado de pie en el muro del Distrito 61 hacía diecisiete años mientras el tío de Dieudonné manejaba la bomba y el ayudante de su marido manejaba la cuerda y la cuerda volvió sin él. Que la parroquia había dicho una misa sobre una caja vacía porque no había nada que poner dentro y la bajada era demasiado profunda y estaba demasiado rota para volver a entrar. Que ella le había dicho a su hijo que no entraría en el oficio y su hijo había entrado en el oficio a los quince, un año después, con los amigos de su padre, porque pagaba, y porque se debía el alquiler, y porque allá abajo en la oscuridad con una mano en la piedra era el único lugar donde había podido dejar de pensar en la caja vacía.

—Mo te nika a Saint's matin sa —dijo ella—. Mo te kanpa na dora. Mo pa te desanda. Mo janmen ve desanda. —Se secó las manos—. Toti rado ap pali su kekchoz na St. Nicholas. Se di Ti-Paul Bergeron pres kote mo. Li pava ki sa e la pret na veteman di li.

—Ti-Paul pava bokou.

—Ti-Paul pava nenpot bagay ra fasa janm di li fasa meno mal. —Lo miró por encima de la prensa—. Ke sa e la pret?

—No.

—Ke sa e un chodyè?

Él no respondió.

Su madre bajó la palanca. Se recostó en la silla y lo miró largo rato con las manos verdes y agrietadas cruzadas en el borde de la mesa, y él la vio decidir no preguntar lo siguiente, y vio lo que le costaba.

—Kan papa di tu te trova kuiv Katye 61 —dijo— li te pava mo ki sa te tiyo. Pandan un mes. Mo te sava ki sa pa te tiyo. —Un hombre no volvía a casa y se sentaba en la azotea durante un mes con las manos temblando por una tubería. Miró por la ventana el tambor en su travesaño—. Ko li te vanda li a Sindika, an li te achta mo un bag, an li te desanda ankora po la resta. Mo te pava tu sa. Mo ap pava tu ankora.

—Mo sava, Omma.

—La bag pa enpotan. Mo te vanda li po mès di li. —Tomó un puñado de estera mojada y empezó a llenar el molde otra vez, y su voz no cambió—. Nenpot bagay ra monta de un legliz e di Bondye. Pa di Counter, pa di Sindika, pa di kek nonm su dek ra veli kekchoz bèl su miray di li. Li e di Bondye, an li vena baka a un legliz. Nenpot legliz. Mem Brigid's, ave kor so. —Todo lo que se sacaba de una iglesia era de Dios, quería decir, y volvía a una iglesia, a cualquier iglesia, incluso a Santa Brígida y su coro. Tiró de la palanca—. Sa e toti. Mo pa ap manda tu anyen. Tu e un gran nonm. Mo ap pava tu la bagay ra mo pensa, ko mo gon pres gato di mo.

Él se quedó sentado a su mesa con la sopa enfriándose y miró el tambor de freno en su travesaño en el patio, rojo de óxido en la tarde blanca, y pensó en la campana de costado en la oscuridad con los sargos bajo su borde y la lona a su pie, y en el atrio de la Esplanade con su claraboya y su cadena vacía, y en las dieciocho mil fichas, que eran su techo elevado y con rampa y sus manos fuera de la lejía por el resto de su vida. Abrió la boca para decírselo.

El tambor del domingo callaba en su travesaño. Un niño en el patio de abajo le tiró una piedrita, y sonó una vez, plano y feo, y el niño salió corriendo.

—Soup la bon —dijo él.

—Li toujou bon —dijo su madre, y prensó otro pastelito, y no volvió a mirarlo hasta que él se fue.

* * *

Del relato de Anselm Ryu; la bitácora de bomba de Dieudonné Pierre-Louis, que para esa mañana tiene una sola línea: «Bajó a mirar».

Antes del amanecer del tercer día bajó de nuevo.

En El Santo, a las cuatro y media, la barcaza estaba a oscuras y la lámpara de Yesenia encendida, porque Yesenia abría para los hundidores cada mañana antes del amanecer y cerraba cada noche después del último, y no dormía, que nadie supiera, nunca. Le dio achicoria sin una palabra. Él pasó detrás de la barra, cosa que a nadie se le permitía salvo a un hundidor que iba a bajar, y tomó una tira de trapo azul de la caja y la ató al santo, en el hombro, arriba, donde iban los trapos nuevos. Sus manos conocían el nudo. Se quedó allí un momento a la luz de la lámpara con la figura sin cabeza envuelta en su manto delante de él y los trapos de abajo rozándole las espinillas, el de su padre entre ellos, y no le pidió nada, porque no sabía qué era, y nadie lo sabía, y eso le pareció la condición justa para un santo.

La balsa estaba sobre la bajada de San Nicolás a las seis. Los árboles fantasma se alzaban del agua lisa por todas partes, grises y desnudos, tendiendo las ramas sobre sus propios reflejos, y la luz subía rosada detrás de ellos, y una garza que había estado de pie en el hastial roto de la iglesia desde antes de que llegara la balsa levantó el vuelo y se alejó bajo sobre el agua, despacio, con las patas colgando. No había golpe. El Distrito 58 no bombeaba desde hacía cien años. El único sonido era el agua bajo la balsa y el crujido de la bomba de Dieudonné cuando probaba la manivela, y la larga respiración lenta del Lago.

Dieudonné lo ayudó a ponerse el cinturón y las botas y le asentó el medio casco sobre los hombros y le apretó el collar y llamó dos veces con los nudillos en el cobre, que era la llamada del ayudante, y dijo, a través del cristal: «Ap mira?»

—Ap mira —dijo Anselm.

—Selman mira.

—Selman mira.

Dieudonné le puso la mano plana en la parte de atrás del casco, como el padre de Anselm lo había hecho en su primera inmersión, y la dejó allí un momento, y la retiró.

Bajó por la escalerilla al agua parda y la luz se fue y el limo subió y quedó de rodillas en la oscuridad con la respiración rugiéndole. Encontró los escombros del campanario a tientas, y la curva, y puso las dos manos encima. Estaba fría, más fría que el agua. Los sargos le pasaron por las muñecas. Encontró las letras con la punta de los dedos, alrededor del hombro, *SAN NICOLÁS*, *NOVENO*, el año, el nombre, y bajó la mano hasta el borde, y no encontró la lona al pie, y tanteó por los escombros, y la encontró un poco más lejos que antes, movida por la corriente de la noche, y le puso la mano encima, y retiró la mano.

No le dio un golpecito a la campana. Había pasado toda la noche pensando en dárselo, en la nota saliendo por el agua del distrito ahogado y toda la Zona Hundida oyéndola a través de sus balsas y sus postes flotantes y sus pilotes, como la había oído Dieudonné, como Ti-Paul decía que El Santo la había sentido en los vasos. Había pensado en el atrio de Delahaye, donde nunca volvería a sonar. Había pensado en el tambor de freno.

Se arrodilló con las dos palmas planas sobre el bronce en la oscuridad y el silencio del Distrito 58 alrededor, y sintió la campana guardar dentro el frío del agua profunda, y la

respiración lenta del Lago pasar sobre ella, y nada más. Ni golpe. Ni tono. Solo su peso, y los nombres alrededor de su hombro, y los peces entrando y saliendo de su boca a lo suyo.

Al cabo de diez minutos la cuerda tiró una vez, y él tiró una vez en respuesta.

Al cabo de cuarenta seguía allí. Ha dicho desde entonces que no sabe qué estaba decidiendo. Ha dicho que no estaba decidiendo nada. Ha dicho que solo estaba mirando, como le dijo a Dieudonné, y que se quedó tanto como se quedó porque era la última mañana de su vida en que nadie más sabía exactamente dónde estaba.

A las siete la cuerda tiró tres veces. Apoyó la mejilla contra el cobre del casco por dentro, donde estaba tibio de su propio aliento, y luego la mano enguantada sobre la campana una vez más, y luego se puso de pie en la nube de limo y encontró la cuerda y subió por ella mano tras mano hacia la luz parda, y salió a la mañana con los árboles fantasma a su alrededor y el agua chorreando del cristal, y la cara de Dieudonné encima de él, sin preguntar.

* * *

Del relato de Nox; el de Yvonne Celestin, que ella dio con la condición de que quedara junto al de él y no dentro.

A la una de la madrugada después de la visita, Nox bajó a la cocina por agua y encontró a Yvonne en la palangana lavando el tazón blanco.

Lo había bajado y limpiado cada jueves durante once años. Él no se había enterado de eso hasta la tarde lluviosa, poco después de volver a casa, cuando lo bajó del estante alto por ella; antes de eso lo había conocido como el tazón de Étienne, que Étienne limpiaba y volvía a poner él mismo y no dejaba que nadie más lavara. Ahora estaba en el umbral con la lámpara de la escalera en la mano y entendió que ella había seguido haciéndolo cada semana que él estuvo río arriba, sin nadie que la viera, y que esta noche, por primera vez, el tazón había salido de la mesa y no del estante.

—Sida —dijo ella, sin volverse—. Tu ap bouche la van.

Él se sentó en el banco. Dejó la lámpara en la mesa junto al paño rojo doblado, que estaba donde ella lo había puesto en el lugar vacío, un cuadrado pulcro. La cocina estaba tibia y en penumbra y olía al quimbombó que se había pegado al fondo de la olla. A través de las losas el golpe seguía, lento.

Lavó el tazón con un paño y agua de la jarra de beber, no del barril, y lo secó con un segundo paño, y lo alzó hacia la lámpara y lo giró, mirando la mella del borde, y luego no lo puso en el estante alto. Lo volvió a poner en la mesa en el lugar vacío y le echó encima el paño rojo, suelto, como una servilleta sobre el pan.

Luego se sentó frente a él y cruzó las manos, como lo había hecho la mañana en que él regresó.

—Tu te veli nika —dijo ella.

—La kat te pava un fis.

—La kat te pava un fis pu vizite. Li pa te pava kiles fis. Deska te deside. —Lo miró—. Tu te veli nika.

No se lo había dicho a nadie. La mañana de la visita se había quedado en el pasillo mientras Marcel y Solène salían con el tazón en su paño rojo, y les había sostenido la puerta de

la calle como había sostenido todas las puertas de la casa desde que volvió, y los había visto subir por Dauphine hacia la escalera en la luz gris, Marcel llevando el tazón con las dos manos como si fuera agua, y había cerrado la puerta y había subido a la azotea y les había dado de comer a las gallinas de Junie para que Junie pudiera dormir, y no había dicho nada, y había creído que nadie lo notaba.

—Rejistri pava fis —dijo—. Mo te kita li konsa. Sa pa fasa li vre na un kamra ave li ladan.

—Wini deside sa ra vre na un kamra ave li ladan?

—Pa mo.

—No. Pa tu. —Desdobló las manos y puso la de la cicatriz plana sobre la mesa, cerca del paño rojo, sin tocarlo—. Li te pava *fis* na biwo katye. Mo te e du. —Ella había estado detrás de Étienne en la oficina del distrito el día en que él inscribió a Nox en el registro, con Solène de la mano, de siete años y aburrida y tirándole de la manga—. Li pa te mira tu kan li te pava li. Tu te pensa ki sa te sinifa kekchoz. Sa te sinifa ki li te ja deside avan nu te antra, an li pa te veli ki klèk viza figi di li.

Nox miró la mesa.

—Tu te pati —dijo Yvonne— apre la rit.

Él no respondió. En once años nunca se había permitido pensar la palabra *rito* en la misma frase que su propia partida, y ella la dijo al otro lado de la mesa de la cocina a la una de la madrugada como si nombrara una calle.

—Mo pa gon pava tu su la rit —dijo ella—. Li e di mo. La bagay ra te pasa ladan e di mo. Me mo gon pava tu la bagay ra mo te viza apre, paske li e di tu. —Lo había visto salir del cuarto del altar con la cara como un muro y subir la escalera y bajar otra vez con su bolsa, y quedarse en ese umbral mucho rato, donde había estado esta noche, y mirar el estante alto—. An mo pa te pava anyen, paske mo pa te pu. Mo pa te havi anyen andedan mo po pava. An tu te pati. —Se quedó callada un momento—. Depi onse ane mo pensa ki si mo te pava un bagay, tu sere te deme. Mo pa sava ki bagay. Mo toujou pa sava.

—Pa te gen okenn bagay.

—Toujou gen un bagay.

—Pa te gen. —La voz le salió áspera—. Mo pa te pati poutet okenn bagay ra tu te pava oswa pa te pava. Mo te pati paske mo te havi beinte kuarto ane, an mo te pensa ki si mo deme na kay sa, mo ve douva e sa ra nika chercha, an mo te pè la bagay ra mo ve trova, an mo te pi pè pa trova anyen. —De modo que se fue adonde hubiera una cama mientras durara el contrato y alguien más que decidiera lo que él hacía—. Sa e toti. Sa e pesa ra e di mo.

El golpe seguía debajo de ellos. Arriba, alguien se giró en la cama, y una tabla crujió, y quedó quieta.

—Elvaren chanta —dijo Yvonne al cabo de un rato—. Solène te pava. Li ouvra je di li pandan toti di la chan.

—Mo te audi.

—Elvaren pava ki nu pu vena baka an apren la melodi. —Miró el tazón bajo su paño rojo—. Deska deside wini vizite. Deska pa deside wini apren un melodi. —Las visitas las decidía el Despacho, quería decir. Quién aprendiera una tonada, no—. Solène pu montre li. Oswa Marcel. An tu pu apren li da, na mesa sa, an chanta li da, an li ve e mem melodi.

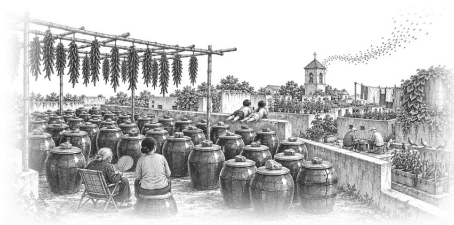
Él no confiaba en su voz. Asintió.

Ella se levantó. Le crujieron las rodillas y se quedó quieta un momento por ellas, con una mano en la mesa, y él la miró hacerlo y pensó en lo pequeña que se había vuelto, y en que nada en ella se había vuelto pequeño en absoluto.

—Boua dlo di tu —dijo—. Ko nika dormi. Marcel te bati tu pi bon kabann na katye. Li sere grosye pa kouche ladan.

Subió. Él se quedó mucho rato en la cocina con la lámpara, y el tazón bajo su paño, y no se bebió el agua, y en algún momento, sin decidirlo, alargó la mano por encima de la mesa y enderezó el paño rojo donde se había resbalado, de modo que tapara la mella del borde.

El relato que Yvonne hace de esta noche es más corto. Dice: *Bajó por agua. Yo estaba lavando el tazón. Hablamos de quién decide lo que es verdad en una habitación. Me dijo que se fue porque tenía miedo. Yo había creído que era por mí. Los dos nos equivocábamos en algo y ninguno dijo en qué.*



Cuarenta sacos y una cabra

De la declaración Hoo4 de Hana Cho; el conteo en tiza de Ara.

El barco de carga bajó por el canal hasta el embarcadero de la loma con la marea de la mañana, con cuarenta sacos de sorgo, una caja de cojinetes de bomba, seis pasajeros y una cabra, y Ara contó los pilotes desde el momento en que el embarcadero apareció a la vista.

—Sixty-one —dijo Ara, mientras el barquero lanzaba el cabo. Hablaban entre sí el inglés de río arriba, como desde hacía once años; el Kanal de Ara eran cuarenta palabras, los números y una canción—. Sesenta y uno, y uno roto. ¿El roto cuenta?

—El roto cuenta —dijo Hana—. Sigue en pie.

—Está inclinado.

—Entonces anótalo como inclinado.

Ara sacó la lata de tiza de un bolsillo de la chaqueta, una lata plana que alguna vez había tenido pastillas para la garganta y ahora tenía seis cabos de tiza y un trapo húmedo, e hizo una marca en la tapa del baúl de Hana: seis cincos en barras, uno más y una pequeña línea inclinada al lado. Luego Ara alzó la vista hacia la ciudad.

Hana también miró. No había vuelto en once años, y había pasado los últimos tres días en el barco diciéndose que la recordaba, y descubrió ahora que había recordado la forma y olvidado el peso. El Dosel se alzaba a lo largo de la loma en la mañana blanca, con sus plataformas apiladas sobre las viejas haciendas como estantes sobre un aparador, y debajo de él los Estratos Medios bajaban en terrazas, y debajo de ellos los cuencos se extendían en el calor, ladrillo y hojalata y huertos en las azoteas, con los muros de anillo conteniéndolos y las casas de bombas exhalando por sus delgados respiraderos grises. El aire olía a sal y a aceite de motor y a pescado frito, lo que quería decir que alguien en esa parte del canal tenía aceite. Y bajo sus pies, en cuanto bajó de la pasarela a la vieja cubierta de hierro del embarcadero, subió el golpe.

Había olvidado eso. Había diseñado la máquina más delicada que había hecho jamás dentro de esa vibración, diecinueve años atrás, y había olvidado lo que se sentía estar de pie en ella. Se detuvo en el embarcadero con la mano sobre el baúl y dejó que le subiera por las botas, la presión lenta, la liberación. Ara, de pie a su lado, apretó un pie contra el suelo a modo de prueba, y luego el otro.

—Es más lento que el barco —dijo Ara.

—Es una bomba. Es la bomba del distrito. Cada distrito tiene una.

—¿Cuántos distritos?

—Seventy-five.

Ara lo consideró con la expresión de quien pensaba comprobarlo en persona.

* * *

Del testimonio de Hana Cho; el de Madame Kang, que discute el número de tinajas.

Madame Kang había contestado en menos de una semana, una sola página con una letra que Hana había visto por última vez en tarjetas de cumpleaños, diciendo que el cuarto del fondo estaba vacío desde que se casó el hermano de su marido, que tenía una ventana y una buena cerradura, que el alquiler no era nada porque la madre de Hana había cantado de contralto a su lado durante cuarenta años en la capilla del Distrito 12, y que Hana debía dejar de discutir. Hana había discutido de todos modos, a vuelta de correo. Madame Kang no había respondido, lo que Hana entendió como el fin de la discusión.

El edificio de los Kang tenía tres pisos y estaba en una calle junto a la capilla, con un umbral elevado un tramo entero de escalera por encima del callejón y una azotea atestada de tinajas de fermentación. Toda la familia les dio la bienvenida en los escalones: la anciana en una silla plegable, su hijo y la esposa de él, un grupo de nietos y primos que miraban a Ara con franco interés. A una muchacha de unos catorce años llamada Minnie le encargaron enseñarle la azotea a Ara. Ara subió las escaleras contándolas en voz alta y volvió una hora después con pasta de pimienta en una manga y la información de que había cuarenta tinajas y una cuadragésima primera, rajada y sujeta con alambre.

—Kuarenta —dijo Madame Kang desde su silla—. Sa ra ave fil pa konte. Li e un kanari aster. —Ara tenía los números, aunque no el resto: la del alambre no contaba, porque ahora solo era una olla.

Ara lo anotó como cuarenta, y una olla.

Ese mediodía comieron a la mesa de los Kang: arroz, que Hana no esperaba y que entendió de inmediato como una declaración, y un guiso de pasta de guisantes y verduras de hoja y pescado, y verduras fermentadas de una tinaja más vieja que Hana, y pastelitos verdes cocidos al vapor porque todo el distrito se había quedado sin aceite. Madame Kang se quejó de los pastelitos, y del Mostrador, y de la nueva plataforma que estaban levantando sobre el Distrito 7, cuyos pilotes, decía, se sentían de este lado del canal, y no preguntó nada en absoluto sobre por qué Hana había vuelto. Hana le agradeció eso más que el arroz.

Después de la comida desempacó su tubo de planos y extendió las hojas sobre la cama del cuarto del fondo, con la puerta cerrada y Ara durmiendo en el calor sobre una estera junto a la ventana.

Eran once hojas. Las había dibujado a lo largo de dos años, de noche, en el taller de fabricación de río arriba, después de terminar su trabajo por contrato, en papel que pagaba ella misma para que nadie pudiera reclamar los dibujos como propiedad del taller. La primera hoja era el dispositivo completo en corte, a doble escala: dos cámaras, una membrana entre ellas, los injertos de entrada y salida, la línea de accionamiento, la carcasa del controlador. Las demás eran detalles. Asientos de válvula. El laminado de la membrana, siete capas, cada

una con su nombre. La placa del controlador. El acoplamiento al impulsor externo. Sus notas bajaban por los márgenes en hangul, como había escrito sus notas técnicas desde que era estudiante, en parte porque los empleados del taller no sabían leerlo y en parte porque era en hangul en lo que pensaba cuando pensaba más a fondo.

Era la hermana del corazón que Marcel llevaba en el pecho. Diecinueve años más joven en diseño, diecinueve años mejor en materiales, a la escala de un hombre adulto con el corazón débil y un cuerpo que había pasado once años acostado sobre el costado izquierdo. Conocía cada línea. Podría haberlo dibujado de memoria a oscuras. Había traído los dibujos porque el hogar querría ver algo en papel, y porque Margaux Abagnale, por receptor, con una voz como de empleado, le había pedido que trajera *lo que esté dispuesta a que se incluya en el expediente*.

Revisó las hojas una vez más. En la última, en el margen junto a las notas del procedimiento, una línea en hangul decía lo que exigiría la conexión: que su propio corazón, que ya fallaba, se detendría en el circuito mientras se colocaba el nuevo, y se pondría en marcha otra vez con el nuevo sosteniéndolo, y que el reinicio podía fallar. Había escrito *podía fallar* y lo había subrayado dos veces, hacía dos años, sola en el taller.

Volvió a enrollar las hojas en el tubo. La última la enrolló aparte y la puso en el fondo de su baúl.

* * *

Del testimonio de Hana Cho; el de Madame Kang, dado en el kimjang en una versión con más tinajas; el aviso de la sala de enfriamiento del Distrito 12, que Madame Kang guarda en el himnario de su capilla.

Al anochecer del día de su regreso, antes de ir caminando hasta el Yunque, Hana subió hasta la azotea de los Kang porque Madame Kang había enviado a Minnie con el recado de que arriba hacía más fresco y de que Hana tenía que subir y no discutir.

No hacía más fresco. Era más alto, lo que en el Distrito 12 al final de un día de calor húmedo era lo mismo que una bondad. Las tinajas estaban en filas sobre el alquitrán bajo un armazón de varas de bambú con pimientos colgados a secar, cuarenta, pardas y vidriadas y panzonas, unas a la rodilla de Hana y otras a la cadera, con las tapas sujetas con piedras de río, y una al final con una grieta en el costado bien atada con tres bandas de alambre. El aire olía a sal y a ajo y a barro tibio. Alrededor de la azotea de los Kang otras azoteas se alzaban a otras alturas, todas sembradas: quimbombó, pimientos, una enredadera de batata desbocada sobre un tanque de agua, la ropa tendida de alguien, las palomas de alguien. En la azotea de al lado dos viejos jugaban dominó sobre un cajón volteado y golpeaban las fichas con fuerza suficiente para oírse. Más allá, la pequeña torre cuadrada de la capilla se recordaba contra un cielo del color del té flojo, y los vencejos salían de ella en una larga cuerda retorcida, cientos, derramándose hacia arriba y hacia fuera sobre el distrito y de vuelta otra vez, chillando, como si la torre respirara pájaros.

Madame Kang estaba sentada en su silla plegable entre las tinajas, con un abanico. Ara estaba en el otro extremo con Minnie; boca abajo, con la barbilla en el pretil, contaban los vencejos, y perdían la cuenta, y empezaban otra vez, y discutían.

—Sida —dijo Madame Kang, y Hana se sentó en una tapa de tinaja volteada, cosa que sabía que no estaba permitida y que Madame Kang permitía.

Durante un rato ninguna de las dos dijo nada. Los vencejos daban vueltas. Hana sentía el golpe a través del alquitrán y de la tapa, el ritmo del Distrito 12, un poco más rápido que el del Distrito 7 y más ligero, el ritmo al que su madre había cantado en la capilla durante cuarenta años. No lo había sentido en once años, y no había estado en esa azotea desde que era niña.

—Mama di tu te sida du —dijo Madame Kang, señalando la tapa con la cabeza—. Su pat piman. Chak kimjang. Mo te pava li chak ane ki li ve fann li, an chak ane li te sida. —Había sido el asiento de la madre de Hana en cada kimjang, sobre la pasta de pimienta, y cada año Madame Kang le había dicho que la iba a rajar, y cada año ella se había sentado ahí de todos modos.

—Mo sava.

—Tu pa sava. Tu te anlè larivyè. —Madame Kang se abanicó. Era muy pequeña y muy vieja, con una cara como una nuez y unos ojos a los que no se les escapaba nada, y lo dijo sin ninguna crueldad, como quien le dice a alguien el precio del repollo—. Tu te senda lajan. Chak sezon. Li te mosa mo papye ye. Li te fier.

Hana miró las tinajas. Había mandado dinero desde río arriba cada temporada, y su madre, al parecer, le había enseñado los comprobantes a Madame Kang y se había sentido orgullosa de ellos.

—Sa pa e un reproch —dijo Madame Kang—. Mo ap pava tu la bagay ra te pasa. Lajan te vena, an li te fier, an na Ane 13 semen cho te vena na sezon sek, sa ra nulan te atann, an Kay Frèt te ouvè su Chapel Street, an li te desanda, an le te mira kat di li. —Madame Kang metió la mano dentro de la blusa y sacó un himnario pequeño de tapa negra agrietada, y del himnario un papel doblado, y lo desdobló, y lo sostuvo para que Hana pudiera leerlo con la última luz.

SALA DE ENFRIAMIENTO DEL DISTRITO 12. ADMISIÓN SEGÚN ELEGIBILIDAD. El Mostrador se complace en ofrecer alivio del calor extremo a los residentes con mayor necesidad. La admisión está disponible para los hogares de los Niveles E y F, o para los hogares cuyo ingreso registrado esté por debajo del umbral de ayuda. El ingreso registrado incluye todas las remesas, regalos y transferencias de fuera del distrito. Se recomienda a los residentes por encima del umbral buscar sombra, descanso e hidratación en casa. Manténganse frescos, manténganse en calma, manténganse bien.

—Papye di tu —dijo Madame Kang—. La klèk te adisyone le. Li te pi wo pase la liy un ti kras. Ko li te nika a kay an kouche na kamra di li ave un tela mouye, kom li ekri, lonbraj an repo, an a matin li te pati. —Madame Kang dobló el papel y lo volvió a guardar en el himnario, y el himnario en la blusa—. Mo tena li paske nulan otra sere tena li. Mo te pensa ki un jou tu ve monta su techo sa. Aster tu te monta.

Hana no dijo nada durante mucho rato. En la sala de enfriamiento de la calle Chapel el empleado había contado las remesas como ingreso, y eso había puesto a su madre un poco por encima de la línea, y su madre se había ido a casa y se había acostado en su cuarto con un paño mojado, como aconsejaba el aviso, sombra y descanso, y por la mañana ya no estaba.

Al final de la azotea Ara dijo «doscientos once» y Minnie dijo «tu te konta sa dos fua» y Ara dijo «dio la vuelta dos veces».

—Mo pa te vena baka po anterman —dijo Hana por fin, queriendo decir que no había vuelto a casa para el entierro. Su Kanal le volvía en la azotea como vuelve una calle, a pedazos, con las tiendas de antes desaparecidas.

—No.

—Mo te su un kontra. Atelye sere te tena travay la.

—Mo sava. Mo te chanta alto na plas di li. Mo tro vye po alto. Sa te terib. —Madame Kang casi sonrió—. Tu te fasa kekchoz anlè larivyè, ave kontra di tu. Kekchoz bon?

—Ponp. Po un klinik dializ. Valv.

—Bon —dijo Madame Kang—. Ko sa pa te anyen. —Volvió la cara hacia los vencejos, y su abanico dejó de moverse—. Tu te vena baka po nonm De La Rosa. Volviste por el hombre De La Rosa.

Hana la miró.

—Toti chapel sava —dijo Madame Kang—. Anvil ap manda wena li te nika. Kamra deye di Omma Kang havi un madanm enjenyè de anlè larivyè ave un tib desen. Mona pu adisyone. —Toda la capilla lo sabía, quería decir; una ingeniera de río arriba con un tubo de planos en el cuarto del fondo de la propia Madame Kang era una suma que cualquiera podía hacer. Volvió a abanicarse—. Mo pa ap manda tu anyen. Mo vye. Le te pava mo ase bagay. Me Anvil e un bon kay, an mama di tu te amu la manbo, an tu ve sida na mesa di fanm so swar sa an manja manje di li. —Miró a Hana con su cara de nuez—. Ko pava le toti. Cuéntales todo.

Los vencejos bajaron a la torre todos a la vez, la cuerda entera, como si algo tirara de ellos hacia dentro, y el cielo quedó vacío y las fichas de dominó en la azotea de al lado sonaron, clac, clac, y alguien abajo gritó hacia arriba que la cena estaba en la mesa.

Hana pensó en la última hoja en el fondo de su baúl. Dijo «Sí» en inglés de río arriba, y lo oyó salir con la voz que usaba para firmar un plano, y no supo, sentada sobre la tapa de la tinaja de su madre en el anochecer, si era verdad.

*Procedencia*

De la declaración Hoo4 de Hana Cho, tal como la asentó Margaux Abagnale en la mesa del Yunque; el testimonio de la propia Hana sobre esa noche, dado más tarde, que dice lo que omitió y por qué.

La cocina del Yunque de noche, el día en que ella volvió, era como la recordaba y más pequeña. La misma mesa larga, once años más vieja, marcada por once años más de cuchillos y ollas calientes. La misma puerta del altar al final del pasillo con su cortina azul. Una lámpara distinta. Una criatura que no conocía, Junie, subida a una silla para alcanzar el estante alto de las tazas, y al lado otra silla, ya separada de la mesa, para Ara, que se subió sin que nadie se lo dijera y empezó a contar las tazas a medida que Junie las iba dejando.

Estaban todos. Yvonne en la cabecera de la mesa con su delantal, más vieja, más pequeña, con su mano de cirujana llena de cicatrices apoyada sobre la madera. Solène a su lado con un libro de cuentas y un lápiz rojo y una cara que no le daba nada a Hana. Marcel, diecinueve años, más alto que Hana, ancho de hombros como su padre, con la mano en el pecho donde el ámbar se transparentaba tenue a través de la camisa, mirando a Hana como si fuera una máquina que hubiera llegado sin manual. Nel a su lado con una kalimba en una mano, sin tocarla. Lena de pie en la puerta del patio. Margaux con un cuaderno abierto, vestida, con ese calor, con una chaqueta que debía de haber costado un año de salario del Lodo. Y Nox, a quien había visto por última vez a los veinticuatro años en esta misma cocina la peor noche de todas sus vidas, de pie contra la pared junto a la estufa con una chaqueta gris de bolsillos cosidos, mirándola con una expresión que ella no podía descifrar en absoluto.

—Tu sanble bien —dijo Yvonne, lo cual era una amabilidad y no era cierto, y Hana dijo: «Tu osi» lo cual no era ni una cosa ni la otra.

Había dos bidones de aceite en el estante de la clínica, al otro lado de la puerta del pasillo. Hana los vio y vio que nadie estaba friendo nada. La cena era pastelitos al vapor con un encurtido de pimiento y una olla de quimbombó y sorgo y cangrejo, y Junie había aplastado los pastelitos en una sartén seca para tostarles los bordes, y estaba bueno, y ella lo dijo, y Junie la miró con abierta desconfianza.

Después de la cena extendió los planos sobre la mesa.

Habló durante una hora. Lo había ensayado en el barco, y descubrió que el ensayo se sostenía. El dispositivo era una bomba. Tenía dos cámaras y una membrana que se flexionaba entre ellas y movía la sangre. Necesitaba energía de fuera, por una línea bajo la piel hasta un

impulsor que se llevaría puesto o se tendría junto a la cama, y necesitaba un controlador que le dijera con cuánta fuerza empujar y cuándo descansar. Un controlador tenía que aprender. Había que darle un patrón inicial, una calibración, a partir de un corazón que ya funcionara con el mismo diseño, y había exactamente un corazón así en el mundo, y estaba en esta cocina. Después de eso, necesitaba una entrada viva, una señal cambiante de un cuerpo vivo, a la cual ajustarse, y en un receptor sano eso lo daba el propio cuerpo del receptor. El cuerpo de Étienne no podía darlo, no al principio. Así que el procedimiento tomaría una prestada. Y la energía vendría de aparatos con alimentación eléctrica: un banco, un tablero, una pared. Nada en el procedimiento le quitaba nada al cuerpo de nadie, salvo información.

—*Receptor* —dijo Margaux, escribiéndolo en el estándar—. Étienne De La Rosa. Kalib, de kora di Marcel. Kouman?

—Un lekti. Via la registè. —Hana señaló con la cabeza hacia el pecho de Marcel, hacia la moneda bajo la camisa—. Kuarenta minit ave un lektè su li. Li pa touche la kora. Li kouta la bagay ra kontrolè ja sava. —Una lectura, quería decir: cuarenta minutos con un lector sostenido sobre la moneda, sin que nada tocara el corazón, solo escuchando lo que su controlador ya sabía.

Marcel no dijo nada. Su mano no se movió.

—An li fasa wani po li? —preguntó Solène. Era lo primero que había dicho.

—Li pran la travay de su kora di li mem. Li sinifa ki la sikui pu desanda. —El circuito llevaba años matándolo despacio. Con un corazón que funcionara lo iban a poder poner de un costado o del otro, sentar, si es que lograba sentarse, mover. Hana se detuvo. Se obligó a decir lo siguiente sin rodeos—. Li pa reveye li. Mo pa sava si li reveye aster. Un kora pa e un mona ra vena a kay. Mo veli ki sa ekri. —Eso no lo iba a despertar. Ella ignoraba si ahora estaba despierto. Un corazón no era una persona que regresaba al hogar, y quería que eso constara por escrito.

Margaux lo escribió.

Hana sentía la última hoja en el fondo de su baúl, a tres calles de allí, como si la llevara en el bolsillo. Lo había decidido en el barco. Lo había decidido otra vez esa tarde, en la cama de los Kang. El procedimiento requeriría un reinicio, y ella explicaría el reinicio cuando la casa hubiera aceptado el procedimiento en principio y estuviera preguntando cómo, y no antes, porque una casa a la que se le pide que considere dos cosas a la vez solo considerará la peor. Sabía que eso era un argumento. Sabía a favor de qué era un argumento. Dejó pasar el momento, y Margaux pasó una página, y el momento se fue.

—Poukisa aster? —dijo Nox desde la pared.

Todos lo miraron. Era la primera vez que hablaba desde que ella había entrado.

—Passe vu te trova li —dijo Hana—. Mo te sava ki li te na *continuidad*. Mo pa te sava wena, oswa si li te vivan. Kan Margaux te reacha mo su resev an pava mo su la liy, mo te pran bato swivan.

—Tu te ja havi desen ye. Dos ane di desen.

—Yo.

—Po un nonm ra tu pa te sava si li te vivan. —Dos años de planos, quiso decir, para un hombre del que ella ni siquiera sabía si estaba vivo.

—Mo te espere. —Lo miró—. Mo te douva li. —Había tenido esperanza. Estaba en deuda con él.

—Douva li wani? —dijo Marcel.

* * *

De la declaración Hoo4 de Hana Cho, la parte que Margaux Abagnale tituló «procedencia»; el gesto de asentimiento de Yvonne Celestin, que Margaux registró como «permiso concedido».

Había sabido que la pregunta llegaría. Lo había sabido durante diecinueve años. También había ensayado la respuesta en el barco, y cuando llegó no vino con la voz que esperaba. Vino de Marcel, con la mano en el pecho, y la hizo como si ya la hubiera hecho antes en otros cuartos y no le hubieran dado nada, y así había sido.

—Li te soti de wena? —dijo—. Kora di mo. Nulan janmen te pava mo. Yvonne pava manda Hana. Solène pava ki li te havi nueve ane. —Cuatro días antes había estado de pie en el Tercer Sumidero ante un gabinete que estaba leyendo a su padre, sin saber de dónde venía su propio corazón—. Mo ap manda. —Ahora lo preguntaba. Su voz era firme.

Hana miró hacia Yvonne. Yvonne le devolvió la mirada y asintió muy levemente, el permiso de una mujer que había guardado un secreto durante diecinueve años porque no le correspondía contarle.

Entonces Hana lo contó sin rodeos. En el barco se había prometido contarle sin rodeos o no contarle.

—Hace diecinueve años trabajaba en un taller de fabricación en la loma —dijo. Lo dijo en el inglés de río arriba, el registro cuidadoso con el que firmaba los planos, porque no confiaba en su Kanal para nada que no pudiera retirar, y todos en la mesa lo siguieron, como todos en el Lodo seguían el estándar—. Bajo contrato con una familia del Dosel. Tenían un recién nacido con un corazón que no iba a funcionar. Podían pagar lo que nadie puede pagar, así que le pagaron a mi taller para que construyera un corazón para un bebé. Yo lo diseñé. Llevó catorce meses. Era lo mejor que había hecho en mi vida. Cuando estuvo terminado quedó en un estuche sellado en la sala limpia del taller, esperando la entrega, y los cirujanos de la familia estaban preparando a su bebé.

Apoyó las manos abiertas sobre los planos. Tenía los nudillos manchados de verde cobrizo en los pliegues por los baños salinos, y así llevaban veinte años.

—Tu padre era ingeniero de relés. Había hecho trabajos para el taller, cableado. Me conocía. Sabía lo que había en el estuche. Y tú naciste con el mismo corazón que tenía el bebé del Dosel. El mismo defecto. Te trajo aquí a la clínica, y Yvonne le dijo que te quedaban semanas. —Hana no miró a Yvonne—. Vino a verme y me pidió que se lo diera. Le dije que no. Le dije que pertenecía a una familia que lo había pagado y a un bebé que lo necesitaba. Él me dijo que tú también. Volví a decirle que no. Y después no lo detuve.

Nadie se movió. Ara había dejado de contar tazas.

—No habría podido sacarlo solo del taller. El estuche estaba registrado. La unidad figuraba en el inventario, y la cuenta de la familia cargaba con su costo, y cada pieza tenía un rastro de papeles. Lo que necesitaba era alguien que pudiera hacer que los papeles dijeran otra cosa. —Entonces miró a Solène. Había decidido en el barco que miraría a Solène cuando lo

dijera, y lo hizo—. Había una empleada de finanzas en la oficina del Consorcio que llevaba la cuenta de la familia y el contrato del taller. Se llamaba Amarante. Registró la unidad como una fabricación fallida y la pasó a chatarra. Pasó el costo de la cuenta de la familia al libro de pérdidas del taller, donde desapareció entre un año de otras pérdidas. Y sacó el nombre de Marcel del registro de admisión de la clínica, para que no hubiera ningún recién nacido en el Distrito 7 con ese defecto en ningún registro que nadie pudiera consultar. Un dispositivo, una deuda y un niño, fuera de los registros. Le llevó cuatro noches.

—An apre —dijo Marcel.

—Y luego tu padre bajó el estuche por la escalera de servicio debajo del abrigo, y yo lo implanté. En un cuarto que no voy a nombrar, con una ayuda que no voy a nombrar. Tenías once días. —Algo le pasó a la voz y lo dejó pasar—. Viviste. Tienes diecinueve años. Sigue funcionando. Llevo diecinueve años queriendo verlo.

—An la lot timoun —dijo Solène.

Hana siempre había sabido que alguien lo preguntaría. Lo que no había sabido era que lo preguntaría Solène.

—El taller construyó otro. Llevó ocho meses. —Lo dijo sin suavizarlo, porque no había manera de suavizarlo—. No sé lo que le costaron esos ocho meses a esa familia. Nunca lo pregunté. Dejé el taller al año siguiente. He estado río arriba desde entonces. —No contaba la única noche, once años atrás, en que había vuelto a sentarse en esta cocina con la casa después de que Étienne ya no estuviera.

La cocina estaba muy callada. A través del suelo, lento y pesado, el golpe seguía.

—Amarante —dijo Solène. Dijo el nombre como si lo pesara en una balanza.

—Era tu madre —dijo Hana—. Tu madre biológica. Te había dejado aquí nueve años antes, con Yvonne. Por eso conocía la casa. Por eso dijo que sí cuando Étienne se lo pidió. No creo que lo hubiera hecho por nadie más. —Hana se obligó a mantener los ojos en la cara de Solène—. Te pareces a ella. Ya te parecías de niña.

Solène no dijo nada. Dejó el lápiz rojo sobre el libro de cuentas, con mucho cuidado, paralelo al borde de la página, y entrelazó las manos encima, y Hana vio cómo los nudillos se ponían blancos y luego vio cómo ella las separaba, deliberadamente, y las dejaba planas.

—Ke li vivan? —dijo Solène.

—No lo sé. No la veo desde hace diecinueve años.

Solène asintió una vez. Volvió a tomar el lápiz.

—Skriva li —le dijo a Margaux—. Toti. Nom di li. La bagay ra li te fasa. Skriva li kom Hana te pava li.

Margaux la miró un momento y luego lo escribió todo, el nombre y lo que había hecho Amarante, tal como Hana lo había contado.

* * *

Del testimonio de Hana Cho; el de Nox, que consiste en la única frase que admite.

Poco después de la medianoche Nox la acompañó a casa. Nadie se lo había pedido. Cuando Hana bajó los siete escalones del Yunque con su tubo de planos vacío, él ya estaba al pie, con la chaqueta gris, y se puso a caminar a su lado sin decir palabra, por el lado de afuera de la acera, como había caminado junto a Yvonne en el Paseo del Luto.

El Distrito 7 a esa hora estaba oscuro y ruidoso. Todas las ranas de las cunetas cantaban. Un perro ladró a tres calles, se calló, volvió a empezar. La casa de bombas al pie de la Hilera Sabine exhalaba su calor cuando pasaron por el extremo de la hilera, y a través de las persianas Hana oyó a una cuadrilla cantar, bajo, al compás de la máquina. En algún lugar una mujer freía algo en aceite a medianoche, con los postigos cerrados, y el olor salía por las rendijas al callejón y a Hana se le hizo agua la boca, y Nox dijo, sin mirar los postigos: «Luil Sindika. Setanta tokèn po kanis» nombrando el precio, aceite del Sindicato a setenta fichas el bidón, y siguió caminando.

Cruzaron el mercado, vacío, los puestos amarrados bajo sus lonas. En la esquina donde los callejones bajaban hacia el canal, una muchacha de unos quince años estaba sentada en un escalón con el vestido gris de niñera del Dosel y el cuello todavía abrochado a la garganta, meciéndose. Tenía las yemas de los dedos quemadas y brillantes. El olor le salía del cuerpo, dulce y chamuscado, como azúcar olvidada demasiado tiempo en la estufa. Los miró con unos ojos que no terminaban de posarse y dijo, en Kanal, muy educadamente: «Eskize mo, ke tu havi kekchoz» y Nox se detuvo.

Hana lo vio mirar a la muchacha. Miró el cuello, y los dedos, y el signo de tiza en la pared por encima de su cabeza que Hana no sabía leer, una mano cerrada con tres líneas debajo, y algo le cruzó la cara que ella había visto una vez antes, once años atrás en la cocina del Yunque, y había esperado no volver a ver.

Se agachó para que su cara quedara a la altura de la de la muchacha.

—Tu deme wena? —dijo.

—Katyè Tres. —Lo dijo como si fuera un chiste—. Mo travaya anlè. Mo lib. Mo havi un jou lib.

Sacó algo del interior de la camisa, donde guardaba lo que fuera que guardaba, ya que sus bolsillos no podían contener nada. Era un papel doblado con fichas. Tomó dos, se las puso en la mano y le cerró los dedos quemados sobre ellas: «Sa e po chikore an un gato. Na stal su Rampart. Pa po lot bagay la.» Para achicoria y un pastel en el puesto del callejón Rampart, le dijo; no para lo otro.

—Yo —dijo ella, educadamente, sin querer decir nada, y él lo sabía, y se levantó.

Siguieron bajando hacia el canal. Hana esperó a que él dijera algo y no lo hizo, así que al cabo de un rato ella dijo: «Poch di tu.»

—Po mo pa kava anyen ra mo pa te veli kava.

—Tu te kava tokèn ye.

—Andedan chemiz di mo. Sa e veli. —Se quedó callado unos pasos—. Sa e sa mo pava Junie. Sa pa e toti. —Los bolsillos estaban cosidos para que no llevara nada que no hubiera querido llevar: eso era lo que le había dicho a Junie, y no era todo.

El puente del Distrito 12 era un viejo tramo de hierro sobre el canal, con una lámpara en el extremo del Distrito 7 y ninguna en el otro. El canal debajo estaba negro y liso. En el pilote del lado cercano, una garza nocturna estaba encorvada bajo la luz de la lámpara, gris y blanca con un capuchón negro, como un viejecito esperando un barco, y no se movió cuando subieron al puente. En el agua negra algo giró y destelló plateado y desapareció. Tilapias, pensó Hana. Ahora los canales eran suyos. Cuando ella era niña aquí había lisas.

Nox se detuvo en lo alto del tramo. Ella se detuvo con él.

—Tu te repete sa —dijo.

Ella no fingió: «Su bato. Tres jou.»

—Li te bon. Li te tena. —Miró el agua, no a ella—. Mo te fasa dora pandan onse ane, anlè larivyè. —La gente que te abría una puerta siempre lo había ensayado. Los que no tenían nada que esconder ensayaban las partes fáciles; los que escondían algo ensayaban alrededor de eso. Puso las manos en la baranda—. Mona ra repete lasa bagay deyo.

La garza nocturna movió las patas sobre el pilote.

Hana se quedó en lo alto del puente con su tubo de planos vacío y pensó en la hoja del fondo de su baúl, a una calle de allí, enrollada aparte, con *podría fallar* subrayado dos veces. Podía decírselo. Él se lo diría a Solène antes de la mañana. Solène lo anotaría en el libro de cuentas en rojo. La casa pesaría el corazón y el reinicio juntos, y le daría más peso al reinicio, como hacían las casas, y los planos volverían al tubo, y el hombre acostado sobre su lado izquierdo en el cuarto cálido seguiría siendo girado otros once años hasta que su corazón se detuviera por sí solo.

No dijo nada. Dejó que el silencio se quedara allí en el puente entre los dos, y él lo dejó.

—Nenpot sa li e —dijo Nox por fin— pa kita li trova li li sèl. Solène. Li trova toti bagay. Pa fasa li trova sa. —Fuera lo que fuera, quería decir, Hana no debía dejar que Solène lo encontrara sola. Solène lo encontraba todo. Hana no debía obligarla a encontrar esto.

Se dio la vuelta y bajó por el tramo hacia la lámpara sin esperar respuesta, y la garza nocturna lo vio irse, y Hana se quedó en el extremo oscuro del puente en el Distrito 12 con el golpe de dos distritos encontrándose bajo sus pies, uno lento y otro más rápido, no del todo acompasados, hasta que ya no supo sobre cuál de los dos estaba de pie.



Propuesta

Del testimonio de Solène Lafitte; la cuenta en tiza de Ara sobre las losas del Yunque y sobre las piedras detrás del mercado; el relato de Pip.

Solène no durmió, cosa que se estaba volviendo una costumbre que no le gustaba. Con la primera luz bajó a la cocina y encontró que Ara ya se había despertado y estaba en el banco bajo la ventana con la lata de tiza, haciendo marcas en el piso de losas, y el resto de la casa en silencio. Nox había acompañado a Hana hasta el puente del Distrito 12 pasada la medianoche. A Ara le había vencido el sueño en el banco de la cocina durante el relato, y Yvonne le había echado una manta encima al cuerpo pequeño y había dicho que dejaran a la criatura, que Nox llevaría a Ara a casa de los Kang por la mañana.

—¿Qué cuentas? —dijo Solène, en inglés, porque el Kanal de Ara eran cuarenta palabras y los números.

—El golpe. Entre el golpe y el otro. —Ara señaló el piso, donde una fila de rayitas de tiza corría por el borde de una losa—. Hay uno grande, la bomba. Y a veces uno chiquito debajo. Estoy contando cuántos grandes hay entre los chiquitos. No es igual cada vez.

Solène se agachó y miró las marcas. Estaban en grupos: siete, cuatro, once, cuatro, nueve. No había ningún patrón que ella pudiera ver.

—¿Dónde aprendiste a contar así?

—Me sale y ya. —Ara levantó la vista—. ¿Estás triste por tu mamá?

La pregunta le entró tan limpia que no tuvo tiempo de poner nada delante.

—No lo sé —dijo Solène—. No la conocí. Anoche supe cómo se llamaba.

—Yo conozco a mi mamá —dijo Ara—, pero no sé qué estuvo haciendo mucho tiempo antes de que yo naciera. No me lo cuenta. Así que es un poco lo mismo.

Solène lo pensó y encontró que sí era, un poco, lo mismo. Se puso de pie.

—¿Quieres desayunar? Desayuno de verdad, en el mercado. Yo invito.

Ara se levantó enseguida.

Caminaron hasta el mercado del Distrito 7 en la hora gris, con el calor ya subiendo de las piedras. El mercado se estaba despertando: los puesteros sacaban a rastras los toldos, un pescadero baldeaba su losa con un balde, un muchacho en bicicleta llevaba un cajón de quimbombó amarrado atrás. Nadie freía. El olor del mercado por la mañana tendría que haber sido pescado en aceite caliente y buñuelos de sorgo, y, en cambio, era piedra mojada y

achicoria y algas al vapor, y la gente estaba de pie en los puestos con sus tazas y se quejaba de eso en Kanal con esa clase de gusto que da una queja que todos comparten. Solène compró dos tazas de achicoria, una casi toda leche, y dos tartas de batata a una mujer que las horneaba en un horno de barro y no necesitaba aceite, y comieron de pie. Ara contó los pliegues del borde de la tarta antes de comérsela. Diecinueve.

—Nineteen —dijo Ara—. Como Marcel.

—Como Marcel —dijo Solène, y luego tuvo que mirar la losa del pescado un buen rato.

Detrás del mercado, pasado el cobertizo de los pescaderos, la vieja tubería maestra salía de la tierra a lo largo de unos diez pasos antes de volver a meterse: un tubo de hierro negro tan grueso como un barril, remachado, más viejo que el calendario, con una capa descascarada de pintura del Desagüe y una costra de sal en las juntas, por donde sudaba. Los niños del Distrito 7 llevaban pegando la oreja ahí desde que se tenía memoria. Ahora había allí una criatura, echada sobre las piedras con una oreja plana contra el hierro y los ojos cerrados, de unos ocho años, con una camisa demasiado grande y los pies descalzos grises de polvo. Solène conocía a la criatura de vista. Todo el mundo del lado del mercado conocía a Pip.

Ara se detuvo. Pip abrió un ojo.

—Estás en mi lugar —dijo Ara, en inglés, lo cual no era cierto, porque Ara nunca había estado allí.

—Mo ap kouta —dijo Pip.

—¿Escuchando qué? —Ara había entendido el tono, aunque no las palabras.

—Katy Onse. Pafwa Katy Onse rira. —Pip se incorporó, y señaló la tubería, y se rio, una imitación grave y burbujeante, para que Ara entendiera—. Nulan kroua mo. —A veces el Distrito Once se refa, y nadie se creía nunca esa parte.

Ara miró la tubería, y a Pip, y luego, para sorpresa de Solène, no discutió, ni preguntó cómo, ni dijo que era imposible. Ara sacó la lata de tiza, se sentó en las piedras con las piernas cruzadas junto a la tubería y dijo: «Avísame cuándo. Yo cuento».

—Konta wani?

—Entre uno y otro. Desde la bomba hasta que lo oyes. —Ara lo mostró con una mano: un golpe, un hueco, un golpe.

Pip lo pensó, y luego volvió a echarse con una oreja contra el hierro, y al rato dijo «Now» y Ara hizo una marca, y al rato Pip dijo «Now» otra vez, y Ara hizo otra. Solène se quedó al lado con su taza. No la miraban. Se habían olvidado de ella. Pip escuchaba y Ara contaba, y entre marca y marca discutían en voz baja si una cosa que Pip había oído era una risa o una puerta, y si una puerta contaba, y Ara dijo que las puertas contaban si las escribías como puertas, y Pip estuvo de acuerdo después de pensarlo un poco.

Solène miró a Pip y a Ara mucho tiempo, más del que había querido. La oreja de Pip en la tubería maestra; la tiza de Ara en las piedras. Se le ocurrió, ahí de pie, que podía preguntarles. Que la casa había pasado dos semanas aprendiendo cuánto llevaba el viejo hierro, y que Marcel había vuelto del Tercer Sumidero con la mano apretada contra el pecho hablando de un segundo ritmo debajo del golpe, algo más constante que cualquier cosa, y aquí había dos criaturas echadas junto a la tubería maestra más vieja del distrito llevando un registro justo de esa clase de cosa, en tiza, sin más razón que las ganas. Podía agacharse y preguntarles qué oían. Podía traer a Marcel. Podía pasar sus marcas al libro de cuentas.

No lo hizo. Se quedó de pie con la taza enfriándose y entendió que la idea le había llegado con la misma voz que los dibujos de la mesa de la cocina, la voz que convertía cualquier cosa que pudiera oír en algo que se pudiera usar, y la dejó pasar. Eran criaturas. Estaban jugando. Lo que oían era suyo.

—Mira —dijo Pip de pronto, incorporándose—. La. Sa te la ri. Tu te pran li? —Ahí, esa era la risa; ¿la había agarrado Ara?

—Thirteen —dijo Ara, haciendo la marca—. Trece bombas. Está escrito.

—Nulan ve kroua li.

—No importa —dijo Ara—. Está escrito.

Pip miró la marca de tiza un momento, y luego sonrió, una sonrisa ancha y mellada, y volvió a echarse sobre el hierro.

Cuando por fin Solène llamó a Ara para irse, Ara se levantó y se sacudió, y Solène vio los zapatos: hechos en las plataformas, de cuero bueno, un número más pequeños de la cuenta, con la suela gastada hasta abrirse en el borde de afuera del talón izquierdo, de modo que se veía el calcetín. Ara vio que los miraba.

—Es mi pie de contar —dijo Ara—. Cuando cuento me apoyo en el borde de afuera. Se gasta primero.

—Nox te va a llevar con Janelle —dijo Solène—. En la Hilera Sabine. Ella te los arregla.

—¿Es buena?

—Es buena. Cuéntale cómo se gasta el talón. Va a querer saberlo. Lo anota todo.

A Ara esto pareció gustarle, como si fuera una cualidad que valía la pena tener en una persona. Pip, sobre la tubería, levantó una mano sin abrir un ojo, y Ara le devolvió el gesto, y volvieron caminando a casa.

* * *

Del relato de Pip, dado por extenso; el de Ernestine, que es más corto y coincide en lo del pastel.

Esa tarde en la Hilera de la Cisterna, en la casa flotante de la puerta verde a tres casas de la bomba, Pip entró al anochecer con polvo de tiza hasta los dos codos y anunció a toda la familia que había una persona nueva que sabía contar la tubería.

Nadie levantó la vista. La casa flotante tenía un cuarto abajo y uno arriba, y al anochecer el de abajo los tenía a todos: la mamá de Pip, Ernestine, a la mesa con un balde de alquitrán caliente enfriándose al lado y las manos negras hasta la muñeca por la canaleta de los Batraverse; la hermana mayor de Pip, Josiane, remendando una red sobre las rodillas; el bebé en una canasta en el piso, con esa tos chiquita y húmeda que tenían todos los de las plantas bajas de la Hilera de la Cisterna en el calor húmedo y que la clínica llamaba «la humedad» y sobre la que había escrito un informe. El certificado de moho colgaba de un clavo junto a la puerta. Decía *CONDICIONAL*. Llevaba dos años diciendo *CONDICIONAL*, lo que significaba que en la casa se podía vivir hasta que alguien decidiera que no.

—Un mona nov —dijo Pip otra vez, más fuerte.

—Lava —dijo Ernestine.

Pip se lavó, mal, en la palangana, y volvió y se sentó en el escalón más bajo, que era el lugar de contar, y lo contó. La persona nueva había llegado en un barco desde río arriba con una

madre que era ingeniera y una lata de tiza en el bolsillo de la chaqueta. La persona nueva se había sentado junto a la tubería maestra detrás del cobertizo de los pescaderos y no había dicho *eso es imposible ni vete a tu casa ni se te va a quedar atorada la oreja*, que era lo que decía la gente del mercado, y que había pasado una vez, a un niño llamado Didier, y habían hecho falta dos pescaderos y un balde de grasa. La persona nueva había dicho *avísame cuándo*.

—An mo te pava kile —dijo Pip—. An la mona nov te konta ponp. De ponp tanka mo audi li. An te skriva li su roch ye.

—Skriva wani? —dijo Josiane, sin levantar la vista de la red.

—La kont. Trese. Po la ri.

—Pa gen ri —dijo Josiane—. Katye Onse e un tanri. Nulan rira na un tanri.

—Kekmoun rira.

—Tanè pa rira. Manda nenpot mona ra te kanpa anba van di un. —El Distrito Once era un distrito de curtidores, eso quería decir Josiane, y los curtidores no se reían; que lo dijera cualquiera que hubiera estado alguna vez a sotavento de una curtiduría.

—Kekmoun —dijo Pip— rira.

Ernestine dejó la brocha del alquitrán. Miró a Pip un largo rato por encima de la mesa, con las manos negras planas sobre la madera, y Pip esperó *a la cama* y no llegó.

—Madanm ave kreyon wouj te fasa wani? —dijo Ernestine—. Tu te pava ki madanm Anvil te e du. —Quería saber qué había estado haciendo ahí la mujer del Yunque, la del lápiz rojo.

—Anyen. —Pip lo pensó—. Li te kanpa du. Li te havi un tas. Li te gon manda kekchoz, ko li pa te manda. —Pip frunció el ceño, sacando la cuenta—. Li te sanble kom kan tu gon pran denye gato, ko tu dava li a bebe a. —La mujer se había quedado ahí de pie con una taza, con ganas de preguntar algo y sin preguntarlo, y había puesto la cara que uno pone cuando piensa llevarse el último pastel y, en cambio, dárselo al bebé.

Ernestine volvió a tomar la brocha y la miró sin hacer nada con ella.

—La mona nov pava ki sa pa enpotan si okenn mona kroua li —dijo Pip—. La mona nov pava ki li ekri.

—Su roch deye hanga pouason —dijo Josiane—. Nonm pouason rense le chak matin.

—El pescadero baldeaba esas piedras todas las mañanas; las marcas no iban a durar ni un día.

—Ko nu ve skriva li ankora —dijo Pip.

El bebé tosió. Ernestine se levantó y subió la canasta a la mesa junto a ella, lejos de la humedad que subía de noche por el piso de pontones, y le metió en el puño al bebé un dedo de nudillos negros, y el bebé lo agarró. Afuera de la ventana la bomba de la Hilera de la Cisterna estaba en marcha, un poco más ligera que la de Sabine, constante, y la casa flotante iba montada en ella como siempre, sin moverse, sintiéndola subir por los postes guía hasta el armazón. Pip estaba en el escalón más bajo con una oreja contra el poste, el que bajaba por el piso hasta la tierra, y escuchaba la casa.

—Ke tu pu audi Katye Onse? —dijo Ernestine.

—Pa de da. Selman de gran tiyo. —Desde aquí no; solo en la tubería maestra grande. Pip cerró los dos ojos—. Mo pu audi nu. —Desde el escalón más bajo, lo que Pip alcanzaba a oír era la casa, y a toda la familia dentro.

Del libro de cuentas de Solène Lafitte, la página H004 y la siguiente.

Nox llevó a Ara a casa de los Kang pasando por la Hilera Sabine, como le había pedido Solène. Solène se sentó a la mesa de la cocina sola con el libro de cuentas.

La página de anoche estaba con la letra de Margaux, limpia y completa, encabezada *H004*. Receptor. Uso de calibración, y por qué medios. La energía. Lo que el corazón haría por él, y lo que no: *Un corazón no es una persona que vuelve a casa*. El robo, en orden: la familia del Dosel, el taller, el estuche, Étienne, Amarante, la baja como chatarra, la deuda, el nombre sacado del registro de admisión de la clínica, la colocación en una sala sin nombre, a los once días. La otra criatura y los ocho meses. *Era tu madre*. Margaux lo había escrito todo tal como Hana lo dijo, como Solène le había pedido.

Solène lo leyó tres veces. Había pasado diez años leyendo manifiestos, y lo primero que había aprendido y en lo que más confiaba era la forma de un registro al que le falta algo. Lo que faltaba no se veía. Se veía la forma que el resto del registro hacía a su alrededor, la manera en que las cargas sumaban un pelo menos que el peso, la manera en que la ruta de un transportista tardaba un día más que la distancia. Cada parte del relato de Hana cuadraba, y aun así tenía esa forma. No habría podido decir dónde. Era un buen relato. Hana había contado la peor parte sin que nadie la obligara. Y aun así, en algún punto entre la calibración y la parte del despertar, los pesos salían cortos por un pelo.

Tomó el lápiz rojo y, en el margen junto a *por qué medios*, muy pequeño, dibujó un signo de interrogación. No sabía qué preguntaba. Lo dejó ahí.

Luego pasó a una página en blanco, y escribió arriba con sus propias mayúsculas cortas *PROPUESTA*, y debajo la primera pregunta que la casa tendría que responder, y se quedó mirándola mientras la cocina se llenaba de luz y Junie bajaba la escalera bostezando, y el golpe seguía bajo el piso, y en algún lugar de la ciudad, en un cuarto tibio, a un hombre lo estaban poniendo sobre el costado izquierdo.



Fin de la muestra

Esta muestra gratuita termina con el primer arco de la novela. La novela completa está disponible en inglés en Amazon. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano.

Que haya más traducciones depende de los lectores. Si quieren leer el resto en español, visiten mudnewspackage.com y díganse al autor.



Personajes

Una guía de los personajes que reaparecen, tal como están cuando empieza la historia. No revela ningún final.

El Yunque

Un hogar del Distrito 7: cocina, clínica, altar y taller, y el puesto de mando de la Espina de Rose.

Yvonne Celestin. Sesenta y cinco años. Manbo, encargada de la clínica y el altar del Yunque. Pareja de Étienne.

Marcel De La Rosa. Diecinueve años. El reparador del Yunque, cuyo corazón tiene su propia historia.

Nox. Treinta y cinco años. Antes fue de las fuerzas de la Unión, con los bolsillos cosidos. Llegó al Yunque a los catorce y está registrado como hijo de Étienne.

Solène Lafitte. Veintiocho años. Comandante de la Espina de Rose.

Lena. Pareja de Solène, a quien llaman General. Dirige a los caminantes del muro en el muro de la Hilera de la Cisterna.

Margaux Abagnale. Veinticinco años. Arma expedientes. Hija del alcalde.

Hana Cho. Ingeniera. Vuelve al Lodo con una criatura y un maletín de planos.

Ara Cho. Una criatura que lo cuenta todo.

Junie. Unos diez años. Hace el trabajo del Yunque: el acarreo de agua, el tablero de cuentas, las gallinas y la mesa. Le dice «Abuela» a Yvonne.

Pip. Ocho años. Escucha las tuberías.

Nel. Pareja de Marcel.

Cora Badeaux. Empleada en la mesa de la clínica.

Colette. Once años. Hija de la hermana de Solène; vive en el Yunque.

La Hilera Sabine y los distritos

Janelle Mouton. Repara zapatos y pies en la Hilera Sabine, a dos calles del Yunque.

Nessa. Canta, toca la guitarra y dirige la Banda de la Cordelería. Amante de Janelle.

Babette Mouton. Prima de Janelle, practicante del vudú.

Delphine Aubry. Dirige la cuadrilla nocturna del golpe en la Hilera Sabine. Madre de Lisette, de dieciséis años.

Ozanne Dufresne. Vidriera de turno de pértiga en las refinerías.

Vessa. De la Hilera de la Cisterna. Su hermano Néri lleva nueve años en la Continuidad.

Teodor Asante. Administrador del Distrito 7.

Madame Oyelaran. Atiende un mostrador en los Puestos de Achicoria.

Prosper Maraist. Caminante del muro de setenta y tantos años, octava generación en el Codo de la Viuda.

El Tercer Sumidero, el Dosel y el Sindicato

Étienne De La Rosa. Ingeniero de relés, retenido en el Tercer Sumidero. Pareja de Yvonne y padre de Marcel.

Esvane y Elvaren. Cuidan a Étienne en el Tercer Sumidero.

Georges Abagnale. Alcalde. Sesenta y un años. Padre de Margaux.

Laveau. Ocupa un asiento del Sindicato.

Baron Feray. Está al mando de los Hombres del Silencio y del comercio de Ashe. Empezó organizando acompañantes en un cobertizo de botes de Bywater.



Lugares e instituciones

La ciudad. Una Nueva Orleans del futuro: una ciudad de cuencos bombeados, que quedó atrás cuando el Misisipi cambió de curso. El calendario local va por su Año 19.

El Lodo. Los cuencos: setenta y cinco distritos, en categorías de la A a la F, bajo la loma. La gente pregunta de qué distrito es uno de verdad.

El Dosel. Las antiguas fincas de la loma y las plataformas sobre el Lodo. Seco, filtrado y silencioso por diseño.

Los Estratos Medios. La pendiente entre la loma y los cuencos: oficinistas, casas de cambio de fichas, galerías de bienestar.

La Zona Hundida. Los distritos 41 a 75, los cuencos exteriores medio ahogados.

El canal. El brazo salado de marea que el río dejó junto a la ciudad, más allá de los muros de anillo.

El Distrito 7, la Hilera Sabine y la Hilera de la Cisterna. El distrito del Yunque; la hilera de reparaciones de Janelle, con su vieja estación de bombeo; la hilera vecina, que se inunda.

El Codo de la Viuda. El tramo del muro de anillo sobre la Hilera de la Cisterna donde el muro gira hacia el Lago.

El Tercer Sumidero. La instalación donde retienen a Étienne.

La Casa de Vidrio. La casa de Laveau, hecha de vidrio de desecho, en el techo de la refinería más antigua de la Dársena.

La Junta. Autoriza los grandes programas y emite las órdenes que llegan como avisos.

El Mostrador. Fichas, distribución, Líneas del Diezmo y categorías.

El Desagüe. Diques, bombas, compuertas y tratamiento.

La Vigilancia. Purificadores, puestos de control, monitoreo de relés y Continuidad.

El Sindicato. Suministro, crédito, rutas y mano de obra de las vidrierías.

Purificadores. La seguridad del Consorcio, vestida de gris y con botas selladas.

La Espina de Rose. Protección y logística con raíces en los distritos, dirigida desde el Yunque.

Los Hombres del Silencio. La organización de Feray. Una V poco profunda tallada en un banco o en un marco de puerta significa que ya estuvieron ahí y que volverán.

Ashe. Un residuo adictivo del vidrio rojo de desecho.

La música del golpe. La música de cada distrito lleva el ritmo de su bomba.

El tono. Los emisores de los Estratos Medios transmiten un tono tranquilizante, y la gente compra cajas de tono para oírlo en casa. Algunas cajas siguen sonando después de que se corta la corriente; nadie ha explicado por qué.



Cómo leer las lenguas

Kanal es el habla común del Lodo. Creció a lo largo de muchas generaciones a partir del criollo de Luisiana, el kreyòl haitiano, el francés de Luisiana, el inglés de Nueva Orleans, el español, el vietnamita y, más tarde, el coreano. Sus oraciones van en el orden sujeto, verbo, objeto, con palabras pequeñas antes del verbo para el tiempo y el modo:

- *te* pasado; *ap* en curso; *gon* a punto de, con intención de; *ve* futuro
- *pa* no
- *mo* yo, *tu* tú, *li* él, ella o eso, *nu* nosotros (incluye a quien escucha), *vu* ustedes
- *la* el, la; *di* de (*ekip di Delphine*, la cuadrilla de Delphine)
- *yodi* al final de una oración significa «dicen»: quien habla lo oyó y no lo vio. El informe de un corredor se cierra con *viza* (visto) o *yodi* (oído).

Pronunciación. El Kanal tiene seis vocales, *a e i o u è*; la *è* es una e abierta, como la del francés «père». *Ou* suena como la u de «luna», *ch* como el «sh» con que se pide silencio, *j* como la ll de «calle» en el español rioplatense, y como en «ya», y la *r* es una vibrante simple, como en «pero». El acento cae en la penúltima sílaba. Los hablantes mayores conservan la *è* y las consonantes finales; los más jóvenes a menudo las dejan caer.

El cambio. El Dosel habla un inglés estándar aplanado. Los hablantes del Lodo cambian a él en los puestos de control, los mostradores y las audiencias, y lo dejan al llegar a casa. En el original, ese cambio se muestra cuando la línea pasa al inglés; en esta edición, cuando pasa al español.

Otras lenguas de la Unión. La novela compañera, *The Fourth Rail* (*El cuarto riel*), transcurre en el corredor del noreste, donde la gente habla Span, Latch y Switch.



Glosario

Las palabras tal como se hablan en este libro. Cada entrada da la forma, lo que significa y, cuando se sabe, la lengua de la que llegó. No hace falta esta lista para seguir la historia; está aquí para quien quiera consultarla.

Procedencias: EN, inglés. HK, kreyòl haitiano. KO, coreano. LC, criollo de Luisiana. LF, francés de Luisiana. SP, español. VI, vietnamita. Una entrada sin procedencia pertenece al antiguo núcleo de la lengua.

KANAL

El Kanal es la lengua hablada del Lodo. El inglés estándar del Dosel es la lengua a la que sus hablantes cambian ante los funcionarios, los formularios y la Junta.

- a: a, para
a lè: a tiempo (HK: *a lè*)
achta: comprar (HK: *achte*)
achtè: comprador (HK: *achtè*)
adezif: adhesivo (LF: *adbésif*)
adisyonè: sumar (LF: *additionner*)
administratè: administrador (HK: *administratè*)
adwaz: pizarra (LF: *ardoise*)
afich: aviso, cartel (LF: *affiche*)
afiche: fijar (un aviso) (LF: *afficher*)
aigo: ay (también un grito de duelo) (KO: *aigo*)
ajans: agencia (LF: *agence*)
ajiste: ajustar, encajar (LF: *ajuster*)
akroche: engancharse, atorarse (LF: *accrocher*)
alkil: alquiler (SP: *alquiler*)
alkila: alquilar (SP: *alquilar*)
almeno: al menos (SP: *al menos*)
alokasyon: asignación (LF: *allocation*)
alto: contralto (LF: *alto*)
amu: disfrutar, amar
an: y
anba: debajo, bajo
anba dlo: bajo el agua
anbete: fastidiar (HK: *anbete*)
anch: cadera (LF: *hanche*)
andedan: adentro (HK: *andedan*)
ane: año (LC: *ane*)
ankèt: investigación (LF: *enquête*)
ankora: otra vez, ya no
anlè: de arriba; arriba (HK: *anlè*)
anlè a: allá arriba
ann: vamos a (HK: *ann*)
anpil: mucho, muchos (HK: *anpil*)
anpile: apilar (LF: *empiler*)
anrejistre: anotar, registrar (HK: *anrejistre*)
ansam: juntos (también *ansanm*)
ansanm: juntos (LF: *ensemble*)
ant: entre (LF: *entre*)
antere: enterrar (LF: *enterrer*)
anterman: entierro (HK: *antèman*)
antra: entrar, pasar (LF: *entrer*)
antre: entrada (en un registro); toma (de agua)
antye: entero (HK: *antye*)
anvè: al revés, del revés (HK: *anvè*)
anyen: nada (HK: *anyen*)
ap: está haciendo, en curso (antes de un verbo)
aparèy: aparato, dispositivo
apèn: apenas (LF: *à peine*)
apre: después
apremidi: tarde (LF: *après-midi*)
apren: aprender (una melodía, un oficio)
arbol: árbol (SP: *árbol*)
arjan: plata (LF: *argent*)
asansè: ascensor, montaplatos (HK: *asansè*)

- asasina:** asesinato (*LF: assassinat*)
ase: suficiente (*HK: ase*)
asosi: melón amargo (*HK: asosi*)
asosyasyon: asociación (*LF: association*)
aster: ahora
asye: acero (*LF: acier*)
atann: esperar (contar con algo) (*HK: atann*)
atansyon: cuidado, atención (*LF: attention*)
atè: en el piso, en el suelo (*HK: atè*)
atelye: taller (*LF: atelier*)
atik: artículo (de un reglamento) (*HK: atik*)
atrap: atrapar (*LF: attraper*)
atravè: a través de (*LF: à travers*)
audi: oír
avan: antes
avani: temprano
ave: con
avèg: ciego (*HK: avèg*)
avi: aviso (*LF: avis*)
aye: ayer (*HK: ayè*)
ayere: airear (la ropa) (*LF: aérer*)
ba: barra (*LF: barre*)
bach: lona (*HK: bach*)
bag: anillo (*HK: bag*)
bagay: cosa (*HK: bagay*)
baget: palillos (para comer) (*LF: baguette*)
baka: de vuelta (como en *volver*)
balanse: medir, balancearse (*LF: balancer*)
ban: banco de trabajo
bank: banco (de celdas) (*EN: bank*)
bann: banda (*LF: bande*)
barik: barril (*HK: barik*)
bas: bajo (voz) (*LF: basse*)
bat: batir, tocar (un tambor, un golpe) (*LF: battre*)
bateliè: barquero (*LF: batelier*)
bati: construir (*LF: bâtir*)
batiman: edificio (*LF: bâtiment*)
batman: pulso, latido (*LF: battement*)
bato: bote
batri: batería (instrumento) (*LF: batterie*)
baz: base (sueldo) (*LF: base*)
bebe: bebé (*LF: bébé*)
beinte: veinte (*SP: veinte*)
bel: guapo, fino (*LF: belle*)
bèl: hermoso (*HK: bèl*)
belmè: suegra (*LF: belle-mère*)
ben: bueno (al empezar a hablar) (*LF: eb bien*)
benefis: beneficio (función a beneficio) (*LF: bénéfice*)
bese: inclinarse, agacharse (*LF: baisser*)
beton: concreto (*LF: béton*)
bidjè: presupuesto (*HK: bidjè*)
bien: bien, como se debe (*LF: bien*)
biwo: oficina (*HK: biwo*)
blan: blanco (*LF: blanc*)
ble: azul (*LF: bleu*)
blese: herido, lastimado (*LF: blessé*)
bliye: olvidar (*LF: oublier*)
blok: bloque (*LF: bloc*)
blokaj: punto muerto, bloqueo (*LF: blocage*)
bo: beso (*HK: bo*)
bokal: frasco (*LF: bocal*)
bokou: mucho (*LC: beaucoup*)
bol: tazón (*LF: bol*)
bon: bueno (*LF: bon*)
bon mache: barato (*HK: bon mache*)
bondye: Dios (*HK: Bondye*)
bonjou: hola, buenos días (*HK: bonjou*)
bonswa: buenas tardes, buenas noches (*HK: bonswa*)
bor: borde
bot: botas (*LF: botte*)
boua: beber (*LF: boire*)
bouason: una bebida (*LF: boisson*)
bouat: caja, ataúd (*HK: bwat*)
bouch: boca (*LF: bouche*)
bouche: tapar (el aire) (*LF: boucher*)
bouchon: corcho (*LF: bouchon*)
bouja: moverse, agitarse
bouje: moverse, desplazarse (*HK: bouje*)
bouke: hartado, cansado de (*HK: bouke*)
bous: monedero (*LF: bourse*)
bout: final (de una calle) (*LF: bout*)
bouteye: botella (*LF: bouteille*)
bouton: botón (*LF: bouton*)
bouyi: hervir; un hervido (de cangrejos) (*HK: bouyi*)
bouyon: caldo (*LF: bouillon*)
bouyot: tetera (*LF: bouilloire*)
bra: brazo (*LF: bras*)
branch: ramal (*EN: branch*)
bri: ruido; fasa bri hacer ruido (*LF: bruit*)
brila: quemar (*LF: brûler*)
brile: quemador (de aceite); quemado (*LF: brûlé*)
chaj: carga (*HK: chaj*)
chaje: cargar (a una cuenta) (*LF: charger*)
chajè: cargador (*LF: chargeur*)
chak: cada (*HK: chak*)
chaland: barcaza (*LF: chaland*)
chale: calor (*HK: chalè*)
chalke: escribir con tiza (un nombre) (*EN: chalk*)
chan: canto (*LF: chant*)
chanja: intercambiar, cambiar de lugar (*LF: changer*)
chanje: cambiado (*LF: changé*)
chanm: cuarto del altar; cuarto (*HK: chanm*)
chanta: cantar (*LF: chanter*)
chantè: cantante (*HK: chantè*)
chapel: capilla (*LF: chapelle*)
chare: burlarse, abuchear (*HK: chare*)
charnyè: bisagra (*HK: chanyè*)
chef: jefe (*LF: chef*)

- chemiz:** camisa (*LF: chemise*)
chen: perro (*LF: chien*)
cher: querido (*LF: cher*)
chercha: buscar (*LF: chercher*)
cheval: caballo (*LF: cheval*)
cheve: cabello (*HK: cheve*)
chez: silla (*LF: chaise*)
chikore: achicoria (*LF: chicorée*)
chimen: camino (*LF: chemin*)
cho: caliente (*LF: chaud*)
chodyè: caldera (*HK: chodyè*)
chofaj: calefacción; grado de calentador (*LF: chauffage*)
chofe: calentar (*LF: chauffer*)
chofè: calentador (*HK: chofè*)
chouazi: elegir (*LF: choisir*)
da: aquí
dakor: está bien, de acuerdo (*LF: d'accord*)
dam: dama (*LF: dame*)
dan: diente (*LF: dent*)
dansa: bailar (*LF: danser*)
dapre: según (*LF: d'après*)
dava: dar
davans: por adelantado (*LF: d'avance*)
de: de, desde
debakadè: embarcadero (*LF: débarcadère*)
debarasman: alivio de librarse de algo (*LF: débarras*)
dechaja: descargar (*LF: décharger*)
defèt: deshacer (*LF: défaire*)
degre: grado (*LF: degré*)
dejene: desayuno (*HK: dejene*)
dek: plataforma (las plataformas del Dosel) (*EN: deck*)
demann: solicitud (*LF: demande*)
deme: quedarse, permanecer
demen: mañana (el día siguiente)
demonte: desarmar (*LF: démonter*)
denye: último (*HK: dènye*)
depi: desde (*HK: depi*)
depo: depósito (*LF: dépôt*)
deranje: molestia, molestar (*LF: déranger*)
derive: ir a la deriva (*LF: dériver*)
desanda: bajar (*LF: descendre*)
desant: bajada (*LF: descente*)
desen: dibujo (*LF: dessin*)
deside: decidir (*LF: décider*)
desine: dibujar (*LF: dessiner*)
desizion: decisión (*LF: décision*)
deska: ventanilla de atención
dèt: deuda (*HK: dèt*)
devan: delante de
dey: luto; fasa dey guardar luto (*HK: dèy; LF: deuil*)
deye: detrás (*HK: dèyè*)
deyo: afuera, excluido de
dezobeyi: desobedecer (*LF: désobéir*)
dezod: desorden (*HK: dezòd*)
di: de (*ekip di Delphine*, la cuadrilla de Delphine)
dializ: diálisis (*LF: dialyse*)
dies: diez (*SP: diez*)
diesim: décimo (*SP: dies + -im*)
diesinueve: diecinueve (*SP: diecinueve*)
diesiocho: dieciocho (*SP: dieciocho*)
diesiseis: dieciséis (*SP: dieciséis*)
diesisiete: diecisiete (*SP: diecisiete*)
dife: fuego (*HK: dife*)
diferans: diferencia
dimanch: domingo (*LF: dimanche*)
dire: durar, aguantar (*LF: durer*)
dirèkteman: derecho, directamente (*LF: directement*)
dierson: dirección (*LF: direction*)
diri: arroz (*HK: diri*)
diskite: discutir (*LF: discuter*)
dispans: exención (*LF: dispense*)
distri: distrito (*LF: district*)
dlo: agua
do: espalda (*LF: dos*)
doka: muelle (sueldo de muelle) (*EN: dock*)
dora: puerta
dormi: dormir (*LF: dormir*)
dos: dos
dose: doce (*SP: doce*)
dosim: segundo (en orden)
dosye: expediente (*LF: dossier*)
douet: dedo (*HK: dwèt*)
dous: dulce, suave (*LF: doux*)
dousman: en voz baja, con suavidad (*HK: dousman*)
douva: deber (dinero); tener que (*LF: devoir*)
dra: sábanas, ropa de cama (*LF: drap*)
dragaj: dragado (*LF: dragage*)
drapo: bandera (*LF: drapeau*)
drese: enderezar (*LF: dresser*)
drèt: derecha (lado) (*LF: droite*)
du: ahí
e: es, soy, son
echanj: intercambio (*LF: échange*)
eda: ayudar
egzakteman: exactamente (*LF: exactement*)
egziste: existir (*HK: egziste*)
ekay: escamas de pescado (*HK: ekay*)
ekip: cuadrilla, equipo (*LF: équipe*)
ekri: escrito (*LF: écrit*)
ekstraksion: extracción (*LF: extraction*)
elve: criar (a un niño) (*LF: élever*)
endistrièl: industrial (*LF: industriel*)
enjenyè: ingeniero (*HK: enjenyè*)
enposib: imposible (*LF: impossible*)
enpotan: importante; importa (*LF: important*)
ensiste: insistir (*LF: insister*)
enskri: inscribirse (*LF: inscrire*)

- envante:** inventar (LF: *inventer*)
envenena: envenenar (SP: *envenenar*)
epeng: alfiler; epeng cheve horquilla (LF: *épingle*)
epesè: grosor (HK: *epesè*)
eron: garza (LF: *béron*)
eseye: intentar (HK: *eseye*)
eskalye: escalera (LF: *escalier*)
eskiz: excusa (LF: *excuse*)
eskize: disculpar (perdón) (LF: *excuser*)
espere: esperar (tener esperanza) (LF: *espérer*)
espre: a propósito (LF: *exprès*)
esterilizè: esterilizador (LF: *stérilisateur*)
eta: piso (de un edificio) (LF: *étage*)
etajè: estante (LF: *étagère*)
etenda: apagar (LF: *éteindre*)
etikèt: etiqueta (LF: *étiquette*)
etranj: extraño (LF: *étrange*)
explika: explicar
fab: taller de fabricación (EN: *fab*)
fabrik: fábrica (LF: *fabrique*)
fache: enojado (HK: *fache*)
fami: familia (incluye la elegida y la adoptiva)
fann: mujer (HK: *fann*)
fann: partir, rajar (HK: *fann*)
fant: grieta (LF: *fente*)
fantom: fantasma (LF: *fantôme*)
farin: harina (LF: *farine*)
fasa: hacer
fasil: fácil (LF: *facile*)
fatige: cansado (LF: *fatigué*)
fatra: basura (HK: *fatra*)
fayi: fallar (HK: *fayi*)
fè: hierro (HK: *fè*)
fen: delgado, fino (LF: *fin*)
fenet: ventana (HK: *fenèt*)
feray: chatarra (HK: *feray*)
ferma: cerrar (LF: *fermer*)
ferme: cerrado (LF: *fermé*)
fey: hoja (LF: *feuille*)
fi: hija (HK: *fi*)
fia: confiar, fiarse (SP: *fiar*)
fier: orgulloso (LF: *fier*)
fièv: fiebre (LF: *fièvre*)
figi: cara (HK: *figi*)
fikse: fijar (un precio) (LF: *fixer*)
fil: alambre (LF: *fil*)
fin: fin (LF: *fin*)
fini: terminar, acabar, agotarse
fis: hijo (LF: *fils*)
fisèl: cordel (LF: *ficelle*)
fitè: instalador (LF: *ajusteur*; EN *fitter*)
flan: disco de vidrio en bruto (LF: *flan*)
flettri: marchito, flácido (LF: *flétri*)
flot: carroza (noche de carrozas) (LF: *flotter*)
flotan: flotante; kay flotan casa flotante (LF: *flottant*)
flote: flotar (LF: *flotter*)
fo: falso (HK: *fo*)
fom: formulario (LF: *forme*)
fon: hondo (LF: *fond*)
fondasyon: fundación (LF: *fondation*)
fonn: derretir (HK: *fonn*)
for: fuerte (LF: *fort*)
formalite: trámite (LF: *formalité*)
formasyon: formación (LF: *formation*)
fors: esfuerzo, fuerza (LF: *force*)
fos: foso (de la bomba) (LF: *fosse*)
foto: culpa (LF: *faute*)
foto: fotografía (LF: *photo*)
fou: horno (LF: *four*)
fouriyè: furioso (HK: *fouryè*)
frapa: golpear (LF: *frapper*)
frape: dar un golpecito, tocar (a la puerta) (LF: *frapper*)
fre: hermano (HK: *frè*)
frè: cuota, cargo (LF: *frais*)
fredone: tararear (LF: *fredonner*)
fregat: fragata (ave) (LF: *frégate*)
frèt: frío (HK: *frèt*)
fri: freír (LF: *frîre*)
frota: frotar (SP: *frotar*)
fua: vez (como en *una vez*, *tres veces*)
gadaj: almacénaje (LF: *garde*)
gadyen: guardián de compuerta (LF: *gardien*)
gaf: bichero (EN: *gaff*)
gan: guantes (LF: *gant*)
gany: ganar (HK: *genyen*; LF *gagner*)
gaskèt: empaque (EN: *gasket*)
gate: echado a perder, arruinado (HK: *gate*)
gato: pastel (LF: *gâteau*)
gaz: gasa (LF: *gaze*)
gen: hay; tener (HK: *gen*)
glann: prensaestopas (empaque de válvula) (LF: *glande*; EN *gland*)
glise: resbalar (LF: *glisser*)
goch: izquierda (LF: *gauche*)
golf: el Golfo (LF: *golfe*)
gon: va a, piensa (antes de un verbo)
gonbo: quimbombó (HK: *gonbo*)
gonm: goma (LF: *gomme*)
goumen: pelear (HK: *goumen*)
gouta: probar (el sabor) (LF: *goûter*)
gouvènè: regulador (de la bomba) (HK: *gouvènè*)
gramè: gramática (LF: *grammaire*)
gran: grande, crecido (LF: *grand*)
grandi: crecer (LF: *grandir*)
granfanfan: presunción, darse aires (HK: *granfanfan*)
grangou: hambre; hambriento (HK: *grangou*)
granmè: abuela (HK: *granmè*)

- granpè:** abuelo (*HK: granpè*)
grate: raspar, rascar (*LF: gratter*)
gratis: gratis (*SP: gratis*)
gren: grano (*LF: grain*)
grès: grasa (*LF: graisse*)
gri: gris (*LF: gris*)
grigri: cernícalo (*HK: grigri*)
grij: rejilla (de basura); reja (*LF: grille*)
grosè: tamaño (*LF: grosseur*)
grosi: engordar (*HK: grosi*)
grosye: grosero (*HK: grosye*)
hanga: cobertizo (*LF: bangar*)
havi: tener, guardar, disponer de
ho: en voz alta, fuerte (*LF: haut*)
inonde: inundar (*LF: inonder*)
input: entrada (señal que se le da a un aparato)
istoua: historia, cuento (*LF: histoire*)
ivè: invierno (*LF: hiver*)
izaj: desgaste (de un zapato) (*LF: usage*)
ize: desgastar (*LF: user*)
ja: ya
jakèt: chaqueta (*HK: jakèt*)
jan: manera, modo (*HK: jan*)
janm: pierna (*HK: janm*)
janmen: nunca (*HK: janm*)
jantiman: con amabilidad, con cortesía (*HK: janti*)
jantiy: cortés, amable (*LF: gentil*)
jape: ladrar (*LF: japper*)
je: ojo (*HK: je*)
jedi: jueves (*LF: jendi*)
jej: manómetro, medidor (*EN: gauge*)
jele: congelar (una decisión) (*LF: geler*)
jèn: joven (*HK: jèn*)
jenere: generoso (*LF: généreux*)
jenou: rodilla (*LF: genou*)
jeta: tirar (a la basura)
jete: lanzar (*LF: jeter*)
jijman: juicio (*LF: jugement*)
jimo: gemelos (*HK: jimo*)
jodi: hoy
jon: amarillo (*HK: jòn*)
jonksion: empalme (*LF: jonction*)
jou: día (*HK: jou*)
jouen: junta (de mampostería) (*LF: joint*)
jouet: juego, juguete (*LF: jouet*)
kab: cable de instrumento
kabann: cama, litera (*HK: kabann*)
kaben: gabinete
kado: regalo (*HK: kado*)
kaiman: caimán (*HK: kayiman*)
kalib: registro de calibración
kalimba: kalimba (piano de pulgar) (*EN: kalimba*)
kalite: clase, tipo (*HK: kalite*)
kalkil: aritmética, cuenta (*LF: calcul*)
kalkile: calcular, tener en cuenta (*LF: calculer*)
kalm: tranquilo, calmado (*LF: calme*)
kamra: cuarto
kan: cuando
kanal: canal (*LF: canal*)
kanari: olla de barro, vasija (*HK: kanari*)
kanis: lata (*EN: canister*)
kanistè: lata, bote (*HK: kanistè*)
kanmem: de todos modos, igual
kanni: moho (*HK: kanni*)
kanpa: estar de pie (*HK: kanpe*)
kantik: himno (*HK: kantik*)
kantite: cantidad (*LF: quantité*)
kaoutchou: caucho, llanta (*LF: caoutchouc*)
kapitèn: capitán; kapitèn provizyon intendente (*LF: capitaine*)
kapsil: cápsula (*LF: capsule*)
kapta: captador de recepción
kapte: captador, sensor (*LF: capteur*)
karèm: Cuaresma (*HK: karèm*)
kase: roto (*HK: kase*)
kat: tarjeta (*LF: carte*)
katorse: catorce (*SP: catorce*)
katouch: cartucho (*HK: katouch*)
katrim: cuarto (en orden) (*HK: katriyèm*)
katye: distrito, barrio (*LF: quartier*)
kava: cargar, llevar
kavilye: pasador, chaveta (*HK: kavilye*)
kay: casa, hogar
kazak: abrigo (abrigo de desfile) (*HK: kazak*)
ke: (abre una pregunta de sí o no)
kek: algunos (*LF: quelque*)
kek kote: en algún lado (*HK: kèk kote*)
kekchoz: algo (*LC: quelque chose*)
kekoun: alguien (*HK: kèkoun*)
kès: caja (de embalaje) (*LF: caisse*)
kesta: pregunta
ki: que (como en *ella dijo que*)
kile: cuándo (pregunta) (*LC: ki lè*)
kiles: cuál (*HK: kilès*)
kilo: kilo (*LF: kilo*)
kimjang: kimjang (*KO: kimjang*)
kinse: quince (*SP: quinze*)
kit: kit ... kit, ya sea ... o (*HK: kit*)
kita: dejar, permitir; abandonar (*LF: quitter*)
kiyè: cuchara (*HK: kiyè*)
kizin: cocina (*HK: kizin*)
klanp: abrazadera (*EN: clamp*)
klarte: luz (*LF: clarté*)
kle: llave (*LF: clé*)
klè: claramente, con claridad (*HK: klè*)
klèk: empleado de oficina (*EN: clerk*)
klib: club (*EN: club*)
klinik: clínica (*LF: clinique*)

- klinye:** parpadear (*LF: cligner*)
kloch: campana (hora) (*LF: cloche*)
ko: entonces, así que
koch: muesca (*HK: kòch*)
kod: código (*LF: code*)
kodonye: zapatero (*HK: kòdonye*)
kodye: cordelero (*LF: cordier*)
kola: pegar, unir (*LF: coller*)
kole: pegarse, aferrarse (*LF: coller*)
kolè: enojo (*LF: colère*)
kolektè: colector (*LF: collecteur*)
kolonn: columna (*LF: colonne*)
kolye: collarín (de trabajo) (*HK: kolye*)
kom: como (*LC: kòm*)
komandan: comandante (*LF: commandant*)
komande: pedir (mercancía) (*LF: commander*)
komín: común, compartido (*LF: commun*)
komite: comité (*LF: comité*)
konbe: cuánto, cuántos (*HK: konbyen*)
kondision: condición (*LF: condition*)
konek: conectado
konekta: conectar (*LF: connecter*)
konfizyon: confusión (*LF: confusion*)
konn: solía (*HK: konn*)
konnen: conocer (a alguien) (*HK: konnen*)
konpliman: felicidades; cumplido (*LF: compliment*)
konpozit: compuesto (*EN: composite*)
konpran: entender
konsa: así, de esa manera (*HK: konsa*)
konsanti: consentir (*LF: consentir*)
kont: cuenta (*LF: compte*)
konta: contar (*LF: compter*)
kontan: contento (*HK: kontan*)
konte: contar, importar (*LF: compter*)
kontè: medidor (*LF: compteur*)
kontesta: disputar, impugnar (*LF: contester*)
konti: seguir, continuar
kontizyon: moretón (*LF: contusion*)
kontra: contrato (*HK: kontra*)
kontrolè: controlador (*HK: kontwolè*)
kontwa: mostrador (*LF: comptoir*)
konvoy: convoy (*EN: convoy*)
kooperativ: cooperativa (*LF: coopérative*)
kopia: copia de un registro o de un diseño
kor: coro (*LF: chœur*)
kora: corazón, incluso uno implantado
kord: cuerda (*LF: corde*)
korek: bien, correcto
koreka: corregir, enmendar
korespon: coincidir, corresponder (*LF: correspondre*)
korp: cuerpo
kosta: costar (a alguien algo)
kote: al lado de
kotizasyon: cuotas (*LF: cotisation*)
koton: algodón (*LF: coton*)
kou: golpe (de la bomba); golpe (*LF: coup*)
kouch: capa (*LF: couche*)
kouche: acostarse (sobre algo); acostarse (*LF: coucher*)
koud: cosido (*HK: koud*)
kouda: coser (*LF: coudre*)
kouen: esquina (*LF: coin*)
koule: gotear, fluir (*LF: couler*)
koulè: color (*LF: couleur*)
kouman: cómo (*HK: kouman*)
koup: par, pareja (*LF: couple*)
koupa: cortar (*LF: couper*)
koupe: cortado; cortar (el suministro) (*LF: coupé*)
koupè: cortador (de vidrio) (*LF: coupeur*)
kouplè: estrofa (*LF: couplet*)
koupli: acople (*EN: coupling*)
kouran: corriente, electricidad (*LF: courant*)
kourè: corredor (de la Espina) (*HK: kourè*)
kouri: correr (*HK: kouri*)
kourye: mensajero (*LF: courrier*)
kous: corrida (de peces) (*LF: course*)
kout: corto (*LF: court*)
kouta: escuchar (*HK: koute*)
koute: costar (*LF: coûter*)
koutim: costumbre (*HK: koutim*)
kouto: cuchillo (*LF: couteau*)
kouvèk: tapa (*HK: kouvèk*)
kouzen: primo (*LF: cousin*)
kouzin: prima (*LF: cousine*)
koz: causa
krab: cangrejo (*LF: crabe*)
krabye: cangrejero (*LF: crabier*)
krache: escupir (*LF: cracher*)
kranp: calambre (*LF: crampe*)
kranpon: abrazadera (*LF: crampon*)
krapo: rana, sapo (*LF: crapaud*)
kras: un poco (un ti kras) (*HK: kras*)
kraze: derribar, aplastar (*LF: écraser*)
kredi: crédito (*LF: crédit*)
kret: loma, cresta (*LF: crête*)
kreyon: lápiz (*HK: kreyon*)
kri: crudo (*LF: cru*)
kribich: camarón (*HK: kribich*)
krich: jarra (*HK: krich*)
kritike: criticar (*LF: critiquer*)
kriya: llorar (*HK: kriye*)
krochi: torcido (*HK: kwochi*)
kroua: creer (*LF: croire*)
kuarenta: cuarenta (*SP: cuarenta*)
kuatro: cuatro (*SP: cuatro*)
kuatrosien: cuatrocientos (*SP: cuatrocientos*)
kuenta: vale, cuenta; cuenta, fiado (*SP: cuenta*)
kuir: cuero (*LF: cuir*)
kuit: cocido (*HK: kuit*)

- kuita:** cocinar (*HK: kuit*)
kuiv: cobre (*HK: kwiv*)
kuizinye: cocinero (*LF: cuisinier*)
kumansa: empezar (*LF: commencer*)
kura: cuidado
la: el, la
labiè: cerveza (*HK: byè; LF: la bière*)
labou: lodo; el Lodo (*HK: labou*)
labouyi: papilla, gachas (*HK: labouyi*)
lach: holgura (en una cuerda, en una carga) (*LF: lache*)
lacharite: caridad (*HK: lacharite*)
ladan: ahí dentro, dentro de eso (*HK: ladan*)
laga: soltar (*HK: lage*)
laj: edad (*HK: laj*)
lajan: dinero (*HK: lajan*)
laje: ancho (*HK: lajè*)
lak: lago (*LF: lac*)
lakay: casa (el hogar) (*HK: lakay*)
lakou: patio (*HK: lakou*)
lalin: luna (*HK: lalin*)
lam: hoja (de navaja); lengüeta (de una kalimba) (*HK: lam*)
laminat: laminado (*LF: laminé*)
lan: lento (*LF: lent*)
lana: esperar
lang: idioma, lengua (*LF: langue*)
lank: tinta (*HK: lank*)
lanklo: cercado (*HK: lanklo*)
lanmè: mar (*HK: lanmè*)
lanmor: muerte (*HK: lanmò*)
lanmou: amor (*HK: lanmou*)
lanp: lámpara (*LF: lampe*)
lantèman: entierro (*LF: enterrement*)
lanyap: un poquito de más, la ñapa (*LF: lagniappe*)
lapen: conejo (*LF: lapin*)
laperez: miedo (*HK: laperèz*)
lapli: lluvia (*HK: lapli*)
laplipa: la mayoría (de) (*LF: la plupart*)
lari: calle (*HK: lari*)
larim: resfriado (*HK: larim*)
larivyè: río (*HK: larivyè*)
laro: allá arriba (*LF: là-haut*)
lasa: dejar algo en algún lugar
lava: lavar (*LF: laver*)
laverite: verdad (*LF: la vérité*)
le: ellos, ellas; los, las
lè: hora, momento del día (*HK: lè*)
lèd: feo (*HK: lèd*)
ledven: masa madre, levadura (*LF: levain*)
legliz: iglesia (*LF: l'église*)
leje: ligero (de peso) (*LF: léger*)
lekol: escuela (*LF: l'école*)
lektè: lector (instrumento) (*HK: lektè*)
lekti: lectura (de un instrumento)
lendi: lunes (*LF: lundi*)
lenn: lana; lenn plon lana de plomo (*LF: laine*)
lès: este (*LF: est*)
lesiv: ropa para lavar (*HK: lesiv*)
lesye: eje (de rueda) (*HK: lesye; LF: essieu*)
let: letra; letra pequeña (*LF: lettre*)
lèt: leche (*LF: lait*)
leva: levantarse (*LF: lever*)
leve: carrera de subida (de la bomba) (*LF: levée*)
leza: leer
li: él, ella, eso; lo, la
lib: libre, desocupado, fuera de turno
limena: encender (una lámpara) (*LF: allumer*)
lin: lino (hilo) (*LF: lin*)
lis: lista (*LF: liste*)
lisans: licencia (*LF: licence*)
lit: litro (*LF: litre*)
liti: cama
liv: libro (*LF: livre*)
livre: entregado (*LF: livré*)
livrezon: envío, entrega (*HK: livrezon*)
liy: línea, fila (*HK: liy*)
lod: orden, mandato (*LF: ordre*)
lon: largo (*LF: long*)
lonbraj: sombra (*HK: lonbraj*)
longè: longitud (*LF: longueur*)
lontan: hace mucho (*HK: lontan*)
lopital: hospital (*LF: l'hôpital*)
loraj: tormenta (*HK: loraj*)
losa: suelto, desabrochado
lot: otro (*HK: lòt*)
lou: pesado (*LF: lourd*)
loua: ley (*LF: loi*)
luen: lejos (*LF: loin*)
luil: aceite (*LF: l'huile*)
mach: adarve del muro (*LF: marche*)
macha: caminar (*HK: mache*)
machandiz: mercancía (*HK: machandiz*)
mache: mercado (*LF: marché*)
machin: máquina (*LF: machine*)
machwè: mandíbula (*HK: machwè*)
madanm: esposa; Madame (*HK: madanm*)
madera: madera (*SP: madera*)
madi: martes (*LF: mardi*)
magazen: tienda (*HK: magazen*)
mais: bueno (al empezar a hablar) (*LF: mais*)
mak: marca (*LF: marque*)
mal: dolor, daño (*LF: mal*)
malad: enfermo (*LF: malade*)
mama: madre (no necesariamente de nacimiento)
manbo: manbo, sacerdotisa (*HK: manbo*)
manbran: membrana (*LF: membrane*)
manch: manga (*LF: manche*)

- manda:** pedir (*HK: mande*)
manja: comer
manje: comida (*HK: manje*)
manke: extrañar (a alguien, algo) (*LF: manquer*)
mantè: mentiroso (*HK: mantè*)
manti: mentira (*HK: manti*)
marchanda: regatear (*LF: marchander*)
mare: atar (*HK: mare*)
marekaj: pantano (*HK: marekaj*)
mari: esposo (*LF: mari*)
markari: marcado
maron: café (color) (*LF: marron*)
marya: casarse (*LF: marier*)
maryaj: boda (*LF: mariage*)
maske: máscara (la máscara de la ciudad) (*LF: masque*)
mason: albañil (*LF: maçon*)
mat: mástil (*LF: mât*)
materyo: material, existencias (*LF: matériau*)
matin: mañana (parte del día)
matla: colchón (*LF: matelas*)
me: pero
mè: alcalde (*LF: maire*)
mèg: flaco (*HK: mèg*)
mekanis: mecanismo (*LF: mécanisme*)
mèkredi: miércoles (*LF: mercredi*)
mele: mezclar (*LF: mêler*)
melodi: tonada, melodía (*LF: mélodie*)
mem: mismo; incluso (*LF: même*)
memo: memorándum (*EN: memo*)
men: mano
men sa: aquí está; esto es lo que (*HK: men sa*)
mena: llevar (a una persona), guiar (*LF: mener*)
meno: menos (*SP: menos*)
mes: mes (*SP: mes*)
mès: misa (*LF: messe*)
mesa: mesa
mèsi: gracias (*HK: mèsi*)
met: dueño (*HK: mèt*)
meta: poner, colocar
metal: metal (*LF: métal*)
metro: metro (*SP: metro*)
mezire: medir (*LF: mesurer*)
midi: mediodía (*LF: midi*)
mile: lisa (pez) (*LF: mulet*)
milèt: lisa (pez) (*LF: mulet*)
minit: minuto (*HK: minit*)
minwi: medianoche (*LF: minuit*)
mira: mirar, observar
miray: pared (*LF: muraille*)
mita: mitad (*SP: mitad*)
mizè: miseria; ¡piedad! (exclamación) (*HK: mizè*)
mo: yo, me, mi
moda: manera, modo
mode: morder (*LF: mordre*)
model: patrón (*LF: modèle*)
mona: persona
monnen: moneda (*HK: monnen*)
monta: subir (*LF: monter*)
montre: enseñar, mostrar (*LF: montrer*)
mor: muerto (*LF: mort*)
mori: pescado salado (*HK: mori*)
mosa: mostrar
mou: blando (*LF: mou*)
moulen: molino (*LF: moulin*)
moun: persona, gente (*HK: moun*)
mouri: morir (*LF: mourir*)
mouye: mojado
mov: gaviota (mov ri gaviota reidora) (*LF: mauve*)
mova: mover (algo)
move: malo (*HK: move*)
mu: nosotros, nos (sin incluir a quien escucha)
muta: cambiar
na: en (lugar, tiempo o manera)
naja: nadar (*LF: nager*)
nap: mantel (*LF: nappe*)
nasi: nacer (*SP: nacer*)
ne: partícula que suaviza al final de la oración (*VI: nhé*)
nechèl: escalera de mano (*HK: nechèl*)
neda: necesitar
nèf: fresco, nuevo (*LF: neuf*)
nen: nariz (*HK: nen; LF: nez*)
nenpot: cualquier, lo que sea (*HK: nenpôt*)
netoya: limpiar (*LF: nettoyer*)
neve: sobrino (*LF: neveu*)
neye: ahogarse; ahogado (*LF: noyer*)
nika: ir
nika baka: regresar
nivo: nivel (*LF: niveau*)
no: no (como respuesta)
nobenta: noventa (*SP: noventa*)
nod: nodo (*EN: node*)
nokmam: salsa de pescado (*VI: nước mắm*)
nom: nombre
noma: nombrar, llamar, etiquetar
nomal: usual, normal (*HK: nòmàl*)
nonm: hombre (*HK: nonm*)
nonpli: tampoco (*LF: non plus*)
nota: nota (musical)
notare: anotar
nouri: alimentar (*LF: nourrir*)
nouvèl: noticias (*LF: nouvelles*)
nov: nuevo
noventa: noventa (*SP: noventa*)
nu: nosotros, nos (incluye a quien escucha)
nuaj: nube (*LF: nuage*)
nuar: negro, oscuro (*LF: noir*)

- nudo:** nudo (*SP: nudo*)
nueve: nueve (*SP: nueve*)
nuevesien: novecientos (*SP: novecientos (formado sobre nueve + sien)*)
nuít: noche
nulan: nadie
numero: número (*LF: numéno*)
o: o (*SP: o*)
ochenta: ochenta (*SP: ochenta*)
ocho: ocho (*SP: ocho*)
ode: olor (*LF: odeur*)
odit: auditoría (*EN: audit*)
ofra: ofrecer
okenn: ninguno, alguno
oket: hipo (*HK: okèt*)
okipe: ocuparse de (*LF: occuper*)
olye: en lugar de (*LF: au lieu*)
omma: madre (al dirigirse a ella) (*KO: comma*)
onse: once (*SP: once*)
opera: hacer funcionar, operar
opinyon: opinión (*LF: opinion*)
orè: horario (*LF: horaire*)
osi: también
osinon: si no, de lo contrario (*LF: ou sinon*)
oswa: o (*HK: oswa*)
otan: tanto como (*LF: autant*)
oton: otoño (*LF: automne*)
otorite: prestigio, autoridad (*LF: autorité*)
otou: alrededor (*LF: autour*)
otra: otro, otra
otreman: de otra manera (*LF: autrement*)
output: salida de control (envía una señal, no corriente ni movimiento)
ouvè: abierto (*HK: ouvè*)
ouvra: abrir
pa: no
pa du: no está ahí
pad: almohadilla (de amortiguación) (*EN: pad*)
padon: perdón; disculpe (*HK: padon*)
pafwa: a veces (*HK: pafwa*)
paj: página
pak: Pascua (*HK: Pak*)
pal: pálido (*LF: pâle*)
pali: hablar, conversar
palto: abrigo (*LF: paletot*)
palye: descanso de escalera (*LF: palier*)
panche: inclinarse (*LF: pencher*)
pandan: mientras
pandye: colgar (*HK: pandye*)
panel: panel (*EN: panel*)
pankat: letrero, tablero de avisos (*HK: pankat*)
pansman: vendaje (de una herida) (*HK: pansman*)
pant: pendiente (*LF: pente*)
pantalon: pantalón (*LF: pantalon*)
papa: padre, papá
papiyon: polilla, mariposa (*LF: papillon*)
papye: papel (*HK: papye*)
par: par (*SP: par*)
para: prepararse, estar a punto de
parad: desfile (*LF: parade*)
pare: listo, arreglado (*LF: paré*)
parèy: igual, idéntico (*HK: parèy*)
pasa: pasar (*LF: passer*)
pase: pasado (como en *la semana pasada*)
pasian: paciente (*LF: patient*)
paske: porque (*HK: paske*)
pat: pasta (*LF: pâte*)
pati: irse, partir (*LF: partir*)
patron: santo patrono (*LF: patron*)
patwon: patrón (para cortar) (*LF: patron*)
pava: decir, contar
pawol: dicho; palabra (*HK: pawòl*)
pè: asustado (*HK: pè*)
peche: pecado (*LF: péché*)
pecho: pecho (*SP: pecho*)
pedal: pedal (*LF: pédale*)
pel: piel (*SP: piel*)
pele: tocar (música)
pelikan: pelícano (*LF: pélican*)
peman: pago (*LF: paiement*)
pèmi: permiso (documento) (*LF: permis*)
pen: pan (*LF: pain*)
pèn: pena, problemas (*LF: peine*)
pensa: pensar, creer
pentire: pintado (*LF: peinture*)
pera: pera (*SP: pera*)
perdi: perder (*LF: perdre*)
perimèt: perímetro (*LF: périmètre*)
pesa: pieza, parte
peso: peso (*SP: peso*)
pèt: pérdida; liv pèt libro de pérdidas (*LF: perte*)
petet: quizás (*LF: peut-être*)
pey: paga (sueldo) (*LF: paye*)
peya: pagar (*HK: peye*)
peye: pagado (*HK: peye*)
peyi: país (*HK: peyi*)
pi: más (*HK: pi*)
pie: pie (*HK: pye*)
pikan: espina; la Espina (*HK: pikan*)
pikèt: poste, estaca (*LF: piquet*)
pilotis: pilotes (de las plataformas) (*LF: pilotis*)
piman: chile (*HK: piman*)
pitifis: nieto (*HK: pitit pitit; LF: petit-fils*)
pitit: hijo, hijos (*HK: pitit*)
pla: plano; pla men palma de la mano (*LF: plat*)
plafon: techo (interior) (*LF: plafond*)
plak: placa (placa de circuito, tablero de avisos) (*LF: plaque*)

- plan:** plan, diseño
planche: piso (HK: *planche*)
plant: planta (LF: *plante*)
plas: lugar, sitio (LF: *place*)
plasman: colocación (LF: *placement*)
plat: plato
plati: platito
plato: bandeja (LF: *plateau*)
plen: lleno (LF: *plein*)
pleny: quejarse (LF: *se plaindre*)
pliye: doblar (LF: *plier*)
plon: plomo (LF: *plomb*)
plonje: bucear, zambullirse (LF: *plonger*)
plonjë: buzo, hundidor (HK: *plonjë*)
po: para (con el fin de)
poch: bolsillo (LF: *poché*)
pola: pértiga (del vidrio) (EN: *pole*)
polaj: trabajo de pértiga (EN: *poling*)
polè: vigilante de pértiga (EN: *pole*, con la terminación de agente -è del kreyòl)
politès: cortesía (LF: *politesse*)
pon: puente (LF: *pont*)
ponde: poner (huevos) (LF: *pondre*)
ponp: bomba (LF: *pompe*)
ponyet: muñeca (de la mano) (HK: *ponyèt*)
porta: llevar puesto (LF: *porter*)
pota: traer
potay: portón (HK: *pòtay*)
poua: frijoles (HK: *pwa*)
pouason: pescado, pez (HK: *pwason*)
pouen: punto (LF: *point*)
poukisa: por qué (HK: *poukisa*)
poul: gallina, pollo (HK: *poul*)
poumon: pulmones (LF: *poumon*)
poutet: por culpa de; por eso (HK: *poutèt*)
pran: tomar
pre: cerca (LF: *près*)
preri: pradera (LF: *prairie*)
pres: prensa (prensa de tortas); pensar (LF: *presse*)
presbitè: casa parroquial (LF: *presbytère*)
prese: exprimido, prensado; la prensa (LF: *pressé*)
preske: casi
presyon: presión (LF: *pression*)
pret: sacerdote (LF: *prêtre*)
prèt: sacerdote (HK: *pè*)
preta: prestar (LF: *prêter*)
prezidan: presidente (LF: *président*)
pri: costo
prim: primero en orden
priye: rezar (LF: *prier*)
prizonye: prisionero (HK: *prizonye*)
problèm: problema (LF: *problème*)
prochen: próximo (LF: *prochain*)
program: programa (EN: *program*)
promes: promesa (LF: *promesse*)
promi: prometer
promnad: paseo (LF: *promenade*)
prop: limpio (LF: *propre*)
proteja: proteger (SP: *protéger*)
prova: una prueba
provizyon: provisiones (LF: *provisions*)
pu: poder, ser capaz de
pui: sumidero; pozo (LF: *puits*)
ra: que, quien (como en *el hombre que*)
radio: radio, inalámbrico (EN: *radio*)
rado: balsas (LF: *radeau*)
rafineri: refinería (LF: *raffinerie*)
rak: rejilla (la rejilla de basura) (EN: *rack*)
rakonta: contar (una historia) (LF: *raconter*)
rale: jalar, arrastrar (HK: *rale*)
randa: devolver (LF: *rendre*)
ranje: hilada (de ladrillo), fila; arreglar, enmendar (LF: *rangée; ranje*)
rankin: rencor (HK: *rankin*)
ranmase: reunir, juntar (HK: *ranmase*)
ranplas: reemplazo (con *po:* un reemplazo para)
ranplase: reemplazar (LF: *remplacer*)
ranpli: llenar; rellenar (LF: *remplir*)
rapor: informe
rasyon: ración (LF: *ration*)
rata: fallar, errar el tiro (LF: *rater*)
rava: reparar
raya: odiar (HK: *rayi*)
raze: afeitar (LF: *raser*)
re: otra vez
reacha: alcanzar (a alguien), hacerse entender
rechanj: repuesto (HK: *rechanj*)
recho: estufa (LF: *réchaud*)
rèd: rígido (LF: *raide*)
referans: referencia (LF: *référence*)
refize: rechazar, negarse (LF: *refuser*)
règ: regla (LF: *règle*)
regat: regata (LF: *régate*)
registè: registro (controlador) (LF: *registre*)
regla: arreglar, saldar (LF: *régler*)
reglaj: ajuste (de una máquina) (LF: *réglage*)
regle: ajustar, regular (LF: *régler*)
regreta: lamentar, sentirlo (LF: *regretter*)
rejete: rechazar (LF: *rejeter*)
rejis: libro de cuentas, registro (LF: *registre*)
rejistri: registro (oficina) (EN: *registry*)
rekizision: requisición (LF: *réquisition*)
reklamasyon: reclamación (HK: *reklamasyon*)
rekonesan: agradecido (LF: *reconnaissant*)
rekonet: reconocer (LF: *reconnaître*)
rekonsiliasion: conciliación (de cuentas) (LF: *réconciliation*)
rekor: registro, constancia

- rekrite:** reclutar (*LF: recruter*)
rela: llamar, gritar (*HK: rele*)
relis: descargo (formulario) (*EN: release*)
remake: notar
remed: medicina (*LF: remède*)
remèsye: agradecer (*HK: remèsye*)
renma: amar (*HK: renmen*)
rense: enjuagar, lavar con chorro de agua (*LF: rincer*)
reparasion: reparación (el trabajo) (*LF: réparation*)
repare: remendar, reparar (*LF: réparer*)
repete: ensayar (*LF: répéter*)
repetisyon: ensayo (*LF: répétition*)
reputasyon: reputación (*HK: repitasyon*)
repo: descanso (*LF: repos*)
repon: responder
repote: aplazar (*LF: reporter*)
reproche: reproche (*LF: reproche*)
resemela: poner suela nueva (*LF: ressemeler*)
resev: recepción, punto de recibo
resi: recibo (*HK: resi*)
reso: resorte (*LF: ressort*)
respekta: respetar (*LF: respecter*)
resta: resto
restoran: restaurante (*LF: restaurant*)
reta: retraso (*LF: retard*)
retay: retazo, recorte (*HK: retay*)
retire: quitar, sacar (*LF: retirer*)
reva: soñar (*LF: rêver*)
revey: reloj (*LF: réveil*)
reveye: despierto (*LF: réveillé*)
revize: revisar (*LF: réviser*)
revizion: revisión (el proceso) (*LF: révision*)
revokab: revocable (*LF: révocable*)
revu: revisión
reyinyon: reunión (*HK: reyinyon*)
rezèv: reserva, almacén (*LF: réserve*)
rezo: red (*LF: réseau*)
rezon: razón
ri: una risa (*LF: rire*)
riban: tira de material
rira: reír (*LF: rire*)
risiva: recibir
rit: rito (*LF: rite*)
ritme: ritmo, frecuencia (de un pulso) (*LF: rythme*)
riva: llegar (también *rive*) (*LF: arriver*)
rive: llegar, venir (*LF: arriver*)
rob: vestido, bata (*LF: robe*)
robinè: llave del agua, grifo (*HK: robinè*)
roch: piedra (*LF: roche*)
rou: roux (*LF: roux*)
rozè: rosario (*HK: rozè*)
rut: ruta
sa: esto, eso
sab: arena (*LF: sable*)
sak: saco
sale: salado (*HK: sale*)
samdi: sábado (*LF: samedi*)
san: sin
sanble: parecerse, parecer (*HK: sanble*)
sandal: sandalia (*LF: sandale*)
sangre: sangre (*SP: sangre*)
sann: cenizas (*HK: sann*)
santi: sentir, oler (*LF: sentir*)
santiman: sentimiento (*LF: sentiment*)
sava: saber
se: hermana; es (como en *Sa se*, eso es) (*HK: sè; se*)
sechrès: sequía, la seca (*LF: sécheresse*)
second: segundo (tiempo) (*LF: seconde*)
seis: seis (*SP: seis*)
sèjan: sargento (*LF: sergent*)
sek: seco (*LF: sec*)
seksion: sección (de la Espina) (*LF: section*)
sel: sal (*LF: sel*)
sèl: solo; único (*HK: sèl*)
sele: sellar (*LF: sceller*)
selil: celda (de batería) (*LF: cellule*)
selman: solamente (*HK: sèlman*)
sèman: juramento; fasa sèman jurar (*LF: serment*)
semel: suela (de un zapato) (*LF: semelle*)
semen: semana (*HK: semèn*)
sen: santo (*LF: saint*)
senda: enviar
senouk: róbaló (*EN: snook*)
senyen: sangrar (*HK: senyen*)
separa: por separado
separasyon: división, separación (*LF: séparation*)
separe: aparte, separado (*LF: séparer*)
sere: podría, quizás
seri: cerradura (*LF: serrure*)
servi: servir; ser útil (*LF: servir*)
sesenta: sesenta (*SP: sesenta*)
setanta: setenta (*SP: setenta*)
sèvi: servir (a un lwa); practicar (*HK: sèvi*)
sèvis: servicio (*LF: service*)
sèvyèt: servilleta (*LF: serviette*)
sezon: temporada (*LF: saison*)
si: si (condicional)
sida: sentarse
sidi: banquito
sien: cien (*SP: cien*)
siete: siete (*SP: siete*)
signal: señal
sik: azúcar (*HK: sik*)
sikui: circuito (*LF: circuit*)
silans: silencio (*LF: silence*)
silvouple: por fàvor (formal, suplicante) (*LF: s'il vous plaît*)
siman: cemento (*HK: siman*)

- sindika:** el Sindicato (*LF: syndicat*)
sinifa: significar
sinkim: un quinto (*HK: senkyèm*)
sinko: cinco (*SP: cinco*)
sinkuenta: cincuenta (*SP: cincuenta*)
sinya: firmar (*LF: signer*)
sinyale: saludar con la mano, hacer señas (*LF: signaler*)
sinye: firmado (*LF: signé*)
sipote: soportar, aguantar (*LF: supporter*)
sipoze: se supone que (*HK: sipoze*)
sirijen: cirujano (*LF: chirurgien*)
sirj: crecida (*EN: surge*)
sitèn: cisterna (*LF: citerne*)
sitou: sobre todo (*HK: sitou*)
sizim: un sexto (*HK: sizyèm*)
sizo: tijeras (*HK: sizo*)
skriva: escribir
so: aquel, aquello (allá)
sof: excepto, salvo (*LF: sauf*)
solda: soldado (*LF: soldat*)
soley: sol (*LF: soleil*)
somat: salobre (*LF: saumâtre*)
son: sonido (*LF: son*)
sona: sonar (como en *sucna mal*)
sonja: recordar (*HK: sonje*)
sonnen: tocar (una campana) (*HK: sonnen*)
sopran: soprano (*LF: soprano*)
sorgo: sorgo (*LF: sorgho*)
sorti: salir (*LF: sortir*)
sos: salsa (*LF: sauce*)
sosyete: sociedad (sociedad funeraria) (*LF: société*)
sot: tonto (*LF: sot*)
sote: saltar (*LF: sauter*)
soti: fuera; salir
sou: borracho (*LF: souïl*)
souch: talón, matriz (de un talonario) (*LF: souche*)
soud: soldadura (*LF: soudure*)
souli: zapato
souliye: subrayar (*LF: souligner*)
soup: sopa (*LF: soupe*)
soupe: cena (*LF: souper*)
souple: por favor (*HK: souple*)
sous: fuente, manantial (*LF: source*)
souta: apoyar
souvan: por lo general, a menudo (*LF: souvent*)
sova: salvar, rescatar (*LF: sauver*)
stab: firme, estable (*LF: stable*)
stal: puesto (*EN: stall*)
startia: arrancar (con re: volver a arrancar)
sterilizatè: esterilizador (*HK: sterilizatè*)
stopa: parar
stopaj: paro (*LF: stoppage*)
su: sobre, en
sufi: suficiente
swaf: sed; sediento (*HK: swaf*)
swar: noche (al anochecer)
swe: sudor (*HK: swe*)
swen: cuidado (*LF: soïn*)
switch: interruptor (palanca) (*EN: switch*)
swiv: seguir (*HK: swiv*)
swivan: siguiente
ta: tarde (*LF: tard*)
tab: mesa (*LF: table*)
tabliye: delantal (del muro; prenda) (*HK: tabliye*)
tablo: tablero (*LF: tableau*)
tach: mancha (*LF: tache*)
talon: talón (*LF: talon*)
tan: tiempo
tanbou: tambor (de lavadora; tambor de bautizo) (*HK: tanbou*)
tanè: curtidor (*LF: tanneur*)
tanka: hasta
tanpet: tormenta (*LF: tempête*)
tanpon: sello (*LF: tampon*)
tanpone: sellar (*LF: tamponner*)
tanri: curtiduría (*LF: tannerie*)
tant: tía (*LF: tante*)
tapi: estera (*LF: tapis*)
tard: tarde (*LF: tard*)
tarpon: sábalo (*EN: tarpon*)
tas: taza (*LF: tasse*)
te: hizo, pasó (antes de un verbo: el pasado)
tè: tierra, suelo (*HK: tè*)
te gon: iba a
techo: techo (*SP: techo*)
tela: tela, un trozo de tela
tèlman: tanto que (*HK: tèlman*)
teminal: terminal (*HK: tèminal*)
temwen: testigo
tena: guardar, sostener
tenor: tenor (*LF: ténor*)
tep: cinta adhesiva (*EN: tape*)
tepe: pegar con cinta (*EN: tape*)
teras: terraza (*LF: terrasse*)
terib: terrible (*LF: terrible*)
teste: probado (*LF: testé*)
testè: probador (*HK: testè*)
tet: cabeza (*HK: tèt*)
tèt: cabeza; tèt di terco (*LF: tête*)
tí: pequeño, chico (*LC: tí*)
tib: tubo (*LF: tube*)
tibebe: bebé de brazos (*HK: tibebe*)
tiè: tercio (fracción) (*LF: tiers*)
tikè: boleto (*HK: tikè*)
tilapia: tilapia (*EN: tilapia*)
timoun: niño (*HK: timoun*)
tira: jalar; disparar (un arma) (*LF: tirer*)

- tirak:** cajón
tiyo: tubo (*HK: tiyo*)
tochon: trapo (*LF: torchon*)
tokèn: ficha (*EN: token*)
ton: tonalidad (música); tono (*LF: ton*)
tonba: caer (*LF: tomber*)
tonelye: tonelero (*LF: tonnelier*)
tonm: tumba (*HK: tonm*)
toti: todo, entero
tou: torre (*LF: tour*)
touche: tocar (*LF: toucher*)
toudi: aturdido (*HK: toudi*)
toujou: todavía, siempre
touletan: siempre (*LC: tout le temps*)
tounen: girar, volverse (*HK: tounen*)
toupatou: por todas partes (*HK: toupatou*)
toutan: para siempre, de una vez por todas (*HK: tout tan*)
toutouni: desnudo (*HK: toutouni*)
touya: matar (*HK: touye*)
touye: una matanza (*HK: touye*)
tradisyon: tradición (*LF: tradition*)
trafik: tráfico (*LF: trafic*)
trakasa: preocuparse (*LF: tracasser*)
tranble: tambalearse, temblar (*LF: trembler*)
trangle: estrangular (*LF: étrangler*)
tranpe: remojar (*LF: tremper*)
trap: escotilla (*LF: trappe*)
tras: trazo (en un monitor) (*LF: trace*)
trase: trazar (una línea) (*LF: tracer*)
trav: trabajo asignado
travay: trabajo (*HK: travay*)
travaya: trabajar (*HK: travay*)
traversa: cruzar (*LF: traverser*)
tre: muy (*LF: très*)
trenta: treinta (*SP: treinta*)
tres: tres (*SP: tres*)
trese: trece (*SP: trece*)
tresim: tercero (*SP: tres + -im* (cf. *dosim, katrim*))
tretman: tratamiento (*LF: traitement*)
treysi: celosía (*LF: treillis*)
trimès: trimestre (*HK: trimès*)
tris: triste (*LF: triste*)
triye: clasificar (*LF: trier*)
tro: demasiado (*LF: trop*)
tronk: troncal (línea transportadora) (*LF: tronc*)
trou: agujero (*LF: trou*)
trova: encontrar
tu: tú (una persona)
tura: turno (en el trabajo, en una fila)
un: uno
uza: usar
vag: ola (*HK: vag*)
valv: válvula (*EN: valve*)
van: viento (*LF: vent*)
vanda: vender (*LF: vendre*)
vandredi: viernes (*LF: vendredi*)
vapè: vapor (*LF: vapeur*)
ve: futuro; hará, será
vè: hacia, cerca de (la hora) (*LF: vers*)
vela: vela (de barco) (*SP: vela*)
veli: querer
veli pava: querer decir
vena: venir
vena baka: volver
veteman: vestiduras (*LF: vêtement*)
veye: vigilar, velar (*HK: veye*)
vi: vida (*LF: vie*)
via: por medio de (un contacto o una ruta)
vid: vacío (*HK: vid*)
vida: vaciar un recipiente
vidrio: vidrio (*SP: vidrio*)
viktoa: victoria, triunfo (*LF: victoire*)
vil: ciudad (*LF: ville*)
vin: llegar a ser (*HK: vin*)
vira: girar
vît: rápido (*LF: vite*)
viv: vivir (residir); en vivo (que ocurre ahora)
vivan: vivo (*LF: vivant*)
viza: ver (frente a mira, mirar); visto (cierra un informe)
vizit: visita (*LF: visite*)
vizite: visitar (*LF: visiter*)
vizitè: visitante (*LF: visiteur*)
vle: estar dispuesto a tener, aceptar (*HK: vle*)
vlope: envuelto (*HK: vlope*)
vo: valer (*HK: vo*)
vole: robado (*LF: volé*)
volè: sinvergüenza, ladrón (*HK: volè*)
volet: postigo (*LF: volet*)
volonte: voluntariado, buena voluntad (*LF: volonté*)
voua: voz (*LF: voix*)
vouazen: vecino (*HK: vwazen*)
vout: bóveda (tumba) (*LF: voûte*)
vre: verdadero (*HK: vre*)
vu: ustedes (más de una persona)
vye: viejo
waf: muelle (*EN: wharf*)
wafer: oblea (chip de calibración) (*EN: wafer*)
wani: qué
wena: dónde
wini: quién
wo: alto (*HK: wo*)
won: círculo; redondo (*LF: rond*)
wont: vergüenza (*HK: wont*)
wou: rueda (*LF: roue*)
wouj: rojo (*HK: wouj*)
woulman: rodamiento (*LF: roulement*)

GLOSARIO

woulo: rollo, bobina (*LF: rouleau*)

yad: patio (patio de las plataformas) (*EN: yard*)

ye: plural (después de un sustantivo: *Kang ye*, los Kang)

yo: sí

yodi: dicen (oído, no visto) (*HK: yo di*)

zafɛ: asunto, negocio (*HK: zafɛ*)

zandolit: lagartija (anolis) (*HK: zandolit*)

zanmi: amigo (*HK: zanmi*)

ze: huevo (*HK: ze*)

zo: hueso (*HK: zo*)

zonzon: zumbido (*HK: zonzon*)

zoranj: naranja (*HK: zoranj*)

zorey: oreja (*HK: zòrèy*)

zoreye: almohada (*HK: zòrye*)

zotey: dedos de los pies (*HK: zòtèy*)

zouazo: pájaro (*HK: zwazo*)

zouti: herramientas, instrumentos (*HK: zouti*)



Investigación y ficción

Esta historia parte de una región real. Su historia futura, sus personajes, instituciones y sucesos son inventados. La investigación da forma a las distinciones que hace la historia; no predice este futuro ni explica sus misterios.

El Kanal es una lengua construida. Se hizo a partir de las historias documentadas de las lenguas habladas en Nueva Orleans y sus alrededores, y de lo que los lingüistas saben sobre cómo se forman las lenguas de contacto: palabras de tiempo y aspecto antes del verbo, palabras para «decir» y «ver» que se convierten en marcas de cómo sabe algo quien habla, y una lengua hablada que vive junto a un estándar escrito. Sus formas no son el habla de ninguna comunidad viva. Quienes conozcan el criollo de Luisiana o el kreyòl haitiano reconocerán parecidos de familia, y no deben tomar el Kanal como una representación de ninguno de los dos.

Entre las obras en las que se apoyó la lengua: Charles A. Ferguson, «Diglossia» (*Word*, 1959); Thomas L. Willett, «A Cross-Linguistic Survey of the Grammaticization of Evidentiality» (*Studies in Language*, 1988); y el *Atlas of Pidgin and Creole Language Structures* (APiCS Online).

Los libros de Robert Greene y *Philosophy 101* de Paul Kleinman influyeron en las preguntas de la novela sobre el poder, el deseo, la estrategia y el sentido. Las decisiones de los personajes son suyas, no demostraciones de que una sola explicación sea la verdadera.

Este libro y su cubierta se desarrollaron con herramientas de inteligencia artificial generativa bajo la dirección del autor. Esta traducción al español se hizo con herramientas de inteligencia artificial generativa y se revisó con herramientas automáticas; no la hizo un traductor humano.



Acerca del autor



Manuel A. Dominguez es autor de *DISSONANCE* y *The Fourth Rail*, novelas de la Unión Farbound. Los libros exploran cómo la gente construye una vida en común cuando el techo, el trabajo y el cuidado traen obligaciones contradictorias, y qué pasa cuando las personas que ama quieren otra cosa.



Otras obras de Manuel A. Domínguez

The Fourth Rail (El cuarto riel), una novela de la Unión Farbound